







ANT
XIX
262

DR. ESQUERDO, 12
TELÉFONO 56.440

DR. ESQUERDO, 12
TELÉFONO 56.440





Muerte de Lodoiska.

15 cmf.

R. 43. 545

AVENTURAS

DEL BARONCITO

DE FOBLAS.

ESCRITAS EN FRANCES

POR

Mr. Louvet de Couvray,

Diputado del departamento del *Alto Viena* en el consejo de *Los Quinientos* de la república francesa.

TRADUCIDAS

LIBREMENTE AL ESPAÑOL.

—————
TOMO PRIMERO.
—————

SEVILLA.

IMPRENTA NACIONAL.

1836.





AVANCE

DEL BARON

DE LOS

ESCRITOS EN FRANCIA

POR

M. de la Roche

Diputado del primer senado del Rey y con el
el cargo de los negocios de la rep-
blica francesa.

TRADUCIDA

AL ESTADO

EN MADRID

SEPTIEMBRE

IMPRESA NACIONAL

1828

PROLOGO

DEL TRADUCTOR.

Él señor LOUVET DE COUVRAY, diputado que fué del departamento del Alto Viena en el consejo de los Quinientos de la república francesa, publicó en distintas épocas y por partes la historia de las *Aventuras del caballero de Fo-blas*; y ha sido tan apreciada en Francia que ya no se pueden contar las ediciones por su excesivo número.

Esto prueba que la obra tiene mérito sólido y relevante, porque si no fuese así, una nación tan sabia como la francesa no podía consumir tan inmenso número de ejemplares en tan pocos años.

Con efecto es muy difícil encontrar un ingenio capaz de pintar mejor, con mas verdad, con colores mas vivos, ni por medios mas agradables, los desórdenes de la vida de un señorito noble, jóven y rico de la corte de Paris, semejante á otros varios de la de Madrid.

La continua sucesion de aventuras rarísimas, y sin embargo verosímiles, pone al lector en espectacion perpetua; y no le deja nunca sin producir en su alma la curiosidad natural del deseo de saber en que parará el lauce anterior que acaba de leer.

La gracia con que su autor supo hacer las narraciones y el tránsito de unas aventuras á otras, es tan precioso y particular que con dificultad se hallaria quien pudiese mejorar el fondo de la idea.

Contiene al mismo tiempo mucha filosofía para estudiar el interminable libro del corazon humano; pues contando continuamente aventuras galantes, supo el autor traer de cuando en cuando con grande oportunidad, la ocasion de reflexiones morales que demuestran los peligros y las malas consecuencias de un desarreglo de costumbres.

El conjunto mismo de la historia es una leccion de filosofía moral, capaz de retraer de la carrera del amor impuro á las personas jóvenes, por medio del escarmiento. Es un espejo desengañador que hace ver los peligros y gravísimos daños de una conducta loca, cual fué la del héroe, quien por fin llegó á conocer la verdad, y seguir las sendas de la virtud, aunque tarde.

Algun censor de carácter austero dirá tal vez que no conviene semejante libro, porque pinta las aventuras del amor lascivo con colores demasiado vivos, lo cual puede producir deseos voluptuosos. Pero quien haga esta censura ignora sin duda la filosofía del corazon humano; y piensa con error combatir los vicios por el camino trillado de los moralistas. Y ¿qué han conseguido estos en tantos siglos como han pasado desde los tiempos de Salomon? Nada efectivo, nada real, porque cansa luego la lectura de un libro circuspecto, y se abor-

recen sus máximas por presentar la verdad desnuda de atractivos. Procúrese divertir á los lectores con amorosas narraciones de su gusto, con tal que se hagan conocer los riesgos del vicio, y se sacará mucho mas y mejor partido.

Aunque sea cierto que el señor *Louvet de Couvray* pintó los lances de amor con colores naturales muy al vivo, tambien lo es que no escribió ni una sola palabra indecente. Todas las espresiones son del tono mas culto, mas fino y más delicado de las sociedades del primer orden de Paris. ¿Dice por ventura cosa que nadie ignore? No seamos hipócritas. Cualquiera jóven de veinte años sabe, sin la historia de Foblas, cuanto lea en ella, concerniente al punto de amores. El señor *Louvet* conocia esta verdad, y por eso, divirtiéndolo mucho con las aventuras, procuró apartar de los peligros de su héroe ¿Qué fruto hubiera sacado haciendo narraciones serias, pero insípidas, filosóficas, pero sin agrado? Ninguno ciertamente. Al contrario encantando á los lectores con el deleite de sus chistes y gracias, les infunde un miedo saludable.

Dejando pues esta verdad como bien sentada, solo hablaré ya de mi traduccion, y de las licencias que he tenido conveniente apropiarme.

Mi traduccion es libre. Yo me propuse convertir en obra española una francesa, sin ser esclavo de las palabras, lo que sirve de anticipada respuesta á cualquiera que piense tachar alguna correspondencia de una ó muchas frases. He traducido las ideas conforme las he

percibido, y me parece no haber variado ninguna.

He dividido la obra en capítulos, aunque no lo está en su original, porque así proporciono á los lectores algunas mansiones fijas para que pare, si quiere, sin dejar incompleta la narracion de un lance.

He dado nombre á las personas que no lo tenían, como el marques de *Babia*; porque si el señor *Louvet* las designó con solos puntos diciendo, por ejemplo, *marques de....* tendria sus motivos particulares que no concuerren en mí: yo inventé los de *Babia* y algun otro, gobernándome por las reglas de la alusion al carácter de las personas.

He llamado *baroncito de Foblas* al que *Louvet* nombró en su original *caballero de Foblas*; porque me ha parecido mas conforme á las ideas de nuestra España, en la que solemos llamar *duquesito* al hijo primogénito del duque, *marquesito* al del marques; *condecito* al del conde; *baroncito* al del baron; y nuestro héroe, de diez y seis años de edad, fué hijo primogénito del *baron de Foblas*.

He escrito *Foblas* y no *Foublas*, que dice el original, porque la pronunciacion en Francia es *Fo* no *Fau*; y los españoles preferimos las sílabas de una vocal á la de un diptongo, el cual es inevitablemente mas duro, menos armonioso, y menos facil de pronunciar con suavidad y melodía.

Por esta misma razon he preferido escribir *Volter* y *Rusó* en lugar de *Voltaire* y *Rousseau*: igualmente *Fonrosa* en vez de *Fonrose*,

españolizando éstos y otros nombres propios, porque así lo manda la costumbre; por la cual escribimos como pronunciamos *Burdeos*, *Marsella*, *Bayona*, y otros muchos nombres propios que no están escritos así en su original frances.

Ultimamente he puesto en forma dramática muchos diálogos que *Louvet* ó no distinguió ó lo hizo únicamente con la línea de division semejante á esta—; porque si bien es cierto que cuando las personas que hablan son únicamente dos, no es difícil conocerlas en cada ocasion, tambien lo es que algunas veces se fatiga la memoria, y si las personas de la conversacion pasan de dos, el signo de la línea— es equívoco. Cuando los autores (por evitar el peligro de confusion) omiten aquel arbitrio, hacen pesada y molesta la lectura con la repeticion de frases, *me dijo, le respondió, replicó; le satisfizo diciendo que, etc.* Yo he conseguido hacer mas rápida la narracion y mas perceptibles las ideas, escribiendo tales diálogos en la forma con que se acostumbran escribir las comedias, esto es, poniendo al márgen los nombres de las personas que hablan, y anotando abajo las circunstancias, ó bien escribiéndolas arriba con caracteres de letra bastardilla, que los franceses llaman *italica*.

En fin he procurado convertir en obra española y conforme al gusto español, la que fué originalmente francesa, llena de gracias y chistes, conforme al genio del idioma frances.

AVENTURAS

DEL BARONCITO

DE FOBLAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Viage á Paris, y sus efectos inmediatos.

Nací en un pueblo de provincia, á mas de cien leguas de la corte, durante la primavera de 1768, de una familia rica y noble, distinguida en el pais. A los diez y ocho meses tuve una hermana llamada *Adelaida*. Mi madre murió luego, y el baron de Foblas, nuestro padre, nada omitió para darnos buena educacion. La mia fué bastante ilustrada, pues á los quince años conocia yo los autores clásicos latinos, y algunos de los buenos franceses. Sin embargo para perfeccionar mis conocimientos, quiso mi padre llevarme á Paris cuando mi hermana cumplió catorce años, y estaba destinada á ser pensionista en un convento de educacion de la corte.

Corriendo el mes de octubre de 1785 entramos en Paris por el barrio de S. Marcelo. Habia yo leído algunas descripciones brillan-

tísimas del pueblo y echaba menos el original de aquellas pinturas tan agradables. Yo veía en lugar de casas unas chozas elevadas de malísimo gusto; unas calles largas pero estrechas, y á cada paso afeadas por líneas curvas; unos indicios de grande población en el crecido número de personas de ambos sexos que atravesaban de un punto á otro, pero los hombres, las mugeres y los mucháchos daban un testimonio mas infalible de pobreza en vestidos viejos, indecentes, andrajosos; en fin no pude menos de preguntar si era cierto que habíamos entrado en Paris. «El cuartel de San Marcelo no es el mejor de la ciudad, respondió con tranquilidad mi padre: mañana verás otros mas agradables.»

Era ya entonces bastante corrida la tarde; fuimos al convento en que mi hermana venia destinada, quedó allí sin ver otra cosa de la ciudad, y nos dirijimos al *Arsenal*, cerca del cual apeamos, en casa del señor *Duportal*, íntimo amigo de mi padre, y sujeto de quien hablaré muchas veces en estas memorias.

Al dia inmediato el baron, cumpliendo su promesa, me llevó en coche á la plaza de Luis XV; y habiéndonos apeado, me colocó de espaldas al occidente para que considerase los objetos que se presentasen á mi vista. Confieso haber quedado sorprendido. A mi mano derecha veía las aguas del rio Sena retirarse de Paris lentamente como si tuvieran pena de abandonar su morada; por el mismo punto se veían magníficos edificios; por el de la izquierda otros aun mas grandiosos; por detras, los

nunca bien alebados Campos Eliseos; y por delante, los hermosos jardines del real palacio de las Tullerías. En el innumerable concurso de tan inmensa población ya noté desde luego la delicadeza del buen gusto en las modas, la brillantez de los adornos, la elegancia de los trages. No comprendía como fuesen compatibles dentro de una sola ciudad los objetos de este día con los del anterior. Ignoraba yo aun que siempre los palacios suponen humildes chozas, que el lujo de unas personas tienen cerca de sí la miseria de otras, y que basta la opulencia de una sola familia para producir la pobreza extrema de otras muchas.

Mi padre ocupó algunas semanas en hacerme ver los objetos mas remarcables de la corte. La magnificencia y el buen gusto de algunos edificios, estremadamente alabados por los estrangeros y casi no conocidos por los naturales, me sorprendian en el principio; pero á poco tiempo ya no escitaban en mi alma sino muy frios sentimientos de admiración.

¿Permitirá la corta edad de quince años fijar su imaginación en la gloria inmortal de las bellas artes, y en los felices resultados de los esfuerzos del ingenio? Se necesitan bellezas mas animadas para robar el corazón de un joven dotado de vivacidad y de ardor por la naturaleza. Dentro de los muros del convento de mi hermana Adelaida estaba el objeto adorable por el cual habia de apreciar yo mi existencia.

Mi padre que amaba mucho á mi hermana, solia visitarla casi diariamente, y por sus

conversaciones infirió que Adelaida estaba ya ligada en amistad con madamita *Sofía de Pontis*, educanda del propio convento. Con mas facilidad se hallan buenas amigas dentro de un claustro, que en la gran sociedad del mundo. La causa no es imposible de averiguar. Mi hermana solia ponderar la hermosura, el talento, las gracias, y sobre todo la bondad del corazon de *Sofía de Pontis*. Aunque mi padre y yo sospechásemos alguna exageracion, era natural el deseo de conocerla. Mi corazon palpitaba sin que yo pudiera designar la causa: el presintió lo que debia suceder.

Mi hermana fue á buscar á mi amiga, y trajo á *Vénus* de edad de 14 años. Yo quise adelantarme, hablarla y saludarla; pero al verla fui estátua fria, con boca entreabierta, ojos fijos y brazos caidos. Mi padre observó mi turbacion, y dirigiéndome una mirada significativa me dijo: «Vamos, Foblas, pero á lo menos tú saludarás á esta señorita.» Mi confusion creció con el aviso: hice una reverencia muy distante de la finura correspondiente, y el baron dijo á *Sofía*: «Creeria Vmd., señorita que mi hijo ha tenido maestro de baile?» Esto acabó de trastornar mis sentidos por el rubor. Mi padre saludó muy finamente á *Sofía*, ella correspondió con gran modestia, pero con una voz que tambien me parecia alterada por la turbacion, y su eco resonó en los senos mas profundos de mi corazon. Entonces el órgano de mis oidos parecia perfeccionarse, las órbitas de mis ojos duplicarse; solamente mi lengua carecia de movimiento. Llegó el ins-

tante de la despedida; mi padre abrazó á su hija, y saludó á madamita de Pontis. Yo, sin deliberar, saludé á mi hermana, y fui á dar á Sofía un abrazo.... Su aya, menos turbada que yo, me advirtió la equivocacion; mi padre admirado me habló con los ojos; Sofía quedó como sonrojada; esto dió nuevo realce á la hermosura de sus colores; y, manifestando la mas graciosa sonrisa, entreabrió Sofía sus labios que aumentaron mi embeleso.

Volvimos á casa del señor Duportal; nos sentamos á la mesa; yo comí distraido como enamorado de quince años de edad. Despues del café pretesté una leve indisposicion y me retiré á mi cuarto, donde solté los frenos de la imaginacion representándome infinidad de atractivos en Sofía. ¡Qué gracia! ¡qué beldad! decia yo en lo mas secreto de mi alma. Su encantadora hermosura es tan animada que indica un talento penetrante, y yo creo que su interior corresponde á lo exterior. Sus grandes, rasgados y brillantes ojos negros me han inspirado un sentimiento que no acierto á definir. ¿Si será de amor? Sí, Sofía; sin duda, sin duda estoy enamorado, y este amor primero será el último, porque ocupa toda mi alma.

Así hablaba yo á mis solas; y cuando las primeras impresiones dieron lugar á discursos menos acalorados, me vino á la memoria lo que tenia leído en varias novelas. Segun ellas ¡cuántos efectos maravillosos produjo algunas veces un encuentro casual inesperado! ¡Cuántas veces en la primera vista de una beldad habia bastado una sola mirada para cautivar un cora-

zon preparado al amor, si él está exento de otros lazos! ¡Cuántas veces la misma beldad se sentia herida por las irresistibles flechas del amor en favor de un jóven que la miraba con interes! En contrario me presentaba mi memoria otras sentencias de grandes filósofos que negaban los efectos y aun la existencia de la simpatía. ¡Oh divina Sofia! exclamé yo despues en mi corazon. Conozco que mi alma está enamorada de tu angelical persona; pero ¿has admitido tu la víctima? ¿has mirado con algun interes á Foblas? ¿has tomado parte en las sensaciones que me agitaban en tu presencia? Si reflexiono sobre el modo con que por mi turbacion me he conducido, no debo formar un agüero favorable; pero tu voz se alteró al hablar. ¿No pudo ser efecto de sensaciones amorosas? Tu sonrisa por mi equivocacion de personas, ¿no podria interpretarse como placer del conocimiento de la causa? En semejante situacion, ¡oh Sofia! yo prefiero la idea de una esperanza: los filósofos saben poco en materias de amor: los autores de novelas fondean mejor el corazon de las personas jóvenes.

Distraido con estos pensamientos me asomo á la ventana de mi cuarto; veo al baron y al señor Duportal pasearse por el jardin; observó que mi padre hablaba con energia particular; que de cuando en cuando dirigia sus ojos hácia mi persona; formo concepto de que soy el objeto de su conversacion, y sospecho que mi padre ha conocido ya la pasion amorosa que acababa de nacer en mi alma. No

me affigió mucho la sospecha, pero si la idea de que mi padre anticiparia su regreso al país y me llevaria consigo, pues no me habia explicado aun sus proyectos: me parecia insupportable la separacion de Sofia sin saber cuando lograria la felicidad de volver á verla. Llegó la hora de cenar, y lo hice penetrado de un dolor inesplicable. No habia conocido aun los placeres del amor, y sentia ya sus mas amargas penas. Una gran parte de la noche corrió sin que pudiera conciliar el sueño. Entre las diferentes ideas que combatian mi acalorada imaginacion, vino la de que veria de nuevo á Sofia en el dia inmediato, ella me hizo dormir. Soñé con el objeto de mi amor; la noche fué agradable, y tanto que ya era tarde cuando me desperté por la mañana. ¿Por qué me habran dejado dormir tanto? exclamé; mi padre habrá ido á ver á mi hermana, y se me ha privado del gusto de acompañarle.

Estaba yo afligido con estos pensamientos, cuando entra en mi cuarto el señor Duportal, y dice:

Duportal. Caballerito, ¿estais contento en Paris?

Foblas. Tanto que la mayor pena seria dejarlo.

Duportal. No lo dejareis en mucho tiempo.

Foblas. ¿Es cierto, señor Duportal?

Duportal. Ciertísimo. El señor baron, mi amigo, tiene un grande amor y muy verdadero á sus hijos. Por no alejarse de su hija, y

por perfeccionar la educacion del heredero de su casa, resuelve fijar por algunos años su domicilio en Paris.

Foblas. ¡Oh qué padre tan amable, señor Duportal! ¿Podré consentir en el placer de no dejar á Paris?

Duportal. Hoy mismo se trata de preparar habitacion cómoda y decente.

Foblas. No conozco límites á mi alegría.

Duportal. Lo creo, porque no pienso que los ponga una circunstancia que acompaña la determinacion.

Foblas. ¿Cual es?

Duportal. Que habeis de vivir subordinado á.....

Foblas. ¿A mi padre? Por supuesto: con mucho gusto. ¡Oh! mi padre..... Mi padre es muy amable.

Duportal. A un ayo, á un sujeto escogido entre los que suelen ser institutores, ó maestros literarios; y que, aunque sea criado del baron, merezca ser respetado y obedecido de su hijo. Parece que vuestra grande alegría pierde algunos grados. ¿Que tal? ¿Acierto?

Foblas. Yo creo que á ningun jóven de mi edad gusta ver á su lado al censor de su conducta; pero en fin si mi padre lo quiere así, yo no pienso mostrar oposicion á sus ideas.

Duportal. El mostrarlas seria un crimen inútil.

Decir esto y anunciar la llegada del señor *Person*, fué todo uno. Entra este personaje seco y descolorido; indica ser el ayo escogido

para perfeccionar mi educacion, y su presencia duplica los grados de la pena que yo habia recibido con el anuncio. Habiéndonos dejado solos el señor *Duportal*, comenzó *Person* á dirigirme la palabra.

Person. Vuestra figura.... (se paró como para pensar lo que habia de hablarme, y prosiguió: «Vuestra figura corresponde bien á lo que debe ser vuestra persona.»

Le contesté con alguna sequedad. Yo miraba su venida como un obstáculo de ver á Sofía; esta idea me puso de tan mal humor, que me determiné á tratarle de modo que conociera ser su suerte infeliz si no preferia el partido de complacerme. Quise hacérselo entender desde los principios para que le sirviese de gobierno, y las resultas fueron favorables á la disposicion de mi alma.

El baron me confirmó por la tarde lo que me habia dicho el señor *Duportal*. Me mandó tambien no salir de casa sin la compañía del ayo. Este se habia encargado de aumentar mis grados de literatura. Yo noté bien pronto que, á pesar de la presuncion del escogido, el discípulo valia, cuando menos, tanto como el nuevo maestro, y le dije:

Foblas. Señor *Person*, hablemos claro: usted no es capaz de enseñarme lo que deseo aprender. ¿Para que incomodarnos mutuamente? Dejemos los libros que nos han de aca-lorar inútilmente. Vamos al convento en que mi hermana mora. Si concurre al locutorio madamita Sofía de Pontis, verá usted de cuan divina hermosura la quiso dotar el cielo, y...

Person. ¿Qué es lo que decís, caballero? ¿Pensais que yo sería capaz de corresponder así á la confianza del señor baron? Yo no podré menos de informarle del modo con que os conducis en un asunto tan importante.

Foblas. ¿Si? pues oiga usted, señor *Person.* Yo diré á mi padre que sé de libros mas que usted; que el señor Duportal busque jueces literarios, porque yo desafio á usted. Las resultas serán despedir á usted y buscar otro.

Person. Mirad, señorito, yo no pretendo trataros de ignorante; ni estoy ahora de humor de abandonar la plaza que se me ha dado. No soy tan inexorable como acaso habeis pensado, ni hallo inconvenientes en acompañaros al convento.

Foblas. ¡Oh señor *Person!* yo veo bien que usted es un hombre de juicio. Bien, señor *Person*, muy bien; nosotros seremos amigos; yo lo preveo. Vamos al convento.

Mi ayo tomó su baston de caña, su mal sombrero, y me acompañó en seguida. Vino al locutorio Adelaida, mi hermana, con su aya, venerable celibata que habia servido á mi madre, y permanecido sirviendo en casa desde nuestra infancia. Yo la rogué que nos dejara solos, y *Manona* condescendió sin incomodarse. A pesar de la presencia del ayo se quejó Adelaida de la falta de visitas del baron, aunque ambos le disculpamos suponiéndole ocupado en sus nuevos planes, y añadió Adelaida.

Adelaida. « Pero tú, *Foblas*, ¿has olvidado tambien á tu hermana? ¿Tratas de in-

» comodarnos á mi y á mi amiga? serias un
 » ingrato. Madamita de Pontis ha salido; vuel-
 » ve á vernos mañana. ¡Ola! pero procura no
 » incurrir en equivocaciones personales. Sofia
 » se reconciliará contigo sin dificultad, y aun
 » mediará para que su aya te perdone la dis-
 » tracción del otro dia que aun no te ha per-
 » donado ni echado en olvido.»

Foblas. Bien está, hermana mia, pero es forzoso que consigas el permiso del señor Person, pues está poseido de la rabia de trabajar en los libros sin descanso. Adelaida pensó que yo hablaba formalmente, y rogó á mi ayo con energía que le diera este gusto. Yo repetí la súplica de mi hermana: Noté que Person habia escuchado la ironía con mayor serenidad que se debia esperar, y aun observé que no le disgustaba la visita; pues no dió indicios de abreviarla, antes bien insinuó ser temprano, circunstancia que me reconcilió con él enteramente.

Cuando volvimos á casa del señor Duportal, aguardaba ya mi padre para llevarnos al *hotel* (1) que habia alquilado en el cuartel de *San German de los Prados*. Aquella misma tarde se me dió posesion de la vivienda que se me habia destinado, y encontré allí á *Jazmin*; nuevo servidor que se me aumentaba. Era un jóven de buena figura, y

(1) *Hotel* es una casa magnífica que se llamaba *palacio* si estuviera en un pueblo de provincia, y no se le da en Paris este nombre porque corresponde solo á los del rey, familia real, cámaras y corte soberana de justicia.

me cayó en gracia desde la primera vista.

Mi ardiente imaginacion me trajo luego á la memoria la reconvencion de Adelaida. *¿Tratas de incomodarnos á mí y á mi amiga? Serías un ingrato.* ¡De cuantos y cuan diferentes modos comentaba yo estas palabras! Luego Adelaida y Sofía tienen conversaciones de las que yo soy objeto. Luego habian sido esperadas nuevas visitas mías. Luego las dos deseaban que yo las hiciese. Luego Sofía las echó menos. ¡Que larga me pareció la noche de aquel día! ¡Que lento el curso de las horas anteriores á la de poder volver al convento!

Llegó por fin esta; ví á mi hermana; y por la segunda vez á Sofía tan hermosa y tan amable como en la primera. La sencillez del trage parecia dar realces á su beldad. Mis ojos no se hartaban de mirarla: y ¡cuantas veces se encontraron con los suyos empleados en mi persona! En el mismo instante los de Sofía mudaban con modestia su direccion. Sus cabellos largos abundantes y negros como sus ojos, hacian un contraste singular con la imponderable blancura de la tez del rostro y de las manos. La elegancia de su talle me admiraba; y no menos la pequeñez del círculo de su cintura, capaz de caber en el vacío de mis manos: la pequeñez y hermosa forma de su pie aumentó mis encantos; y no sabia yo entonces que semejante circunstancia fuese buen agüero. Volvia nuevamente á mirar la cara de Sofía, y descubria cada vez nuevas gracias en ella: pero sus ojos.... ah!

que ojos! me pareció que tenían lengua y que decían: «*Nosotros haremos feliz al mortal que nos caiga en gracia.*»

Hablé á Sofía en términos que pudiera lisonjearse de su mérito personal, tanto mas cuanto menos podian interpretarse como preparadas mis espresiones. La conversacion fué general en el principio, despues pasó á particular. *Person* hablaba con mi hermana; yo con Sofía. Muy pronto comprendí que esta discreta señorita trataba de no disgustar á su aya, procurando que tomara parte activa en la escena. Cerciorado de esta importante verdad, le hablé con grande agasajo. Noté que le gustaba mucho hablar y contar historias ó sucesos antiguos del tiempo de su juventud; manifesté placer en escucharla; sus cuentos por lo comun eran insulsos, sin embargo yo procuré hacerle creer que me gustaban. Esto le daba esfuerzo; y mientras ella se dilatava en sus narraciones; yo hablaba en voz baja con Sofía. La vieja lo advirtió por fin, y levántandose precipitadamente, dijo: «Señorito, usted hace comenzar muchas historias y despues no atiende. ¿No conoce usted que eso es impolítico?» Sofía siguió á su aya, pero me consoló con una mirada encantadora.

Notamos parar un coche, y á pocos momentos entra en el locutorio mi padre. Adelaida le dió amorosas quejas de la escasez de visitas. El baron afectó gran falta de tiempo por causa del establecimiento de su casa en Paris, y continuando la conversacion en el mis-

mo sistema durante pocos minutos, levantó luego la visita y nos llevó consigo á Person y á mí.

Encontramos en la calle junto á la puerta del hotel un hermoso coche parado con buenos caballos, bien enjaezados. El portero dijo que un caballero gordo y negro estaba esperando al señor baron hacia mas de una hora, y que una madamita muy graciosa acababa de llegar y estaba en el salon. Mi padre manifestó gran placer con apariencias de sorpresa; subió aceleradamente á su cuarto, quise acompañarle; me dijo que fuese al mio por entonces: hallé á *Jazmin*; le pregunté por el caballero gordo y por la madamita graciosa: nada sabia.

¿Un jóven de mi edad podia menos de tener curiosidad en este caso? Yo veia un misterio. Quise descifrarlo. Me puse á una ventana de mi habitacion sobre la calle: á poco rato ví salir un hombre vestido de negro que manifestaba ir contento y hablaba consigo mismo. Un cuarto de hora despues sale del hotel una madamita: salta con rapidez al coche; la quiere imitar el baron haciendo del jóven ligero; recibe un terrible golpe con la puertezuela en el cuello; me asusto, y hubiera bajado corriendo si no hubiese conocido al instante que la desgracia no era de consecuencia, puesto que la madamita daba las mas fuertes carcajadas de risa. Mi padre, aunque por complexion es colérico, no manifestó impaciencia; esto me admiró. Cuando ya estaba en el coche, sacó la cabeza por la venta-

nilla del cristal; miró á mi ventana; notó que yo habia podido ver el suceso, hizo un gesto de mal humor, y mandó al portero que me dijese que él salia por causa de ciertos negocios que le urgian, y que yo no le aguardase á cenar; mi curiosidad crecia, y di comision á Jazmin para investigar la verdad. La supo sin demora por los otros criados; y en aquella misma noche me instruyó de que el baron de Foblas frecuentaba los teatros, y leia los papeles públicos de todos los dias; que por los anuncios del *Diario* (llamado de los *pequeños carieles*) habia escogido un hombre para mayordomo; y que por otra parte habia elegido una bailarina del teatro de la *gran ópera* para cortejo. Estas noticias me hicieron formar concepto de que mi padre seria muy rico, cuando multiplicaba tanto los motivos y los objetos del gasto. La noticia de la bailarina no me causó impresion extraordinaria. Yo amaba, y no me pareció extraño que mi padre amase. Por lo respectivo á riquezas ¿la edad de quince años es acaso propia para fijar la consideracion en ellas? Yo deseaba agrandar al objeto de mi amor. He aqui los principales cuidados de la primavera de la vida humana.

Desde entonces multipliqué las visitas á mi hermana, y en casi todas estaba Sofía. Su aya me trataba con menos severidad, porque yo le dejaba finalizar sus difusas historias, y porque Adelaida le hacia de tiempo en tiempo sus regalitos. El bachiller Person no era ya el antiguo pedadogo empeñado, como muchos de

su rango, en manejar libros y aparentar la ciencia que no tienen. Prefirió imitar á otros de su clase que, por extremo contrario, solo son pedantes y petimetres, ocupados en vestir y peinarse como nuevos Narcisos. Asi era Person, minucioso en adornarse, relajado en su moral, aficionado como los demas á vomitar erudicion entre mugeres; y no hablar entre hombres mas que superficialmente de asuntos literarios. Si en el principio habia querido ser rígido y severo conmigo, ya su carácter estaba tan cambiado que solo pensaba en complacerme, anticipando las ideas de mi gusto, y bastaba insinuar yo voluntad de ir al convento para que al instante se dispusiese á lo mismo.

Por otra parte mi padre se habia entregado á los placeres de la corte, y recibia muchas gentes á sociedad en su casa. Esto me ofreció varias ocasiones de ser objeto de atencion del bello sexo. Algunas damas me hacian finezas cuyos motivos no estaba yo aun en estado de comprender. Se distinguió entre ellas cierta viuda que intentó probar cuanto influjo podrian tener sobre mi corazon sus gracias ya marchitas. !Oh, como procuraba practicar lo que viene muy natural á las niñas de la edad primera del amor! ¡Cuántas expresiones cariñosas prodigaba! Entre tanto yo no veia en el mundo sino á Sofia, como digna de ocupar mi pensamiento, ni acababa de entender lo que observaba, porque mi alma estaba todavia inocente y no sabia que pudiera existir un amor distinto del pu-

resimo que ardia en mi corazon para Sofia.

Pasaron cuatro meses en frecuencia casi diaria de visitas al convento; y la costumbre de vernos vino á ser una verdadera necesidad. Pero ¡que ingenioso es el amor! Cuando los enamorados no conocen aun que lo son, y cuando el amor busca medios de disfrazarse, se inventan nombres cariñosos que suplan á los dulces y espresivos que desean, y que tal vez aguardan. Sofia me llamaba *su jóven primo*, yo á ella *mi linda prima*. El amor brillaba en nuestras acciones mas pequeñas: nuestras miradas recíprocas lo decian en silencio; pero nuestras lenguas no espresaban el nombre, y mi hermana no lo conocia, ó bien guardaba el secreto de su amiga. Yo mismo conducido solamente por los primeros impulsos de la naturaleza, estaba lejos de sospechar las ocultas ideas de un amor. Lleno de placer con solo ver á Sofia, reputándome dichoso con el gusto de oirla y de besar alguna vez su hermosa mano, deseaba mas, y no sabía cuales eran mis deseos. Sin embargo se acercaban ya los momentos en que un amor galante y variable disipase las tinieblas de mi imaginacion, y me iniciara en los misterios de otros placeres.

Llegó aquella estacion estrepitosa, en que las diversiones y la locura se reunen en la corte. Momo habia hecho anunciar sus fiestas de danzas. El carnabal en fin del año 1784 estaba próximo. Uno de los caballeros jóvenes que mas compañía me habian hecho en los tres últimos meses era el *conde de Rosam-*

ber, de edad de 22 años. Mi padre lo estimaba mucho y solia colmarlo de grandes elogios.

Rosamber. ¿Es posible, me dijo un dia el conde que habeis de seguir con tal constancia una vida tan retirada y monotona? Cuando yo tenia vuestra edad ¿qué hubiera sido de mí, si me obligasen á sepultarme en casa de mi padre sin salir á mas que á la visita de unas beatas? ¿Habia yo de prolongar eternamente mi vida infantil? ¿No debia yo apresurarme á gozar del mundo, en que mi figura y mi talento me proporcionarian acogida favorable? No, amigo mio; ya es tiempo que mudeis de rumbo. Yo acostumbro á concurrir cuatro dias por semana en una casa decente, donde hay haile y diversion. Determinaos á venir mañana conmigo. Allí encontrareis personas que deben gustaros, y buena compañía.

Foblas. No, conde, no. Yo temo asistir á tales concurrencias.

Rosamber. ¿Que temeis? ¿Pensais comprometeros en algun lance de honor? ¡Que timidez! Mas pareceis doncella que caballero joven de una corte.

Foblas. Decid, conde lo que quisiereis, pero temo las resultas.

Rosamber. Pues bien. Me ocurre un medio de aseguraros contra toda especie de recelos. Vestios de muger. Un traje que todos respetan, será el mejor garante de vuestra seguridad.

Foblas ¿Que idea tan extravagante, Ga-

nas de reír á carcajadas me da un pensamiento tan exótico!

Rosamber. ¿Y porque? ¿Qué dificultad hay en eso? Vuestra cara ofrece proporcion para el objeto, pues aun no teneis pelo de barba. Vuestra fisonomía y vuestro aire personal permiten la equivocacion. Una cierta persona concurrirá de mi conocimiento, y me propongo mortificarla con solo llevar una señorita en mi compañía. ¡Que gusto! Vereis como nos divertimos.

En mi edad no es extraño adoptar ideas de esta naturaleza: la del disfraz me petó, y al momento me ocurrió la de visitar en traje de muger á Sofía. ¡Que gusto, me representaba yo, tan particular cuando me viese! El conde dispuso al instante que un sastre de su confianza me hiciese para el dia inmediato un traje de amazona, como las damas inglesas suelen llevar cuando viajan á caballo. Un hábil peluquero arregló mi pelo y colocó sobre mi virginal cabeza un sombrerito de castor. Cuando ya estaba disfrazado en forma, bajé al cuarto de mi padre. Se inquietó al mirarme, se acercó, y riéndose dijo:

Baron. Pensé de pronto que eras Adelaida.

Foblas. Padre, ¿podria yo parecer tan bien que usted equivocase una persona con otra?

Baron. Hijo mio: te confieso que al primer momento me equivoqué y recibí algo de inquietud sobre cual seria el motivo de haber salido del convento sin mi noticia, y de haber tomado un traje tan extraño. Pero no ente-

vanesca con esta pequeña ventaja. La buena cara en un hombre ó no es mérito estimable, ó bien es el mas ínfimo de su sexo.

El señor Duportal estaba presente á la escena y dijo:

Duportal. Señor baron, vos hablais de chanza sin duda. No sabeis... Mi padre le miró con una intencion muy significativa; y el señor Duportal cesó de hablar sin finalizar el período.

Mi padre fue quien primero manifestó deseos de llevarme al convento. Adelaida no me conoció hasta despues de fijar su atencion por espacio de algunos momentos. El baron, admirado de la semejanza que notó entre las dos hermanas, prodigó sus caricias, abrazándonos muchas veces á mi hermana y á mí.

Adelaida. ¡Cuanto siento, dijo Adelaida, estar ahora sin mi amiga! ¿Me permite usted, papá mio, ir á llamarla? El baron consintió. Sofía vino. Adelaida le dijo: abraza á mi hermana. La señorita fijó en mí su vista, y quedó cortada por la sorpresa.

Aya. Vamos, abrazad señorita, dijo su aya engañada por la metamórfosis; y el baron repitió:

El baron. Madamita, dad un abrazo á mi hija. Sofía se encendió de colores, se acercó temblando, y yo sentia palpar mi corazón. No se cual secreto instinto nos conducia, ni como pudimos ocultar nuestra felicidad á los que nos observaban; pues aunque todos pensaron haber intervenido solamente un contacto de mejillas, el hecho cierto fue

que mis labios apretaron los de Sofía.

Lectores sencibles, si os habeis enternecido alguna vez leyendo el suceso de la querida del Señor Preux en la *Novela de Heloisa*, pensad ahora cual seria el placer de Sofía y cual el mio. Este fue tambien el primer beso del amor.

CAPÍTULO II.

Aventura en un baile y sus consecuencias.

Cuando llegamos al hotel, ya nos esperaba el conde de *Rosamber*. El Baron se informó del plan y me permitió, con mayor facilidad que yo habia esperado, pasar toda la noche en el baile. Aun tuvo la cortesía de cedernos su coche para la ida.

Rosamber. Esta noche, amigo Foblas, voy á presentaros á una dama jóven que me quiere mucho. Hace mas de dos meses que le juré amistad eterna, y todo el incendio de mi amor: mas de seis semanas han corrido desde que le cumplo mis promesas con la mayor exactitud.

Yo no comprendia toda la fuerza de las expresiones del conde. Su language para mi era todavia enigmático. Pero habia comenzado á tener rubor de ignorar ciertas cosas que de cuando en cuando escuchaba. Quise hacer creer al conde que yo entendia su discurso; mi amor propio me impedia por otra parte contestar directamente por el recelo de no acertar. Pro

ferí sonreírme, cuya interpretacion es equívoca; y lo hice con aire de travesura.

Rosamber. ¡Oh cuanto voy á mortificarla! Os estimaré infinito, amigo mio, que finjais amarme mucho, y ya vereis que cara pondrá la dama... ¡Ola! ¡cuidado de no indicar en modo alguno que sois hombre! Yo voy á ponerla en términos de una desesperacion.

Ápenas llegamos á la sala del festin, se fijó sobre mi la atencion general. Comencé á turbarme; mis colores se asemejaron al de fuego, y perdí mi serenidad porque atribuí aquél efecto á causa muy distinta de la verdadera. Me ocurrió que alguno de los adornos femeninos iba mal puesto, ó que mis movimientos y mi aire habian sido varoniles. Pronto conocí mi equivocacion. Un crecido número de caballeros jóvenes se acercó hácia mí indicando en sus maneras indirectas gustarles el objeto que acaba de llegar; y muchas damas comenzaron á conversar con sus mas vecinas, mirándome de suerte que no se podia dudar hablaban de mí, buscando faltas para la censura. Una dama me mira con desden, otra examina mi persona mostrando ceño, estas ponen en movimiento sus abanicos, aquellas manifiestan sonrisa maligna; en fin casi todas hicieron lo que suelen cuando entra una señorita de mérito, capaz de ser su rival, luego que notan acercarse los caballeros jóvenes. Esto me tranquilizó, y conocí que sin duda estaba yo bien disfrazado.

Poco tiempo despues entró la marquesa de Babia, dama jóven, de bastante mérito per-

sonal. Esta era la querida del conde, quien inmediatamente me presentó á ella diciéndole ser yo *madamita Duportal*, parienta suya que habia salido del convento. Muchos caballeros se nos acercaron formando círculo, y el conde hizo mi presentacion afectando aire de vanidad de tener á sus órdenes una señorita de mérito, con indicios de inclinacion hácia ella. La marquesa se picó en sumo grado; pero formó empeño de disimular, manifestando grande complacencia de hacer conocimiento conmigo.

La marquesa. ¿Estabais contenta en el convento?

Foblas. Yo lo estaria si hubiese allí algunas damas como vos.

Quedó muy prendada de mi respuesta; multiplicó preguntas; le agradaron mis contestaciones, y felicitó al conde de tener una parienta tan discreta como hermosa. Prosigió haciéndome finezas y prodigando las espresiones de amistad y cariño que suelen unas damas hacer á otras en tales ocaciones; por último concluyó dándome un beso tierno y muy espresivo, al que correspondí con otro igual. No era eso lo que Rosamber queria, ni lo que habia esperado; por lo que arrepentido de su primer propósito, escogió diferente rumbo el cual produjo escenas bien cómicas. Observadlo ahora.

Rosamber á la marquesa, en voz baja. Sabed que no es muger quien os habla, sino un hombre disfrazado.

La marquesa, despues de haberme mi-

rado muy cuidadosamente. ¡Bellísima especie! pero la extravagancia llega tarde.

Rosamber. Lo que digo es verdad.

La marquesa, despues de haber fijado la vista de nuevo en mi. ¡Que locura! ni es verdad ni lo puede ser.

Rosamber. Lo es; y estoy seguro.

La marquesa, dirigiéndome la palabra en voz baja. ¡Que idea tan rara! ¿Sabeis lo que me dice el conde? Quiere persuadirme que sois hombre disfrazado en traje de mujer.

Foblas á la marquesa, en voz baja y con timidez. Dice verdad el conde.

La Marquesa, mirándome cariñosamente, apretándome la mano con un modo muy significativo, y fingiendo no haber comprendido bien lo que yo le habia contestado, dice en voz alta; ya sabia yo eso, lo demas no tenia verosimilitud alguna. Pero ¿á que fin habrá querido el conde fingir esta especie!

Rosamber. ¿Pues que? ¿la señorita pretende, aun ahora mismo, despues de mi declaracion, llevar adelante...

La marquesa. ¿Como si lo pretende? ¿Podria persuadir lo contrario una señorita tan graciosa y tan amable?

Rosamber, ya inquieto y turbado. ¿Será posible que...

La marquesa, ya en tono de enojada. Vamos, señor conde, acabad; ó pensais que yo soy una tonta, ó vos estais loco.

Foblas, en voz baja. Señora, perdonad-

me si no me he explicado bien. Yo soy hombre. Dice verdad el conde.

La marquesa, en voz baja y apretándose de nuevo la mano. Tampoco á vos os ereo ahora.

Foblas, en voz baja.... Os aseguro, madama, que...

La marquesa, dándole un abrazo. Callad, picarilla, callad, que ya os entiendo: no lograreis engañarme mejor que el conde.

Rosamber no habia oido las últimas contestaciones, y quedó pasmado cuando vió el abrazo. Los caballeros jóvenes del círculo ignoraban el misterio de la conversacion, y esperaban con impaciencia el desenlace del suceso y la explicacion de un diálogo tan oscuro para ellos. Entre tanto el conde, temeroso de disgustar á su querida y de pasar plaza de ridículo, se mordía los labios, sin valor para respirar una palabra, con solo el consuelo de pensar que la equivocacion cesaria luego, descubriéndose la verdad.

Entró entonces en el sarao la condesa de *Celin*, amiga de la marquesa; esta le dijo algunas palabras al oido; ignoro su contenido; pero el efecto inmediato fue arrimarse á Rosamber la condesa y no separarse de su lado. Empezó el baile: salí á una contradanza; por casualidad estuve parado delante de la condesa de *Celin* y del conde de Rosamber, y les oí este diálogo.

La condesa. No, no, amigo; no hay que pensar en eso. Vos sois mio para toda la noche. No cedo á nadie vuestra compañía. Seré

mas zelosa que un sultan. No permitiré que hableis á persona viviente. O no habeis de bailar, ó lo hareis solo conmigo. Si las galanterias que me habeis dicho son de veras, estais obligado á cumplir mis órdenes; y en verdad os intimo con rigor que no hableis poco ni mucho en esta noche á la marquesa, ni á vuestra parientita.

Rosamber. Si, á mi parientita.... Si vos supierais.....

La condesa. Nada quiero saber, nada. Solo quiero que permanezcáis conmigo aqui. ¡Ola! ¿qué? ¿lo sentís? ¿Sabeis que tal vez tengo ya formados proyectos relativos á vuestra persona? ¿Qué? ¿Hareis el desdeñoso?

La contradanza concluyó, y no pude oír mas por serme forzoso buscar asiento. La marquesa me tenia ya uno preparado junto al suyo. Mas de veinte veces empezamos, cortamos y volvimos á tomar conversacion, y siempre fue sin embargo muy animada, bien que interrumpida por caricias que la marquesa multiplicaba; todo bajo el concepto equivocado que no pude deshacer, aunque lo procuré y me fué forzoso al fin dejarla en un error que parecia serle agradable.

El conde nos observaba con inquietud considerable. La marquesa procedia como quien no lo advierte, y me dijo:

La marquesa. Señorita, yo no tengo intencion de pasar aqui toda la noche. Si dais crédito á mi esperiencia, debeis hacer lo mismo para conservar vuestra preciosissima salud: mi marido, el marques de Babia, vendrá pron-

to á buscarme; son ya mas de las doce; venid con nosotros, tomaremos una pequeña colacion, y luego yo misma os conduciré á vuestra casa.

Foblas. Muchas gracias, Señora; y mediante vuestra vondad, no me ocurre inconveniente de seguir vuestro consejo, ni de aceptar vuestra oferta.

La marquesa. ¡ Ah señorita! vos sois finísima en todo: debo daros gracias de vuestra confianza, ella consolidará nuestra amistad.. ¡ Ola! me ocurre una especie, amiguita; no digais nada del cuento del conde de Rosamber sobre disfraz de trages. Mi marido tiene un genio particular, y nos ha de ofrecer tal vez motivos de conversacion. De cuando en cuando tiene caprichos de hacer el papel de amante; muestra zelos ridículos, y despues acaba con finezas y espresiones que yo le dispensaria de muy buena gana. Por lo respectivo á la fidelidad, el me la jura mil veces; yo hago tanto caso de sus juramentos como de la fidelidad misma. Sin embargo me parece que no dejaria de agradarme hacer ahora una prueba. La ocasion es la mas oportuna. El marques se prenderá bien pronto de vuestra hermosura; se mostrará obsequioso y fino, no lo dudo.. Si vos quisierais tener la bondad de hacer algunos avances....

Foblas. ¿ Que es eso de hacer avances? ¿ Como se hacen?

La marquesa, riéndose mucho de mi sinceridad y mirándome con ternura. Escuchadme, vos sois muger, eso no es dudoso

así todas las caricias que yo os he hecho esta noche, son únicamente agasajos de una dama para otra; pero si vos fuerais efectivamente un hombre disfrazado, como fingia el conde y si estando yo instruida y segura del disfraz os hubiera hecho esas mismas caricias, ellas serian *avances*, espresion equivalente á la de *insinuar*, porque así *se insinua* y se indica con bastante claridad la disposicion de una condescendencia.

Foblas. Bien, madama, ya entiendo la idea. Solo por complaceros estoy pronto á *insinuarme* con el marques, y según las circunstancias *hacer avances*.

La marquesa. Gracias, señorita, si el marques dice alguna espresion cariñosa, mostrad una sonrisa de agrado, y miradlo con aire de ternura, pero cuidado; no le apreteis la mano, ni le abraceis, como hice yo con vos, porque siendo el hombre y vos una señorita, no seria eso decente.

Llegó el marques á este tiempo. Es todavía jóven y bien formado; pero su estatura es muy pequeña; el aire, los movimientos y los modales se resienten de esta circunstancia. Su cara no deja de ser graciosa, mas de tal naturaleza que por lo regular hace reir.

La marquesa al marques. He aqui á madamita Duportal, parienta del conde de Rosamber. Yo no dudo que os doy mucho placer anunciándoos que nos ha prometido cenar con nosotros.

El marques. Teneis razon, marquesa; madamita Duportal es un prodigio de hermosu-

ra; su cara es bien interesante.

Foblas. Mil gracias, señor marques; yo no reconozco en mí el mérito que indicais.

El marques. ¡Oh que sí! Vos sois linda y muy linda! Teneis tambien gran talento, y mi voto en esta parte merece aprecio, porque soy uno de los mayores fisonomistas de Paris. Tengo suma complacencia en que nos hagais el honor de cenar con nosotros.

Foblas con sonrisa. Me parece que sois demasiado generoso con las damas.

La marquesa, en voz baja y apretándose dulcemente la mano. Hija mia: en el momento que os incomode la presencia del marques, nos retiraremos á mi cuarto.

El marques, habiendo advertido la accion de la marquesa. ¡Oh que manos tan divinas! ¡con que placer imitaria yo á la marquesa!

Foblas, con una mirada insinuante. ¡Que lisonja señor marques!

El marques, con aire de conquistador. Vamos á casa, marquesa, vamos pronto.

El marques salió á llamar á sus criados, el conde de Rosamber lo advirtió: inmediatamente vino á nosotros por mas que la condesa de Celin procuraba retenerlo, y con un tono positivamente irónico, señalando á mi persona, dijo:

Rosamber. Sin duda el señor se halla muy bien con ese vestido galante, pues parece que no piensa desengañar á la marquesa.

Foblas, en el mismo tono irónico,

pero en voz baja. ¿Seriais capaz, mi querido pariente de destruir vuestra misma obra tan pronto?

Rosamber á la marquesa. Madama, yo me considero ya obligado en conciencia á decirlos con toda claridad que la persona que llevareis á vuestra casa no es madamita *Duportal*, sino el varoncito de *Foblas*, hijo del varon de *Foblas*, y fidelísimo amigo, jóven que con mi acuerdo se ha disfrazado en traje de muger.

La marquesa, muy seria. Y yo me considero tambien obligada en conciencia á decirlos con toda claridad que abusais ya demasiado de mi paciencia, y me atribuis, con agravio de mi talento, demasiada credulidad. Vuestra chanza es ya ecesivamente pesada, y debiais haber abandonado una idea cuya duracion es ridícula. Dejad una impertinencia tan extravagante, ó resolveos á no verme jamas,

Rosamber. Madama, yo me siento con fuerzas para seguir los dos extremos; me seria doloroso privar de sus placeres, é incomodar con mis indiscreciones oportunas á personas tan bien unidas.

El marques entra en la sala, el conde se retira, el marques le detiene por el brazo y dice: ¿Que es eso, conde? no vienes tú á cenar con nosotros? ¿nos confias tu parienta? bueno. ¿Sabes que tu parienta es hermosa? Pero, conde, sea dicho solo entre nosotros, me parece un poco.... Vamos, ya me entiendes.

Rosamber, con sonrisa. ¡Oh! sí, muy linda y algo ligera, como muchas otras. Yo te deseo una buena noche,

El marques. ¿Que? que? Piensas tú que yo guardaré á tu parienta para..... Ola! mira; sin embargo, si ella quisiera.....

Rosamber retirándose y riendo á carcajadas. Bravisimo. Vamos: te deseo una buena noche.

La marquesa. ¿Se ha vuelto loco el conde?

Foblas. A lo menos él está bien impolítico,

El marques á mí. Nada de eso; lo que hay de verdad es que os ama con demaciado ardor; y ha entrado en zelos de mí.

Por fin fuimos á casa del marques en cinco minutos, y al momento fué servida la cena. Se me colocó á la derecha del marques, izquierda de la marquesa. No cesaba el marido de hacerme requiebros; en el principio hice poco caso, cuidando solo de satisfacer mi apetito que ya era grande; lo único que acia era mirarle con misterio. Cuando ya por necesidad estomacal estaba remediada, contesté á sus expresiones aplaudiendo las necesidades que menos lo merecian. Cada respuesta mia encantaba de nuevo al marques.

La marquesa no me perdió de vista en todo el tiempo de la cena; sus miradas eran insinuantes; por fin se apoderó de mi mano derecha, y la apretaba con suavidad y dulzura. El marques tomó la izquierda en consecuencia de un *avance* mio, y manifestó una sorpresa tan agradable que parecia estático.

Al mismo tiempo la marquesa se quedó pensativa, y parecia sumergida en profundas reflexiones como si meditase algun proyecto. No

hablaba una palabra ni cesaba de tocar suavemente mi mano, El marques tampoco soltaba la otra, pero la oprimia sin delicadeza; y creyéndose dichoso me indicaba el orgullo de tener engañada á su muger en su presencia misma, y exhalaba suspiros de amor, de modo que pudiera yo advertirlos y agradecerlos. Esto me hacia reir á carcajadas, tanto que receló el marques que su esposa concibiera sospechas; y para contener mi desmasurada risa, tomó el arbitrio de morderme los dedos de mi manos.

Entrando *la marquesa*. volvió de su éstasis y dijo:

La marquesa. Señoritá, vos habias tenido intencion de pasar toda la noche en el baile sin volver á vuestra casa hasta las ocho ó las nueve de la mañana; quedaos pues hasta entonces en la mia. Si se tratase de otra dama menos jóven, yo haria disponer en el momento habitacion correspondiente; pero siendo vos tan niña me corresponde hacer de *mamá*, y para trataros como á hija mia, voy adisponer que se ponga un catre en mi cuarto mismo.

El marques. ¿Y para que segunda cama? no caben en la nuestra dos personas? ¿Acaso incomodo yo cuando voy á buscaros? ¿No dormimos los dos comodamente toda la noche, cada uno en su lado sin estorbarnos el uno al otro?

Entonces medió por de bajo de la mesa una gran rodillada que hizo contucion en mi pierna; yo le correspondí con otra tan fuerte que dió gritos con un terrible *ay*.

La marquesa. ¿Que es eso?

El marques. Ya nada, yo me habia dado

un golpe en la pierna contra un pie de la mesa.

La marquesa y yo reimos á carcajada suelta sin podernos contener; lo mas particular es que tambien el marques se rió por imitacion, sin saber de que. Restituida la serenidad, la marquesa repitió sus ofertas; el marques insistió en que yo debia aceptarlas, y se retiró indicando que volveria pronto.

La marquesa. ¿En que quedamos, señorita? ¿Acceptais mi cama y compañía, ó no?

Foblas. Vuestro convite me honra y me lisongea; pero yo no debo aceptar antes de saber á quien lo haceis. ¿Es á madamita Duportal, ó al borancito de Foblas?

La marquesa. ¡Oh la picarilla! Que¿? Pretendeis tambien vos ser tan constante como Rosamber en la fabula que inventó para inquietarme? ¿No os tengo dicho que en este punto no daba yo mas credito á vos que á él?

Foblas. Pero, madama, las cosas llegan á términos que....

La marquesa, poniendo sus dedos en mis labios. Silencio, silencio; el marques vuelve. No quiero que sepa nada de semejante cuento, ni conviene que oiga simplezas.

La marquesa entonces me abrazó tiernamente, me tomó la mano, y me condujo á su cuarto diciendo: ¡Que amable criatura! ¡que modesta! ¡que tímida! Y eso que no carece de malicia. No! Vamos vamos picarilla.

Se trató muy pronto de ponernos en cama; las camareras de la marquesa iban á servirme para desnudarme, yo lleno de turbacion y de temblor les dije que no necesitaba de su mi-

nisterio, porque tenia costumbre de hacer todo por mí mismo.

La marquesa. Si, dejadla; esas son cosas de niña recién salida de un convento.

Me retiré de tras de las cortinas del dormitorio, y comencé á desnudarme de un traje nuevo para mí; rompía los cordones, buscaba los alfileres y no los encontraba, ó los arrancaba; uno me punzaba poraquí, otro me rasgaba los adornos por allí; cuanto mas acelerado queria obrar, tanto mas tardaba; mi turbacion creció viendo acercarse una de las camareras y entreabrir las cortinas cuando me quitaba yo el último zagalejo. Al momento entré con precipitacion en la cama, y no cesaba de admirarme del encadenamiento de circunstancias que me habian traído á tal situacion sin voluntad propia, y sin ocurrirme jamas la mínima duda sobre la buena fe del error de la marquesa.

Esta señora entró en la cama despues que yo; luego escuchamos la voz del marques que decia:

El marques. Estas señoras me permitirán servir las un instante para desnudarse.

Entró y observando lo sucedido, dijo:

El marques. ¿Como? ¿Ya estan las señoras en cama?

Y acercándose dió á entender que iba á darme un abrazo. La marquesa manifestó enfadarse muy seriamente, y el marques intimidado, se contentó con saludarnos como el conde le habia saludado á el.

El marques. «Yo os deseo una buena noche.»

Un silencio profundo reinó algunos instantes, y despues hubo el diálogo y lo demas que sigue.

La marquesa. ¿Dormís ya, hermosa criatura?

Foblas. No, señora, yo no duermo.

Entonces la marquesa me abrazó estrecha y tiernamente contra su pecho, y notando que el mio no era como el suyo, exclamó con aire de la mayor sorpresa.

La marquesa. ¡Dios mio! ¿Que es esto? ¡De veras es hombre! é inmediatamente me separó de su persona diciendo: ¡señor! ¿Que es esto? Es posible que sea verdad lo que yo he creido fábula inventada para mortificarme?

Foblas, temblando. Madama, yo lo he dicho, y no he sido creido.

La marquesa. Si, vos lo abias dicho, pero era creible lo que decias? El decirlo era bien poca cosa. Era necesario no haberse conformado con pasar en mi casa la noche; á lo menos era forzoso no haber impedido que se os hiciera cama separada.

Foblas, temblando. Madama, yo no lo impedí: el marques fue quien formó empeño de que yo durmiera con vos en su misma cama. Acordaos bien de esto.

La marquesa.... ¿Por que no remediabais todo insistiendo en iros á vuestra casa?

Foblas, puesto en movimiento para salir de la cama. Pues bien, madama, todavia es tiempo, yo me marchó

La marquesa como afligida y sentida,

me detiene y dice:... ¿Vos os marchais? Bueno; y ¿á donde? ¿Y cómo? ¿Despartareis á mis criadas? ¿Quereis hacer conocer á todo el mundo que un hombre ha estado conmigo en mi cuarto de noche y aun en mi cama? ¿Pre-tendeis agradecer mi buena voluntad con ese ultraje?

Foblas temblando. Madama, yo suplico me perdoneis; no saldré de casa, ni aun del cuarto hasta que vos juzgueis conveniente á vuestro decoro. Pero dejadme; yo posaré la noche sobre un camapé.

La marquesa.... Bien está, sí; sobre un camape... Y con el frio que hace... Y despues de causado de bailar... Y con seguridad casi absoluta de una constipacion peligrosa... Y si esto sucedia, ¿cuanto seria mi dolor! Vos mereciais muy bien que aceptara yo vuestra propuesta: pero en fin mi compasion es mayor que mi enfado. Yo no soltaré vuestro brazo mientras no me prometais dos cosas; primera conservar vuestra salud, manteniendo el calor de este lecho hasta la mañana; segunda estar tranquilo toda la noche como si durmieseis vos solo sin mi compañía.

Foblas, temblando. Madama, yo prometo todo con tal que me perdoneis.

La marquesa. No; yo no puedo perdonaros: pero tengo mas consideracion que vos. Mirad vuestra mano ya fria como el yelo, solo por el movimieto que haciais para salir de la cama; ¿qué seria si hubierais salido?

Entonces la marquesa colocó mi mano en su garganta de marfil. Este ccontacto puso á la

naturaleza en accion. Yo no habia conocido sensaciones de esta especie: mi frio se convirtió en calor: el miedo en confianza; la cobardía en valor. Indeliberadamente y sin malicia fuí bajando mi mano. Mi disposicion amorosa crecia por momentos infinitos grados.

La marquesa, con un tono muy dulce.
¿Se ha visto nadie tan comprometida como yo, ni en circunstancias tan delicadas?

Foblas. ¡ Ah mi querida mamá?

La marquesa. Sí, vuestra querida mamá! Buenas consideraciones teneis por vuestra mamá. Yo descubro ahora que sois un libertino?

A pesar de estas palabras yo noté que la marquesa, que antes me habia separado de sus brazos, me los acercaba ya suavemente, y bien pronto nos vimos tan cerca una persona de otra, que hubo encuentro de labios y me atreví á imprimir en los de mi projimo un beso lleno de fuego.

La marquesa con voz dulce y débil. Foblas: ¿es esto lo que me habeis prometido.

Foblas. ¿ Quien podrá cumplir tales promesas á vuestro lado? Y vos tambien ¿á donde habeis conducido vuestra mano?

La marquesa. ¿ Yo?

Foblas. Vos, si, vos; que ya me habeis comunicado un fuego devorador cuya existencia yo ignoraba, y me consume circulando por mis venas. ¡ Ay, mamá! perdonadme: yo muero.

La marquesa. ¡ Ah, mi querido Foblas!....
¡ Ay, amigo mio!

Foblas. ¡ Ay mamá, que no se lo que hago, ni lo que me sucede!

La marquesa. No te desanimes.

Yo quedé sin movimiento, y lleno de confusión. La marquesa se compadeció de mí.... Ayudó mi tímida impericia que por otro lado no le fue desagradable. Yo recibí con tanto gusto como aturdimiento una excelente lección que despues he repetido con frecuencia.

Empleamos algunas horas en este dulce ejercicio: por fin vino el sueño, y comencé á dormir en el pecho de mi bella querida. En esto escucho el ruido de abrir una puerta, por mas que parecia procurarse la suavidad y el silencio. Siento pasos cuidadosamente dados con las puntas de los pies: desarmado, en un edificio que no conocia, no pude librarme de un impulso primero de miedo. La marquesa discurrió lo que podia ser; cambió de plaza en la cama, diciéndomelo por señas que comprendí sin dificultad; abrieron las cortinas por el lado que yo acababa de abandonar.

La marquesa. Quien viene aquí á despertarme?

El marques, en voz baja. Yo.

La marquesa. ¿Que capricho es este? ¿Podreis escoger vuestro tiempo tan mal á propósito que no tengais consideracion á la inocencia de esta niña que tal vez no duerme, y que si duerme, podria despertarse? Por ahora no sois prudente, os ruego que os retireis.

El marques. Ya hice mi viage: no debe ser en balde?

La marquesa. Pues lo será. Yo no quiero. Retiraos.

El marques. En llenando mi objeto.

La marquesa. Ahora lo vereis. La marquesa sale de la cama, toma del brazo á su marido, y lo saca del cuarto. Mi hermosa querida volvió á la cama riéndose, y dijo:

La marquesa. Amiguito, ¿no me conduzco noblemente acia vuestra persona? Ya veis la ocasion que se me presentaba.

Conoci yo entonces que debia compensarla; lo prometí con fuego y se me aceptó con reconocimiento. ¡Una muger de veinte y cinco años es tan complaciente cuando ama!... Un novicio de diez y seis años encuentra en su naturaleza tantos recursos!... Sin embargo todo tiene límites en los débiles humanos; me rendí al sueño, y no desperté hasta muy tarde: la claridad del dia entraba sin que las cortinas sirvieran de obstáculo. La primera persona que ocupó mi imaginacion fue mi padre: la segunda Sofia. ¡Ay! dije; y solté indeliberadamente una lágrima. La marquesa lo notó y tuvo aun valor para disimular, interpretándola como dolor de la separacion próxima. Me abrazó entonces con una ternura muy particular. Yo vi á la marquesa tan hermosa.... La ocasion era tan urgente.... Habia recuperado yo mis fuerzas con el sueño.... La embriaguez de los placeres disipó los remordimientos del amor.

En fin llegó el momento de separarnos. La marquesa me vistió. ¡Oh! ¡que bien puesta hubiera salido yo, si los dos hubiéramos podido prescindir de interrupciones y distracciones! Cuando creimos que ya nada faltaba, la marquesa llamó á sus camareras, y todo el negocio se perfeccionó en regla.

CAPÍTULO III.

Visita en casa del señor Duportal.

Cuando la marquesa y yo estuvimos visibles, ya el marques estaba esperando con mas de una hora de anticipacion. Me dió los buenos dias, celebrando mi prontitud en desvelarme y vestirme. Yo no dudo, me dijo, que vos habeis pasado bien la noche; sin embargo me parece que aun se os conoce la fatiga, los ojos están algo abatidos: veáanse los efectos de un baile: los jóvenes se hartan hasta no poder mas, y despues no están para nada. Yo lo digo todos los dias á la marquesa, y ella no hace caso. Vamos: es preciso reparar las fuerzas de esta amable criatura; despues la llevaremos á su casa.

Esta última proposicion me incomodó. Procuré persuadir que no era necesario tomarse la pena de acompañarme, pues la marquesa lo haria. Esta señora confirmó mi propuesta, pero el marques insistió en que el señor Duportal no podia estrañarlo, y que él deseaba conocer al padre de una señorita tan amable. No habiendo bastado nuestras reflexiones, quedó resuelto que nos acompañaria el marques.

Recelé que tuviese mal fin una aventura que habia comenzado bien. Dí al cochero las verdaderas señas de la casa de mi supuesto padre. La marquesa conoció mi turbacion; y la sintió por no saber en que pararia esta nueva incidencia.

Cuando llegamos á casa del señor Duportal, este caballero se hallaba en su casa, y se le anunció que el marques y la marquesa de Babia le devolvian su hija.

Duportal. ¿Mi hija? dijo precipitadamente y corriendo agitado hácia nosotros; y sin darle tiempo á pronunciar una palabra y arrojándome á su cuello le dije:

Foblas. Sí, vos estais viudo y teneis una hija.

Duportal. Hablad mas bajo (*me espresó con vivacidad*). ¿Quien os lo ha dicho?

Foblas. ¡Oh Dios mio!... ¿no me entendeis? Yo soy vuestra hija. Guardaos bien de decir delante del marques que no lo soy.

El señor Duportal mas tranquilo, aunque no menos admirado, parecia esperar que mis acompañantes hablasen, y la marquesa se esplicó:

La marquesa. Señor; madamita Duportal, vuestra hija, ha pasado parte de la noche en el baile, parte en mi casa.

El marques notando la admiracion del señor Duportal. ¿Estais incomodado de que señorita haya pasado parte de la noche en mi casa? No tendriais razon para ello; pues se ha tenido tanta consideracion á su edad, que no se le ha permitido dormir en cuarto separado del de la marquesa; en fin, se le ha hecho dormir aun en su misma cama y compañía. No podia pensarse modo mas decoroso. Pero si tal vez os habeis desazonado porque yo vengo acompañándola, confieso que

las señoras no lo aprobaban, mas yo he pensado que...

Duportal. Quedo muy agradecido, señor marques, á las bondades que habeis tenido con mi hija; pero debo declarar en su presencia haber estrañado infinito que fuese al baile disfrazado en ese traje.

La marquesa. ¿Qué es eso de disfrazado?

Duportal. Sí, madama, pensais que puede convenir á mi hija un disfraz en traje de amazona? Por lo menos ¿no debia comunicarme un pensamiento de tal naturaleza, y pedir mi permiso?

El marques. Ah! yo pensé que su papá lo sabia.

Foblas, muy humillado. Señor, el conde de Rosamber....

El marques. Yo os ruego que perdoneis á vuestra hija esta pequeña falta. Ella tiene una fisonomía interesante: yo lo aseguro y tengo voto en la materia; es el embeleso de cuantos la miran; ¡si vierais como ha encantado á todos en el baile! Sobre todo mi muger está loca con ella.

La marquesa. Es verdad ella me ha inspirado afecto, amistad y confianza.

Me juzgaba ya libre de todo riesgo cuando hete aqui al baron de Foblas, mi verdadero padre, que, segun acostumbraba, entra en el cuarto del señor Duportal, y dice:

El baron. Ah! ah! ya veo aqui....

Duportal, interrumpiendo al baron, y echándose á el con los brazos abiertos. Sí, mi querido baron. Aquí veis á mi hija que el

señor marques de Babia y madama su esposa me han traído.

El baron. ¿Vuestra hija?

Duportal. Sí, mi hija: vos la desconocéis porque viene disfrazada de amazona. Vamos, hija mia, retiraos á vuestro cuarto, y nadie os vea mas en ese traje.

Sin hablar una palabra ni al marques, ni á la marquesa, me retiré al cuarto inmediato: el marques estaba manifestando compasion de mi suerte; la marquesa casi desmayada y fuera de sí, desde la entrada de mi verdadero padre; yo me puse á escuchar lo que pudiera del resto de la sesion.

El baron. ¿Vuestra hija!

Duportal. Sí, mi hija que se ha tomado la libertad de ir al baile disfrazada en el traje de amazona que habeis visto. El señor marques podrá informaros de lo demas.

El marques repitió entonces lo que habia ya dicho antes; el baron habiendo escuchado que la señorita habia dormido con la marquesa en su cama, miró á esta y dijo:

El baron. La señorita ha sido bien feliz de que su imprudencia no haya producido consecuencias desagradables.

La marquesa. ¿Pues cual ha sido la imprudencia de esa amable criatura? ¿La de tomar el traje de amazona?

El marques. Sin duda. Yo no puedo discurrir otra. Vaya, señor, yo creo que acertaríais mas, si os unieseis con la marquesa y conmigo para conseguir que su padre la perdone.

Duportal. Madama, yo la perdono por vues-

tro respeto, pero con la condicion de que no vuelva mas allá.

El marques. Eso se deberá entender en traje de amazona; pero yo espero que no quereis privarnos de ver en mi casa una criatura tan amable, si va con sus vestidos de costumbre.

La marquesa. Seguramente; y aun seria mas completo nuestro placer si su padre tuviese la bondad de acompañarla.

Con esto se despidieron el marques y la marquesa. El señor Duportal los acompañó hasta el coche, prodigando espresiones de gratitud por las finezas que me habian hecho. Yo me sentí libre de un peso que me oprimia, mientras no finalizaba la escena. Luego escuché otra.

Duportal. He aquí una aventura bien singular.

El baron. Muy singular. La marquesa es muger hermosa. El perillancito ha sido bien feliz.

Duportal. ¿Y sabeis que ya conoce parte de mi secreto? Cuando me anunciaron que me traian á mi hija, fui sorprendido, y se me escaparon algunas palabras que me han hecho traicion.

El baron. Eh, bien: eso tiene remedio. Foblas es mas formal que otros de su edad. Para ser adelantado en sus discursos no le faltaban sino algunos conocimientos que no dudo habrá adquirido en esta noche. Su alma es noble, su corazon es escelente; un secreto que no se confia, no produce obligaciones;

pero el que se sabe por confianza, liga los hombres de honor que se creen deshonorados si lo descubren. Fuera secreto á medias. Declaradlo todo á mi hijo; yo respondo de su discrecion.

Duportal. Pero un secreto de tanta importancia....

El baron. No hay peligro.

Duportal. Foblas es aun tan jóven....

El baron. Un caballero nunca es jóven cuando se trata del honor. ¿Mi hijo ignoraria en su juventud uno de los deberes mas sagrados del hombre de honor? Un hijo educado por mí ¿necesitaria de la esperiencia de su padre para incurrir en una vileza?

Duportal. Cedo, amigo mio, cedo. Le confiaré mi secreto.

El baron. Creed, mi querido *Duportal*, que jamas os arrepentireis de ello. Espero ademas que una confianza de tal especie no ha de ser inútil. Vos sabeis, amigo mio, que yo he hecho algunos sacrificios por dar á mi hijo la educacion correspondiente á su nacimiento y su clase, proporcionada á las esperanzas que me habia hecho concebir. Permanezca todavia un año en esta capital para completar los conocimientos de que necesita, y despues él viajará. Yo no sentiré que se detenga por algunos meses en Polonia, y....

Duportal. *Baron*, el rodeo de que vuestra amistad se vale, me parece tan ingenioso como delicado. Conozco toda la honradez de vuestra proposicion, y os confieso serme completamente agradable.

El baron. Ya se ve. Vos tendriais á bien darle carta para el fiel Boleslao que os quedó en aquel pais. Los dos haran nuevas diligencias para investigar el paradero de vuestra hija; y no hay que desesperar aun de vuestra fortuna, mi querido *Louzinski*. Si vuestra hija existe, no es posible que la veais á vuestra disposicion todavia. El rey de Polonia....

Mi padre bajó la voz y se llevó á su amigo al otro extremo de la sala; su conversacion duró allí mas de media hora; despues volvieron paseando hasta la puerta donde yo me habia ocultado, y escuché lo que sigue.

El baron. Yo no quiero pedir á Foblas los detalles de su aventura, no los podria escuchar con la circunspeccion necesaria; pues no dudo que habrán sido divertidos; él os contará toda la historia, y vos me la comunicareis despues. Unicamente anticipo mi opinion de que el marques es un marido necio.

Duportal: Lo será. Mas vivid persuadido de que hay muchos como él.

El baron. Asi lo creo, pero no hay que hablar de este punto con mi hijo.

En esto habrió la puerta mi padre, y me dijo:

El baron. Ahí tienes mi coche; ve á casa, descansa; y cuidado, yo te prohibo salir con ese traje.

Duportal á mi. A Dios, amigo mio: un dia de estos comeremos juntos y solos. Vos habeis descubierto una parte de mis secretos; yo quiero comunicaros lo demas que no sabeis; pero espero que no abusareis y sereis discreto.

No echareis en olvido que hoy os he hecho un servicio considerable.

Foblas. Lo conozco, señor, y lo agradezco; jamás olvidaré vuestro favor; pero en punto al secreto vivid con entera tranquilidad.

En seguida fuí á casa y dormí profundamente.

CAPÍTULO IV.

Baile de máscaras.

Me desperté muy tarde, y luego fuí al convento acompañado de mi ayo *Person*. ¡Que sensaciones tan agradables sintió mi corazón viendo á *Sofía*! Su modesto semblante, su candor inocente, el modo tan tímido como cariñoso con que me recibió, una especie de rubor que manifestaba memoria del beso de la visita anterior, todo junto, en fin, inspiraba ciertamente amor, pero un amor tan respetuoso como tierno:

No negaré que los atractivos de la marquesa perseguían á mi corazón, aun en aquel locutorio mismo; mas ¡ay! Cuantas ventajas y cuan preciosas tenía su rival! Los placeres sensuales de la noche antecedente se representaban con viveza en mi acalorada imaginación; pero yo prefería el momento delicioso en que había encontrado en los labios de *Sofía* un alma purísima. En fin la marquesa reinaba sobre mis sentidos; mi corazón adoraba tiernamente á *Sofía*.

Llegó el día; me acordé de que la marquesa me aguardaba, y también de que mi padre me había prohibido el traje de amazona. ¿Como había de presentarme con decoro en casa de la marquesa sin la compañía de una camarera ó de otra asistenta? El marques mismo lo estrañaría mucho en una señorita de mi rango, y por otra parte yo no podía contar con el conde de Rosamber por suponerle disgustado. Sentia yo infinito no ver á mi marquesa, temia sin embargo desazonar á mi padre visitándola; estaba lleno de confusion sin saber que resolucion tomar; y cuando me agitaba esta especie, entra mi criado Jazmin y me dice:

Jazmin. Señor, una muger de edad ya madura, desea hablaros de parte de madamita Justina.

Foblas. No se quien es madamita Justina, pero dile que entre.

Madama Datura entra con un paquete. Madamita Justina me ha encargado entregaros este paquete y esta carta.

El sobrescrito decia: *A madamita Duportal*; y sin tomar el paquete, la abrí; decia de este modo:

» Querida hijita mia: dadme noticias de vuestra salud. ¿Habeis pasado bien la noche? ¡Ah! » ¡que necesidad tan grande teniais de descansar! y sin embargo ¡cuanto temo que » las fatigas del baile por un lado, y la desagradable escena con vuestro padre por » otro, hayan hecho impresion perjudicial á » vuestra salud! Mi corazon sufre mucho al

» considerar que tal vez he sido yo la causa.
 » Esto me incomoda tanto acaso como á vos.
 » El marques habla de volver esta noche al
 » baile; yo no me hallo en esa disposicion,
 » ni creo que vos tengais tal propósito. Sin em-
 » bargo, si vos lo quereis, iré, porque una
 » mamá no pue'de menos de condescender á
 » la voluntad de una hija tan amable como
 » vos. Tengo muy presente que os han prohi-
 » bido vestiros de amazona, y pienso que tam-
 » poco teneis otro vestido de baile porque no
 » se usa en los conventos el tenerlo. Envio
 » por eso uno mio, pues como somos de una
 » estatura casi igual, pienso que os podrá ser-
 » vir. Justina me ha dicho que necesitais de
 » una camarera: la portadora es discreta, in-
 » teligente y muy diestra; podeis tomarla pa-
 » ra vuestro servicio, depositad en ella vues-
 » tra confianza; y yo respondo de su exactitud.
 » No os convido á comer conmigo, porque
 » el señor Duportal acostumbra tener en su
 » compañía casi siempre á su hija; pero si
 » amais á vuestra mamá tanto como ella os
 » quiere, vendreis por la tarde lo mas pronto
 » posible. Sí: venid temprano, hija mia; pues
 » el marques come hoy fuera de casa: vos me
 » hareis compañía toda la tarde y parte de
 » la noche. Creed que nadie os ama tanto co-
 » vuestra mamá

La marquesa DE BABIA.

« P. D. Yo no me atrevo á escribiros to-
 » das las locuras que el marques me ha en-

» cargado deciros de su parte. Cuando le veais
 » refúndle bien porque queria esta mañana en-
 » viar un recado al señor Duportal en nom-
 » bre propio. Me ha costado mucho persua-
 » dirle y hacerle creer que solamente yo po-
 » dia escribir sin incurrir en sospecha de una
 » extravagancia. »

Esta carta me sorprendió, y madama Datura me dijo:

Datura. Señorito: la persona nombrada *Justina* es la camarera de la señora marquesa; la que se cita como muger inteligente y diestra soy yo, que desde ahora me ofrezco á serviros en estos dos dias. Bien podeis fiaros; cuando Datura y Justina entran en una intriga, no la echan á perder: porque se conoce bien esta verdad, se me ha escogido á mí.

Yo. Muy bien, madama Datura. Vos me acompañaréis hoy y mañana. Luego irémos juntas á casa de la marquesa.

Dí á madama Datura cuarenta pesetas; ella las aceptó diciendo:

Datura. Si acepto, señor, este regalo, no es porque la marquesa no me haya pagado bien, sino porque las personas de mi profesion reciben de los dos interesados.

Mi padre fué á la ópera, segun costumbre, luego que comió. Mi peluquero, avisado de antemano, vino pronto, me puso en la cabeza plumas blancas en lugar de sombrerillo. Madama Datura me acomodó con tanta perfeccion como prontitud el vestido enviado por la marquesa. Mi semejanza con Adelaida pa-

recia mas completa, y tanto que mi ayo Person imaginó mirar á mi hermana. Me puse guantes, tomé abanico, me coloqué un ramo de flores, y fuí volando á casa de la marquesa.

Encontré á esta bella dama en su gabinete, recostada sobre una *otomana*, en traje de un deshábille que permitia ver los atractivos de que la naturaleza le habia dotado.

La marquesa. ¡Qué linda está la señorita Duportal, con ese traje! dijo levantándose con gracia cuando yo entré. ¡Qué hechicero estais, Foblas mio! exclamó despues que nos vimos solos. ¡Cuanto me gusta vuestra exactitud! mi corazon me anunciaba con seguridad que hallariais arbitrios para venir; á pesar de vuestros dos padres.

Yo no contesté sino con caricias y espresiones que la obligaron á tomar de nuevo la postura en que la encontré, á lo que se siguió testimonio auténtico de no tener yo sus lecciones olvidadas. Un minuto no seria pasado despues de aquella satisfaccion, cuando sentimos cierto ruido en la sala inmediata. Gracias á mi traje. Sino por él hubiera podido ser yo sorprendido en estado bien crítico. Por lo respectivo á la marquesa, su vestido presentaba un remedio tan pronto como fácil. Abre la puerta el marques, y su esposa, volviéndose hacia mí con gran serenidad, exclamó:

La marquesa. ¿No decia yo bien que era el marques? Ninguna otra persona podia entrar aqui sin anunciarse, y aun vos mismo, marques, habeis hecho mal. Esta

amable criatura tenia ciertas inquietudes muy personales y muy secretas que confiar á su mamá. Si hubierais entrado un momento antes, la hubierais sorprendido en... Desengañaos: no se debe jamas entrar en un cuarto en que hay dos mugeres á solas»

El marques. Bueno. ¿Con que la hubiera sorprendido? Eh, bien. Ya no ha sido así, no hay de que quejarse. Yo estoy seguro de que la señorita me hubiera perdonado la sorpresa, porque es mucho mas indulgente que no vos. Pero, á otra cosa. ¿No veis que su padre tenia razon en prohibirle el vestido de amazona? ¡Oh, que ahora está ciertamente bonita!

¿Que dichoso será el hombre á quien vos, madamita, querais hacer algun favor! Pero yo advierto, señorita, que os habeis restablecido completamente de la falta de dormir de la otra noche. Vuestros ojos brillan como soles, vuestro color está muy animado, y toda vuestra fisonomía ofrece un cierto aire de complacencia extraordinaria que puede servir de buen agüero. Vamos, señoras; ¿y que piensan ustedes en orden al baile?

La marquesa. No tenemos intencion de concurrir.

El marques. ¿Como no? Yo he venido á casa por acompañaros hasta la puerta.

La marquesa. Repito que no pensamos ir allí.

El marques. ¿No deciais esta mañana que iriais?

La marquesa. Lo dije pensando que madamita Duportal querria concurrir, y en tal

caso lo haria yo por deferencia, pero esta señorita no tiene tal intencion; recela encontrar al conde de Rosamber, y verse comprometida, porque no se portó bien el conde la otra noche.

Foblas. Ciertamente su conducta fué indecorosa, y temo hallarme con él, tanto como antes me complacia.

El marques. Con razon, señorita: el conde es hombre bien particular. Se parece á muchos que piensan que las mugeres no deben tener ojos sino para ellos. Conviene, sí, mostrarles que hay otros capaces de merecer tanto ó mas que...

Yo dirigí entonces al marques una mirada misteriosa; él se pagó mucho de ella, y prosiguió su período.

Dijo el marques la última frase dando gran tono á su voz, levantándose de puntillas, y disponiéndose para una pirueta que acabó muy mal; pues no habiéndose sostenido bien, el peso de su cuerpo llevó su cabeza hácia la pared, lo cual le libró de caer en tierra, á costa de un fuerte chichon en la frente. El marques se avergonzó, pero procuró disimularlo, y prosiguió la conversacion aparentando insensibilidad, aunque de tiempo en tiempo hacia visages por los dolores de la contusion.

El marques. Sí; amable criatura, sí; tenéis razon para evitar lances con el conde; pero esta noche no hay peligro. El baile de hoy es de máscara. La marquesa tiene dos dominós: llevará el uno, vos el otro; ven-

dremos á cenar aquí. Si no pasasteis la otra noche con disgusto, repetireis la escena, y....

Foblas, con escésiva vivacidad y sin reflexion. ¡Oh! sí, bueno! bravo! sí. Vamos al baile.

La marquesa. ¿Con mis dominós que conoce ya el conde?

El marques. Sí, marquesa, sí. Es necesario dar á esta criatura ese gusto. El conde habrá olvidado las señas de los dominós, y tal vez no se hallará en el baile.

La marquesa. Si por suerte parece allí; es de temer su genio satírico y mordaz. No quisiera yo que la presencia del marques le diese ocasion á producirse de manera que las resultas...

El marques, mirándome misteriosamente. Por lo que á mí toca, yo solo podré acompañaros hasta la puerta; cierto asunto que no permite dilacion, me impide asistir al baile. A las doce de la noche buscaré á ustedes.

La marquesa. Bien está. En tales circunstancias yo soy una mamá bien complaciente; me alegraré mucho que mi amable hijita se divierta sin disgusto.

Foblas. Pero, á propósito, marques, ¿qué es eso que mostrais en la frente? Me parece que sale un bulto.

El marques, riéndose con violencia. Nada, nada, los casados estamos espuestos á caidas que tienen estas resultas.

Me acordé yo entonces del dolor que el marques me habia causado con su golpe de pierna. Tuvé capricho de vengarme: saqué

una moneda y se la oprimí fuertemente sobre el chichon para aplastarlo. El paciente quería disimular, cerraba los puños, apretaba los dientes, silbaba de dolor al respirar, hacia en fin horribles contorsiones, y pronunciando con dificultad, decia:

El marques. ¡Ola! ¡qué señorita! que fuerzas en la muñeca!

Redoblé mis esfuerzos; el marques no pudiendo ya sufrir, dió un grito muy terrible; y procurando escaparse con violencia, hubiera caído de espaldas, si yo no lo sostuviese.

El marques. ¡Ola! ola! que diablillo es la madamita! Casi casi me ha barrenado el craneo.

La marquesa. Y lo peor es que parece haberlo hecho de intento.

El marques. ¿Sí? ¿lo pensais así? Pues me lo ha de pagar. Le voy á dar un abrazo, y algo mas.

Foblas riéndose. ¿A todo eso se reduce el castigo? Señor marques, yo no resisto.

El me abrazó, me dió un beso en los dos carrillos; se creyó el hombre mas feliz del mundo, y comenzó á esplicarse de modo que si yo hubiese querido escucharle, no hubiera parado en palabras.

La marquesa, afectando ya incomodidad. Sobra ya de locuras. Hablemos del baile, supuesto que hayamos de concurrir.

El marques á mi, en voz baja. ¡Ah! la marquesa se enfada, me parece que hay algo de zelos.

El marques á los dos, en voz alta. Yo

veo que ustedes se quieren mucho. Pero, que bueno fuera que ustedes se descompusieran por....

La marquesa, afectando enfado. ¿Vamos al baile, ó no vamos?

Pasamos á la pieza del tocador. La marquesa no quiso que llevásemos los dominós conocidos, hizo traer otros dos nuevos. El marques dijo que cuando fuese á buscarnos llevaria el suyo cuyas señas sabia él solo por lo que nadie podria conocerle. Nos acompañó hasta la puerta del baile, y prometió buscarnos hacia la media noche.

Apenas entramos en la sala, nos rodearon muchas máscaras; despues de prolijas observaciones sobre nuestras personas y nuestro disfraz, nos hicieron bailar; la novedad de aquel espectáculo me sorprendió; y no dejé de hallar placer en el principio hasta que mis ojos ya satisfechos, comenzaron á no ver objetos nuevos. Los elegantes vestidos, los ricos adornos, la singularidad de algunos trages grotescos, la fealdad misma de otros extravagantes, la caprichosa figura de las caras de carton, dispuestas y pintadas con tanta diversidad, la mezcla de colores entre unos y otros concurrentes, el eco reunido y confuso de tantos y tan contrapuestos sonidos de voz, la multitud de objetos, su continuo movimiento; y por fin el conjunto de todas estas circunstancias animaban el cuadro de manera que por espacio de algun tiempo producian agradable sorpresa.

Entraron otras máscaras. Se interrumpió

con este motivo la contradanza. La marquesa se aprovechó de la casualidad, y se mezcló con el resto de la multitud; yo la seguí silenciosamente para examinar por menor la calidad de la fiesta y del concurso. Bien pronto conocí que la ocupacion del mayor número de personas era la de no hacer nada, y de hablar infinito sin decir una palabra sustancial; que se buscaban los unos á los otros con gran diligencia, se observaban con inquietud, se juntaban con familiaridad, y se separaban sin motivo, se volvian á juntar sin objeto, y se reían con bufonada, ó por lo menos con una especie de chanza tan infundada como insignificante. Una máscara nos aturdió con el chillido de voz fingida y desagradable. Otra remedando á las personas gangosas, molestaba con frases necias estortilladas que ella misma no podia entender. Esta tartamudeaba con agudeza grosera y ridículos gestos. Aquel la hacia preguntas necias, á las que otra máscara respondia con no menor insultos. Advertí que no faltaban personas cruelmente atormentadas por las especies que habian oido, y que pagaban bien cara la ventaja de haberse librado de palabras malignas y de miradas perseguidoras. Conocí que otras máscaras estaban completamente aburridas, y que concurrían, sin esperanza de divertirse, solo por decir al otro dia que habian estado en el baile.

Foblas á la marquesa, en voz baja. ¿Se reduce á esto un baile de máscaras? ¿Es esta aquella diversion que tanto se pondera? la que da tanta materia de conversaciones públicas,

y la que alborota tantas cabezas? Ya no me admira saber que algunos sugetos respetables han sido el objeto de las burlas de personas de mal carácter, y que los hombres de talento sean ajados por los necios. Ciertamente no estaria yo aqui sino para acompañaros.

La marquesa. Callad; nosotras somos seguidas de alguno que intenta conocernos. Tal vez somos ya conocidas. ¿No veis una máscara que viene junto á nosotras? Yo recelo que sea el conde. Apartémonos de esta confusion de gentes, y no os aturdaís.

En efecto, se acercó á nosotras aquella máscara, y conocimos ser el conde porque no quiso él disimularlo ni aun fingir la voz. Lo único que hizo en obsequio nuestro, fué hablar en voz baja.

Rosamber. ¿Como están madama la marquesa y su buena amiga?

La marquesa, indicando haber conocido al conde. ¿Qué? ¿Quien nos seguía era el señor conde? no lo hubiera creído. Yo pensaba que habiais jurado no vernos jamas.

Rosamber. Ciertamente lo prometí con juramento, y conozco que mi promesa era de vuestro gusto.

La marquesa. Comprendisteis muy mal mi proposicion; si yo no quisiera veros ¿quien me obligaria á hablaros? ¿hubiera venido á buscar la ocasion?

Rosamber. La proposicion es demasiado lisongera para mí. Tal vez tendria yo la debilidad de creerla si esta preciosa niña que os acompaña....

La marquesa. Y vos, ¿no habeis traído á vuestra condesa de Celin? ¡Oh, que la condesa es bien amable! ¿Qué me decis de la condesa?

Rosamber. De positivo es muy officiosa y complaciente á favor de sus amigas.

La marquesa. Oh, que es muy amable! Debiais haberla traído. ¿Por que no la habeis acompañado?

Rosamber. Cierto; y si hubiese venido, vos le hubierais dado la comision antigua de entretenerme, pues la cumplió con tanta exactitud.

La marquesa. ¿Soy por ventura quien encargó induciros á que me buscarais para disputas malignas, para tener unas zumbas demasiado pesadas, para irritarme de modo que os dijera cosas desagradables que habeis entendido á la letra, sin buscarme hayer para pedirme perdon? ¡A! yo os esperaba para concederlo.

Rosamber, con ironía. ¿Qué? ¿yo pedir perdon? ¿Vos me lo hubierais concedido? ¡Cuanta es vuestra generosidad! Vivid tranquila, mi señora la marquesa; no soy capaz de abusar de vuestras bondades; temeria infinito dar que sentir á mi jóven parientita que nos escucha tan atenta, y que tiene tan poderosos motivos para no respirar una palabra.

Foblas. ¿Qué podria yo decir?

Rosamber. Nada: ciertamente nada que no pueda yo adivinar.

Foblas, afectando sinceridad. Conven-go, señor de Rosamber, en que sabeis alguna cosa que madama ignora; pero (en voz baja) tened algo mas de discrecion. La marquesa no

quiso creerlos antes de ayer. ¿Qué daño podríais temer de tolerar hoy que madama prosiga en su error?

Rosamber, con ironía. ¡Brávísimo! No es mal rumbo el que habeis escogido. Quien antes de ayer era novicio, cándido, ignorante de toda intriga y tímido ¿tiene hoy tanta destreza y perspicacia para las ocaciones? ¡Como se conoce que habeis recibido escelentes lecciones!

La marquesa, con tono de ofendida. ¿Qué es eso, señor conde? ¿Qué decias á madamita Duportal?

Rosamber, con ironía. Que mi parientita ha aguzado su talento en solas veinte y cuatro horas estraordinariamente; pero no hay que admirarse, por ser cosa ya sabida que así suele suceder á muchas otras niñas.

La marquesa. ¡Ya; bien! con que al fin reconocéis que está amable persona es madamita Duportal, y no un hombre disfrazado.

Rosamber, con ironía. No formaré ya empeño de contradecirlo. Conozco bien cuan doloroso seria para vos el desengaños. Perder una íntima amiga muy querida, y encontrarse con un jóven servidor, seria cambio cruelísimo.

La marquesa, con tono de ira. El discurso es muy razonable; pero el tono el que lo decis es tan particular, que yo debo exigir esplicaciones. Vamos, conde, hablemos claro, pero sea con formalidad. Esta personita que vos me habeis hecho conocer como parientita vuestra, ¿es de veras madamita Duportal, ó es Foblas, como habeis indicado despues? Mi

pregunta es bastante singular; lo conozco; pero al ver vuestra conducta no puedo escusarme de hacerla.

Rosamber. Madama: yo podría decirlo antes de ayer; mas ¿hoy? el caso es tan diferente que yo soy quien necesitaria preguntaroslo á vos.

La marquesa, afectando serenidad.... ¿A mí? Eh bien. Por lo que á mi toca, yo no tengo el menor motivo de dudar en la materia si vos no hubierais creado las dudas. Las facciones, el aire, la postura, el vestido, su modo de hablar, todo indica muy claramente que madamita Duportal es la misma que parece ser; y ademas tengo pruebas que no pensaba ya buscar.

Rosamber. ¿Pruebas?

La marquesa. Sí, señor, pruebas. Anteayer cenó en mi casa....

Rosamber. Lo sé, madama: ayer á las diez de la mañana estaba en vuestra casa todavia.

La marquesa. ¿A las diez? Sea así; mi marido y yo la llevamos á su casa.

Rosamber. ¿Como, señora? ¿A su casa? ¿A la del barrio de San German?

La marquesa. No por cierto. A la de cerca del arsenal, y su padre....

Rosamber. ¿Quién? ¿Su padre? ¿El baron de Foblas?

La marquesa. Nada de eso. El señor Duportal, el mismo que nos dió infinitas gracias de que hubieramos acompañado á su hija.

Rosamber. ¿A quienes dió gracias?

La marquesa. A mi marido y á mí.

Rosamber. ¿Pues qué? El marques os acompañó para ir á casa del señor Duportal?

La marquesa. Sí, señor, ¿qué hallais de particular en eso?

Rosamber. ¿Y el señor Duportal ha dado gracias al marques?

La marquesa. Sí, señor.

Rosamber, con una gran carcajada de risa.... ¡Oh que buen marido! ¡Qué aventura tan preciosa! ¡Qué marido tan honrado!

El conde se disponia para retirarse diciendo estas últimas palabras. Yo creía que por honor de la marquesa y por interes mio propio convenia moderar el exceso de alegría pública del conde, y con esta idea le dije en voz baja.

Foblas. ¿No llevareis á bien una esplicacion mas circunspecta?

Rosamber. (1) ¿Esplicacion mas circunspecta? No; ahora no, mi querida parientita. Vos sois demasiado hermosa, yo prefiero dejaros *amar y agradar* libremente. Si deseais esplicaciones podrán ser mañana. Por hoy quiero valerme de las ventajas que me dan las circunstancias del momento.

Foblas. ¿Mañana? Muy bien. ¿Donde? ¿A qué hora?

Rosamber. Yo no puedo deciros la hora; penderá de las ocurrencias que hubiere. ¿No vais á cenar en casa de la marquesa? En

(1) Sonriéndose irónicamente y levantándose un poco su máscara.

tal caso debo presumir que bien será medio día cuando mañana el bondadoso marques os lleve á casa del condescendiente señor Duportal.

Es verosímil que por entonces os halleis fatigado y no debo aprovecharme de semejante ventaja: me parece justo dar lugar á que descanséis. Despues de anochecer yo iré á vuestra casa. Por ahora yo me retiro, pero no me despido; aun volveré antes que llegue para ustedes la hora del pastor.

Nos saludó; salió de la sala; y la marquesa se alegró mucho de su retirada.

La marquesa. Terribles golpes de sátira nos ha dado; me parece que no hemos hecho mala defensa.

Foblas. No puedo menos de confesar en favor suyo que cuantas veces decia proposiciones picantes, bajaba su voz como quien quiere mortificarnos, pero no sonrojarnos.

La marquesa. Ni por esas, no hay que fiarse: sabe que habeis pasado la noche en mi casa: está muy picado: la proposicion de volver es de mal agüero: recelo que prepare ataques mas fuertes. Vámonos antes. No espereemos al marques.

Nos disponiamos á salir de la sala cuando nos detuvieron dos máscaras de hombres: la una dijo á la marquesa.

Primer máscara. Yo te conozco bella máscara.

Segunda máscara á mí. Buenas noches, señor Foblas.... ¿Qué? ¿no me habeis oido? Buenas noches, señor Foblas.

Foblas. Bella máscara, no tienes el don

de adivinar. Te equivocas en el nombre y en el sexo.

Segunda máscara. Porque lo uno y lo otro es un problema.

Foblas. ¿Estás loca bella máscara?

Segunda máscara. No por cierto. Hay quien asegura que tu eres un jóven muy lindo, llamado *Foblas*; y sin embargo hay quien sostiene que tu eres una bella señorita nombrada *Duportal*.

Foblas. ¿Y á tí que te importa lo uno ni lo otro?

Segunda máscara. Distingamos. Máscara, si eres una señorita hermosa me importa á mi mismo: si un jóven lindo, á esta bella dama que te acompaña. Vamos, responded, *madamita Duportal*, ó bien esplicaos, *caballerito Foblas*.

Foblas. Decídetes tú misma á darme con seguridad el uno, ó el otro nombre.

Segunda máscara. Ah! si yo me hubiera de gobernar por interes personal y por apariencias te llamaria *madamita Duportal*; pero si doy crédito á especies oidas, tú eres el *caballerito de Foblas*.

La marquesa no perdía palabra del diálogo, pero no pudo socorrerme porque la otra máscara la ocupaba sin dejarla medios decorosos de separarse. Yo estaba tan turbado que tal vez hubiera perdido la victoria sino por una ocurrencia nueva.

Levántase de pronto en el salon un rumor general, que luego pasó á ruido de resultas de la entrada de una máscara. Las gentes corrian

hacia la puerta; todos llegaban en tropel á rodear el recién venido; dan grandes carcajadas, y casi todos gritaban: *este es el marques de Babia que se ha hecho un chichon en la frente.* Las dos máscaras perseguidoras nuestras marcharon hacia el objeto del bullicio.

La marquesa. Id con todos los diablos; ¿Que máscaras tan malditas! Pero ¿qué es ese ruido? Me parecia oír el nombre del marques. ¿Si le habrán jugado alguna pieza falsa?

Nos acercamos al tropel, y luego escuchamos la voz de una máscara que decia: « Buenas noches, señor marques de Babia. ¿Qué es eso de la frente, señor marques? ¿cuando ha salido ese chichon? » En seguida se multiplicaba el número de los que gritaban: *este es el señor marques de Babia que se ha hecho un chichon en la frente:* á fuerza de diligencias y empujones llegamos á juntarnos con la máscara del asunto. Con efecto era el marques, el cual no llevaba su dominó amarillo, y presentaba una estatura mas alta que la suya natural; pero todo el mundo supo quien era; porque le habian unido en la espalda un papel en que estaban escritas estas palabras: *este es el señor marques de Babia que se ha hecho un chichon en la frente.*

El nos conoció al instante, á pesar de que casi estaba fuera de si, y dijo.

El marques. Yo no sé que puede ser esto. Vamonos pronto de aquí. Tuvo infinito que trabajar para deshacer lo andado, porque una multitud de gentes jóvenes le oprimian al mis-

mo tiempo que multiplicaban las zumbas pesadas, los dichos satíricos y las espresiones picantes. Por fin salió; le seguimos hasta el coche donde no acertaba casi á entrar por el aturdimiento que le produjo tan pesado lance. La marquesa quitó con gran disimulo el papel de la espalda, lo escondió sin hablar palabra, y el marques exclamaba.

El marques. Pero ¿qué diablos ha oido esto? no he estado mejor disfrazado en mi vida.

La marquesa. ¿No habiais dicho que no vendriais hasta mas tarde, y solo para llevarnos á casa?

El marques. Yo me propuse sorprenderos agradablemente. Apenas me separé de vuestra compañía: me retiré á casa: quise un dominió distinto del mio: y zapatos con tacon muy alto para disfrazarme mas. Justina y la camarera de esta señorita me han habilitado todo perfectamente. Ellas os asegurarán que yo estaba disfrazado cual ninguno, y sin embargo todos me han conocido. Pero, ¿como habrán visto que yo tenia un chichon en la frente? ¿Habian contado ustedes mi aventura?

La marquesa. No por cierto. ¿Á quien la habiamos de contar nosotras?

El marques. Pues eso es otro misterio. Yo tenia la cara cubierta con la máscara; nadie me la ha quitado, y todos me citaban el chichon.

El marques no cesaba de admirarse de un suceso tan singular. La marquesa cayó desde luego en cuenta de la verdad. Conoció que todo habia sido tramoya de nuestras camare-

ras; y se alegraba infinito de la ocurrencia, porque con esta travesura salimos de la sala del baile antes de la hora convenida, y nos libramos de la otra escena desagradable que nos esperaba cuando el conde viniese segunda vez como habia indicado.

CAPÍTULO V.

Escena cómica.

LLEGAMOS á casa del marques, y ¡cuanta seria nuestra sorpresa oyendo que ya nos esperaba el conde de Rosamber! El salió á recibirnos sumamente alegre.

Rosamber. Señoras, á vuestros pies. Yo estaba seguro de que no tardaríais en venir. Era imposible permanecer allí mucho tiempo. Cansa pronto un baile de máscara. Los que no llegan á conocernos son objetos fastidiosos; los que nos han conocido tratan de mortificarnos.

El marques. ¡Ay, amigo mio! Yo en esta noche no he tenido ni aun tiempo para fastidiarme. ¿Me ves perfectamente disfrazado? Pues sin embargo me han conocido todos desde el primer instante.

Rosamber. ¿Todos? ¿Como?

El marques. Todos. Apenas entré me ví rodeado de infinitas máscaras, que me decían: *Buenas noches, señor marques de Babia. ¿Que chichon es ese de la frente? Quién es lo ha puesto? ¡Qué apretarme! ¡Qué*

gestos! ¡Qué burlas he tenido que sufrir! Temí quedar sordo á fuerza de los gritos y silvidos que me daban. Que me ahorquen si vuelvo jamás á un baile de máscaras. Mas ¿como diablos han sabido que yo tenia un chichon en la frente?

Rosamber. ¡Ay amigo mio! si se ve desde una legua.

El marques. Pero, ¿no lo debe ocultar mi máscara?

Rosamber. ¡Oh! no es obstáculo. Yo tambien he sido conocido.

El marques, riéndose. ¿Sí? bueno. ¡Bravo! eso me consuela.

Rosamber. Mi aventura es bastante curiosa. Encontré allí una hermosa dama que me habia querido hasta lo sumo en la semana anterior...

El marques. Lo entiendo, lo entiendo, Adelante.

Rosamber. Pues á pesar de tan grande amor ya me ha despedido; pero ¿en que forma? ¡Ah! de la manera mas graciosa. Voy á contarle porque vais á divertirlos infinito. Fui al baile acompañado de un amigo que por cierto capricho estaba disfrazado con vestido de muger, y...

La marquesa, interrumpiendo al conde con un modo lisongero para que no prosiguiera la historia. Vamos, señor conde, yo supongo que nos acompañareis á cenar.

El marques. Por supuesto.

Rosamber. Si no incomodo, me quedaré con mucho gusto.

El marques. Bueno es eso. ¿Quereis ahora gastar palabras de ceremonia? Lo que de-

bes pensar es en hacer paces con tu hermosa parientita, que parece no estar muy bien contigo.

Foblas. ¿Yo? Estais equivocado. No estoy mal con el señor conde; siempre lo he tenido por hombre de honor, y por tan buen caballero que lo creo incapaz de abusar de circunstancias....

Rosamber. ¿Qué es eso de circunstancias? Jamas debe abusarse de nada; pero siempre sacar partido de todo.

El marques. ¿A que viene la especie de circunstancias? ¿Que quiere indicar con esa palabra la señorita! Rosamber; tú me explicarás esos misterios, pero ahora cuéntanos la historia de tu aventura.

Rosamber. Con mucho gusto. Mi hermosa dama entró en conversacion con mi amigo disfrazado; y observando yo...

La marquesa, interrumpiendo al conde. Señores, la cena está servida. Vamos á la mesa.

El marques. Sí, sí, vamos á cenar: el conde contará su historia en la mesa.

La marquesa, hablando al marques en voz muy baja. ¿Te parece justo referir delante de esta criaturita historias de aventuras amorosas?

El marques. Buenas noticias gastas. ¿Pienzas tú que la niña es tan novicia? Rosamber, nos contarás tu historia; pero de modo que esta niña... Ya me entiendes.

La marquesa nos colocó en la mesa de manera que el conde se hallase á su lado, yo al del conde, y el marques al mio. Con una mi-

rada muy significativa me hizo entender lo crítico de nuestra situacion; el tiento con que deberia yo hablar, y la circunspeccion con que seria forzoso conducirme. El marques comia mucho y hablaba mas. Me decia requiebros demasiado tiernos; yo solo correspondia con palabras monosílabas. El conde aprobaba con la mas delicada ironía los elogios que me prodigaba el marques, y añadia con tono maligno que no habia persona mas amable que su jóven parientita. Preguntó si opinaba lo mismo la marquesa; diciendo que solo esta señora se hallaba en estado de ser juez. Luego se siguieron multiplicadas preguntas satíricas. La señora respondia pronto y bien, con agudeza y agrado, procurando contemporizar con un enemigo á quien debia temer, y no podia vencer. Trató de salir del apuro negando estas proposiciones, tergiversando aquellas, dando respuestas equívocas á las mas, mostrando sencillez aparente á las otras. No bastando estos medios recurrió al de sus ojos que tanta impresion habian hecho antes en el corazon del conde. Le decia con miradas espresivas que deseaba cortar la conversacion. Nada omitió para interesar al conde con agasajos, y aun con signos de humillacion. Acudió al arbitrio de fingirse incomodada por una terrible jaqueca, y, pronunciando palabras dulces con una voz lánguida, suplicaba de mil maneras indirectas un favor que parecia no deber negarse por el hombre mas duro de corazon, y que sin embargo se negaba por el conde. En fin acabó la cena, se retiraron los criados, y se subsiguió nuevo

ataque infinitamente mas formidable.

El conde. Escuchad pues ahora, marques. Os empecé á contar que una dama hermosa y jóven me honraba con su afecto en la semana pasada, distinguiéndome tanto....

La marquesa al conde, con voz muy baja. ¡Qué simpleza! (*Al conde en voz alta*). ¿Tenemos aun la historia de la buena ventura? Pero, señor conde, se ha escrito y hablado ya tanto de buenas venturas...

El conde. No señora: mi historia es toda nueva: es una infidelidad repentina, con circunstancias tan particulares, que no pueden menos de divertirlos.

La marquesa. Señor conde os aseguro todo lo contrario.

El marques. Bueno. Las mugeres se fastidian luego de oír historias amorosas que no hagan honor al sexo. Conde, cuéntanos la tuya.

El conde. La dama se halló en un baile. No me acuerdo ya que dia; señora, vos podeis remediar este olvido, pues tambien estabais allí.

La marquesa. ¿Yo? ¿yo el dia? Y ¿qué importa el dia? ¿Y quien os ha dicho que yo fijase la consideracion?

El marques. Ciertamente. Pasad adelante, pues yo tampoco doy al dia la menor importancia.

El conde. Sea enhorabuena. Fuí yo tambien al baile acompañado de un amigo disfrazado con traje de muger, tan perfectamente que nadie lo conoció.

El marques. ¿Nadie? Bien diestro sería. ¿Qué vestido llevaba?

La marquesa. ¿Qué vestido? Si era de señora, sería uno de teatro. ¡Qué preguntas!

El conde. ¿Vestido de teatro? Pues me parece que no lo era: pero en fin, señora, séalo, puesto que así lo quereis. Nadie sospechó el disfraz; nadie sino la dama de la historia, que conoció ser un joven hermoso, y....

Apenas el conde pronunció esta cláusula, llamó la marquesa á un criado y lo detuvo con varios pretextos algun tiempo; pero el marques impaciente ya de oír la historia, despidió al criado, y el conde prosiguió diciendo:

El conde. La dama embelesada con su descubrimiento.... Pero ya no debo pasar adelante, porque el marques conoce á la dama y pudiera....

El marques. Es muy posible, porque yo conozco muchas damas de historias algo semejantes, pero eso no es obstáculo, prosigue.

La marquesa. Señor conde, ayer se representó una pieza nueva.

El conde. Es cierto, señora; pero dejadme concluir la historia.

La marquesa. No señor; yo quiero que digais el juicio que habeis formado sobre la pieza.

El conde. Permitidme, señora....

El marques. Eh! marquesa dejadle contar la historia.

El conde. Abreviaré. Mi amigo cayó en

gracia de la dama; inmediatamente incomodó mi presencia, y para evitarla discurrió la señora un medio....

La marquesa. La tal historia parece novela.

El conde. ¿Novela? Si me viese apurado, convenceria inmediatamente al mas incrédulo. Discurrió pues la dama el medio de destacarme una jóven condesa, la mas diestra de sus amigas, para que se apoderase de mi persona, y la docilísima condesa entendió tan bien su comision, y la cumplió tan completamente que se apoderó de mí para todo el tiempo del baile, con tal eficacia que....

El marques. ¡Ola! ¡ola! ¿Con qué te jugaron bien la pieza? ¡Pobre conde! No me la hubieran jugado á mí.

El conde. Sí, amigo; pero aun se la jugó mucho mejor al marido; pues este llegó á tiempo que....

El marques. Tambien hay marido en la historia? Bravo, bravísimo. A mi me gustan mucho las historias en que los maridos figuran de un modo que yo me sé. Eh bien, llegó el marido á tiempo que.... Pero marquesa, el color se os muda. ¿Qué es eso? ¿Os sentis indispueta?

La marquesa. Sí un dolor de cabeza muy terrible me atormenta. Señor conde, tened compasion de mí. Dejad para otro dia vuestra historia. Os lo suplico por favor.

El marques. ¡Qué disparate! Todo lo contrario. El cuento de un suceso tan particular os distraerá; el dolor cesará con la dis-

traccion. *Prosigue, conde, prosigue.*

El conde. Voy á concluir en dos palabras.

Foblas al marques, en voz baja. El señor conde de Rosamber gusta mucho de contar cuentos, y sabe mentir con gracia.

El marques. Lo sé muy bien; pero esta historia me divierte mucho, porque interviene un marido á quien me parece haberse dado un buen golpe por su tontería.

El conde sin hacer caso de la marquesa que queria decirle algo para contenerle. Llegó el marido, y viendo la hermosa figura de mi amigo, le tuvo por señorita, se enamoró de ella, y comenzó á requebrarla.

El marques. ¡Ah! eso es preciosísimo. No me hubiera sucedido á mí, que por lo respectivo á fisonomias, las apuesto al mas hábil.

Foblas. Parece increíble lo que cuenta el señor conde.

La marquesa. El señor de Rosamber inventa fábulas, y deberia darlas por concluidas supuesto que me ve indispueta.

El conde. Creyó el marido con tanta firmeza ser mi amigo una señorita, que le hizo espresiones muy cariñosas, entre ellas la de tomarle su mano y apretarla dulcemente, como vos, marques, haceis ahora con mi jóven prima.

El marques, en voz baja y soltando la mano con aceleracion. ¡Qué malo es el conde! ¡Qué zeloso! Yo creo que ha dicho esto porque la marquesa notase nuestra inte-

ligencia. (*A todos*). Yo veo ya que Rosamber es un embustero.

Foblas. ¿Embustero? Mas que un abogado.

El conde. Mientras tanto que el marido agitaba los lugares comunes para decir requiebros y hacer caricias á la fingida señorita, la hermosa dama, mi antigua amiga, mas feliz y mas diestra....

La marquesa. Señor conde, por Dios.... ¿Qué mugeres habeis conocido capaces de tal cosa? Pintais el caso con tales colores que yo no se que decir. No es posible que la dama engañada, como su marido, por las apariencias....

El conde. Posible y muy posible. Pero, señora, vos misma vais á ver lo contrario al instante. Dejadme concluir.

La marquesa. Suplico, señor conde, que á lo menos se tenga consideracion á quien os oye.

El marques. Mi esposa tiene razon, conde reflexiona que se halla presente la señorita Duportal.

El conde. Si, sí: eso es muy justo. La dama muy enardecida en la conversacion con mi amigo....

La marquesa.. Os he suplicado el favor de omitir pormenores indecentes.

Foblas. Señor conde, ya es media noche.

El conde. Lo sé, señorita; si esta conversacion os incomoda, no diré mas que una sola palabra.

El marques á Foblas, en voz baja. El

conde está muy picado contra vos por las expresiones que me haceis. El es zeloso como un tigre.

La marquesa. Señor conde, á propósito: ¿habeis conseguido del ministro?...

El conde. Si señora; pero permitidme concluir mi narracion.

El marques. ¡Ah! ¿qué es eso? ¿que pretendias?

El conde. Un despacho de teniente coronel para el vizconde de las Gangas, mi pariente. Hace ya muchos dias. Volviendõ á la historia....

El marques. Sí, sí, volvamos á ella.

La marquesa. El vizconde deberá estáros bien reconocido.

El conde. La dama muy enardecida en la conversacion con mi amigo....

La marquesa. Pero, señor conde, respondedme.

El conde. Sí señora, lo está. La dama muy enardecida....

La marquesa. ¿Y su tio el comendador?

El conde. Si señora, tambien está muy contento; pero, señora, vos tomais interes bien grande.

La marquesa. ¡Oh! sí. Ciertamente. Yo lo tomo en todos los asuntos de mis amigos; y en este mucho mas, porque vos lo teniais. Si hubiese habido alguna dificultad que vencer, y me hubieseis hablado en tiempo, tal vez hubiera podido hacer algo en su favor, y lo hubiera practicado con gran gusto.

El conde. Lo agradezco infinito; pero,

señora permitidme acabar mi relacion.

La marquesa. Y si ocurre otra ocasion semejante, contad conmigo. De lo contrario refiriria formalmente con vos.

El conde. Muchas gracias; pero llevad á bien que yo concluya mi historia.

La marquesa. ¡Oh! si acudieseis á otro antes que á mí, no podria yo llevarlo en paciencia. Tenedlo asi entendido.

El marques. Vamos, ya está dicho, déjale concluir su cuento.

El conde. La dama enardecida prodigó al jóven Adónis....

La marquesa. ¡Que jaqueca tan grande tengo!

El conde. Prodigó al jóven Adónis....

La marquesa al marques, á parte y en voz baja. Marques: ya he dicho que no es decente hablar delante de esta criatura.

El marques. Bueno va. Ya he dicho que la niña es taimada; sabe mas que parece: no temais; yo entiendo mucho en fisonomías.

El conde. Marques, está visto que no se me quiere dejar concluir la historia; se me interrumpe á cada palabra. Yo me retiro: mañana os enviaré por escrito todos los pormenores.

La marquesa. ¡Bellísima chuscada;

El conde. Palabra de honor marques mio: no saltaré á mi promesa, puesto que no se me permite acabar. Pondré los nombres propios solamente con letras iniciales.

El marques. Vamos pues, acaba, que ya es tarde.

La marquesa. Concluid enhorabuena; pero tened cuidado de...

El conde. La dama prodigó al jóven Adónis, caricias, espresiones, confianzas y tiernos besitos. La escena es difícil de contar, pero no de representar. Representémosla.

El marques. ¿Hablais de chanza, ó de veras?

La marquesa. ¡Que locura;

Foblas. ¡Que ocurrencia tan extravagante!

El conde. Sí, representémosla. La señora marquesa será la dama de la historia: yo seré el infeliz amante despreciado. ¡Ah! nos falta una condesa: pero la señora marquesa tiene talento para cumplir por las dos personas, aunque la empresa parezca difícil.

La marquesa, reprimiendo su cólera. Señor conde....

El conde. Señora, perdonad: esto no era mas que una suposicion.

El marques. Es cierto. No hay que incomodarse por tal cosa.

La marquesa, con voz debil, y llorando. Señor conde, las lágrimas se me vienen á los ojos sin que yo quiera. Es demasiado el pretender que yo represente dos papeles de tal naturaleza. Pero lo que me aflige mas, es ver que hace una hora me ois quejar de que padezco gran dolor de cabeza, y sin embargo no he merecido la menor atencion. Señor conde, ¿puedo deciros, sin que os ofendais, que ya es muy tarde y necesito descansar?

El conde. Señora, sentiria incomodaros,

La marquesa. No me sois incómodo; pero aseguro que necesito descansar.

El marques. ¿Y que haremos? ¿Donde dormirá esta señorita?

La marquesa. ¿Pues que? ¿por ventura esta casa es tan pequeña que no hay habitacion que cederle?

Yo me asusté mucho entonces al ver el giro que tomaba el negocio: acerquéme al conde, y este me dijo con una voz muy dulce y sumisa.

El conde. Amable criatura, dejadme. Todo cuanto vos quisierais decirme no equivale á mi deseo de saber positivamente una cosa que creo descubrir al momento.

El marques. Lo que sobra es habitaciones; pero esta criatura ¿no tendrá miedo de estar sola?

El conde. Ni mas ni menos que la otra vez.

El marques. ¡Ah! la otra vez durmió con la marquesa.

El conde. ¡Ah! ya lo entiendo.

La marquesa. Es cierto que durmió en mi habitacion, y yo...

El marques. Durmió con vos en vuestra cama. ¿No fui yo mismo quien corrí las cortinas? ¿No os acordais que despues, un poco mas tarde, fui yo abuscaros, y que vos me hicisteis salir porque no se despertase?

Decir esto el marques, y dar la marquesa un grito de gran dolor, y caer desmayada, todo fué uno. Yo no he podido aun saber si el desmayo fué verdadero ó fingido, pero lo

cierto es que habiendo acudido Justina y Datura á socorrerla, el marques fue á buscar un frasquito de agua de olor que suele usarse para tales casos, y la marquesa recobró los sentidos despidió á las dos criadas, y dijo al conde.

La marquesa. Señor, ¿habeis jurado mi perdicion?

El conde. No señora; yo he querido averiguar el pormenor, que no sabia, de un asunto que me interesaba mucho, y que solo conocia en grande. He querido hacer ver que á mí no se me burla impunemente; y que si yo quisiera vengarme, tenia la ocasion en la mano.

La marquesa. ¿Vengarse ¿de que? ¿en que os he ofendido?

El conde. Por vuestra buena suerte yo me reconozco aun en estado de reprimir mi resentimiento; y asi he llevado solamente hasta cierto punto la venganza. Desde ahora estareis tranquila con una sola condicion.

La marquesa. ¿Cual?

El conde. Conozco desde luego que será muy doloroso para los dos. No dudo que os habiais prometido una noche tan feliz como la primera: pero vos, amigo mio, habeis tenido demasiada poca consideracion para que yo me interese por el buen écsito de vuestras empresas amorosas; y vos, señora, no debeis esperar que yo sea capaz de ser ministro de sus placeres como lo ha sido un marido... no sé cual epíteto darle, vos le dareis el que le corresponde. Yo no soy capaz de dejar tranquilo en vuestros brazos al *baroncito de Foblas*.

La marquesa. ¿El baroncito de Foblas en mis brazos?

El conde. Ni á la señorita Duportal en vuestra cama. ¿No es esto lo mismo que aquello? Yo pensaba que procederíamos acordados en este artículo. Creedme, señora: el tiempo es precioso; no lo perdamos en disputas ociosas sobre palabras. Arreglémonos. Que esta amable criatura me haga el honor de permitir que yo la lleve á casa de su padre ahora mismo, y con esta condicion yo me tranquilizo.

La marquesa, hablando al conde. El marques viene. (Hablando al marques que llega con un frascito de agua de olor). Agradezco infinito vuestro cuidado, marques; me siento algo mejor, mas no tanto que pueda ofrecer á esta niña tranquilidad en mi casa por esta noche.

El marques. ¿Por que no? Deciais poco hace, y con verdad; que lo que sobra es habitacion.

La marquesa. Es cierto, pero vos mismo hicisteis la justa observacion de que tendria miedo. Fuera de eso yo, por decencia, no debia permitir que estuviera sola esta criatura.

El marques. No estará sola: su camarera le hará compañía, pues se halla en casa.

La marquesa. ¿Su camarera?... ¿Su camarera?... Eh, bien, marques, es menester decirlo todo. Sabed pues que el señor Duportal no quiere que su hija se quede aqui esta noche.

El marques. ¿Por donde sabéis una cosa tan particular?

La marquesa. El conde Rosamber acaba de indicarme que el señor Duportal le habia dado la comision de llevarle á casa su hija.

El marques al conde. ¿Como has guardado tanto silencio sobre este asunto toda la noche?

El conde riéndose. Por no cortar las otras conversaciones.

El marques. ¡Ola! ¿Con que el señor Duportal envia á buscar á su hija? ¡Bravo! ¿Pienasa que mi casa no es segura? ¿Y por que da una comision semejante al jóven Rosamber? ¿Por que no ha venido personalmente? ¿No me debe una visita en reglas de buena educacion para darme gracias del obsequio que le hice la otra noche? No hubiera hecho nada de mas en venir él mismo: pero yo le veré: quiero saber por que manifiesta desconfianzas de.... En fin le veré, le veré.

Yo hice á la marquesa una profunda reverencia de despedida. Ella se levantó y vino á darme un abrazo: pero el conde, interponiéndose para impedirlo, tomó con gran suavidad el brazo de la marquesa y la hizo sentar, diciendo:

El conde. Señora; vos estais muy indispueta; no es justo que os incomodeis mas. Sentaos, sentaos.

Inmediatamente tomó con mucha cortesanía mi mano, y me llevó al coche: el marques hizo entrar en él á la camarera Datura, y se quedó en su casa muy sentido de la separacion de la señorita Duportal.

CAPÍTULO VI.

*Almuerzo en la casa del conde de Rosamber:
Comida en la del señor Duportal.*

PARTIMOS de casa del marques; y apenas se verificó la primera mutacion de calle, dirigió la palabra el conde á la fingida camarera, diciéndole:

El conde Ros. « Yo creo conocer vuestra » cara: pero en fin seais quien fuereis, estoy » seguro de que no es útil que nos acompa- » ñeis. Salid del coche, y disponed de vuestra » persona. » El conde habló en tono de autoridad, y con el mismo mandó parar el coche. Datura salió sin respirar una palabra. Rosamber dijo al cochero que fuese á casa del baron de Foblas, y yo le dije:

Foblas. Ya estamos solos, amigo; hablemos francamente. Confesadme que habeis abusado mucho de la posicion en que yo estaba. Yo me contentaré por ahora con esto: de lo contrario exigiré otra satisfaccion muy diferente.

El conde. Yo no considero por esta noche ver en esa persona sino á la señorita Duportal. Mañana, si el baroncito de Foblas quisiere, podrá ir á mi casa; los dos almorzaremos juntos sin etiqueta; me dirá lo que gustare; yo le haré ver su error, y cuanta justicia me asiste para quejarme amargamente de su conducta. Si las pasiones no le han ofuscado la razon, él se dará por convencido. No dándose, veremos lo que conviene hacer.

En esto llegamos á casa. Mi ayo Person abrió la puerta, y dijo:

Person. «El señor baron os ha esperado hasta muy tarde con inquietud, pero sin enfado. Desconfió por fin de veros esta noche y se retiró á dormir. Encargó mas de veinte veces á *Jazmin* que apenas amaneciera fuese á buscaros al baile de máscaras y en casa de la marquesa de Babia.»

Luego que me vi solo, comencé á meditar sobre la historia de mis aventuras, y me admiré de haber empleado tanto tiempo sin acordarme de mi adorada Sofia. Procuré satisfacer este agravio pronunciando muchas veces su nombre. Sin embargo el de la marquesa vino alguna vez á mis labios. Puesto en cama, la imaginacion me hacia desagradable la soledad; ofrecí este sacrificio al desagravio del olvido de Sofia, sin serme obstáculo la falta de voluntad con que lo sufría: en fin dormí consolado del celibato á que venia de condenarme la venganza del conde.

Apenas amaneció fui á presentar mis respetos á mi padre; y este me dijo con la mayor dulzura:

El baron. «Hijo mio, conozco que ya no eres niño, y por eso ves que te doy una libertad razonable para que puedas divertirte; debo esperar que no abusarás de ella. Yo confio que de hoy en adelante no pasarás las noches fuera de casa. Reflexiona que soy tu padre; y si mi hijo me corresponde en el amor, debe alejarme las desazones.»

Acabada la visita de respeto á mi padre,

fui sin dilacion á casa del conde de Rosamber. El me aguardaba ya, y luego que alcanzó á verme vino risueño á darme un abrazo diciendo:

El conde. ¡Oh, mi querido amigo Foblas! permitidme que os dé un abrazo de amistad despues de tantas y tales ocurrencias. ¡Que ventura la vuestra tan particular! Es muy dificil recordarla sin reirse.

Foblas, con ira. Yo no vengo ahora, señor conde, á recibir obsequios ni agasajos, sino satisfacciones. Vamos á batirnos.

El conde, muy formal. Sentaos y escuchadme, amigo mio. ¿Es posible que aun os vea yo en la misma disposicion que anoche? ¿Es posible que aun os creais agraviado de mi hasta los términos de un desafio? Vos estais loco, omigo mio, y es forzoso curaros. Una beldad ingrata os hace favor agraviándome; yo soy victima sacrificada, en obsequio de mi amigo, por una sacerdotisa que me abandona; ¿y será mi amigo el quejoso? Castigo yo el crimen de amor con una mortificacion momentanea, ¿y el jóven baroncito de Foblas querrá vengar tal incomodidad de la señorita Duportal con la sangre de su amigo Rosamber? Os aseguro que no ha de ser así. Tengo seis años mas que vos, y ellos me han enseñado por esperiencias anticipadas lo bastante para evitar ese lance. Yo sé muy bien que un jóven de diez y seis años no conoce nada que sea preferible á su espada y al objeto de sus amores; pero sé tambien que á los veinte y dos años se ha comenzado á conocer

ya el mundo, y no hay hombre juicioso que se bata en duelo por una muger.

Foblas. ¿Como no? ¿Qué cosa puede comprometer el honor de un caballero tanto como los lances de amor?

El conde. ¿Y qué? ¿Vos creéis la existencia de un amor verdadero? Esa es otra ilusion de que saldreis pronto. Yo no he visto hasta hoy sino amor de galanteria y de placer: eso no es amor verdadero. Pero en fin supongamos que lo haya, si quereis. El de nuestro suceso dista mucho de serlo. ¿Es otra cosa que aventura de una dama que hoy me abandona por vos, y mañana os dejará por otro? Un suceso cómico de esta clase ¿mereceria la importancia de producir una tragedia verdadera? No, Foblas mio; no. Reservad vuestro valor para las ocasiones del honor verdadero. Por lo que á mi toca, tengo ya dadas pruebas. Yo sé bien que alguna vez las circunstancias ponen á un caballero en la necesidad de batirse con un amigo; pero las consecuencias siempre son funestas. ¡Ojalá que no os veais jamás en caso tan fatal! Escuchad, mi querido Foblas, una pequeña historia mia.

Tendria yo vuestra edad, poco mas ó menos, cuando la de treinta y tres años mi madre la condesa de Rosamber de quien soy hijo único: esta señora conservaba entonces la frescura de su beldad: nadie le suponía mas que veinte y cinco años; todos los que no la conocian; pensaban ser mi hermana mayor. Su genio alegre y festivo le dictaba el goce de todas

las diversiones públicas; era en fin una de las damas que, según la espresion de Paris, componen *el gran mundo*. Estando en el baile de máscaras de la ópera, recibió un insulto público: se quitó su máscara, gritó, acudí al momento, ví huir acelerado el insultante, le sigo, le alcanzo, le conozco, y ¿quien es? *San-Claro*, un caballerito de mi edad, educado conmigo mismo, en fin mi mayor amigo. Apenas me vió se afligió, y solo pudo decirme: *yo no creia que fuese la condesa de Rosamber*. Demasiada satisfaccion daba con esto; pero un susurro general le condenaba. De manera que se me puso en estado de pedirle satisfaccion con la espada. Nos batimos; San-Claro sucumbió: yo caí sin conocimiento al lado de mi amigo espirante. Seis semanas estuve con fiebre ardiente y delirio continuo. En este se me representaba mi amigo desangrado próximo á espirar, y dirigiendo sus ojos hácia mi como para decirme: *yo no tuve intencion de ofenderte á ti ni á tu madre*. Tan afectuosamente me miraba que parecia sentir sobre todo separarse del cruel amigo que le daba la muerte. Tan dolorosa imágen se fijó en mi cerebro con tanta fuerza, que impidió la convalecencia, y se temió que me costase la vida. Por fin el tiempo, que puede infinito mas que se piensa, fué borrando poco á poco los colores mas vivos del cuadro, permitió mi curacion física, y solo dejó en mi corazon los remordimientos: no quiero borrar la memoria de suceso tan fatal; sirva de freno para mis ocurrencias. Solo en casos de honor verdadero, en que

pueda evitarle , me batiré con un desconocido , y aun entonces muy á pesar mio. ¿Qué direé pues cuando se trate de un amigo? ¿Espondria yo la vida de mi querido Foblas , ni la mia , sin razon y aun sin objeto justo y digno? ; Ay , amigo mio ! si las severas leyes del honor nos obligasen á batirnos , no seria ni dificil ni gloriosa vuestra victoria , mi querido Foblas. Yo se ya por esperiencia propia que el muerto no es el mas desgraciado.

Al decir esto Rosamber me tendió sus brazos ; yo le habrazé de todo mi corazon , y las sensaciones fuertes que agitaban ya su pecho , comenzaron á disminuirse , de modo que al fin se tranquilizó , y viendo que ya estábamos tan unidos en amistad como antes de las ocurrencias , recobró su tono alegre , jovial y chancero ; lo que produjo un diálogo de distinta naturaleza.

Foblas. ; Qué placer tengo en esta reconciliacion !

Él conde , riéndose. ; Ingrato ! ¿ Vos veniais á darme quejas , debiendo darme un millon de gracias ?

Foblas , ¿ Un millon de gracias ?

El conde. Sí. Pues ¿ no soy yo quien os ha proporcionado el conocimiento de la marquesa ? Es cierto que yo no habia previsto la mala jugada que se me hizo ; pero en fin aun asi yo he sido el instrumento de vuestra felicidad. Yo podia mas bien prever que con el tiempo experimentarí una infidelidad ; pero no que se verificase tan pronto , ni con circunstancias tan particulares. Después que veo el asunto como

cosa fenecida, confieso que ya me da gana de reir. Cuanto mas pienso en ello, mas debo felicitaros. Vuestra aventura es de las mas dichosas; entraís en el palacio del amor por la puerta principal, comenzáis la carrera con feliz agüero. La marquesa es hermosa, jóven, de mucho talento, considerada en la sociedad, bien admitida en la corte; intriganta como todos los diablos, tiene influjo en el ministerio, y sirve á sus amigos con una eficacia sin igual.

Foblas. Esa última circunstancia no me importa nada; jamas procuraré yo hacer fortuna por esos medios.

El conde. Haceis mal. ¡Cuantos hombres de un grande mérito verdadero no han conseguido lo que se les debia por justicia hasta que acudieron á tales protecciones! ¡Qué fácil sería desengañaros! Pero dejemos ahora conversaciones tan serias. Volvamos, querido amigo, á vuestras aventuras que ya son alegres para mí. ¿No me dareis el gusto de contarme los pormenores? Yo no debo dudar que fueron agradables, pues se preparaba su repetición por tornaboda. ¿No es cierto?

Foblas. Si lo es. Estando vos instruido ya en la parte que debiera producir silencio por el honor de una señora de calidad, no tengo ningun obstáculo en contaros lo demas.

Lo hice así; el conde oía con ansia y placer. Acabada mi narración, exclamó:

El conde. ¡Oh! la astuta señora! ¡Como fue preparando el buen éxito del objeto de sus deseos! ¿Qué diremos ahora de su honrado, de su querido marques? ¿Del hombre mas

amable, y mas crédulo? ¿Del marido mas complaciente que todos los maridos complacientes de la Francia, sin embargo que abundan tanto? En verdad hay hombres que parecen haber sido enviados á este mundo para servir á la diversion del próximo. Pero su muger.... su muger....

Foblas. Su muger es muy amable.

El conde. Seguramente lo es, amigo mio: antes que vos lo supe yo; y lo sabrán otros despues que vos, no lo dudeis. Y por una persona muy amable de esta clase ¿nos habiamos de poner dos amigos á matar el uno al otro? ¡Ah!

Foblas. Convengo, amigo mio, en que hubiera hecho mal.

El conde. Y muy mal: tanto mas cuanto un despropósito de esta naturaleza hubiera sido ejemplo perniciosísimo.

Foblas. ¿Cómo?

El conde. Lo conoceréis vos mismo fijando vuestra atencion sobre lo que podreis observar en la sociedad. Aun dentro del círculo limitado de una reunion de familias conocidas en lo que suele llamarse *gran mundo*, hay continuamente intrigas y contradiccion de intereses. El marido de la baronesa es tal vez el amante de la duquesa, cuyo esposo se halla en situacion semejante á cambio ó con otra dama de la tertulia. Hoy es sacrificado un esposo que mañana sacrificará tambien á otro: los hombres son audaces; las mugeres débiles; el atrevimiento es el principio de una victoria, y la debilidad lo es del rendimiento. Las con-

secuencias inmediatas suelen ser amar el celibato y tener por insoportable el yugo del matrimonio, principalmente al ver que aun adoptando este sistema el mundo se puebla, los jóvenes se divierten, y todo el mundo está contento; pero reflexionad ahora un poco. Si los zelos derramasen su mortal veneno, si los maridos ofendidos se armasen para vengar su honor, si los amantes abandonados se mataban en duelo por disputar un corazón inconstante y mudable por carácter, veriais una desolación general. La corte, las ciudades, los pueblos serian un vasto campo de cadáveres. ¡Cuántas mugeres que gozan hoy la mejor opinión serian viudas! ¡Cuántos hijos reputados legítimos quedarían huérfanos! ¡Cuántos hermosos niños no contados hoy por hijos bastardos se hallarian sin padre! Los vivientes acabarían su existencia sin dar educación á los niños que dejaban ya engendrados. En fin....

Foblas. Yo veo, amigo Rosamber, que os habeis propuesto pintar un cuadro bien horrible. Pero eso es todo efecto del amor galante, del amor de los placeres, mas no del amor verdadero, del amor tierno y respetuoso que...

El conde. No existe ya semejante amor en el mundo. Era incómodo á las mugeres, y estas le quitaron la vida.

Foblas. Sin embargo yo creo que vos amáis á las mugeres.

El conde. Yo las amo como ellas quieren ser amadas.

Foblas. Os perdono vuestras blasfemias, porque no conocéis á mi Sofía.

El conde. No entiendo el sentido de vuestras palabras. Explicaos algo mas. ¿Vos, amigo mio, conocéis el verdadero amor como distinto del que tenéis á la marquesa?

Foblas. Si: como esencialmente distinto.

El conde. ¿Y Sofía tiene á tu favor esos mismos sentimientos tan nobles?

Foblas. A lo menos no es capaz de otro amor que del verdadero; del que tiene siempre por compañeros al honor y á la virtud.

El conde. ¿Quien es esa Sofía? ¿donde está una muger tan singular?

Foblas. Llevareis á bien, amigo mio, que un velo misterioso suspenda por ahora la satisfaccion de vuestra curiosidad. Vos conoceréis á Sofía con el tiempo, y preveo que me dareis la razon.

Entre tanto ya los platos escitaban el apetito. Almorzamos como jóvenes, bebimos á proporcion, y aun tal vez algo mas, porque el vino de Champaña estaba delicioso, escitaba facilmente á la repeticion, y aumentaba los grados de alegria. Baco fué siempre amigo de Vénus; el conde manifestaba ya nuevas ganas de hablar del bello secso conforme á su sistema, esto es, apreciándolo poco, amándolo mucho, y contando infinidad de anécdotas galantes escandalosas, relativas á personas vivientes y conocidas. Sus narraciones me admiraban y aun me confundian. Mi única respuesta era decir que no hay regla sin escepcion, y podia ser verdad lo que contaba sin destruir por eso mis proposiciones.

El conde. ¡Ah! ¡que vos no sabeis aun,

amigo mio, hasta que grado llega la corrupcion del bello sexo; de esa hermosa mitad del linage humano! ¡Hasta que punto abandona el pudor que se le supone tener como dote precioso de la naturaleza! En fin, ahora mismo me ocurre una idea que me hace reir, y que os ha de dar á conocer verdades que ignorais. Supongo desde luego que aun no habeis dispuesto la distribucion del dia de hoy. Venid conmigo. Voy á presentaros á una belidad: hallareis á otras en su casa; sereis dueño de amar á todas si quisierais, y todas acaso podrán agradaros.

Entramos en un fiacre con las cabezas ca-
lientes; paramos en una casa cuya fachada es-
terior prometa tener por habitantes á perso-
nas de calidad. Entramos en una sala en que
hallamos cierta dama bien parecida, mejor
puesta, y de modales agradables, obsequiosos
y demasiado francos; pues el tono en que nos
habló al conde y á mí, la excesiva confianza
con que me trató desde luego sin conocer-
me, y las espreciones licenciosas que hizo á
Rosamber, me hicieron formar al instante mi
opinion de que nos hallábamos en un colegio
de mugeres jóvenes dedicadas al vicio, bajo la
direccion de quien nos hacia semejante reci-
bimiento. A pocos minutos de haber entrado
en conversacion, ya se tomó la libertad de
decir al conde que se conocia que yo era un
novicio de corte, venido de pueblos de proviu-
cia con toda la ignorancia de una aldea, pe-
ro que bien pronto me *desasnaria*. Despues
de esta gracia tan fina me llevó por diferen-

tes piezas mostrando todas las curiosidades y adornos de la casa, y concluyó el paseo doméstico en una sala en que se hallaban reunidas muchas niñas bien puestas. Todas pasaron una en pos de otra por delante de nosotros, esperando cada cual que se dirigiese un pañuelo significativo de la elección. El conde escogió la mas hermosa; yo por capricho la que me pareció de menos gracia.

El conde. He pedido comida para cuatro personas. Mientras la disponen podemos cada uno de nosotros tener conversacion con su pareja; despues será entre los cuatro á la hora de comer.

Me retiré con mi ninfa; soy naturalmente curioso; quise conocer la persona con exactitud minuciosa, y divertirme comparando una marquesa hermosa con una cortesana fea; poco á poco fue cesando mi fria indiferencia, y la ninfa quiso que hubiera guerra. Mi frialdad volvió cuando era menos á propósito. La cortesana lo advirtió, y se retiró exclamando; *tanto mejor; pues hubiera sido lo mismo...* Lo mismo fue oír esto que salirme de aquella infame casa, sin ver á Rosamber ni preguntar por la persona; pero con intencion de no volver allí en toda mi vida. Serian las diez de la mañana siguiente cuando el conde fué á mi casa y dijo:

El conde. ¿Qué terror pánico se apoderó de vos ayer? ¿Sabeis que la aventura se hizo pública en la casa, y dió materia de grandes risotadas á todos los que se hallaron en ella?

Foblas. ¿Cómo es eso, Rosamber? ¿Llamais terror pánico el mio habiendo escuchado yo á la ninfa, tanto mejor; pues hubiera sido lástima....

El conde. Ola, ola: eso es bien diferente de lo que se nos ha contado. La cortesana tuvo la cautela de callar esa circunstancia tan esencial. Contó su aventura con bastante infidelidad. Su proposicion varía todo el sentido de la escena. Y por Dios que la espresion hubiera sido lástima es de un buen estilo. Vos debéis estarle agradecido. Ahora bien, Foblas, ya veis á una muger que os felicita friamente de haberos librado de un precipicio á que os convidaba ella misma. ¿Estimareis algo á esa muger?

Foblas. Vuestra pregunta es bien estraña; pero sea cual fuere mi respuesta, ¿qué consecuencias podeis deducir contra el bello sexo en general?

El conde. Amigo mio; desviais con ingenio mis argumentos; pero veo que sois incorregible. Bien está. Proseguid en vuestro sistema. Estimad, apreciad á las mugeres tanto como querais; yo me voy á dormir.

Foblas. ¿A dormir? ¿Pues de donde venis ahora?

El conde. ¿De donde? De allí mismo. Es necesario sacar partido de todo para divertirse. En aquella casa encontré al comendador *Pollar*, al caballerito *Miñon*, al abate *Damasino*; hemos pasado toda la noche juntos en broma, y... vamos; yo me voy á la cama.

Luego que marchó el conde, llegó el baron

á mi cuarto; me dijo que el señor Duportal me habia convidado á comer, y que yo esperase á mi padre pues comia tambien cerca de la misma casa.

Me aceleré á salir, porque deseaba ya con vivas ansias ver á mi Sofía, que acudió al locutorio con mi hermana Adelaida, la cual despues de la salutacion, dijo:

Adelaida. ¡Que feliz eres, hermano! Vas á un baile, te diviertes allí toda la noche, y ademas haces amistad con una dama hermosa. Bueno, amigo, bueno, y nosotras aqui tal vez olvidadas.

Foblas. ¿Quien os ha dado tantas noticias?

Adelaida. ¿Quien? el bachiller Person, que nos informa de todo cuanto sabe, y no tiene secreto para nosotras. Vamos, dinos pronto. ¿Quien es esa dama? Yo estoy en una gran curiosidad de saberlo. Aunque ves á Sofía tan silenciosa y con los ojos bajos como quien no atiende á la conversacion, conozco que tiene tanta ó mas curiosidad que yo. Lo mismo nos sucede sobre baile de máscaras, que se nos figura una cosa muy buena.

Foblas. En cuanto el baile debo asegurar que es una invencion sumamente incómoda. En lo respectivo á la dama no negaré que sea bella, pero ni con mucho lo es tanto como mi hermosa primita. Mas ¿no reparas, Adelaida, que Sofía prosigue muda, sin tomar parte en nuestra conversacion, distraida con la cadena de su reloj? ¡Ah! ¡ah! mi bella primita! Parece que me oís. Los colores salen á vuestro hermoso rostro, haciendo traicion á la indiferencia.

que aparentais sobre lo que hablamos. ¿No me respondeis? ¿Estais triste, primita? ¿que tenéis? Eso me aflige de veras. ¿No me decis nada?

El aya de Sofia. Responded al señorito de Foblas, señorita.

Foblas. ¿Estais triste de veras; primita? ¿Cuanto lo sentiria!

Sofia. He dormido mal esta noche pasada, y no puedo decir mas.

El aya. Sí, es cierto: hace ya tres noches que no duermo bien, y eso es muy malo; pudiera causarle la muerte. Me acuerdo de lo que sucedió hace cuarenta y cinco años á madamita Estrocka. Voy á contar la historia.

Foblas. Sí, contadla; pues teniendo relacion con la historia de mi linda primita, interesa desde luego.

Sofia. No puedo soportar aquí por mas tiempo mi dolor de cabeza. Yo me retiro.

El aya. Jamas llega el caso de poder contar mis historias. Señor baroncito ¿vendreis mañana?

Foblas. Sí por cierto, pues me interesa mucho saber el estado de la salud de mi hermosa primita.

Adelaida. Hermano mio ¿me permites que acompañe á mi amiga?

Foblas. Sí, Adelaida; y cuidala mucho, porque me interesa en sumo grado su salud.

Sofia. A Dios, señor de Foblas.

Foblas. A Dios, mi querida prima.

Sofia se retiró dirigiéndome una mirada tierna y dolorosa que aumentó los remordi-

mientos que ya sufría yo de las ofensas que le había hecho. Se acercaba la hora de comer en casa del señor Duportal. Apenas llegué y se verificaron las primeras conversaciones de atención y demas generales, conté mis aventuras sin omitir el almuerzo en casa de Rosamber, pero callando la visita que hicimos á las cortesanas. El manifestó agradecer mi confianza, y añadió....

Duportal. No conozco personalmente al conde de Rosamber. Segun puedo inferir de vuestra narracion, es un jóven presumido, pero que tiene ideas rectas acerca del honor verdadero; entre las leyes de vuestro pais una de las mas respetables es la que prohíbe los duelos. Uno de los efectos de las luces del siglo es haber suavizado las costumbres. ¡Cuanta sangre ha dejado de derramarse! ¡Cuantas grandes pesadumbres se han aborrado á los padres de familias! Por lo respectivo á mugeres, ó bien el conde afecta lo que no siente, como sucede á muchos jóvenes, ó bien conoce solo á mugeres que no merecen aprecio. Le compadezco si se halla en este segundo caso; piensa en su corta edad de veinte y dos años conocer el mundo; pero es error muy grande; creed, Foblas mio, á mi esperiencia, mucho mas prolongada y llena de conocimientos mas variados; es cierto haber mugeres sin pudor, pero mayor es el número de jóvenes sin principios de moral. Procurad huir con gran cuidado de las lenguas de tales hombres. No dudeis que hay mugeres cuya virtud nos debe inspirar tanto respeto como su beldad inspira el amor.

Hay mas damas de lo que se piensa que son amantes generosas, esposas juiciosísimas, madres escelentes; hay muchas que derramarían su sangre por salvar el honor ó la vida de sus maridos y de sus hijos. Hay algunas que han dado el ejemplo de valor superior á lo general de su sexo, sufriendo indecibles fatigas, y esponiéndose á todo género de peligros por no separarse de sus esposos: ó por preservar de algun peligro á sus hijos. Si los argumentos de Rosamber se han de formar por casos como el de vuestra marquesa; yo os diré con ingenuidad que la tal señora es tan imprudente como jóven. Tened, amigo mio, mas juicio; abandonad las aventuras de su trato. Por crédulo que sea el marido, llegará dia en que los peligros serán inevitables y las consecuencias muy funestas. Vaya, Foblas mio, vos vais á prometerme de buena fe una cosa que importa mucho mas para vos que para mí. Prometedme que no ireis mas á casa de la marquesa de Babil.

Foblas. Señor, supuesto que vos conocéis el mundo con tal perfeccion; penetrareis tambien cuanta dificultad debe tener un jóven de mi edad para semejantes promesas; pero en fin, vos me estimais de veras, vos lo quereis, vos creéis que debo hacerlo. Yo lo prometo.

Duportal. ¿De buena fe?

Foblas. De buena fe.

Duportal. He bien, en compensacion de anuncio que yo he pensado confiaros ciertos secretos de una importancia muy grande. Yo veo que aunque jóven teneis talento y honor.

Espero pues que no hareis jamas uso de la historia que voy á contaros, sino con una discrecion que jamas podrá pecar de excesiva.

CAPÍTULO VII.

Primera parte de la historia de Louzinski; palatino de Polonia, oculto en Francia con el nombre de Duportal.

Yo prometí al señor Duportal no abusar nunca de sus revelaciones, y comenzó de este modo:

Mi historia ofrece un ejemplo terrible de las vicisitudes de la fortuna. Suele ser útil por una regla general haber tenido ilustre nacimiento y grandes riquezas para sostener el esplendor del nombre de la familia, pero á veces estas mismas circunstancias esponen á peligros extraordinarios y desgracias insuperables. Único hijo de padres del primer orden de la nobleza, y sumamente rico, yo debia ocupar uno de los destinos mas importantes de mi patria; sin embargo, por esa misma causa he tenido que sufrir lo que no es fácil de ponderar, y me veo precisado á vivir fuera de mi pais, y oscurecido con nombre diferente. La familia de *Louzinski*, cuyos principios se ignoran por su antigüedad remotísima, es una de las escritas en los fastos de Polonia para que sus individuos voten la eleccion de reyes y puedan ser elevados al trono. El nombre de esta familia cesará con mi muerte,

por ser yo su último varón. Sé muy bien que la filosofía dicta mirar con indiferencia la nobleza del origen, y despreciar con soberanía de ánimo las riquezas. Acaso lo practicaria yo exactamente si no hubiese perdido mas que mi elevacion y los bienes de la fortuna; pero lloro de corazon la muerte de una esposa tan digna como adorada; suspiro la pérdida de una hija cuya existencia ignoro; y sufro la pena de no esperar volver á mi amada patria. ¿Bastará la filosofía para que yo sea insensible á tanta reunion de tormentos los mas acerbos?

Louzinski mi padre; mas distinguido por sus virtudes que por su elevada clase, gozaba en la corte toda la gracia del soberano que alguna vez sigue al mérito personal, y toda la consideracion que suele ser compañera del favor. Procuró educar á dos hermanas mias con la finura, decoro y buena moral que convenia, y formó empeño particular en que la mia fuera perfecta en todo sentido para que yo llegase á ser digno sucesor de su casa, buen ciudadano de Polonia; y servidor útil á la patria y al estado.

Haciendo yo mis estudios en Varsovia, los hacia tambien conmigo el jóven *Poniatowski*, que se distinguia de todos los contemporáneos por sus amables calidades. Su figura era noble y llena de atractivos; su talento penetrante y felizmente cultivado; era diestrísimo en los juegos militares en que solíamos ejercitarnos: tan modesto que buscaba los medios de ocultar ó disimular su mérito, porque sobresaliera el de los otros; la urbanidad de sus mo-

dales, y la dulzura de sus costumbres le hacian brillar y distinguirse infinito entre los discípulos y demas personas jóvenes que tenían parte en nuestros juegos y nuestras diversiones. Yo diria que la semejanza de caracteres y la uniformidad de ideas nos habian hecho tomar amistad, si esto no presentase cierto aspecto de vanidad de mi parte. Solo diré que por un motivo ú otro, Poniatowski y yo fuimos íntimos amigos.

¡Que feliz, pero que rápida es aquella edad! En ella no solamente se ignoran las ideas de ambicion, de avaricia y de vanagloria que mas tarde ocupan el corazon humano, sino aun las del amor que muy luego viene corriendo á dominar sobre todas las pasiones del alma. En aquella solo se conocen placeres inocentes, credulidad sin dudas, confianza sin recelos, curso libre de afectos desinteresados, y sensibilidad pura sin mezcla de malicia; porque aun es novicio el corazon en el trato social humano.

Entonces, Foblas, el nombre de *amigo* no es una palabra insignificante como despues cuando la sociedad presenta diferentes intereses. Confidente yo de todos los secretos de Poniatowski, tampoco hacia nada sino despues de haberle consultado mis intenciones. Sus consejos arreglaban mi conducta; los míos dirigian la suya. No teníamos placeres ni penas que no fuesen comunes; no habia disgusto que no se mitigase con la comunicacion recíproca.

No hay espresiones bastantes á manifestar el dolor que tuvimos en la separacion, cuan-

do Poniatowski recibió las órdenes de su padre para dejar á Varsovia. Nos prometimos mutuamente amistad eterna. Yo añadí el juramento imprudente de que ninguna de las pasiones humanas de las otras edades que nos restaban á socorrer seria capaz de hacerme impresion contraria. ¡ Que vacío tan inmenso dejó en mi alma la ausencia de mi amigo ! El amor de mi padre, las caricias de mis hermanas no bastaban á llenarlo.

Siendo forzoso distraerme, me dediqué á estudiar la gramática de la lengua francesa, que ya estaba estendida en toda la Europa. Leí con gusto algunas obras, eternos monumentos del ingenio frances, y me admiré de ver como en un idioma tan ingrato habian podido brillar en eminente grado tantos escritores en prosa y en verso, cuyos nombres han obtenido ya justamente la gloria de la inmortalidad. Estudié tambien la geometria, y procuré con mayor cuidado adquirir todos los conocimientos necesarios y útiles para el arte militar, ese arte que para crear un héroe sacrifica mas de cien mil víctimas, y que por una especie de vanagloria pospone la humanidad al valor.

Asi pasé algunos años recibiendo cartas de Poniatowski, y no respondiéndolo sino tarde y en términos generales; de manera que con el tiempo se fué resfriando la correspondencia epistolar hasta que por fin se cortó, entrando en mi corazon el amor que desalojó á la santa amistad.

Desde mucho tiempo antes habia estrecha

y fiel correspondencia entre mi padre y el patlatino *Pulauski*. Era este reconocido por todas partes por el Caton polaco: puro y austero en sus costumbres, sabio incorruptible, senador y consejero en la paz, valiente y diestro capitán en la guerra, amante acérrimo de la libertad republicana y de la independencia de su patria, instruido en la historia de los pueblos antiguos de Grecia y de Roma, y dotado de un corazón análogo al de sus héroes en la grandeza de alma para empresas extraordinarias, en la constancia para seguir las á costa de cualesquiera peligros, y en la inflexibilidad de su carácter para no ceder á persuasiones contrarias de ninguna persona, cualquiera que fuese su rango, su autoridad, su afecto y sus intereses; en fin semejante á los semidioses que Grecia y Roma colocaron en sus altares, y capaz no solo de derramar hasta la última gota de su sangre á favor de su patria, sino también de sacrificar en obsequio de su país todo, aun á su única hija *Lodoiska*: sí, *Lodoiska*, la señorita mas hermosa de Polonia; cuyas amables prendas robaron mi afecto, cuyo nombre pronuncio aun ahora mismo muchas veces al día, cuya imagen está retratada en mi corazón para no ser sustituida jamas.

Amigo Foblas debo confesaros que apenas vi á *Lodoiska* quedé totalmente enamorado de ella, y tanto que abandoné mis estudios y quedó amortecida, si no muerta, mi amistad con *Poniatowski*. Yo no veía sino á *Lodoiska* en el mundo; no había en la tierra objeto dig-



no de mi atencion sino ella; no pensaba en otra cosa que en hacerle conocer mi amor. La grande amistad de su padre con el mio me proporcionaba el trato; la de Lodoiska con mis hermanas multiplicaba las ocasiones, Pulauski no lo ignoraba, Loncinski lo sabia todo, ni el uno ni el otro me reprendian; yo miraba la tolerancia de ambos como aprobacion positiva, y pasaron asi dos años de placer con las mas bien fundadas esperanzas del triunfo á que yo aspiraba de casar con Lodoiská.

Un dia Pulauski me dijo: «Loncinski, tu padre y yo tenemos formado, hace mucho tiempo, un designio relativo á tu persona: te hemos tratado de cerca de dos años, y tu buena conducta nos ha confirmado en el propósito.»

Al oír estas palabras quise yo hablar, y no me lo permitió prosiguiendo: ¿Qué quereis decir? ¿Piensas que no lo adivino? ¿Pretendes que tu padre y yo seamos sordos y ciegos? ¿Imaginas que no hemos conocido tu amor á Lodoiska, y que ella te corresponde? Pero has de saber tambien que yo conozeo igualmente lo que vale mi hija, y que no es justo darla sino á quien sepa merecerla. No basta la legitimidad de una pasion para disculparla: es necesario dirigirla de modo que sea instrumento de la virtud. El amor mismo seria una de tantas pasiones viles, si no animase á empresas propias de un buen ciudadano para la felicidad de su patria. El amor pues deberá ser tal en ti que te proporcione méritos para ser digno de ser coronado por la mano de Lodoiska. Escúchame atento.



Nuestro rey tiene la salud muy quebrantada: todas las circunstancias hacen sospechar que su vida será ya corta. Los soberanos vecinos de Polonia lo conocen, y su ambicion les inspira el deseo á darnos un rey de su afecto, privando á los electores de su libertad. Con esta idea siembran la discordia entre los palatinos por medios indirectos: acercan tropas á la frontera para entrar cuando les convenga, y proteger el partido que forman entre nosotros.

Entre tanto la polonia no mira con indiferencia estos sucesos. Ya llegan á dos mil los caballeros que han marchado á las fronteras para impedir la entrada de tropas estrangeras. Marcha tambien tú Loucinski, únete á ellos, vuelve de la campaña cubierto de sangre de los enemigos, de suerte que seas digno yerno de Pulauski.

Yo no vacilé ni un solo momento. Mi padre aprobó mi resolucion, pero manifestando bastante sentimiento de mi partido. Me apretó entre sus brazos con ternura tan paternal que conmovió mi corazon. En su venerable rostro se mezclaron nuestras lágrimas comunes. Pulauski mostró su carácter estoico, titulando debilidad los signos de ternura. Enjuga tus lágrimas, me dijo, y guárdalas para Lodoiska: el derramarlas es únicamente propio de amantes débiles cuando se separan por seis meses.

Instruyó á su hija de mi viage, del motivo y de todo el proyecto. Lodoiska se puso pálida, y llena de rubor suspiró, miró á su padre,

y, con voz trémula me dijo: «Id con Dios: mi felicidad penderá de vos, y mis votos seran para que volvais feliz lo mas pronto posible.» Esto me alentó sobremanera; ningún peligro me parecia capaz de aterrarme. Pero en aquella campaña nada ocurrió digno de contarse. Los enemigos queriendo parecer amigos no hicieron mas que recorrer fronteras de países abiertos y no fortificados, para conocer bien los puntos que les ofreciesen entradas fáciles en Polonia. Nosotros por ese motivo tampoco pudimos hacer mas que fatigarnos en marchas y contramarchas, de modo que los contrarios nos encontrasen en todas partes dispuestos á impedir la entrada.

Acercándose la estacion fria, los extranjeros mostraron retirarse á cuarteles de invierno, y nuestro pequeño ejército, compuesto casi únicamente de caballeros, se disolvió retirándose cada uno á su casa. Yo volví á Varsovia lleno de alegres esperanzas, creyendo que himeneo me aguardaba para coronar mi amor. ¡Qué distinta suerte me preparaba la providencia! Un accidente apoplético habia privado de la vida á mi padre la víspera de mi llegada. Yo no tuve ni aun el triste consuelo de haber recibido sus últimos alientos: la fuerza del dolor me condujo á su sepulcro, y lo regué con lágrimas de un hijo tan amante como amo del mas tierno de los padres.

Pulauski vió lo terrible de mi pena con aquella serenidad estoica que formaba su carácter, y me dijo: «Loucinski, la memoria de un padre como el tuyo no debe ser honrada con

«lágrimas estériles, sino con la imitación de sus
«virtudes. La Polonia pierde un héroe que le
«hubiera servido con suma utilidad en las cir-
«cunstancias críticas en que hoy se halla, y el
«modo verdadero de manifestar tu justa pena
«de su privación, es ver como suples á tu pa-
«tria la falta del héroe que te dió el ser.

«Segun la opinion pública no puede vivir
«el rey mas de quince dias; es forzoso elegir
«otro en su lugar; de la eleccion pende la felici-
«dad ó la desgracia de Polonia, y tú vas á ser uno
«de los electores por el mayor de los derechos
«que has heredado. Esta es la ocasion en que se
«manifiesta el verdadero valor del alma, mu-
«cho mejor que en las batallas: la valentia del
«soldado para despreciar la muerte puede ser
«puramente maquinal: no asi la de un ciuda-
«dano que por defender la independenciam de su
«patria mira serenamente y desestima las ame-
«nazas y los peligros, las promesas y sus ven-
«tajas personales; que se sobrepone á las intri-
«gas y calumnias lo mismo que á las alabanzas
«y al aprecio de los intrigantes; que trabaja
«por descubrir las estratagemas secretas del
«enemigo para precaverlas ó destruirlas, y pa-
«ra impedir los efectos de la fuerza declarada
«contra la libertad de los votos; en fin que
«siempre justo, incorruptible y zeloso del ho-
«nor y del bien de su pais, vence todo género
«de tentaciones, y sigue constante las sendas
«peligrosas de la virtud, dando su voto al
«candidato que considera por mas digno de la
«corona y mas útil para el bien de su patria.
«He aqui las virtudes que tenia tu padre;

« y las que tú necesitas hoy reunir como he-
« rencia preciosa en el dia en que los Estados
« se junten para elegir monarca. Entonces se
« conocen las pretenciones de muchos que pre-
« fieren sus intereses particulares á los gene-
« rales de la nacion. Entonces se descubren las
« maquinaciones de las potencias estrangeras
« comarcanas que procuran la ruina de Polo-
« nia, dividiendo en facciones á los electores.
« Si fijo mi consideracion en algunos síntomas
« políticos que se van verificando, preveo la
« próxima ruina ó la esclavitud de mi pais. O
« ha de ser poco mi poder, ó no se ha de
« verificar mientras yo tenga mi espada en
« la mano. Dios nos libre de una guerra ci-
« vil; pero por mas horrible que sea, yo no
« la evitaré si fuere necesaria. Tal vez seria
« una crisis política que, aunque violenta y
« peligrosa, deje á mi patria en estado de res-
« taurar su antiguo esplendor. Por consecuen-
« cia, Louzinski, debes conocer que los in-
« tereses del amor son débiles cuando estan en
« contraposicion con los de la patria. Yo no
« puedo concederte á Lodoiska en estos dias
« de afliccion. Cuando la eleccion [del nuevo
« rey se haya verificado, y la Polonia sea go-
« bernada por él en paz, tu himeneo será mi
« primer cuidado. Entretanto yo cuento con
« tu auxilio en mis empresas. »

No fue inútil la exortacion de Pulauski. Me hizo entrar en cuentas conmigo mismo sobre las nuevas obligaciones que la muerte de mi padre me habia impuesto, pero esto no aliviaba la pena que mi corazon sufría por su

falta. Yo necesitaba distracciones para disminuirla; y solo encontré alivio en la tristeza y caricias de mis hermanas, y en el amor de Lodoiska que con los ojos y con espresiones moderadas, pero muy oportunas, me hacía conocer que tambien ella sentia la dilacion del matrimonio. Esto me consolaba, y producía mas efecto que todas las reflexiones patrióticas de Pulauski.

Murió el rey luego, y en el mismo dia en que habia de abrirse la Dieta entró en mi palacio un desconocido pretendiendo hablarme en secreto asuntos de grande importancia: descendí; se retiraron mis criados; inmediatamente se dió á conocer, abrazándome tiernamente, Poniatowski. Diez años de ausencia no lo habian desfigurado; me sorprendí mucho al verle, y no tuve límites mi placer.

Louzinski. ¿Qué es esto, amigo mio? ¿Por que feliz casualidad consigo este gusto? ¿Qué novedad es esta?

Poniatowski. En este momento acabo de llegar á Varsovia. Vos sois la primera persona á quien hablo. Mi venida os admira: mayor sorpresa os deberá causar el motivo. Pensaria yo haceros ofensa si no contara con vuestro voto en la Dieta. Ved el objeto de mi viaje.

Louzinski. ¿Con mi voto? ¿en favor de quien?

Poniatowski. En mi favor.

Louzinski. ¿En vuestro favor? No acabo de admirarme.

Poniatowski. La admiracion cesará en sabiendo que tengo asegurado el mayor núme-

ro de votos por una feliz casualidad que destruye las esperanzas de dos rivales muy debiles que se han declarado dependientes. Si yo no fuese tan verdadero amigo, podria encontrar los medios de alucinaros con ofertas extraordinarias; anticiparia la noticia del gran papel que vais á representar en Polonia; el poder y la autoridad que tendreis; la brillante carrera que hareis en el reino; y la lisonjera situacion en que os hallareis muy pronto: pero sois mi amigo; no necesito seduciros, mi ánimo es únicamente persuadiros. Vos habreis observado; y yo veo con dolor que de algunos años á esta parte nuestra patria persevera en cuerpo de nacion, por la circunstancia de hallarse desavenidas las tres potencias que rodean á la Polonia: si un dia se reunen conciliando sus respectivos intereses, nuestra patria es perdida. Conquistemos la proteccion de una de ellas, é impediremos el estrago. Nuestros antecesores pudieron sostener la libertad de las elecciones en tiempos mas felizes; en los nuestros es forzoso hacer de la necesidad virtud. La Rusia quiere que la Polonia tenga un rey de su mano; eso mismo le obligará estrechamente á sostenerlo contra el Austria y la Prusia, y con esta proteccion evitaremos nuestra ruina. He aquí las razones que me han movido á consentir la pretension de la corona. Si yo abandono el derecho de la libertad de nuestras elecciones, es únicamente por conservar el todo de nuestra existencia nacional. Yo no tengo ánimo de subir á un trono vacilante, sino para consolidar

lo con una sana política; en fin yo no pretendo alterar la libertad de nuestra constitucion, sino para que no perezca la cosa constituida.

Fuimos á la Dieta; voté á favor de Poniatowski. Este tuvo el mayor número de votos, pero Pulauski, Zarembo y algunos otros se declararon por el príncipe Carlos, hijo del elector de Sajonia, y nada pudo resolverse definitivamente por causa de alborotos suscitados en aquella primera seccion. Acabada esta me buscó Poniatowski segunda vez, y me convidó á seguirle al palacio que unos emisarios secretos de Rusia le tenían preparado en Varsovia (1). Estuvimos cerrados á solas por espacio de muchas horas; renovamos nuestras promesas de amistad eterna incontrastable; yo le informé de mis relaciones con Pulauski, de mi amor á Lodoisca, y de todos mis sucesos de los diez años de separacion. Poniatowski correspondió á mi confianza con otra mayor: me contó los sucesos que le habian preparado la próxima elevacion á la corona, y los designios secretos con que se habia determinado á pretenderla, y me hizo ver que no tanto se movia por interes personal quanto por el de la Polonia misma.

Separado de Poniatowski fui volando al palacio de mi futuro suegro, esperando reducirlo al partido de mi amigo. Encontré á Pu-

(1) La Dieta para la eleccion de los reyes de Polonia se tenia en campo raso al otro lado del rio Vistula, cerca del lugar de Vola, media legua de la ciudad de Varsovia.

lauski paseándose con cierta especie de furor en compañía de su hija que tampoco estaba serena. Luego que me vió, dijo Pulauski á Lodoiska.

Pulauski. He aquí, he aquí el hombre á quien yo apreciaba; y á quien tú querías. Ve aquí el hombre que nos sacrifica en obsequio de su ambicioso amigo.

Louzinski. Señor, ¿que decís? ¿Yo sacrificaros? ¿Yo sacrificar á Lodoiska?

Pulauski. Sí; tú nos sacrificas. Sí, tú tenias amistad íntima con Poniatowski, tú sabias su intriga; tú la ocultabas; tú preparabas el suceso; tú has ido con él á la Dieta; tú has votado en su favor; tú nos has engañado; tú nos has hecho traicion. Pero ¿piensas tú que á mí se me puede impunemente hacer semejante felonía?

Louzinski. Señor, tened la bondad de oírme; os equivocáis. Yo nada sabia. Poniatowski me sorprendió esta mañana, y refirió lo que hay en el asunto. Ví que no habia otro medio de salvar la patria que asegurar la proteccion de Rusia contra el Austria y la Prusia, y que mi voto no era necesario para poner la corona sobre las sienes de mi amigo; creí tambien hacer os obsequio agregándome; y aun venia ahora persuadido que os haria placer informándoos de todo para que conducido del amor de la patria desistierais del propósito de votar en favor de otro príncipe.

Lodoiska. Padre mio, perdonadme si os digo que Louzinski no ha tenido la mala intencion que se sospechaba.

Pulauski ¿ Como no? ¿ Se me puede sorprender á mi con palabras vanas? ¿ Que, *Poniatowski* no encuentra otro medio de salvar su patria que esclavizarla? *Louzinski* aprueba esta vileza, y aun tiene la osadía de pretender incluirme en el complot? ¿ Podria yo ver que la Rusia reinaba en Polonia por medio de un polaco? ¿ Veria yo mandar los rusos en mi patria? Pérfido *Louzinski*, tú eres un traidor; tú me has engañado. Sal de mi palacio al instante, ó te hago arrojar por un balcon.

Confieso, amigo *Foblas*, que una injuria como esta; tan átroz y tan poco merecida me puso fuera de mí: no pude contener en el primer momento mi cólera, y saqué la espada. *Pulauski* sacó la suya con la celeridad de un rayo. *Lodoiska* se metió en medio y me dijo: *Louzinski*, ¿ que haceis? Una voz que para mí era divina, me volvió al estado de la razon, pero conocí tambien al momento que habia perdido por mi acceso de cólera la mano de *Lodoiska*, y consiguientemente toda mi felicidad. Ella se arrojó en brazos de su padre, y este conoció todos los grados del dolor que me atormentaba; mas lejos de compadecerse me dijo con aire de malignidad: « anda, traidor; » vete. Yo te aseguro que no volverás á ver » á *Lodoiska* en tu vida. »

Me retiré desesperado á mi casa, los odiosos epítetos con que *Pulauski* me habia insultado venian á mi memoria cada instante. Los intereses de la Polonia y los de *Poniatowski* me parecian tan intimamente unidos, que no ví por donde podia faltar á los derechos de mi patria

votando en favor de mi amigo. Sin embargo yo no veia tampoco como dejar de perder la mano de Lodoiska sin abandonar á Poniatowski. Y ¿podria yo resolverme á perder mi Lodoiska? Pasé la noche mas cruel de mi vida sin acertar á fijarme. Amaneció, y fuí volando á casa de Pulauski sin haber aun determinado cual partido tomar. Llego al palacio, y un criado me dice: « Señor, el palatino despidió anoche á todos los criados menos á mí, marchó con la señorita sin decir á donde, yo he quedado solo aquí para cuidar del edificio. Lo único que puedo comunicaros es que apenas salisteis de aquí hubo grande alboroto. El señor palatino trató mal á su hija; le dijo mil injurias. Ella lloró amargamente; y su padre le echó su maldicion diciendo; quien puede amar á un traidor, es capaz de ser traidora; yo te conduciré á una casa de seguridad en la que vivirás libre de toda seduccion, hija ingrata. »

Tenia yo un criado de toda mi confianza. « Boleslao, le dije; distribuye muchos espías fieles al rededor del palacio de Pulauski; destina otros que vayan á las tierras de los señores del mismo palatino cercanas á Varsovia; encárgales avisar con toda puntualidad de cualquiera noticia que adquieran, pues yo voy tambien á recorrerlos por distintos rumbos. » Con efecto diez dias anduve por los pueblos y castillos del dominio de Pulauski, preguntando en todas partes á viajantes y pasajeros: todo fue inútil y volví á Varsovia, donde ví acampado junto á la orilla del Vis-

tula un ejército ruso, cosa que ya no me admiró por las noticias que se me habían comunicado. Era de noche. Las calles estaban iluminadas y llenas de gente; las plazas tenían fuentes de vino; las gentes cantaban versos alegremente; todo anunciaba con seguridad que la Polonia tenía ya un rey.

Boleslao me aguardaba con impaciencia. » Pulauski, me dijo, volvió al segundo día sin » traer á Lodoiska, no salió de casa sino pa- » ra ir á la Dieta; trabajó en ella mucho con- » tra Poniatowski, pero en vano; el influjo de » Rusia fué mas poderoso que nunca. Hoy por » la mañana se ha celebrado la última sesión. » Casi todos los votos se reunieron en favor » de Poniatowski, la elección comenzó á ser » proclamada; pero Pulauski pronunció el fa- » tal *veto*. Lo mismo fué oírlo que mas de vein- » te sables desenvainados amenazaron su vi- » da; el primero de todos estos fue el pala- » tino de Galitzin, que desde la primera se- » sión estaba mal con Pulauski, quien cayó en » el suelo aturdido con un golpe de sable en » la cabeza. *Zaremba* y otros amigos acudie- » ron á la defensa; pero todo hubiera sido » inútil si Poniatowski no hubiera impedido la » muerte diciendo á voces que mataría por su » mano á quien maltratase á Pulauski. Este » perdía entre tanto sangre, y quedó sin sen- » tidos; lo condujeron á su palacio, y *Zarem- » ba* salió de la Dieta jurando su venganza. » Quedaron dueños de las deliberaciones los » partidarios de Poniatowski, y proclamaron » rey á este. Los cirujanos reconocieron la he-

» rida de Pulauski, declararon no ser mortal;
» esto bastó para resolverse á viajar en coche,
» aun contra la voluntad de sus amigos. Hoy
» á medio dia salió de Varsovia en compañía
» de Zaremba y de otros descontentos. Se han
» destinado gentes que sigan su ruta, y no se
» duda que dentro de pocos dias vengan avi-
» sos del paraje que haya escogido para su
» retiro. »

Casi no era posible anunciar noticias mas tristes. Mi amigo estaba elevado al trono; pero mi reconciliacion con Pulauski parecia imposible, y sin ella ¿ como podria yo esperar la mano de Lodoiska? Conocia bien el carácter de su padre, de quien no se debia dudar que hubiese tomado resoluciones terribles. Lo presente me afligia, lo futuro me aterraba. Mi ánimo se turbó tanto que aun incurri en la notable falta de no acudir al palacio real para felicitar al nuevo soberano.

A los cuatro dias vino á Varsovia un criado mio de confianza de Boleslao: que habia seguido á Pulauski. « Pude cumplir, dijo, » vuestra comision por espacio de quince le- » guas; Zaremba observó el suceso, destacó » guardias de á caballo, me llevaron á la pre- » sencia de Pulauski, este me obligó con una » pistola en la mano á confesar la verdad, y » despues dijo: tú volverás á la capital, y ase- » gurarás á Louzinski que no se librará de mi » venganza. Mandó vendarme los ojos y con- » ducirme conforme á las instrucciones que dió » en secreto. Me llevaron no se donde; á los » tres dias volvieron á ponerme vendado en un

» coche y marchar por espacio de muchas ho-
» ras. Por fin los conductores me sacaron y
» dejaron libre; se alejaron de mí corriendo.
» Así que pensé hallarme solo, me quité la
» venda, y me ví en el mismo sitio donde se
» habia verificado mi prision.»

Estas noticias me alarmaron infinito: las amenazas de Pulauski me hacian temblar por la vida de Lodoiska en algun acceso de furor de su padre. Resolví averiguar á toda costa su paradero. Instruí de mi plan á mis hermanas, y salí al dia inmediato de la capital sin otra compañía que la de Boleslao, á quien en todas partes llamaba *hermano*. Recorrí casi toda la Polonia; ví entonces verificadas las profecias de Pulauski. Los rusos destinados á exigir el juramento de fidelidad en favor del nuevo rey, desolaban el reino con exacciones y violencias. Estas eran tantas que resolví retroceder á Varsovia para comunicarlo al rey. Un suceso inesperado me puso en términos de seguir un rumbo enteramente opuesto.

Los turcos acababan de declarar la guerra contra la Rusia, y los tártaros de Budriac y de Crimea hacian continuas incursiones en la Vollhitnia donde yo me hallaba por entonces. Cuatro tártaros me atacaron cerca de Ostropol, á la salida de un bosque. Yo habia padecido el imprudente descuido de no haber cargado las pistolas. Me defendí con el sable tan felizmente que dos enemigos cayeron en tierra heridos gravemente. Boleslao derribó de su caballo al tercero que al momento corrió huyendo; el cuarto me hirió en el muslo pe-

ro levemente, prosiguió luchando con valor; sin embargo le di tan terrible golpe que le hice perder el equilibrio y caer en tierra; venia Boleslao á darme auxilio cuando cayó el tártaro, y este me dijo en lengua polaca mal pronunciada: «Un hombre tan valiente como tú debe ser generoso; yo te suplico que me conserves la vida; en lugar de matarme, sócorreme; ayúdame á levantar, venda mi herida, y dame cuartel. Esta conducta noble te hará honor; matar á un caído no es gloria.» Yo no pude menos de conmoverme al escuchar un modo tan nuevo de hablar en tales circunstancias. Me apeé al instante; Boleslao y yo le ayudamos á levantar y le vendamos la herida. «Tú haces bien, tú haces bien, me repetia el tártaro; tú haces bien, luego lo veras.» Con efecto, casi al instante mismo vimos venir á galope hácia nosotros trescientos ó mas tártaros para socorrer al caído. «No temas, me dijo, yo soy el gefe de esas tropas.

Hízoles una seña que bastó á contenerlas cuando indicaban sus gestos que Boleslao y yo íbamos á ser hechos trozos; les habló en su lengua tártara no se que cosas; solamente observé que los soldados se dividieron en filas para dejar paso libre á Boleslao y á mí. Luego me dirigió la palabra en polaco y me dijo: «Hombre valiente ¿no te decia yo con razon que hacias bien en conservarme la vida? tú me la salvaste, yo he salvado la tuya, estamos pagados. Algunas veces es útil perdonar al enemigo, aunque sea un ladron. Mira: cuando yo te atacué, cumplí con mi

«oficio; cuando tu me has herido y vencido,
 «cumpliste con el tuyo: yo te perdono pues
 «los golpes, seamos amigos; abracémonos co-
 «mo tales, y en adelante favorezcámonos el
 «uno al otro, voy á comenzar esta empre-
 «sa con un buen consejo que te daré. Ya ob-
 «servas que se acerca la noche. Te aconsejo
 «que no prosigas tu viage hasta volver el dia.
 «Cada uno de estos hombres de mi mando pa-
 «sará la noche destacado en su respectivo pa-
 «rage. Desde aquel momento yo no puedo res-
 «ponder de su conducta. Tu peligro será gran-
 «de si caes en su poder. ¿Ves bien cerca de
 «nosotros en aquel montecito un palacio forti-
 «ficado? El pertenece á un conde llamado *Dour-*
 «*linski*: nosotros le queremos mal, solo porque
 «sabemos que es muy rico: vete allí, pídele
 «asilo diciendo que has herido á *Titsikan*, y
 «que *Titsikan* te persigue. El me conoce bien
 «por la fama de mi nombre, y porque le
 «he dado unos dias bien amargos. No salgas
 «del palacio antes de tres dias; él será res-
 «tado mientras estuvieres allí, pero solo por
 «espacio de ocho dias. De otro modo yo no
 «puedo garantir tu seguridad. A Dios.»

Nos despedimos de *Titsikan* y de su gen-
 te muy contentos; y miramos sus consejos co-
 mo preceptos. » Vamos pronto al palacio, di-
 «je á Boleslao. Yo conozco á *Dourlinski* por
 «su nombre: varias veces lo ha citado *Pulaus-*
 «*ki*. Acaso sabrá donde se ha retirado este, y
 «lo descubriremos con maña. En todo caso yo
 «diré ser enviado suyo, porque su recomen-
 «dacion será mejor que la de *Titsikan*. No te

«olvides de pasar plaza de hermano mio; tu descuido podría descubrirme.»

Habiendo llegado á los fosos del castillo ó palacio fortificado, y pedido asilo, nos preguntaron los criados quienes éramos; respondimos ser enviados de Pulauski, y haber sido atacados por unos bandidos; nos dijeron ser imposible por entonces hablar á Dourlinski, ni hasta las diez del dia siguiente. Bajaron el puente levadizo, entramos, nos pidieron las armas, las dimos sin repugnancia. Boleslao reconoció mi herida, vió ser de poca ó ninguna consideracion; nos llevaron á una cocina donde nos sirvieron una sena moderada; nos condujeron á un cuarto bajo en el que prepararon dos camas nada cómodas, y nos dejaron cerrados y sin luz.

No pude conciliar el sueño en toda la noche. La herida del muslo era leve, pero tenia en mi corazon otra insoportable. Luego que amaneció creció mi impaciencia; procuré abrir las ventanas de mi cuarto, y ví que estaban cerradas con llave. Forcé los postigos tanto que las cerraduras cayeron, y ví un hermoso parque: la ventana era baja y salté á los jardines de Dourlinski, me paseé largo rato, despues me senté en un banco de piedra sito al pie de una torre del palacio eucastillado de arquitectura muy antigua. Estaba yo allí entregado á tristes meditaciones cuando veo caer junto á mi una teja. Pensé que aquello provenia de la vejez del edificio, mudé de sitio y luego cayó nueva teja cerca de mis pies. Me pareció ser extraordinario el caso; levantéme inquieto, re-

conocí la torre, vi una pequeña ventana como á treinta pies de altura, sospeché que las tejas pudieran ser tiradas desde allí, miré la primera, y vi escritas en ella estas palabras: *¿Loudinski ¿sois vos? ¿Vivis aun?* Reconocí la segunda y leí estas otras: *« Libertadme; salvad á Lodoiska. »*

¿Quién sería capaz de conocer la sensación que imprimió en mi alma este suceso tan inesperado? ¿Qué asombro el mio! ¿qué alegría en el primer momento! ¿qué dolor en el segundo! ¿qué confusión de ideas en el tercero! Reconocí con el mayor cuidado la torre para ver como podría libertar á Lodoiska, y vi caer una tercera teja en que me decia: *« Traedme á media noche papel, plumas y tintero; volved mañana una hora despues de amanecer á recibir otra carta. Separaos ahora del sitio. »* Volví á mi cuarto, entrando por la ventana con el auxilio de Boleslao: conté mi aventura; me ayudó á cerrar el postigo lo mejor que nos fué posible.

Pero ¿como penetrar en la torre? ¿cómo procurarnos armas? ¿cómo sacar á Lodoiska de su prision? ¿qué medio para conducirla fuera de un palacio encastillado, á la vista de Dourlinski, en medio de los criados? ¿Seria posible tal empresa de modo que no salga yo de aqui en tres dias y que no tarde mas de ocho? Si salto á cualquiera de estos límites ¿como librarme de los tártaros? Si me acobardo, ¿permitiré que Lodoiska sea frustrada de su esperanza? y ¿renunciare para siempre á su posesion? ¿Consentiré que muera ó sea es-

clava para siempre mi querida Lodoiska? ¿Qué dolor penetra mi alma! Y ¿por que sufrirá esta prision? Pero la carta me instruirá de este asunto. «Boleslao, mira tú como puedas agenciar papel, plumas y tintero; yo me determino á fijar el peligroso carácter de emisario de Pulauski con el dueño de este palacio.»

Habrian ya pasado algunas horas del dia cuando vino un criado á darnos libertad diciendo que Dourlinski queria vernos y oirnos. Fuimos presentados, y noté que su edad seria como de sesenta años, su figura desagradable, sus modales ásperos, y su gesto algo feroz. Luego se signió este diálogo.

Dourlinski. ¿Quien sois?

Loucinski. Mi hermano y yo pertenecemos al señor Pulauski. Me ha encargado de una comision reservada para vos: mi hermano me acompaña por motivo particular indiferente: yo debo cumplir el encargo de mi amo á solas: mi hermano no está en la confianza del secreto.

Dourlinski. Bien: que se vaya tu hermano á fuera por ahora. Váyanse tambien mis criados menos mi secretario. Tú puedes hablar en presencia de este cualquiera cosa por secreta que sea.

Loucinski. Pulauski me envia.

Dourlinski, con arrebató. Ya veo que te envia, pero ¿á qué?

Loucinski. Para saber....

Dourlinski, con impetu. ¿Qué desea saber? Vamos, pronto, pronto.

Loucinski. Para saber noticias de su hija.

Dourlinski. ¿Cómo? ¿Noticias de su hija?

¿Pues que? Te ha dicho él que....

Louzinski. Si; mi amo me ha dicho que Lodoiska estaba aquí.

Observé que *Dourlinski* se ponía pálido, miró con intencion á su confidente; fijó luego en mí su vista por largo rato sin hablar una palabra, y despues me dijo:

Dourlinski. Me admiro mucho de oírte. Es necesario que tu amo sea bien indiscreto para fiarte un secreto de esta importancia.

Louzinski. No por cierto. ¿No lo confiais vos á vuestro secretario? Los grandes serian muy desgraciados si no tuvieran un confidente con quien desahogarse. *Pulauski* me ha encargado preveniros que *Louzinski* habia corrido casi toda la Polonia, y que no tardaria tal vez á venir por las cercanias de este palacio.

Dourlinski. ¿Quién? ¿*Louzinski*? que venga, que venga por aquí. Si él viniere, le tengo prevenido un alojamiento del cual no saldrá en su vida, ó por lo menos en mucho tiempo. ¿Lo conoces tú?

Louzinski. Si señor: le he visto muchas veces en casa de mi amo, cuando vivíamos en Varsovia.

Dourlinski. Dicen que es buen mozo.

Louzinski. No es mal formado: su talla es como la mia.

Dourlinski. Y ¿que tal es su figura?

Louzinski. No deja de tener algo de recomendable. Hablando con verdad es un....

Dourlinski, con arrebató. Es un insolente; eso es. Si el cayere por su desgracia en mis manos...

Louzinski. Pues señor, aseguran que también es valiente.

Dourlinski. ¿Valiente? Yo apuesto que solo tiene valor para seducir doncellas: si él cayera en mis manos se acordaría bien de mí para toda su vida. Pero en fin, dejando este punto, yo extraño que Pulauski no me escribiera, no habiéndolo hecho de mucho tiempo á esta parte. ¿Dónde está ahora?

Louzinski. Tengo positivas órdenes para no manifestarlo. No escribe á nadie mientras duren las poderosas causas que motivan esta ocultacion: pero puedo asegurar que tardará poco en haceros dió una visita.

Estas últimas palabras le alteraron, su color se ipmutó, dió una mirada misteriosa á su confidente, me pareció haberle producido algun temor la noticia, y dijo:

Dourlinski. ¿Cómo!... ¿qué?... ¿qué Pulauski vendrá pronto?

Louzinski. Si señor, antes de quince dias. Volvió Dourlinski á turbarse, miró nuevamente á su secretario; luego aparentó serenidad, y dijo:

Dourlinski. Vuélvete, y dirás á Pulauski que siento mucho no poder enviarle mas que noticias desagradables. Dile que Lodoiska no está ya en mi palacio.

Yo extrañé cuanto se puede pensar este lenguaje, sin poder por entonces penetrar los motivos ni el objeto y dije.....

Louzinski. ¿Qué decís, señor? ¿Lodoiska no está en vuestro palacio?

Dourlinski, con enfado. Ya te he dicho

que no. Por amistad con Pulauskí recibí, aunque disgustado, la comision de tenerla encerrada en secreto. Solo mi confidente y yo sabiamos el sitio en que fué recluida. Sin embargo hace como un mes que llevándole su comida, nos hallamos sin Lodoiska. No sabemos como pudo evadirse, ni á donde, ni con quien. Tal vez es autor de la fuga su amante Louciuski que la habrá conducido á Varsovia, si los tártaros no han cogido á los dos en el camino.

Louzinski. ¡Ah señor! ¡qué noticias tan fatales! ¡qué dolor para mi amo!

Dourlinski. Lo conozco, pero no puedo remediarlo.

Louzinski. Si no lo llevaseis á mal, señor, os pediria un favor.

Dourlinski. ¿Cuál?

Louzinski. Señor, los tártaros nos han atacado en el camino, hemos salido del peligro mi hermano y yo como por milagro. ¿Nos hariais la gracia de permitirnos permanecer en vuestro palacio dos dias para dar lugar á que los tártaros se hayan alejado de la comarca?

Dourlinski. ¿Dos dias solos? Bien está. Concedido. ¿Oyes tú, amigo mio? ¿Dónde se ha dado habitacion á estos hombres?

El secretario. En un cuarto bajo.

Dourlinski, inquieto. ¿En cuál? ¿En el que da á mis jardines?

El secretario. Sí señor; pero se les ha cerrado con llave su ventana.

Dourlinski. No basta, es necesario mudar su alojamiento á otra parte.

El secretario. No es posible, pero... Yo estaba mientras tanto con una aflicción incapaz de pintarse. Se acercó el confidente á su amo, le hablo en secreto sin que yo entendiese una palabra, y habiéndolo escuchado Dourlinski dijo en voz perceptible.

Dourlinski. Bien está; que lo hagan al instante. Tú y tu hermano permaneced aquí hasta despues de mañana. Volvereis á verme antes de marchar, porque pienso darte carta para mi amigo Pulauski.

Louzinski. Muchas gracias, señor.

Fui á reunirme con Boleslao en la cosina donde se hallaba desayunando. Me dió una botellita de tinta, plumas y algunos pliegos de papel, que dijo haber conseguido de un criado sin dificultad. Impaciente de escribir á Lodoiska sin ser visto, discurría donde, cuando Boleslao dijo haberle instruido uno de los criados que no se nos permitiría volver á nuestro cuarto hasta la noche á la hora de dormir. Los hombres en cuya compañía Boleslao se desayunaba, me convidaron á beber, y presentaron algunas botellas de vino que dijeron convenia desocupar cuanto antes entre todos, y me ocurrió entonces una estratajema que por fortuna produjo buenos efectos. Me resolví á beber de manera que pudiese pasar plaza de hallorme bien embriagado; el vino era malísimo: bebí como si fuera bueno. Pasado algun rato comencé á tener temblor de piernas, se subsiguieron otros muchos síntomas, tales en fin que Boleslao mismo creyó mi embriaguez y temió que yo revelase con el calor del

vino mis secretos, aunque podia observar que yo contaba cuentos á porfia, muy disparatados y muy alegres, pero sin conexion con nuestro viage: lleno de temores dijo Boleslao á los otros:

Boleslao. Señores: mi hermano tiene hoy la cabeza poco sentada; tal vez la herida contribuye á esta desgracia; no le conviene hablar mucho aunque lo quiera como veis. Si me fuese permitido pedir os un favor, yo os suplicaria que me ayudaseis á llevarle á su cama.

Criado. ¿A su cama? A la suya? No, no, eso no es posible; pero para qué veais que no es falta de voluntad, yo consentiré que se retire á mi cuarto.

Boleslao. Lo mismo es. Muchas gracias, amigo; vamos, llevémosle.

Luego me cojieron; aparenté resistencia, bien que tenia gran placer interiormente; me arrastraron y me subieron entre todos á una guardilla en que solo habia una mala cama, peor mesa y un pequeño banco.

Apenas quedé solo, escribí á Lodoiska una carta larga, contando mi historia, cincerando mi conducta contra las acusaciones de su padre; manifestando la sorpresa que me habia causado el suceso de las tejas; refiriendo la sustancia de mi sesion con Dourliski; deseando saber por que le trataba este de un modo tan cruel; prometiendo esponerme á todo riesgo por librarla, espresando en fin un amor tan grande como respetuoso á su persona.

Cerré la carta, y mi corazon entró luego

en otras dudas: diferentes ideas, las unas contrarias á las otras, me acoloraron la imaginacion y me agitaron extraordinariamente. ¿Estoy bien seguro, me decia yo á mí mismo, estoy bien seguro de que Lodoiska es la que me tiró al jardin las tejas? ¿Mas como podré dudarlo? ¿ Quien sino ella podia conocerme por Louzinski, disfrazado con vestidos de hombre del vulgo, y en parte desfigurado por las incomodidades de los viages de tres meses? Si con efecto es Lodoiska, ¿ como su padre la trata con semejante crueldad? ¿ Sería capaz de vengarse de mí en la persona de su hija, faltando á la justicia y aun á la humanidad? ¿ Ese Caton habria perdido su carácter de probidad? que la mandase alejar de mí entraba en su sistema; pero ¿ cerrarla en la prision horrible de un castillo sito en un desierto comareano de feroces tropas de tártaros? No, no. Aquí hay iniquidades de otra especie. Dourlinski niega la permanencia de Lodoiska confesando haberla tenido en su poder. ¿ Que significa el misterio de no querer que yo estuviese alojado en el cuarto del jardin donde recibí las cartas de Lodoiska escritas en tejas? ¿ Que significa la cautela de prohibir que yo esté allí de dia? ¿ Porque ordenó las otras que aun ignoro cuales sean? ¿ Porque se asustó al oír que Pulauski vendria pronto? ¿ Porque supone la fuga de Lodoiska, sin advertir que parece absolutamente imposible de verificarse? Y ¿ porque me aborrece tanto como ha manifestado, si no me conoce personalmente, ni yo he dado motivos? ¡ Ah! ¡ que dolor! Nada veo con cla-



ridad; mucho veo para mi tormento.

Dos horas estuve agitado en reflexiones tristesísimas, cuando Boleslao entró en mi zaquizamí. Pronto salió de sus dudas, y se instruyó de haber sido fiagida mi embriaguez. Volvimos á la cosina donde pasamos el dia esperando la noche. ¡Que noche, amigo Foblas! ninguna me ha parecido tan larga, ni aun las mas terribles que despues he tenido en mi vida.

Boleslao y yo fuimos encerrados en el mismo cuarto que la noche precedente, y tampoco se nos dejó luz; eran como las diez, y apenas oimos la primera campanada de las doce abrimos sin hacer ruido los postigos de la ventana; voy á salir y lo encuentro imposible; unas grandes y fuertes barras de fierro habian sido clavadas á traves en el hueco de la ventana. ¡O maldito confidente! dije lleno de pena y de furor. He aquí el fruto de sus palabras en secreto á Dourlinski, y de la aprobacion de este: he aquí el motivo de no permitirnos venir de dia. Boleslao pensó tranquilizarme diciendo que la reja estaba puesta por la parte de afuera sin haber entrado en el cuarto, puesto que no habian advertido que los postigos estaban forzados. «¡Que me importa, exclamé con violencia, que lo hayan ó no visto, si esta reja fatal frustra mis esperanzas; eterniza la esclavitud de Lodoiska y asegura mi muerte!»

«Si, si, tu muerte es bien segura, gritaron de la parte de afuera; y sin dilacion entra Dourlinski en mi cuarto con la espada

desenvainada en la mano, precedido de algunos criados que alumbraban con grandes hachas y de otros que venian muy armados. Lleno de furor y dirigiendo las miradas mas coléricas, dijo:

Dourlinki. Todo lo he oido, traidor; tú me la pagarás. Sí, sí. Dime quien eres, y quien es tu fingido hermano; dime tu nombre y el suyo. Temblad, temblad de mí. Yo te voy á decir ahora una verdad. De todos los enemigos de Louzinski, yo soy el mas implacable. Ola, criados, registrad bien á este traidor.

Ellos se arrojaron impetuosamente sobre mí; yo estaba sin armas, me quitaron los papeles y la carta preparada para Lodoiska. La leyó Dourlinki, haciendo signos frenéticos de impaciencia, y acabando de leerla dijo:

Dourlinki. Louzinski, yo merezco todo tu odio; sí, es verdad; pero voy á merecerlo mucho mas; entretanto quedarás aqui con tu digno confidente, pues esta pieza te acomoda tanto.

Salió inmediatamente, cerró la puerta dando á la llave dos vueltas, dejando un centinela en el jardin junto á la ventana, y otro en la puerta por la parte de afuera. Figúraos, amigo Foblas, cual seria el estado de abatimiento en que Boleslao y yo quedaríamos. Mis desgracias habian llegado á lo sumo; pero las de Lodoiska martirizaban mi corazon. «¡In-feliz! decia yo: ella espera ver á Louzinski, y se ve abandonada! Pero Lodoiska me conoce bien; no me atribuirá una

» perfidia ; juzgará de mi corazon por el suyo ;
 » creerá que yo me hallo tan impedido como
 » ella para practicar lo que convenia. La infel-
 » licidad propia le hará creer que tambien es
 » cierta la mia. ¡ Que situacion la nuestra !!! »
 Tales fueron mis reflexiones en el primer mo-
 mento, y tuve tiempo para otras muchas no
 menos tristes.

A la mañana siguiente nos llevaron el desa-
 yuno por la reja de la ventana del jardin, con
 provision para pasar el dia, con tanta escasez
 que se conoció no se trataba de hacer agrada-
 ble la cárcel. Boleslao, menos desgraciado que
 yo, sufría la calamidad con mas valor. Me ofre-
 ció parte de la escasa comida ; pero no acepté,
 porque mi existencia solo era ya para mi una
 carga insoportable. Viendo inútiles sus instan-
 cias, me dijo llorando amargamente.

Boleslao. Vamos, señor, comed : si no que-
 reis hacerlo por vos, sea por Boleslao, y si
 no por Lodoiska, que aun no sabemos cuanto
 podeis serle útil.

Estas palabras hicieron en mi alma una im-
 presion muy grande, reanimaron mi valor,
 renació mi esperanza, y abracé á mi fidelísimo
 criado esclamando...

Louzinski. ¡ Oh verdadero amigo mio ! Yo
 soy la causa de tu desgracia, y sin embargo
 mis males te conmueven mas que los tuyos !
 Dame, Boleslao, dame de comer, y viviré por
 Lodoiska y por tí. El cielo quiera volverme á
 mis estados y á mi rango : tú verás entonces
 que tu amo no es un ingrato.

En seguida nos abrazamos estrechamente:

¡Ah, mi querido Foblas, si vieras cuanto las desgracias igualan á los hombres entre sí, aunque uno sea de clase mucho mas elevada que otro! ¡Si conocieras cuanto es agradable á un desdichado que otro infeliz le diga palabras de consuelo!

A los doce dias de esta prision me sacaron para conducirme á la presencia de Dourlinski. Quiso Boleslao acompañarme, y se lo impidieron con violencia. La única muestra que dieron de humanidad fue permitirme hablar á solas un momento con él. Quitó de mi dedo una sortija; y la di á Boleslao diciéndole: » amigo mio, es de recelar que yo sea luego » una víctima y no pueda volverte á ver. Si » asi sucediere y se te concede libertad; vete » á Varsovia: pide al rey audiencia, muestra » luego la sortija y dile: *Señor, esta fue » vuestra; vos la disteis á vuestro amigo » Louzinski; el la ha llevado mas de diez » años: pocos momentos antes de morir » me la dió con encargo de presentarla » á vuestra magestad, y de pedir permiso » de contar sus infortunios.* No dudes, Boleslao, que te oirá; te atenderá y te dará la felicidad que yo no he podido proporcionarte. Tampoco dudo yo que su magestad prestará su proteccion á Lodoiska. A Dios; amigo mio, adios. »

No estaba todavia mas que á medio abrir la puerta de la sala de Dourlinski, cuando al introducirme allí mis conductores vi á una dama desmayada, y conocí á Lodoiska. ¡Que diferente de su antiguo estado! Sin embargo,

aun estaba hermosísima. No pudiendo contener mi silencio, exclamé...

Louzinski. ¡Bárbaro! ¿Así tratas á Lodoiska?

Mi voz sonó sin duda en el corazón de Lodoiska, pues esta recobró al instante los sentidos y prorumpió:

Lodoiska. ¡Ah, mi querido Louzinski! ¿Sabes lo que este infame propone? ¿Sabes á cual precio promete darte libertad?

Dourlinski. Sí, lo propongo: si, yo lo quiero así. Por fin ya ves cuan cierto es que yo tengo á Louzinski en mi poder. Yo te lo repito; tú has de ceder á mis deseos dentro de tres dias: no siendo así, él morirá inmediatamente,

Quise yo echarme á los pies de Lodoiska, los guardias lo impidieron; yo le dije:

Louzinski. Por fin, Lodoiska, te vuelvo á ver, todos mis infortunios son bien empleados; se me han olvidado ya mis penas; ahora moriré contento. Pero tú, bárbaro Dourlinski tiembla, tiembla: Pulauski vengará bien á su hija, y el rey á su antiguo amigo.

Dourlinski. Quitadle de aquí pronto.

Lodoiska. ¡Ah, Louzinski! mi amor ha sido causa de tus desgracias.

Quise responderle, pero en aquel momento fuí arrastrado y conducido á la cárcel. Boleslao; que pensaba me habrían ya sacrificado, me recibió con alegría inesplicable: le aseguré que solo estaba suspendida la ejecucion de mi muerte: referí la última escena; le hice ver que segun ella era ciertísimo que Pulauski

ignoraba los malos tratamientos que Lodoiska sufría, y que ya no cabía duda en que Dourlinski estaba enamorado y zeloso, por lo que procuraría satisfacer su pasión á toda costa.

Dos dias de los tres designados á Lodoiska para deliberar corrieron sin novedad particular. En la media noche antes del tercero me paseaba yo en la cárcel lleno de tristeza y de afliccion, cuando escucho que dicen á grandes gritos: *á las armas, á las armas*. Oigo ruido de mucha gente armada en la circunferencia exterior del palacio, y continuo movimiento de gentes de la gnarnicion de la fortaleza: el centinela de la reja de mi cuarto abandona su puesto; Boleslao y yo escuchamos á Dourlinski animar á sus gentes con gritos descompasados; distinguimos al mismo tiempo con toda claridad un terrible sonido de armas, lamentos de hombres heridos y tristísimos ayes de otros moribundos. Cesa por algunos momentos el estrépito militar, vuelve con fuerza mayor que antes, y á poco rato resonaban voces que decian: *victoria, victoria*. Nos apercibimos que acudian gentes á cerrar las puertas; notamos en seguida un silencio pavoroso; sucede nuevo estrépito. Lo noche se aclara, los árboles del jardin toman un medio color entre amarillo y rojo: Boleslao y yo corremos á la ventana: observamos que las llamas se apoderan del edificio, llegan estas á nuestro cuarto; y para que fuese mas completo el horror de aquella escena, empezamos á escuchar gritos lamentables que venian de aqualla parte de la torre donde Lodoiska estaba encerrada.

El señor Duportal iba á proseguir su relacion cuando le interrumpió el marques de Babia que entró sin ser anunciado por no haber lacayo en la antesala, y produjo una escena de naturaleza muy diferente.

CAPÍTULO VIII.

Entrevista con la marquesa de Babia; y otras anécdotillas.

APENAS entró el marques de Babia en el gabinete del señor Duportal; fijó su vista en mi persona, y dió motivo á una conversacion que no se habia previsto ni presumido.

El marques. ¿Que es esto, señor Duportal. ¿Tambien teneis hijo? Porque yo veo, caballero, que vos sois hermano de...

Foblas. De mi hermana, si señor.

El marques. ¿Y de que hermana? de una señorita muy linda y muy amable.

Duportal. Señor marques, vos sois muy político y sabeis disimular cualesquiera defectos.

El marques. En este punto, no siempre, señor Duportal. Por ejemplo, ahora mismo venia yo á quejarme de vos.

Duportal. ¿De mí, señor marques? ¿Seria posible que yo haya dado motivo de disgustaros?

El marques. Sí señor. Vos nos hicisteis antes de ayer á mi muger y á mí una muy mala jugada, muy cruel.

Duportal. ¿Que cosa, señor marques?

El marques. Vos disteis comision al conde-cito de Rosamber para traer á madamita Duportal; mi esposa contaba con el gusto de tener á su amada hijita hasta la mañana siguiente como la primera vez, pero nada de eso. Rosamber se empeñó en lo contrario por cumplir vuestra comision.

Duportal. Yo no queria que mi hija os causara incomodidad.

El marques. No nos daba ninguna: es tan amable que no seria capaz de incomodar jamas; y mucho menos á mi muger que la quiere con la mayor ternura. Eso es por demas. Está enamorada de la señorita Duportal. Vaya, no lo dudeis; la quiere casi mas que á mí, siendo yo su marido. Pero en fin, si á lo menos hubierais ido vos mismo para privarnos de aquel gusto...

Duportal. Señor, perdonad esa falta; yo estaba indispuerto y aun ahora lo estoy mucho. Conozco mi obligacion de pasar personalmente á vuestra casa para dar las gracias á mi señora la marquesa; yo la cumpliré apenas pueda.

El marques. ¡Oh! no lo digo por eso; no ciertamente, señor Duportal. Mudemos de asunto. Pero vos, caballero ¿sabeis que sois muy semejante á vuestra hermanita?

Foblas. Vos me haceis un favor que no merezco.

El marques. No es lisonja, no. Es evidente vuestra semejanza. En punto á fisonomia todos mis amigos me conceden un talento particular para conocerlas y caracteri-

zarlas. Vos tenéis la prueba en parte. Habeis visto que desde el primer instante dije que vos erais hermano de la señorita Duportal.

Duportal, riendo. No hay duda, señor marques, no hay duda de que este jóven tiene el mismo aire de familia que su hermana. Vos habeis observado muy bien.

El marques. Y tanto. Pero debo añadir que aunque este caballerito es bien parecido, lo es mucho mas su hermana; la estatura de esta me pareció un poco mas alta; su aire algo mas gracioso; su trato manifiesta gran talento y mucha travesura; sus facciones son como las de su hermano, pero mas delicadas. Caballerito, las vuestras son como de hombre, las otras como de dama; vuestro cuerpo es mas nervioso y menos fino. No os enfadeis por eso, un hombre no debe ser formado como una muger.

Al oír esta proposicion el señor Duportal y yo no pudimos ya contener la risa; nos reimos á carcajadas sueltas, y lo mas gracioso fué que el mismo marques se rió tambien por imitacion sin conocer cual era el motivo ni el origen; prosiguió diciendo:

El marques. ¡Oh! sí: ya os he dicho que soy un gran fisonomista. Pero vamos á otra cosa. ¿No tendré yo el honor y la felicidad de ver á la señorita Duportal?

Duportal. No es posible, señor: ha ido á despedirse.

El marques. ¿A despedirse?

Duportal. Sí señor; saldrá mañana para su convento.

El marques. ¿Para su convento? ¿en París?

Duportal. No señor, en Soissons.

El marques. ¿En Soissons? ¿Mañana por la mañana? ¿Esta criatura tan amable nos deja!

Duportal. Es indispensable, señor.

El marques. ¿Y hace ahora sus visitas?

Duportal. Sí señor.

El marques. Pues yo debo creer que también se despedirá de mi esposa.

Duportal. Ciertamente: y tal vez ahora mismo está allí.

El marques. ¿Cuanto lo siento! La marquesa se sintió indispuesta esta mañana; sin embargo á querido salir esta tarde; le dije que hacia frio; que podia costiparse; pero las mugeres prefieren siempre hacer su gusto. Tanto peor para ella que sufrirá la pena de no ver á su hijita, y yo tendré la dicha de decirla á Dios, porque no puede tardar ya mucho en venir.

Foblas. Son muchísimas las visitas que debe hacer.

Duportal. Sí, muchísimas; y no la esperamos hasta la hora de cenar.

El marques. ¡Ah! ¡ah! con que aqui se cena. Bravísimo: haceis bien. Yo acostumbro lo mismo, no quiero morir de hambre porque sea moda no cenar. Eh bien, señores, yo me quedo á cenar. Direis que soy demasiado franco. Docidlo enhorabuena. Yo soy así: trato con la franqueza que deseo me traten á mí. Cuando me conozcais mas á fondo, vereis que mi caracter no es maligno.

No quedó arbitrio para retroceder. El señor Duportal tomó en el momento su partido y dijo:

Duportal. Celebro infinito, señor marques, que querais hacernos el honor de cenar con nosotros, y aceptando las franquezas del trato que nos ofreceis, espero que no lleveis á mal que mi hijo se retire por una ó dos horas, pues debe salir á cierto negocio que le tengo encargado.

El marques. Eso es justísimo. Retírese cuando quiera; por mí no hay inconveniente. Solo deseo que vuelva sin falta, porque es un jóven amable.

Duportal. Tambien me dispensareis que os deje un momento para decirle dos palabras relativas al asunto con urgencia.

El marques. Haced cuanto sea necesario como si yo no estuviese.

Saludé al marques; él se levantó y tomándose la mano con una vivacidad estrema, dijo al señor Duportal.

El marques. Mirad, señor, mirad á vuestro hijo: decid lo que querais, pero yo veo que se parece á su hermana como una gota de agua á otra; no dudeis de que yo entiendo mucho de fisonomías y sostrendré mi opinion aun delante del señor Perneti (1).

Duportal. Efectivamente tienen un mismo aire de familia.

(1) El señor abate Perneti compuso una obra en dos volúmenes sobre fisonomia, intitulada: *Conocimiento del hombre moral por el hombre físico.*

Me retiró el señor Duportal á otro cuarto y me dijo:

Duportal. Ciertamente vuestro buen marques es un hombre singular, no se sujeta á ceremonias con las personas que estima.

Foblas. Mi querido padre, tenéis razon; pero por lo respectivo á mí no puedo quejarme, pues yo me metí en su casa con igual franqueza.

Duportal. Vuestra reflexion es justa; mas veamos ahara como hemos de salir del paso. Si yo no tuviera consideraciones mas que al marques, todo era facil; pero no se puede prescindir de guardar el honor de la marquesa. Escuchad: id á vuestra casa, y envidad un criado con encargo de anunciarme que la señorita Duportal no vendrá á cenar porque lo hará en casa de madama de tal..., la primera que os ocurra.

Foblas. Bien: ¿Pero despues? No dudeis que el marques se detendrá hasta la hora en que la señorita Duportal vuelva á su casa. El es efectivamente tal como se ha pintado.

Duportal. ¿Pues que haremos?

Foblas. ¿Qué? Irme yo, querido padre, vestirme de muger, pues parece que lo hago bien; y á las diez vendrá vuestra hija y cenará fuera vuestro hijo. Son ahora las seis, tengo tiempo para todo.

Duportal. Me conformo. Ya conocéis que Louzinski representa un papel demasiado singular. Las circunstancias me han comprometido. Es necesario continuar la comedia.

Fuí corriendo á mi casa. *Jazmin* me dijo

que mi padre habia salido, y que hacia mas de una hora que aguardaba en mi cuarto una madamita jóven y linda. Subí con la velocidad de un rayo. Hallé á *Justina*, y la saludé con un abrazo y dos besos bien impresos.

Justina. ¡Ola! ¿que haceis! Dejad ese modo de saludar para cuando saludeis á mi ama.

Foblas. Justinita, bien me habia dicho Jazmin que me aguardaba una madamita jóven y linda ¡Ah! tú vales tanto y mas que tu ama.

Justina. ¿Quien os lo ha dicho?

Foblas, abrazando á *Justina* que se está quieta. Nadie.... Me lo parece. De tí pende que lo sepa de cierto.

Justina. Guarde usted eso para mi ama. ¡Dios mio! que bien le caen á usted sus vestidos! ¿Se va usted á vestir de muger otra vez?

Foblas. Esta noche por última vez, Justinita mia; despues siempre seré hombre, para servirte prenda mia.

Justina. ¿Para servirme á mí? oh que no, para servir á mi ama.

Foblas. Para servir á ella y á tí al mismo tiempo, Justinita mia.

Justina. ¡Ola! ¿con que necesita usted dos á un tiempo?

Foblas, abrazándola y metiéndola la mano en el pecho, y ella le deja hacer. Me parece que no son muchas.

Justina. ¿Donde está la modestia de la señorita Duportal?

Foblas. ¡Ah, Justina hermosa! tú no sabes

como me he mudado en sola una noche. *Justina.* Tambien estaba bien demudada mi ama de resultas de esa misma noche. ¡Ah! con solo verla no habria tenido dificultad en asegurar que la señorita Duportal era un jóven bien fuerte.

Foblas. Quando yo te lo digo que no me bastarán dos.

Foblas quiere abrazarla otra vez, ella hace ademán de defenderse haciendose atras, cae de espaldas en la cama que estaba detras de ella, y Foblas cae tambien; algunos minutos despues Justina, sin darse prisa á componer su ropa, pregunta riendose:

Justina. ¿Qué le pareció á usted la burla que hicimos al marques?

Foblas. ¿Cual?

Justina. El cartelon que le pusimos en la espalda. ¿Qué le pareció á usted?

Foblas. Muy bien; idea primorosa, casi tan bien como la que acabamos de hacer con la marquesa,

Justina. A propósito: ¿y mi comision? Mi ama espera á usted.

Foblas. ¡Ah! voy allá corriendo.

Justina. ¿Donde? ¿Con que usted se va? ¿No hay mas que hechar á correr?

Foblas. ¿Pues qué?

Justina. ¿Con que usted me planta de este modo?

Foblas. Justina, es que.... tú ya sabes....

Justina. Lo que yo sé es que es usted un libertino el mas completo.

Foblas dando un doblon y un beso. Toma Justina, hagamos las paces.

Justina. Tomo este con mucho gusto.

Foblas. Y yo te doy el otro con mucho placer.

Justina. Es usted muy guapo, buen mozo, vivo y generoso. ¡Ah! ¡qué progresos hará V. en el mundo!... Vamos. Siga V. con disimulo á cierta distancia. Me verá entrar en una tienda al lado de una puerta cochera que estará medio abierta: entre V. pronto: el portero preguntará quien es; no tiene V. mas que responder *el Amor*. Suba usted al cuarto principal; verá en una puerta blanca *Paphos*: abra usted con esta llave (*Justina le da una llave*), y no tendrá que aguardar mucho.

Antes de salir dije á Jazmin que se pusiese otro vestido, y que fuese de parte del señor *San Luc* á decir al señor Duportal que no esperase á su hijo á cenar.

Justina estaba impaciente: fui tras ella, entré en casa de una modista, yo me metí corriendo por lo puerta cochera; respondí al portero *el Amor* y me encajé de un brinco en *Paphos*. Abrí con mi llave, y me hallé en un gabinete digno del Dios que allí se adoraba. Había una luz suave de un corto número de velas, pinturas primorosas, muebles hermosísimos y cómodos. Noté con particularidad la cama de muelle que había en la alcoba, toda dorada, con espejos, y cubierta de sábanas de raso negro paraque resaltase la piel blanca y fina. En esto me ocurrió que había ofrecido al señor Duportal no volver á ver jamas á la mar-

quesa ; facil es comprender que ya era tarde para evitarlo.

Entra de repente la marquesa por una puercecita que yo no habia notado. Cogerla en mis brazos, darla un millon de besos, llevarla en volandas á la alcoba, echarla en la cama de muelles, y quedar ambos en un dulce éstasis fue cosa de un momento. La marquesa volvió en sí al mismo tiempo que yo:

Foblas. ¿Como estais, marquesita mia?

La marquesa admirada. ¿Que lenguaje es ese?

Foblas. Decia, mamá mia, que ¿como estais?

La marquesa dando una carcajada de risa. Creí que no habia entendido bien; el *como estais* es escelente. Si estuviese mala, á buen tiempo me lo preguntabais. ¿Creeis que este remedio conviene á las enfermas? (*abrazándole*) Foblas mio, sois muy vivo.

Foblas. Es, mamá mia, que hoy sé muchas cosas que ignoraba tres días ha.

La marquesa. ¿Temeis olvidarlas, briboncillo?

Foblas. ¡Oh! no.

La marquesa, besándole y abrazándole. ¡Oh! no... Lo creo, picarillo libertino. ¿Me prometeis no repetir estas escenas con otras que conmigo?

Foblas. Lo prometo; mi querida mamá.

La marquesa. ¿Jurais ser fiel?

Foblas. Lo juro.

La marquesa. ¿Siempre?

Foblas. Sí, siempre.

Foblas. Lo confieso, pero es cierto que...
¡Cosa rara!

La marquesa. Pues bien, ingrato, ¿como habeis tardado tanto en venir?

Foblas. No estaba en casa, porque habia comido con Duportal.

La marquesa. ¿Con el señor Duportal?
¿Os ha hablado de mí?

Foblas. Sí.

La marquesa. Pero, ¿no le habreis contado nuestras locuras?

Foblas. No, mamá mia.

La marquesa. Habreis dicho que tanto yo como el marques estábamos creído de que erais una señorita (*poniéndose colorada*).

Foblas. Sí.

La marquesa. Con que ¿sabeis mentir?

Foblas. ¡Qué! ¿he mentido en eso?

La marquesa. Me parece que este bribonzuelo se burla de su mamá (*finje que se quiere escapar, y la marquesa le detiene*). Pedidme ahora perdon, caballero.

Se le pedí, como que estaba bien seguro de alcanzarle, se acaloraron las chanzas, y se hicieron las paces.

Foblas. ¿No estais ya enfadada? ¿que no, mamá mia?

La marquesa riendose. ¡Bueno! ¿Acaso la cólera de un amante puede durar despues de tales reconciliaciones?

Foblas. Mamá mia, ¡que momentos tan agradables me dais! ¿Sabeis á quien los debo?

La marquesa. Seria cosa graciosa creer que los debeis á otro que á mí.

La marquesa. Explicaos amiguito.

Foblas. Yo ignoraba la dicha que me preparabais ahora, y aun estaria en casa de Duportal si el marques no hubiera ido á hacerle una visita.

La marquesa. ¿Al señor Duportal?

Foblas. Y á mí, mamá mia.

La marquesa. ¿Os ha visto en casa del señor Duportal?

Entonces le referí cuanto habia pasado en la visita que nos habia hecho el marques. Tuvo que hacerse mucha violencia para no reirse.

La marquesa. ¡Pobre marques! parece buscar todo lo que le ha de hacer ridículo. Una muger es desgraciada luego que tiene un amante. Su marido pasa por un bestia.

Foblas. Pero, mamá mia, me parece que no hay que teneros mucha lástima. La desgracia es para el marido.

La marquesa, poniéndose seria. ¡Ah! siempre padece una por los desprecios y humillaciones que sufre el marido.

Foblas. ¿Y vos sufris?

La marquesa. Foblas, yo creo que vos os batirias, pero vamos á otro asunto. Vais á cenar con el marques, y no teneis vestido. ¿Pensais ir al instante?

Foblas. ¡Oh! lo mas tarde que pueda, mamá mia.

La marquesa. Podriais vestiros aquí (*llama con la campanilla, y entra Justina*). Justina busca un vestido mio, porque tenemos que vestir á esta señorita.

Al cerrar Foblas la puerta y salir Justina, esta le da un besetoncillo cariñoso; la marquesa no lo ve, y Foblas vuelve á sentarse á su lado.

Foblas. ¿Mamá, estais bien segura de que la camarera no charlará lo que aquí pasa?

La marquesa. Sí, amiguito mio, le daré porque calle mucho mas dinero que le darian para hacerla hablar. No podria yo recibiros en casa; era preciso renunciar al gusto de veros, ó decidirme á una tontería. Foblas mio, no dudeis un momento... (*dándole el beso mas tierno que pueda darse*). Toma este beso: no es la primera locura que me has hecho hacer.

Foblas. Mamá mia, una pregunta que tal vez es indiscreta, pero tengo mucha curiosidad.... ¿De quien es esta casa?

La marquesa. De una de mis amigas.

Foblas. Supongo que esta amiga tiene amante.

La marquesa. Sí, amiguito mio; el amor hizo este delicioso gabinete para su amante.

Foblas. Y para el vuestro, mamá mia.

La marquesa. Sí, amiguito; ha tenido la bondad de prestármelo para esta noche.

Foblas. ¿A donde va esta puerta por donde entrasteis?

La marquesa. A los cuartos de adentro.

Foblas. Tengo aun que preguntar otra cosa, mamá mia.

La marquesa. Vamos á ver.

Foblas. ¿Como estais? (*la marquesa le mira como admirada y sonriéndose*). Sí, no me chanco; ante ayer estabais desazona-

da.... El señor de Rosamber....

La marquesa. ¡Ah! ¡no me habéis de él!... Rosamber es un fastidioso que contará mil cuentos necios, no lo dudeis; si le dais oídos, él ha tenido á todo el universo á su disposicion.

Foblas. ¡Oh! sí, es muy fastidioso; nos ha molido bien anteayer.

La marquesa. No pude pegar los ojos en toda la noche. No hablemos mas de ello: cuando te veo: olvido cuanto he sufrido por tí.... ¡Qué bien te cae el vestido de hombre! ¡que hermoso! ¡que bello! (*levantándose muy ligero*). Pero es lástima que sea preciso quitártelo todo. Vamos, Foblas, convertios en señorita.

Al decir esto me desabrochó de un golpe todo el vestido. Yo me vengué en un pérfido pañuelito que antes habia ya descompuesto mucho y se lo quité del todo. Ella continuó el ataque, y yo me divertia en vengarme; nos quitamos todo uno á otro sin cuidar de ponernos nada. Señalé á la marquesa medio desnuda la alcoba; ¿como habia de reusar entrar en ella?

Daban golpecitos á la puerta; y era Justina es preciso hacerle justicia, esta vez hizo volando su comision. Yo, aunque no muy decentemente vestido, pensé abrir la puerta sin mas reflexionar: la marquesa tiró un cordon, se corrieron las cortinas, y se abrió la puerta.

Justina. Señora: ahí está todo lo necesario. ¿Quiere usía que ayude á vestirle?

La marquesa. No, Justina, yo lo haré;

tú le peinarás; ya te llamaré.

Justina se marchó: nosotros nos divertimos aun algun tiempo en ver por los muchos espejos que habia por todas partes; las varias y graciosas posturas en que nos poniamos.

La marquesa dandome un abrazo. Vamos, es preciso ya vestir á mi hijita.

Quise que la retirada fuese á consecuencia de una última victoria.

La marquesa. No, no, amiguito mio: es preciso no abusar de las cosas.

Comenzó mi tocador, y mientras la marquesa estaba seriamente ocupada en vestirme, yo me divertia en otras cosas.

La marquesa. ¡Si acabará! estad quieto: pensad que sois señorita.

Me habia encajado ya un corsé y un zaga-lejo.

Foblas. Mamá mia, es menester ahora que Justina me peine, y luego me acabará de vestir (*al decir esto va á llamar*).

La marquesa. ¿Que loco? ¿no ves como me has puesto? ¿no me he de vestir yo tambien?

Me ofrecí á servir de camarera, pero todo lo enredaba.

Foblas. Mamá mia, se necesita mas tiempo para hacer que para destruir.

La marquesa. ¡Oh! sí, ya lo veo, ¡Que camarera esta! Y lo peor es que su curiosidad escede á su mala maña.

Al fin llamamos á Justina.

La marquesa. Muchacha, es preciso que peines á esta señorita.

Justina. Está muy bien; pero tambien sera menester componer á usía un poco el pelo.

La marquesa. ¿Por qué? ¿estoy despeinada?

Justina. Me parece que sí, señora.

La marquesa abrió un armario y colocó en él mis vestidos de hombre.

La marquesa. Mañana por la mañana enviare todas estas cosas á vuestra casa con un hombre de confianza.

En otro armario mas hondo habia una mesa de tocador que hicieron venir á mis pies, y al momento *Justina* puso en ejercicio sus dedos ágiles y ligeros.

La marquesa, sentándose al lado de Foblas. Señorita Duportal, permítame usted que le haga la corte.

Justina. Sí, sí; mientras el señor se la hace á usía por su parte.

La marquesa. ¿Qué dice esta loca?

Foblas. Que yo es amo mucho.

La marquesa. ¿Y es verdad eso?

Foblas. ¿Lo dudais mamá mia?

Eso no gustó á *Justina*, y tiró con violencia los cabellos á *Foblas*.

Justina. ¡Diablo de pelos! (tirándose los con el peine) ¡qué enredados están!

Foblas. ¡Ay, *Justina*! que me haces mal.

Justina. No haga usted caso; piense usted á lo que está haciendo. Mi ama le habla á usted.

La marquesa. Yo no le hablo palabra: estoy mirando que pones hermosa á la señorita Duportal.

Justina. Lo hago para que guste á usía mas.

La marquesa. Muchacha, estoy viendo que esto te divierte y que la señorita Duportal no te desagrada.

Justina. Señora, quiero mucho mas al señor Foblas.

La marquesa. A lo menos es Justina bien franca.

Justina. ¡Oh! si, á fé mia, pregúntelo usia á él mismo.

Foblas. ¿A mí, Justina? ¿como he de saberlo?

Justina. Usted miente, caballero.

Foblas. ¿Cómo que miento?

Justina. Sí señor, porque usted sabe muy bien que cuando hay algo que hacer para usted Justina siempre está pronta. Si la señora me envia á casa de usted, voy como un cohete.

La marquesa. Pero no es así la vuelta.

Justina. Señora: hoy no tengo yo la culpa (haciendo cosquillas á Foblas en el cuello como que hace un rizo), porque me ha hecho esperar el señorito.

La marquesa. Es que no tiene prisa de venir á verme.

Foblas. ¡Ah! mamá mia: no estoy contento sino á vuestro lado.

Abrazé á la marquesa; esta hizo ademán de reusarlo como que no queria. A Justina pareció que esta caricia duraba demasiado, y me dió una fuerte punzada con el peine; mi dolor fue tan agudo que di un gran grito.

La marquesa, con seriedad. Mira lo que haces.

Justina. Señora, si no puede estar quieto un instante.

Hubo un momento de silencio. La marquesa tenia mi mano entre las suyas. La tunanta de la criada me cogió la otra con mucha maña, so pretexto de que yo tuviese por un cabo la cinta con que debía atarme el pelo, y aprovechando la ocasion me puso un poco de pomada en la cara.

Foblas. Justina....

La marquesa. ¡Muchacha!

Justina. Yo no le tengo ocupada mas que una mano. ¿por qué no se defiende con la otra?

Despues, fingiendo que se le habia caido la borla, me llenó la cara de polvos.

La marquesa. ¿Muchacha? tú estás loca. No te enviaré mas á su casa.

Justina. Bueno está eso, señora; ¿pues que? ¿es peligroso? yo no le temo.

La marquesa. ¡Oh! tú no sabes, Justina, cuan travieso es.

Justina. ¡Oh! que sí.

La marquesa. Muchacha... Muchacha; tú lo sabes!

Justina. Si señora. ¿Se acuerda usía que la noche que durmió en casa esta hermosa señorita, yo quise desnudarla y usía no me lo permitió? ¿No es así?

La marquesa. No hay duda; tenia un aspecto tam modesto, tan corto....? á quien no habria engañado? No sé como se lo he podido perdonar.

Justina. ¡Ah señora! como usía es tan

buena.... Por eso decia yo que usía había querido.... la señorita se desnudaba en la parte interior de las cortinas, yo pasé por la parte exterior al mismo momento en que se habia quitado el último zagalejo é iba á subir á la cama.

La marquesa. ¿Y qué?

Justina. ¿Y qué, señora? Este diablo de señorita saltó tan ligera y de tal modo que....

Foblas. ¿Y qué? vamos, acaba.

Justina. ¡Oh! no me atrevo.

La marquesa, poniendose el abanico en la cara. Acaba. (en tono serio) Justina ¿qué viste?

Justina. Vi señora, que era un hombre jóven.

La marquesa. ¡Pues que es eso! ¿Como no me lo dijiste?

Justina. Bueno está eso. ¿Acaso pude? Señora, el marques iba á entrar.... ¡no hubiera habido mala gresca! Y luego tal vez usía lo sabria ya.

Al decir Justina estas últimas palabras, la marquesa se puso pálida.

La marquesa. Tú te olvidas de que hablas conmigo y me pierdes el respeto; pero has de saber que si yo no me respeto á mi misma, no permito que nadie se permita esa libertad.

El tono con que dijo esto hizo temblar á Justina, la cual se escusó lo mejor que pudo.

Justina. Señora, yo lo decia de chanza.

La marquesa. Lo creo, porque si me persuadiera que hablabas seriamente, no dor-

miais en casa esta noche.

Justina se echó á llorar. Yo procuré sosegar á la marquesa.

La marquesa. Es menester que conven-gais en que me ha encajado una gran des-
vergüenza. ¿Cómo? atreverse á decirme cara
á cara, y en vuestra presencia que yo sabia...
(*se puso muy encendida me cojió la ma-
no, y me la apretaba suavemente*). Querido
mio, vos sabeis muy bien como pasó todo
esto, y cuan digna es de escusa mi debili-
dad. Disfrazado de muger engañasteis á todo
el mundo. Veo en el baile á una señorita muy
bonita, con mucho talento, que me agrada
mucho, viene á cenar conmigo, duerme en
casa, todo el mundo se retira.... La señorita
amable está á mi lado.... y me hallo ser un
hermoso jóven: hasta aqui se debe todo á la
casualidad ó mas bien al amor. Despues no
hay duda que he sido bien débil; pero ¿qué
muger en mi situacion habria resistido mas?
Al siguiente dia me alegré de la casualidad
que me proporcionó esta fortuna, y que me
la asegura. Foblas, vos conoceis al marques;
me han casado á disgusto, y me sacrificaron;
¿qué muger será digna de escusa si á mi no se
me perdona?

Vi que las lágrimas le saltaban, quise con-
solarla, dándole un beso; fuí á hablar y ella
dijo:

La marquesa. Atended, atended, amigui-
to mio: al dia siguiente conté á Justina mi
aventura, se lo dije todo, todito, Foblas;
ella es la depositaria de los secretos de mi

vida: de lo mas secreto. Manifiesta compadecerse de mí y aun amarme; pero no es asi; nada menos que eso; abusa de mi confianza; muestra una especie de aversion, y tiene la insolencia de sourrojarme.

Justina llorando á mares se arrojó á sus pies; le pide mil perdones y yo intercedí, porque me habia enternecido la escena. La marquesa se enterneció tambien....

La marquesa. Anda, levántate, yo te perdono.

Justina besó la mano á su ama y se escusó de nuevo.

Foblas. Basta, basta.

La marquesa. Basta, levántate, ya estoy satisfecha; pero no te olvides jamas de que si tu ama tiene alguna debilidad, es menester compadecerla y escusarla (*con mucha dulzura*). Vamós, muchacha, levántate, y no hay que llorar, ya te he dicho que te perdono; acaba de peinar á esta señorita, y no hablemos mas del asunto.

Justina volvió á continuar su obra, mirándome como avergonzada. La marquesa me miraba con cierta languidez y todos tres callamos: mi tocador se concluyó mas aprisa, porque en vez de una doncella tuve dos. Eran ya las nueve y era preciso marchar.

La marquesa. Id con Dios picarilla. Cuidado con mi marido: mañana sabreis de mí.

Bajé; hallé un fiacre á la puerta; pasaban dos jóvenes; se acercaron á mirarme y dijeron algunas chanzas mas groseras que graciosas. Esto me sorprendió. ¿Será sospechosa esta

casa? decia entre mí. Pero no; es de una amiga de la marquesa. Acaso no iré yo vestido como una señorita. Si voy como señorita ¿como se han atrevido estos á insolentarse? Tal vez habrán estrañado ver entrar una señorita sola en un coche á las nueve de la noche.

A medida de mi Faeton se adelantaba, mis reflexiones tomaron otro giro, y variaron de objeto. Como iba solo, pensé en mi Sofia. Aquella mañana no le habia hecho mas que una visita muy corta, y por la tarde no me acordé de ella mas que un instante; pero si el lector quiere excusarme, no tiene mas que acordarse de los placeres que acaba de proporcionarme una muger voluptuosa y bella; de que Justina es bonita; que Foblas comienza su noviciado, y que tiene poco mas de quince años.

Llegué á casa del señor Duportal. El marques haciéndome mil cortesias me preguntó si habia visto á su muger. Decir que no, era una mentira bien gorda, pero fue preciso incurrir en ella.

Foblas. No, señor marques.

El marques. Ya lo sabia yo. Estaba bien seguro de eso.

Duportal. Hija mia: vos has hecho esperar demasiado; estaba ya impaciente. Vamos á cenar.

Foblas. ¿Y mi hermano?

Duportal. Ha avisado que no viene á cenar.

Foblas. ¿Como? ¿la víspera precisamente de mi marcha!

El marques. Señorita: usted nunca me habia dicho que tenia un hermano.

Foblas. Caballero, á mí me parece que lo dije á mi señora la marquesa.

El marques. No me lo ha dicho nunca. Aseguro á usted á fe de hombre de bien que jamas me ha hablado de él.

Foblas. Lo creo muy bien.

El marques. ¡Ah! conviene saber esto: sino su señor padre de usted creeria que me vendia por inteligente en fisonomías, y que no lo era.

Foblas. ¿Como es eso?

El marques. ¿Como? usted, señorita, no acertará lo que me ha sucedido. Al entrar he conocido que era su hermano de usted un jóven hermoso que estaba aquí, y á quien no habia visto jamas.

Foblas. ¡Ola!

El marques. Pregúntelo usted á su padre.

Foblas. En horabuena; usted le ha conocido, pero la señora marquesa.....

El marques. Juro á usted que no me ha hablado jamas.

Foblas. Bueno.

El marques, como enfadado. Doy á usted mi palabra de honor.

Foblas. En tal caso es preciso, señor marques, que usted sea un gran fisonomista.

El marques, rebotando de alegría; Oh! es cierto, nadie me escede.

El señor Duportal estaba divertido con la conversacion, temia que se acabase demasiado pronto y dijo.

Duportal. Es preciso convenir que hay un cierto aire de familia.

El marques. No hay duda; lo hay entre padre, madre, hijos y hermanos; pero es forzoso buscarla en las facciones; y el saberlo buscar es lo que constituye un buen fisiognomista.

Foblas, gritando. ¿Cree usted que lo hay siempre?

El marques. Si por cierto: es en las acciones, en los modales, en el mirar; aunque no siempre sea fácil descubrirle; pero por difícil, que sea, un hombre diestro lo busca y lo descubre. ¿Lo entiende usted?

Foblas. De modo que si despues de haberme visto, antes que á mi padre que está presente, usted le hubiese hallado por casualidad entre veinte personas, usted hubiera ocurrido que sería mi padre.

El marques. ¿Al señor? entre mil le habria yo distinguido por tal.

El señor Duportal y yo nos echamos á reir. El marques se levantó de la mesa, se fue al señor Duportal, le cogió con una mano la cabeza, y recorriendo con un dedo al rostro mi padre, dijo:

El marques. No se ria usted caballero, no se ria usted. Vea usted, señorita: esta faccion que empieza acá, que va por allá vuelve aquí..... ¿es verdad que vuelve?

Foblas. No, no vuelve. Se queda allí.

El marques. Está bien (*viniendose hacia Foblas*).

Foblas. Señor marques, yo no permito

que nadie me toque (*el marques se contiene y señala con el dedo sin tocarme*).

El marques. Está muy bien, señorita. Esta faccion misma ... véala usted acá, allá..... aquí... allí... ¿ve usted?

Foblas. ¡Ah! ¿como quiere usted que yo misma lo vea?

El marques. ¡Ah! ¿usted se rie de esto? no es cosa de risa; es muy seria... ¿No lo ve usted, caballero? (*dirigiendose al señor Duportal*).

Duportal. Si, si, muy bien.

El marques. Ademas de esto hay en el conjunto... en la configuracion misma del cuerpo ciertas modificaciones *semejanzas... y relaciones secretas... ocultas....*

Foblas. ¿Ocultas, ocultas?

El marques. Si, si, ocultas. Tal vez usted no sabe en que consiste ser ocultas; y esa ignorancia no es estraña en una señorita, pero es cierto que hay ciertas *semejanzas* ocultas: no, no es *semejanzas* lo que habia dicho, sino otra cosa... mas quiero decir... que... Vaya: ustedes me han interrumpido, y ya no sé lo que digo.

Duportal. Señor marques, usted hablaba de *relaciones ocultas*.

El marques. Ah, si, si, de *relaciones*, de *relaciones*!.... yo voy á explicarlo á usted que tiene juicio.

Foblas. ¿Como es eso, señor marques? usted me agravia.

El marques. No, hermosa, no: no es posible que usted sepa tanto como su padre.

Foblas. ¡ Ah! si usted quiere decir eso....

El marques. Eso es lo que quise decir, querida mia; pero permítame usted que esplique al señor caballero. Los padres y madres en la.... procreacion de los hijos.... hacen seres que se parecen.... que tienen conexiones ocultas con los seres que los han engendrado... porque la madre por su parte y el padre por la suya...

Duportal. Chiton, chiton; entiendo á usted.

El marques, en secreto al señor Duportal. ¡ Oh! la señorita no lo comprende; es demasiado niña. Sin embargo lo que digo á usted es claro; para usted es clarísimo.

Duportal. Señor marques, todas estas cosas son físicas... y se han demostrado físicamente... por los grandes físicos... que entendian bien esta materia.

Foblas. ¿ Señor marques; porque no habla usted alto?

El marques. Acabé; señorita, acabé. Su padre de usted está ya enterado.

Foblas. Señor marques, ¿ entiende usted de telas, tanto como de fisonomías? ¿ que le parece á usted ese vestido?

El marques. Que es hermoso; muy hermoso. Creo que la marquesa tiene uno igual. Sí, absolutamente igual.

Foblas. ¿ De la misma tela y del mismo color,

El marques. No se si es de la misma tela; pero por lo que hace al color, es perfectamente igual; es muy hermoso, y sienta muy bien á usted.

Se aprovechó de esto para hacerme mil cumplimientos á su modo; y mientras tanto el señor Duportal, acertando de quien era el vestido, me miraba de reojo como reconviniéndome de que hubiese olvidado tan pronto lo que le habia ofrecido.

Al levantarnos de la mesa llegó mi verdadero padre el baron de Foblas, quien habia dicho que vendria á buscarme; se quedó atónito al encontrar otra vez á su hijo disfrazado de muger en casa del señor Duportal; y de hallar allí al marques de Babia.

El baron, mirando con seriedad á Foblas.
¿Otra vez?... Y usted, señor Duportal; es tan bueno que...

Duportal. ¡Oh! amigo mio, tenga usted muy buenas noches. ¿No ha visto usted al señor marques de Babia? Ha tenido este caballero la bondad de decirme que cenaria con nosotros para poderse despedir de mi hija que se va mañana.

El baron, ¿Quien se va mañana? (Saludando al marques con frialdad).

Duportal. Sí, amigo mio: se vuelve otra vez á su colegio. ¿No lo sabia usted?

El baron. ¡Ah! (Con impaciencia) No, no sabia nada.

Duportal. ¡Oh! Pues lo participo á usted, amigo mio.

El marques, dirigiéndose al baron. Si señor, se va; yo lo siento mucho, y mi muger lo sentirá mucho mas...

El baron. Por lo que á mí hace, me alegro. Ya (Mirando á Foblas) es tiempo de que esto se acabe.

El señor Duportal temió que mi padre montara en cólera, echándolo todo á perder y le llamó á parte.

El marques á Foblas. ¿Quién es ese hombre? Me parece haberle visto aquí el otro día.

Foblas. Seguramente.

El marques. ¡Oh! ya lo dije yo: al golpe le conocí. Lo mismo es ver una vez una cara que no se me escapa. Pero es hombre que no me gusta; siempre parece estar de mal humor. ¿Es pariente de usted?

Foblas. No señor.

El marques. Es fortuna; cuando él no se rie de usted irónicamente, parece que mira de reojo.

Foblas. ¡Oh! no haga usted caso: es un filósofo.

El marques. ¿Un filósofo? ¡Ah! no me admiro. Un filósofo. ¡Ah! me voy, me voy.

El señor Duportal y mi padre estaban hablando, vueltos de espaldas á nosotros. El marques fue á despedirse del señor Duportal.

El marques al baron que se volverá para saludarle. No se incomode usted, caballero, no se incomode usted; yo no quiero filósofos. ¡Un filósofo! ¡un filósofo!

Marchó el marques hablando á solas.

Mi padre y el señor Duportal continuaron su conversacion en voz sumisa. Yo me senté al lado de la chimenea; dormí, y un dichoso sueño me presentó la imágen de mi Sofia.

El baron. Foblas, vamos.

Foblas. ¿A ver á mi hermosa prima? respondí medio dormido.

El baron. ¡Su hermosa prima! ¿No dije á usted que se duerme en pie?

El señor Duportal se reía y me dijo:

Duportal. Vaya usted, vaya usted á su casa á dormir, caballero; pues me parece que usted lo necesita: mucho tengo que reñir con usted, y ademas contarle mis desdichas: ya nos veremos.

CAPÍTULO IX.

Visita del conde de Rosamber y de Foblas á la hermana de este.

Al entrar en casa pregunté por Person, y me dijeron que acaba de acostarse. Hize lo mismo, porque lo necesitaba: nadie durmió mas profundamente que yo, ni en las arengas fraternales de los francmasones, ni en los discursos públicos del museo moderno, ni en las defensas de los licenciados Cabala, Embrollo y Chupador; ni en las de tantos otros de la misma calaña.

Al despertarme llamé á Jazmin: le prevení que traerian los vestidos que yo habia dejado la noche anterior en casa de un amigo. Despues hice entrar á Person para saber como estaban Adelaida y la hermosa *Sofia de Pontis*.

Person. ¿Las vió usted ayer?

Foblas. Y vos tambien, y les habeis dicho que yo habia hecho cierto conocimiento en el baile.

Person. Es verdad; pero ¿que importa eso?

Foblas. ¿Y que necesidad teneis de ir con chismes? Euhorabuena digais á mi hermana vuestros secretos, pero ¿los míos? os suplico que os abstengais de eso?

Person. En verdad usted ha tomado eso en un tono.... de algunos días acá desconozco á usted.... Lo diré á su padre.

Foblas. Y yo, señor mio; lo diré á mi hermana (*se puso descolorido Person*). Creedme y seamos amigos. Mi padre quiere que vaya con vos, y así acabad de vestiros y vámonos al colegio.

Llega entonces el conde de Rosamber; y me suplicó permitirle que nos acompañe.

Rosamber. Ha cuatro meses que me habeis ofrecido presentarme á vuestra hermanita.

Foblas: Voy á cumplirlo mi palabra, y daros á conocer una jóven que no podreis menos de estimar.

Rosamber. Amigo mio, distingamos; sé muy bien que vuestra hermanita es una escepcion de la regla, pero voy á valerme del argumento de que os valeis contra mí; la escepcion no destruye la regla; por el contrario, ella la confirma.

Foblas. Como querais; lo que os prevengo es que vais á ver una jóven de catorce años y medio, inocente é ingenua en extremo: sin embargo es tan alta como puede serlo á su edad, y no le falta talento ni educacion.

Person fué mas afortunado que yo, porque

mi hermana bajó al locutorio; pero Sofía no. Después de saludarnos según se acostumbra, y pasados algunos momentos de conversacion general no pude contener mi impaciencia.

Foblas. Adelaida, dime ¿que tiene mi hermosa primita?

Adelaida. ¡Oh! hermano mio, es preciso que sea un mal muy terrible; porque no quiere decirlo á nadie; y todo el dia está pensando en él. Desconozco á mi querida, antes era muy alegre, loquilla y ligera como yo, actualmente triste; pensativa é inquieta. Siempre la encontramos dulce y cariñosa, pero rara vez está con nosotras. Antes jugaba con sus compañeras en las horas de recreo; ahora, hermano mio; busca un rincon del jardin para pasarse sola. ¡Oh! no hay duda: está enferma de veras. Come poco, no duerme, nunca se rie. Tú sabes, hermano mio; cuanto me amaba á mí, pues ahora parece que me huye. Es la verdad, sí, lo he notado: huye de todo el mundo, pero con particularidad de mí. Ayer la ví cuando iba á entrar por un camino cubierto de árboles que hay en el jardin, á lo último, yo fui allí con silencio, y la ví enjugarse las lágrimas. Mi querida amiga, le dije, ¿que te duele? ¿Donde tienes el mal?... Ella me miró con un aire.... con un cierto aire.... que jamas he visto en nadie semejante aire.... Por último me respondió: *¿Adelaida, no lo aciertas? ¡Ah! ¿que fortuna tienes! ¡si vieras cuan digna soy de lástima!* Se puso muy encarnada, suspiró y lloró. Procuraba yo consolarla, y cuanto mas

me esforzaba mas triste se ponía. La abrazé, me miró de hito en hito, y se quedó sosegada. De repente me puso su mano en la cara y me dijo: *Adelaida, tápate la cara; ¡oh! sí, tápatela. Conozco que esto es perderte demasiado, pero me causas pesadumbre. Déjame un instante, vete, déjame sola;* y comenzó otra vez á llorar. Yo que veía que su mal aumentaba, le dije: *Sofía....*

Al oír Rosamber el nombre de *Sofía* se me arrimó al oído.

Rosamber. ¡Ah! ¿la prima hermosa es Sofía, es esta Sofía de quien yo he blasfemado? ¡Ah! te pido que me perdones.

Adelaida, continuando su discurso. Sofía, espera un instante mientras yo voy á buscar á tu aya. ¡Oh! entonces vuelve sobre sí; se enjuga las lágrimas, y me suplica que no diga nada á nadie, y me precisa á ofrecérselo; pero no es razon estar enferma, y querer que su aya lo ignore.

Foblas. Mi querida Adelaida, ¿y por que no ha venido al locutorio contigo ahora.

Adelaida. Porque está tan distraída, tan preocupada?... Antes te amaba casi tanto como á mí.

Foblas. ¿Y ahora?

Adelaida. Yo estoy en que ya no te quiere, acabo de decirle que tú estabas aquí.... ¿*El jóven primito?* me dijo muy contenta. Venía.... se paró y dijo: *No iré.... no quiero, no quiero.... dile de mi parte....* Parecia que buscaba las palabras, y yo esperé que se explicase; *Dios mio! ¿no sabes lo que debes decirle?* y añadió como con enfado: *Lo que se*

dice en casos semejantes, los cumplimientos de estilo; y se marchó con cierta desazon.

Estaba lleno de gozo de oír á mi ingenua hermana como me pintaba con la inocencia de la niñez las agitaciones y dulces penas de Sofía. Rosamber, mas atómto que yo gozoso, oía con mucha atención; y mi ayo Person, mirándonos á los tres, manifestaba estar á un mismo tiempo impaciente y admirado.

Foblas. Adelaida mia, ¿crees que Sofía no me quiere ya?

Adelaida. ¡Ah! hermano mio, estoy casi segura. Todo lo que tiene relacion contigo la pone de mal humor, y en cierto modo yo soy la víctima.

Foblas. ¿Cómo?

Adelaida. Sí. El otro dia contó el señor Person que habiais pasado toda la noche en casa de la señora marquesa de Babia; apenas se habia ido y nos quedamos solas, me dijo Sofía muy seria. *¿Con qué vuestro hermano no ha dormido en su casa! ¿Con qué vuestro hermano tiene mala conducta! Eso no va bien.... Vuestro hermano....* ¡Cuánto extrañé aquel tratamiento de vuestro hermano, cuando siempre nos hemos tuteado! Supongamos que tu conducta sea mala ¿se ha de enfadar por eso conmigo para tratarme con respeto.... Al dia siguiente creo que has estado en el baile de máscaras. El señor Person vino á decirlo, porque nos lo cuenta todo. Cuando estuvimos solas Sofía me dijo: *Vuestro hermano muy divertido en el baile y nosotras fastidiándonos aquí!....* ¿Nosotras fastidiadas aquí? Eso

no es verdad, dije yo; pero aun cuando lo fuera, no parecia bien decirlo. ¡Oh! si Sofia no estuviera mala, yo estaria muy enfadada con ella. Aun me acuerdo de otra cosa. Ayer nos dijo que la marquesa de Babia era bonita. Por la noche no dejé á Sofia hasta que salió conmigo á pasearse. *A vuestro hermano*, me dijo, porque ahora siempre me habla de vos y rara vez de tá; *le parece bonita esa marquesa; sin duda el se ha enamorado de ella*. Yo le respondí: amiga mia, no puede ser eso, porque la marquesa de Babia está casada. Entonces me cogió la mano y me dijo: *Adelaida; qué dichosa eres!* En su modo de mirarme y sonreirse, manifestaba desden y compasion. Dime, Foblas ¿te parece bien aquel modo de decirme? *¡qué dichosa eres!* Ella dice: verdad; ciertamente soy dichosa, porque estoy perfectamente buena.

Foblas. Pero, Adelaida, todo lo que me cuentas no prueba que mi hermosa prima no me quiere ya; puede ser que esté un poco enojada conmigo, pero todos los dias se enfada uno con las personas que mas ama.

Adelaida. ¡Oh! no hay duda. ¡Si no hubiera mas que eso!

Foblas. ¿Pues que mas hay?

Adelaida. Antes siempre me hablaba de ti; estaba muy contenta de verte. Ahora no ha cesado totalmente de hablarme de mi hermano, pero me habla rara vez, y entonces con tanta seriedad... ¿No notaste ayer que mientras estuvo aquí no habló palabra? Cree-me, hermano mio, cuando uno quiere á

las gentes les habla; yo te aseguro que mi querida amiga no te ama ya.

Rosamber entonces tomó la palabra, y la conversacion mudó de objeto. Se habló de baile, de música, de historia y de geografía. Mi hermana, que acababa de hablar como una niña de diez años, racionó entonces como una mujer de veinte. El conde que cada vez se admiraba mas, manifestaba no notar las horas que se iban pasando, aunque Person se tomó el trabajo de advertírsele varias veces. En fin tocaron á cenar, y fue preciso retirarnos.

Rosamber Os confieso, amigo mio, que tengo mucha dificultad en creer lo que acabo de ver. ¿Como puede reunirse en una persona la ignorancia y el saber? ¿la modestia de la belleza? ¿la ingenuidad de la infancia y la razon de la edad madura? Permisidme que tambien estrañe reunirse la suma inocencia con una constitucion fisica tan precoz. Yo estaba persuadido de ser imposible que pudiesen juntarse, pero vuestra hermana es un prodigio de la naturaleza y de la educacion.

Foblas. Ese prodigio, Rosamber, es el fruto de catorce años de cuidado y de fortuna, producido por las circunstancias mas felices que pueden pensarse. Mi padre conoció muy pronto que la educacion de una niña es carga muy pesada para un militar? Mi madre, á quien llorarémos eternamente, mi virtuosa madre por fortuna era digna de tomar sobre sí este cuidado. La suerte quiso favorecerla; pues halló criadas para su hija que obedecian

y no se metian en nada mas: un aya que ni contaba cuentos de amores, ni leía novelas: maestros que no trataban con su discipula mas que de su leccion: una tertulia de gente formal, donde no se hacia ni un gesto que no fuese cual corresponde, ni se decia una palabra que pudiera ser equívoca, y, lo que importa mas y tal vez es menos comun, un director que en el confesionario la oyese, y no le fuese haciendo preguntas imprudentes. Por último, amigo mio, aun no hace seis meses que Adelaida esta en el colegio.

Rosamber. ¡Seis meses! ¡Oh! en cuanto menos tiempo muchas señoritas de las que se dice que estan bien educadas adquieren grandes luces, y reciben lecciones que hacen á las señoritas adelantarse demasiado.

Foblas. Rosamber, en lo que hay que admirar la fortuna de Adelaida es en esto: vivarracha, juguetona, de buen humor con todas sus compañeras, no ha hecho particular amistad sino con una, y esa tan fina, de tan buenos modales, tan comedida como ella... una que tiene tal vez algo de mas conocimiento, porque de poco acá conoce el amor...

Rosamber. ¡Oh! ya os entiendo, es la hermosa prima. ¿No?

Foblas. Sí, amigo mio. Sofía, no menos virtuosa que Adelaida, aunque algo mas adelantada en sensaciones, es la amiga de Adelaida, la amiga única de mi hermana. Estos dos corazones tan puros se han sentido atraídos uno á otro, se han confundido, formando los dos uno solo. Adelaida privada de su

madre no ha pensado ni vivido sino para Sofía; la amistad tan fina como íntima las ha libertado de los riesgos de que me habláis, á los que conozco deben estar espuestas en el recinto en que se hallan reunidas y amontonadas, por decirlo así, tantas muchachas jóvenes, fogosas, inquietas, curiosas, á quienes el tiempo, la hora, los lugares están escitando continuamente á enlaces que, llegando á ser íntimos, pueden muy bien algunas veces no ser enteramente desinteresados. De algun tiempo á esta parte yo he alterado la union de dos amigas, y permitaseme pensar que yo he conseguido ser el objeto dichoso que ha merecido los tiernos efectos de mi prima hermosa. Adelaida, á quien el amor (*mirando á Person*) no ha mostrado aun quien es su vencedor, ha puesto enteramente su afecto en Sofía, y la amargura de sus quejas os ha manifestado bien el extremo de su amistad.

Rosamber. Y os ha cerciorado de la dicha de ser querido. En verdad, Foblas, que si Sofía es tan amable y hermosa como Adelaida, os doy la enhorabuena.

Foblas. ¡Oh! amigo mio, es hermosa, mucho mas hermosa.

Rosamber. Me parece difícil.

Foblas. ¡Oh! mucho mas hermosa, lo vereis; mucho mas hermosa.... Figuraos....

Rosamber. Chiton, chiton; poco á poco: ¿como os acalorais, amiguito mio!... Decidme, hombre apasionado, teniendo una querida tan hermosa, ¿por qué me habeis robado la mia? ya que el señor Foblas amaba tanto

el locutorio, ¿por que la señorita Duportal se quedó á dormir con la marquesa? ¿Cómo se compone esto?

Foblas. Rosamber mio, esto no presenta dificultad.

Rosamber, riéndose. Ni tampoco es desagradable, ya lo entiendo.

Foblas. ¿Os reis? está bien; pero nadie sabe mejor que vos lo que me ha pasado con la marquesa.

Rosamber. Sí, sí; al poco mas ó menos.

Foblas. Pero, burlon sempiterno, escuchadme. Hace ocho dias que yo sabia poco mas ó menos lo mismo que mi hermana. Como educado del mismo modo, yo no he buscado á la marquesa de Babia, ella es la que se ha puesto en mis manos. Ya ves que soy bien disculpable.

Rosamber. Pase por lo que hace al baile primero, pero á lo menos pendia de vos el no volver á su casa. ¡Eh! ¿qué direis del baile de máscaras?

Foblas. Diré que me llevaron á él... como que no tengo mas de diez y seis años, todo es nuevo para mi.

Rosamber. ¡Ah! ¡Sofía, pobre Sofía!

Foblas. No la tengais lástima: yo la adoro; pero Rosamber mio, sé muy bien que no puedo poseerla sino por union legítima.

Rosamber. A lo menos así debe ser.

Foblas. Pues, amigo mio: hasta que el himeneo nos una, siempre respetaré á mi Sofía.

Rosamber. Eso lo veremos con el tiempo.

Foblas. Bien sé que mi celibato me parecerá cosa dura.

Rosamber. Yo lo creo.

Foblas. Mi viveza me arrastrará algunas veces.

Rosamber. No lo dudo.

Foblas. Le haré tal vez alguna infidelidad á mi hermosa prima.

Rosamber. Eso es muy probable.

Foblas. Pero cuando tenga la dicha de poseerte... ¡Oh! sí... entonces, Sofia mia, no amaré á nadie mas que á tí.

Rosamber. Eso no es seguro.

Foblas. Te amaré toda la vida.

Rosamber. Eso me parece muy difícil.

CAPÍTULO X.

De lo que sucedió á Foblas en casa de la marquesa de Babia,

Se despidió Rosamber, y apenas habia vuelto la espalda pregunté á Jazmin si habian traído mis vestidos: me respondió que no. Esperé hasta la noche que los trajesen; nadie pareció. Estaba inquieto, porque tenia en mi vestido una cartera con dos cartas interesantes: una de un criado antiguo de casa que desde su pueblo me daba las pascuas; otra que la marquesa me habia escrito algunos dias antes, poniéndome *señorita Duportal* así en el sobrescrito, como en todo su contesto.

Al dia siguiente trajeron los vestidos, y al instante busqué la cartera; ya no estaba. Lle-

gó á este tiempo la Señora Datura, y se me pasó la inquietud con la carta que me trajo de la marquesa. La leí al momento; he aquí su tenor:

«Amigo mio: esta noche á las siete en
«punto estad á la puerta de mi casa, y seguid
«confiado á la persona que despues de levan-
«taros el sombrero con que debereis tener cu-
«biertos los ojos, os llamará por el nombre
«de *Adónis*. No puedo ser mas larga, porque
«no me dejan un momento en toda la mañana,
«Me están moliendo con el pormenor de la
«ciencia fisiónomica, que no es la que trato
«de profundizar. ¡Oh amigo mio! teneis tanto
«arte de agradar que cuando una llega á co-
«nocerle, no sabe hacer otra cosa que amar-
«le, ni desea saber mas que, etc.

Esta carta era tan lisongera, y el convi-
te tan seductor, que no dudé aceptarle. Res-
pondí á Datura que estuviese bien segura de que
yo no faltaria en nada á cuanto se me pre-
venia. Sin embargo, apenas se habia ido sen-
tí una especie de irresolucion. ¿No era ya
tiempo de ocuparme esclusivamente de Sofia,
y de huir de todas las ocasiones de volver á
ver á su peligrosa rival? Pero ¿á que impo-
nerme yo mismo una ley tan dura sin necesi-
dad ninguna? ¿Acaso he declarado yo mi
amor á Sofia? ¿Me ha confesado Sofia que me
corresponde? ¿Por ventura tiene tanpoco de-
recho de exigir de mi este sacrificio? Por
otro lado, mirando la cosa con rigor, lo que
yo iba á hacer no se puede mirar como infi-
delidad. ¿Acaso me metia yo en nueva intri-

ga? Supuesto que habia dormido una noche con la marquesa, y que otra vez le habia visto en el hermosísimo gabinete, ¿que inconveniente habia en que le hiciese otra visita? El asunto se reduce cuando mas á ser tres citas las que solo eran dos, el delito consistia solo en el número. Ademas mi hermosa prima no sabrá nada de este nuevo suceso. Por último, yo he dado mi palabra: el lector conoce muy bien que no podia ya faltar á ella.

No esperé á la hora. Justina me mortificó teniéndome á la puerta. Levantó mi sombrero, y me dijo:

Justina. Venga usted, hermoso Adónis.

La seguí poco á poco. El portero, medio borracho, oyó algun ruido, y preguntó:

El portero. ¿Quién es?

Justina. Soy yo, soy yo.

El portero. Sí es usted: y ¿ese pajaro?

Justina. Ese es mi primo.

El portero, cantando. Mi primo, mi primo ¡ay que mi primo!

No obstante eso, justina me encaminó á lo último del patio hasta una escalerita secreta; fácil es entender que antes de llegar al primer tramo, la hermosa criadita llevaria muchos abrazos. Me hizo señã de que me estuviese quieto; abrió inmediatamente una puerta, y me hallé en el gabinete de la marquesa.

Justina. entre usted en la alcoba; aquí no está usted bien.

Con esto salió y cerró la puerta. Entré en la alcoba, y mi querida vino á mí.

Foblas. Con que, mi hermosa mamá, se-

rá la segunda vez que....

La marquesa interumpiéndome. ¡Dios mio! ¡me parece que oigo al marques! Y viene á retirarse.... Huid, huid, idos.

De un brinco pasé al gabinete, pero no me acordé de cerrar la puerta de la alcoba y la dejé entreabierta; para colmo de desgracias la atelondrada Justina habia dado dos vueltas á la llave de la puerta de la escalera secreta. La marquesa, sin imaginar que se me hubiese cerrado la salida, se habia sentado muy tranquila. El marques, que habia ya entrado en el cuarto, se paseaba con aire de enfadado. Temblaba solo de pensar que podia ser visto en el gabinete, y no tenia medio de salir de él. En este apuro, no sabiendo que hacer, me zampé bajo de la otomana, y en una posicion muy incómoda oí una conversacion muy preciosa, cuyo desenlace aun es mas particular.

La marquesa. Habeis vuelto á casa muy temprano.

El marques. Sí.

La marquesa. No os esperaba tan pronto.

El marques. Lo creo.

La marquesa. Parece que teneis algun pesar, ¿que teneis?

El marques. ¿Que tengo? que tengo? que tengo? esto y furioso.

La marquesa. Moderaos, caballero. ¿Se puede saber la causa?

El marques. Lo que tengo es... saber que no hay quien tenga buenas costumbres.... las mugeres....

La marquesa. La observacion, caballero,

es urbana, y la aplicacion muy feliz?

El marques. Señora, yo no gusto que nadie se burle de mí: y cuando se burlan de mí, lo conozco al instante.

La marquesa. Como es eso, caballero... ¿Es cosa de reconvenciones? ¿que injurias?... ¿que quiere decir con eso? Vaya, explicaos.

El marques. Me explicaré: vos vereis que tengo razon.

La marquesa. ¿En que?

El marques. ¿En que? en que? Esperad un momento; dadme siquiera el tiempo de respirar.... Madama, vos habeis recibido alojada, y admitido á dormir con vos á la señorita Duportal.

La marquesa, con firmeza. Es cierto: si señor.

El marques. ¿Y sabeis lo que es esa señorita Duportal.

La marquesa. Lo sé, caballero.... como vos, Me la presentó el conde de Rosamber; su padre es un caballero muy distinguido, con quien habeis cenado anteayer.

El marques. No se trata de eso, señora. ¿Sabeis lo que es la señorita Duportal?

La marquesa. Lo repito, caballero, que se como vos que la señorita Duportal es una jóven bien nacida, bien criada, y muy amable.

El marques. No se trata de eso, señora.

La marquesa. ¿Pues de que se trata? ¿Queréis hacerme perder la paciencia?

El marques. Teaed un momento de cacha-za; la señorita Duportal no es una señorita....

La marquesa, con mucha prontitud. ¿No es una señorita? ¿Pues que es?

El marques. No es una señorita bien nacida: es una de esas señoritas.... de esa casta de señoritas, que.... ya me entendéis....

La marquesa. Aseguro que no.

El marques. Yo me explicaré bonitamente... es una señorita que... de quien... ya... basta... ya me entendéis.

La marquesa. ¡Oh! no señor, juro que no.

El marques. Es que yo quisiera encubrir un poco la cosa.... Señora, es.... una pu.... ¿comprendéis ya?

La marquesa. La señorita Duportal?... Perdonad, yo no puedo menos de reirme (*Riéndose á carcajadas*).

El marques. ¿Os reís, eh? os reís... Pues bien; ved esa carta: ¿conoceis la letra?

La marquesa. Es la que yo escribí á esa señorita el dia despues que durmió en casa.

El marques. ¿Conoceis ahora esta otra?

La marquesa. No señor.

El marques. Miradla bien y leed ese sobrescrito.

La marquesa. Al baroncito de Foblas.

El marques. Leedla toda.

La marquesa. « Mi querido amo; me tomo la libertad de escribir á usted para manifestarle mis deseos de que vea con felicidad el año nuevo, etc. Soy con el mas profundo respeto, mi querido amo, el mas, etc. » etc. »

La marquesa. Es una carta de pascuas,

que un criado escribe á su amo el baroneito de Foblas. ¿Que tenemos con eso?

El marques. ¿Que tenemos? Señora, está muy bien; pues oid: esas dos cartas estaban en esta cartera (*Muestra la cartera*).

La marquesa. Y bien, acabad. ¿Que sacamos de ahí?

El marques. ¿Y donde pensareis que he hallado esta cartera?

La marquesa. Decidlo, vamos, decidlo.

El marques. En un parage... donde... ya se vé...

La marquesa. Vamos, acabad; al fin tendreis que decirlo.

El marques. Pues, señora, sabed que la he hallado en un parage muy sospechoso.

La marquesa. ¡En un lugar muy sospechoso!

El marques. Sí señora: vamos, voy á decirlo. Una muger ha repartido estos dos billetes impresos, en que á los aficionados alquila á tanto por horas algunos hermosos gabinetes: yo he estado á verlos por curiosidad.

La marquesa. ¿Cuándo ha sido eso?

El marques. Ayer tarde; y en efecto los gabinetes son hermosos. Sobre todos hay uno en el cuarto principal, verdaderamente primoroso. Me alegrara que lo vierais: tiene cuadros, estampas, espejos, alcoba, cama... ¡oh! la cama es digna de verse!... Figuraos que ese demonio de cama es de muelles... ¡Ah! es cosa muy primorosa! ¡Ah! es preciso que un dia de estos os lleve allá.

La marquesa. Un marido con su muger

en una expedicion de esa especie seria cosa de ver.

Quando la relacion estaba en tal estado oi algun ruido: la marquesa se defendia, el marques la abrazó, la conversacion que al principio me tenia muy inquieto, me divertia de suerte que no sentia ya la incomodidad de mi postura.

El marques. ¡ Ah! en el gabinete del cuarto principal no falta nada, tiene una puerta de comunicacion con la tienda de una modista que hay al lado: eso está bien discurrido. ¿ Creeréis que una muger decente está en la tienda de la modista? Nada de eso, busca la escalera y se la pega al pobre marido. Escuchad: en este gabinete abrí un armarito, en él hallé la cartera. De aquí resulta que la señorita Duportal ha estado allí con el baroncito de Foblas, lo cual es muy indecente. El conde Rosamber que la conocia, hizo muy mal en presentarla, y es grande imprudencia de su padre dejarla salir sola con una doncella. ¡ Oh! á mí no me engañó, no. Encuentro yo un cierto no sé que en su fisonomía. Ya sabeis cuanto entiendo de esto!... Su persona es hermosa... pero sus facciones manifiestan sangre... esa muchacha tiene temperamento fogoso.... yo lo he conacido á no poderlo dudar.... Os acordais de la noche en que Rosamber le dijo que habia *circunstancias* en que.... ¡ Oh! *circunstancias*.... No lo advertisteis? Ya lo he dicho; á mí no me engañan. Venid, venid, vereis, madama.

La marquesa pensando que yo me habia ido,

se dejó conducir por el marques al gabinete, y este prosiguió diciendo:

El marques. La señorita Duportal estaba en este mismo gabinete... allá. Vos estabais en esa otomana... llego yo... la madamita tenia la cara que despedia chispas; sus ojos centelleaban; un aire... Vamos, ya lo he dicho, esta muchacha es un volcan. Ya sabeis que yo entiendo la materia. Pero dejadme á mí, que yo compondré bien el negocio este.

La marquesa. ¿Que es eso? ¿que vos lo compondreis?

El marques. Sí, sí: lo primero que haré, será decir al conde cuan mal se ha portado. Tal vez Rosamber ha estado con ella. Despues estaré con el señor Duportal, y le instruiré de la conducta de su hija.

La marquesa. ¿Como? ¿Vos hablareis de un caso tan indecente con Rosamber?

El marques. ¡Oh! Rosamber sabia lo que ella era, y estaba hecho una furia de zelos contra mí.

La marquesa. ¿De vos?

El marques. Sí señora, de mí; porque le parecia que la niña me preferia: ella me daba ciertas prendas, y es en lo que me ha burlado ella porque entonces tenia á ese señor Foblas. Yo sabré quien es ese señorito Foblas. y yo hablaré al señor Duportal.

La marquesa. ¿Como es eso? os atreveriais á ir á decirlo á un padre?

El marques. Si señora, en eso le hago favor; le veré y le instruiré de todo.

La marquesa. Espero que no hareis tal cosa.

El marques. Si señora, lo haré, lo haré.

La marquesa. Si es que me estimais, espero que olvidéis todo eso, y no volváis jamas á tratar de tal asunto.

El marques. ¡Oh! Yo sabré....

La marquesa. Lo pido por favor.

El marques. No, no señora.

La marquesa. Vos me desengañais, ya conozco ahora el motivo del grande interes que tomabais en todo lo que concierne á la señorita Duportal. Os conozco demasiado para que podais engañarme con esa austeridad de costumbres que quereis afectar. Está visto que no habeis sentido que esa señorita haya ido á una casa sospechosa, sino que haya ido allá con otro y no con vos.

El marques. Señora...

La marquesa. Y cuando recibia yo en casa á una señorita que creia ser honrada, teniais ya proyectos de formar amistad con ella.

El marques. Señora...

La marquesa. ¡Y os atreveis á venir á quejaros á mí misma de que se haya burlado de vos! De mí, de mí solamente se burlaban ustedes.

Se dejó caer en la otomana: su marido dió un grito, y despues abrazó á la marquesa.

El marques. ¡Oh! si supieras cuanto te quiero, marquesita mia.

La marquesa. Si vos me quisierais; tendriais mas miramiento, mas respeto á vos mismo, y mas condescendencia con una jóven que tal vez será mas digna de compasion que de vituperio... ¿Que haceis? Dejadme. Si vos

me quisierais, no iriais á un infeliz padre á hacerle saber los malos pasos de su hija, no iriais á decir al señor Rosamber esta historia de que se reiria sin duda ninguna, se burlará de vos, y contará en todas partes que yo he acogido en mi casa á una jóven intriganta.... Pero ¿que intentais ahora? estaos quieto.... cierto que vuestras caricias vienen al caso.

El marques. Marquesita mia si yo te amo tanto.

La marquesa. ¿Qué! ¿basta decirlo? Es menester dar pruebas.

El marques. Pero ¿cómo las he de dar, si hace ya tres ó cuatro dias, corazon mio, que no quieres que te las dé?

La marquesa. No son esas pruebas las que yo quiero: vamos, estaos quieto.

El marques. Vamos, vamos, corazon mio.

La marquesa. Eso es ahora un despropósito.

El marques. ¡Oh! no lo es pues estamos solos.

La marquesa. Mas valdría que estuviésemos acompañados.

El marques. ¿Seria cosa decente?

La marquesa. Acabemos. ¿No tenemos tiempo de hacer eso cuando nos de la gana? Acabemos pues.... ¡cómo es eso! ¡personas casadas!.... ¡Y en vuestra edad!.... ¡en un gabinete! ¡encima de una otomana! ¡cómo dos enamorados!... ¡y cuando me teneis aun enfadada!

El marques. Pues bien, ángel mio, no

diré nada al señor de Rosamber ni al señor Duportal.

La marquesa. Bien está.

El marques. Te doy mi palabra.

La marquesa. Está bien, esperad, dadme la cartera, dádmela.

El marques. Con mucho gusto, ahí vá.
(Momento de silencio)

La marquesa. Verdaderamente vos lo habeis querido (*Casi sin poder hablar*), vos lo habeis querido, pero es muy ridículo.

Les oí tartamudear, suspirar, desfallecerse uno y otro. No podeis figuraros lo que padebí bajo de la otomana mientras duró tan extraña escena: hubiera ahorcado á los actores en mis manos; estuve tan colérico que tuve tentaciones de salir de mi uronera y reconvenir á la marquesa de esta infidelidad de nueva especie, y de pagar al marques la pesada burla que me hacian sufrir sin pensarlo. Justina vino á poner fin á mi resolución. Abrió de repente la puerta de la escalerita secreta. La marquesa dió un chillido: el marques se escondió en la alcoba para componer sus cosas. Justina que se alló con un marido en vez de un amante, se quedó atónita, y la marquesa no se pasmó menos que ella al verme salir de mi uronera. En voz baja di las gracias á la doncella.

Foblas. Muchísimas gracias, Justinita; me has hecho favor, porque estaba muy mal debajo de esta otomana mientras tu ama estaba muy á su placer.

A la marquesa, que se quedó temblando y sin poder hablar, no pude responder ni de-

tenerme El marido estaba pegado á ella, iba probablemente á salir apenas la decencia lo permitiera. La doncella se puso de modo que yo me pudiese salir sin ser visto. Bajé la escalera secreta á oscuras con riesgo de estrellarme dos mil veces, atravesé muy ligero el patio, y salí á la calle maldiciendo la casa y á los que vivían en ella.

Al día siguiente aun no me habia levantado cuando Jazmin entró á decirme que allí estaba Justina, y con su acostumbrada prudencia se retiró apenas la dejó en mi cuarto.

Foblas. Muchacha, precisamente me estaba acordando de tí.

Justina. ¡Oh! déjeme usted: esta vez no quiero que me suceda lo que antaño: voy á empezar por mi comision. Si supiera usted cuanto me ha regañado ayer noche mi ama.... ¡Qué susto nos dió usted! Sabe usted que apenas habia usted cogido la escalera, el marques salió al gabinete diciendo: «majadera ¿á que viene entrar aquí como un rayo?» Cuando nos dejó solas, mi ama muy apesadumbrada de lo ocurrido me dijo que no sabia por que se habia usted escondido debajo de la otomana, y me ví precisado á confesar que yo, sin querer, habia dado dos vueltas á la llave. Me regañó á no poder mas, y despues esta mañana me ha dado esta cartita para usted.

Foblas. Está muy bien. Tú has hecho y acabado perfectamente tu comision, pero no pienso abrir la carta.

Justina. ¿Cómo? ¿no la abrirá usted?

Foblas. No, porque tu ama me tiene muy enfadado.

Justina. Pues no tiene usted razón.

Foblas. Pero no estoy enfadado contigo, Justina mia.

Justina. Y tiene usted razón.... ¡Oh! este-se usted quieto: atienda usted, yo haré lo que usted quiera, pero ha de leer usted la carta.

Foblas. ¡Qué fortuna para un ama es tener una criada como tú! Pues está bien: la leeré.

Justina se sujetó con tanto gusto á las condiciones del tratado, que yo habria sido un pérfido si no le hubiese cumplido lo ofrecido, y así abrí la carta en la cual se me decia: « ¡Cuanto he sentido lo que pasó anoche amigo querido! La escena que nos habria servido de diversion, como yo creia, si no la hubieseis vos presenciado, se ha convertido en una pesadumbre para mí, y en una mortificación para vos, por haberos hallado en ella. ¿Qué dijisteis al irnos? ¿No conocéis el mal que me habeis hecho? Venid, querido amigo mio, venid á ver á la que os ama; id hoy á mediodia donde dirá la dadora de esta. Allí no me costará ningun trabajo justificarme. Cuando mi amante esté bien convencido de su injusticia, me hallará dispuesta á perdonarle sus vivezas. » Apenas concluí de leer, me dijo Justina:

Justina. Mi ama espera á usted á las doce en punto en el gabinete consabido. ¿Se acuerda usted? Donde vestimos á usted.

Foblas. Sí, Justina, y donde tu has llorado tanto. ¡Si supieras cuanto me has hecho padecer! Pero tú, picarilla, no te contentas

con hacer travesuras, sino que tambien las dices.

Justina. ¡Oh! no hablemos de eso, aun estoy corrida de vergüenza, dejemos eso: ¿que digo á mi ama?

Foblas. Justinita, que no voy allá.

Justina. ¿Qué usted no irá?

Foblas. No, Justina.

Justina. ¿Cómo? ¿dará usted esa pesadumbre á su cortejo?

Foblas. Sí, prenda mia.

Justina. Pero ¿usted quiere que me regañe?

Foblas. Lo que haré será consolarte antes que lo haga.

Justina. ¡Buena resolucion! ¡buena, buena! En tal caso escribale usted á lo menos cuatro renglones (*Foblas la abraza*). Esté usted quieto.... Escriba usted cuatro palabras á mi ama.

Foblas. No, prenda, no escribiré.

Justina. ¡Oh! deje usted..., vamos, consentimiento, pero con la condicion de que usted escribirá.

Foblas. Ah, Justina, lo repito: ¿qué dichosa es el ama que tiene criadas como tú! Bien está: escribiré, y en efecto la escribí la siguiente:

«Señora, no sé si la aventura de anoche os ha causado mucha pesadumbre, lo que se es que el modo con que se ha concluido sobre la otomana no manifestaba que os habia sido muy desagradable. Cuando se tiene un marido galan, amable y tiernamente ama-

do, no se necesita mas. Soy con el mayor sentimiento, etc. etc.

CAPÍTULO XI.

Visita del vizconde de Florvilla, y otras cosas.

¡Ah! ¡hermosa prima mia! ¡que esfuerzo acababa yo de hacer por vos! ¡qué placer tenia en pensar que al fin os habia sacrificado la sociedad de otra dama, y que en lugar de ver á la marquesa en casa de su amiga, tendria yo el gusto de admiraros! Pero ¡ay de mí! fuí al colegio, y Sofía no vino al locutorio.

Foblas. ¡Ah; hermana mia! ¿cómo no ha venido contigo Sofía?

Adelaida. ¡Oh! ¿no te habia dicho yo que estaba mala? Ayer tambien lloró todo el dia; en toda la noche no ha cerrado sus ojos: esta mañana tenia calentura.

Foblas. ¡Calentura! ¡Sofía está con calentura! ¡Sofía corre riesgo!

Adelaida. No levantes tanto la voz, hermano mio. Yo no se si corre riesgo, pero ella padece: está pálida, los ojos encendidos, la cabeza caída, la respiracion lenta, habla con trabajo y á medias palabras, y á mi me á parecido que en algunos momentos delira. Esta mañana se le ha encendido de repente la cara, y los ojos se le pusieron vivos y brillantes: dijo muy ligera algunas palabras que no pude comprender, porque habló bajo: luego volvió á caer en grande abatimiento. *No, no, dijo; eso no*

puede ser.... Yo no puedo, ni debo.... Nunca lo sabrá. Después la ví llorar, y añadió con mucho sentimiento: ¡Oh! ¡cómo me engañe! me costará la vida, me costará la vida, ¡cruel! ¡ingrato! La cogí por la mano: ella me apretó la mia, y me repitió lo que continuamente me decía: Adelaida, Adelaida, ¡qué dichosa eres! Entraba en esto su aya, y sofía me suplicó que no le dijese nada. Sin embargo, hermano mio, será preciso decirlo á la señora Munich (1), porque ya estoy con mucho cuidado. ¿Qué te parece á tí?

Foblas. Adelaida, ¿has dicho á Sofía que yo estoy aquí?

Adelaida. Sí, pero ya te dije ayer que Sofía no te quería, y ella misma me lo ha dicho.

Foblas. ¿Sofía te lo ha dicho?

Adelaida. Ella me lo ha dicho; y ella misma me ha encargado que te lo diga. Ayer cuando íbamos á cenar, le conté que habíais venido acompañado de un caballero muy amable, y pasó este diálogo.

Sofía. ¿Cómo se llama?

Adelaida. Rosamber.

Sofía. Rosamber, Rosamber; ¡ah! ¿es ese caballero que ha traído consigo tu hermano? Ese le llevó á casa de la marquesa de Babia. Ese joven no es bueno. Tu hermano ha hecho amistad con él; el le perderá completamente.... Adelaida, tu hermano empieza á tener mala conducta.

Adelaida. ¡Ah, amiguita mia! yo le he

(1) Así se llamaba el aya.

reconvenido sobre esto, y aun le dicho que tú ya no le quieres.

Sofia. ¿Le has dicho que ya no lo quiero?

Adelaida. Sí, amigita mia, pero él no ha querido creerme y se ha echado á reir, y tambien el señor Rosamber.

Sofia. ¿esos caballeritos se han hecho á reir? ¿Tu hermano se ha reido, y no ha querido creerte? *Adelaida,* ¿cuándo vendrá tu hermano?

Adelaida. Mañana.

Sofia. Pues bien: cuando venga, le dirás que yo le estime pero que ya no lo quiero; que absolutamente no lo quiero; y que para convencerle, no volveré á verlo en mi vida.

Adelaida. Acabar estas palabras y marchar todo fué uno; despues volvi6 riéndose.

Sofia. Si, querida *Adelaida,* tienes razon; yo no quiero á tu hermano ya; no lo quiero. Tú debes decirselo mañana cuando venga.

Adelaida. Se reia, pero te aseguro, *Foblas,* que de repente se hechó á llorar.

Mientras *Adelaida* me hablaba, yo tenia el corazon partido de dolor por un extremo, y de alegria por otro.

Adelaida. Voy á decirte una cosa que me ha ocurrido. Al ver á mi amiga que llora, y que al instante se rie, no he podido menos de sospechar que está loca, pero con un misterio que no entiendo. Es posible que alguno sea la causa, y aun he llegado á dudar si eres

tú. Mira, yo digo entre mí. ¿Por que aborrece Sofía tanto á Foblas? ¿Porque no quiere volverlo á ver? ¿Será él á quien llama cruel é ingrato? Ya conocerás tú, sin embargo que reflexionando me convenzo de que no puede ser así. ¡Mi hermano ingrato, cruel! ¡Oh! esto no puede ser. ¿Que mal ha hecho mi hermano, ni podido hacer á mi amiga?

Foblas, llorando. ¡Adelaida! ¡Adelaida querida!

Adelaida. ¿Qué es eso? ¿te has enfadado conmigo? ¿Porqué lloras? Te aseguro que yo he pensado eso sin poderlo remediar, y no te lo he dicho para no darte pesadumbre.

Foblas. Ya lo sé, querida Adelaida, ya lo sé. Lloro por la enfermedad de tu amiguita.

Adelaida. Foblas, ¿crees tu que puede ser de cuidado? ¿Te parece que deba decirlo á su aya?

Foblas. No, Adelaida, no, no le digas nada. Tu amiga tiene calentura segun dices, y yo sé un remedio que la curará. Adelaida; mañana por la mañana te traeré una receta en un papel muy bien cerrado, que no enseñarás á nadie, y se lo darás á Sofía cuando la señora Munich no esté con ella. Mira que es preciso que el aya no vea este papel.

Adelaida. Si, sí. No tengas cuidado. ¡Ah! cuanto te agradeceré ¡que cures á mi amiguita!

Foblas. Adelaida, dirás á mi hermosa prima que conozco su mal, que lo siento muchísimo, y que espero ponerla buena: ¿se lo dirás así, Adelaida?

Adelaida. Al pie de la letra: que te pa-

rece que tú conoces su mal, que lo sientes muchísimo, y que esperas ponerla buena; y le diré también que has llorado. Cuidado con que no dejes de venir mañana... ¡Ah! cuando mi amiguita esté buena, sin duda que te amará tanto como antes.

Habiendo vuelto á casa no me ocupé mas que de lo que me habia contado Adelaida; y del mal de Sofía. Por mi desgracia, mi padre tenia convidados á comer aquel dia; era forzoso asistir á la mesa, y luego hacer la partida hasta las doce de la noche. ¡Oh que tormento es estar precisado á jugar toda la noche cuando uno ama, cuando se cree amado y cuando quiere escribir á su querida! No se lo deseo ni á mi mas cruel enemigo.

Facil es adivinar que dormí poco esa noche.

Al dia siguiente; apenas me levanté me metí en un gabinetito detras de mi alcoba, en donde tenia mis libros para estudiar, con los que no me fatigaba mucho; mi cómodo ayo. Me senté á escribir. Hice un borrador de una carta, lo rasgué; hice otro con muchas enmiendas que merecia nuevas correcciones; suplico al lector que no diga que aun era necesario el tercero; hele aqui tal cual es:

« Prima hermosa: llegó por fin el momento
» tan deseado en que pueda libremente manifes-
» taros mi corazon, y solicitar de vuestra ter-
» nura una confesion que tal vez asegurará para
» siempre la dicha de ambos.

« ¡Ah! ¡Sofía! ¡Sofía! si supierais lo que me
» sucedió el primer dia que tuve la dicha de
» veros! ¡como se me turbó la vista! ¡como

» me palpitaba el corazón! Desde entonces mi
 » amor no ha hecho mas que crecer, y hoy dia
 » un fuego devorador circula por todas mis ve-
 » nas... Soñá, no vivo sino por vos.»

Estaba escribiendo esto cuando Jazmin entró precipitadamente.

Jazmin. El señor vizconde de Florvilla pregunta por usted?

Foblas. ¿El vizconde de Florvilla? No le conozco. Dile que no estoy.

Jazmin. Si ha entrado ya en esta pieza....

Foblas. ¿Como es eso? ¿Luego tú dejas entrar á cualquiera?

Jazmin. Señor, se ha entrado sin esperar...

Foblas. Se podia ir con mil demonios el vizconde de Florvilla.

Temiendo que un desconocido tan poco cortés entrase hasta mi gabinete, y que con una ojeada profana leyera un papel depositario de mis sentimientos mas secretos, salí corriendo á la pieza: pero, ¿quien lo pensaria? Di sin deliberacion un grito de sorpresa y aun de alegría. El supuesto vizconde de Florvilla era la marquesa de Babia. Mi primer movimiento fue despedir á Jazmin; segundo, echar el cerrojo á la puerta; tercero, abrazarme con tan hermoso caballero: cuarto.... fácil es de adivinar.

La marquesa siempre admirada de mis prontos arranques, inmediatamente que volvió un poco en sí, me dijo:

La marquesa. ¿Sois un jóven muy particular!... ¿Cuándo dejareis de tomar el rábano por las hojas? Solo vos sois capaz de comen-

zar á hacer paces por donde suelen concluirse.

Foblas. Teneis razon mamá mia : suponed que no es nada lo que ha pasado : vamos á nuestras quejas.

La marquesa. Bueno, bueno. ¿Y para que? ¿para renovar la escena? ¡Bribonzuelo! ¿libertino!

Foblas. ¡No, mi querida mamá! no me ocurre cosa que no la comprendais al instante.

La marquesa. Ayer no quisisteis comprenderme. ¡Que ingrato sois!

Foblas. Ayer estaba enfadado.

La marquesa. ¿Que? ¿Podia yo figurarme que os hubieseis metido bajo la otomana? ¿No conocéis cuanto importaba para nosotros dos arrancar de manos del marques la cartera?

Foblas. Es cierto... pero despechado...

La marquesa. ¡Despechado! ¡os despechais!... Vos por quien olvido mis deberes... el bien parecer... hasta mi reputacion... y ¿con que tono respondeis á una carta la mas cariñosa? (*Saca la carta que le escribi*). Tomad, ingrato, leed otra vez, leed con serenidad. ¡Que ironía! ¡que burla tan cruel! ¡Y os perdono! ¡y os vengo á buscar! ¿No es esto tener tanta debilidad é imprudencia como una niña de doce años? ¡Ah Foblas! ¡Foblas! es preciso que esté muy fuera de mí para esto... Es preciso... que me hayais hechizado.

Foblas. Mi amada mamá...

La marquesa. Cierto...

Foblas. Refúndme mucho; así haremos mas pronto las paces.

La marquesa. ¿Que es eso, picarillo? ¿No confesareis siquiera que no teneis razon? ¿No me pedireis perdon á lo menos?

Foblas. ¿Como que no? ¿que bella estais? Os pido mil veces perdon.

Las gentes que tienen talento, y aun los que no le tienen, conocerán que la marquesa y yo volvimos á reconciliarnos... Luego comenzaron los cariñitos y los cumplimientos.

Foblas. Florvilla, ¡que bello y que seductor estais con ese hermoso vestido! ¡que bien os sienta ese frac ingles!

La marquesa. Ayer me lo hice de intento. Si no me engaño es del mismo paño y del mismo color que el hermoso vestido de amazona con que el Amor, que queria vencerme, os hizo parecer á mis ojos la primera vez. Habiéndome convertido en cortejo de la señorita Duportal, me ha parecido que debia adoptar sus colores. (*La estreché entre mis brazos*).

Foblas. Y yo siendo desde ahora esclavo voluntario del vizconde de Florvilla, siempre arrastraré con gusto sus cadenas. ¡Que bella correspondencia, mamá mia!

La marquesa. El amor es niño y se divierte con tales trasformaciones: él hizo de la señorita una doncellita loca; él hace de la marquesa de Babia un jóven imprudente. ¡Ojalá que el vizconde de Florvilla os parezca tan amable como me pareció hermosa la señorita Duportal!....

Foblas. Tan amable... ¡Oh! mucho mas.

La marquesa. ¡Oh! no (*Mirándome*

con gusto y considerándome con terneza). Sois mas alto, amigo mio, mas desembarazado, y teneis un no sé que de osadía y de marcialidad.

Foblas. Cierto; y si hemos de creer á un buen fisonomista, algo de mas nervioso.

La marquesa. ¡Ah! ¡Foblas! dejad á mi pobre marido... ¿No estais contento con que te jugamos buenas piezas? Yo no he venido para acordarme de él. Decidme, amigo mio, sin lisonja, ¿que os parezco?

Foblas. Bien, perfectamente. No me costaria mucho deciros de qué manera me pareceriais mejor; pero como es necesario ir vestido de hombre ó de muger, nadie parece mejor que vos de un modo ú de otro.

La marquesa. He aquí el language de un amante, siempre con entusiasmo, siempre con exageracion... ¡Ah Foblas!... ¿quien seria mas dichosa que yo, si siempre me miraseis con esos mismos ojos?

Foblas. ¡Oh! mamá querida, toda la vida os miraré lo mismo.

La tenia yo abrazada; escapose para ir á coger mi espada que estaba sobre una silla; pónese el biricú y dice:

La marquesa. Tengo un caballo ingles en que monto alguna vez; ahora que comienza la primavera me gusta pasear por los alrededores de Paris; ¿me acompañareis alguna vez, Foblas?... ¿Quereis, amigo mio, divertirios en los bosques con el vizconde de Florvilla.

Foblas. Nos verán.

La marquesa. No. El marques tiene que

ir á la corte con frecuencia.

Foblas. Está bien. ¿Que dia iremos?

La marquesa. Dejad que el campo esté verde.

Mientras hablábamos sacó la espada, y haciendo que jugaba delante de mí, dijo:

La marquesa. Parad el golpe.

Foblas. No sé si debo temer el vizconde, pero sé que no será en ese artículo, ni es este es el modo de combatir con la marquesa. ¿Aceptareis desafio de otra especie.

La marquesa, arrojándose en los brazos de *Foblas* y riéndose; Ah *Foblas!* ¿si no hubiera otros mas sangrientos!

Foblas. Entonces no se buscarian los héroes entre los hombres.

Puse á la marquesa en estado de que no pudiese ya herirme. Sin embargo aun permaneció conmigo dos horas que pasamos muy divertidos, y por último dijo:

La marquesa. Si no atendiese mas que á mi gusto me estaria aquí todo el dia, pero ya es hora de ir á buscar á Justina en un púesto, y los demas criados en otro.

Nos despedimos, y con mucha urbanidad acompañé al vizconde de Florvilla. Cuando habíamos ya salido de mi cuarto é íbamos á bajar la escalera, por entre las barandillas descubro al conde de Rosamber que iba á subir.

Foblas. Mirad que está ahí Rosamber.

La marquesa. Volvamos pronto arriba: me meteré en un rincón de vuestro cuarto, y despachadlo cuanto antes.

Al decir esto, sin darme tiempo para refle-

ñionar, entró en mi cuarto corriendo como una loca, pasó á mi gabinete, y entró Rosamber.

Rosamber. Amigo mio, buenos dias. ¿Como está Adelaida? ¿Como está la hermosa prima?

Foblas. Chiton: chiton: no hableis de eso, mi padre está ahí.

Rosamber. ¿Donde?

Foblas. En ese gabinete.

Rosamber. ¿En ese gabinete vuestro padre?

Foblas. Sí.

Rosamber. ¿Y que hace ahí?

Foblas. Examina los libros.

Rosamber. Pero ¡ay, amigo! no, no está en el gabinete; miradle ahí. Si está entrando... ¿que? ¿hay algo de marquesa?... ¿y por que no me decís clarito que estais ocupado? Adios, Foblas, hasta mañana.

Pasó por junto á mi padre, le saludó y le dijo.

Rosamber. Vos sin duda teneis algo que decir á vuestro hijo, y así me voy.

Entretanto el baron se paseaba muy de prisa, y me miraba con gran severidad. Impaciente yo de saber á que venia esto, le pregunté con mucha sumision el motivo del favor de venir á mi cuarto.

El baron. Al instante lo sabrá usted, caballero. (*A un criado que se presenta, gritando*): ¿Viene ya?

Un criado. Aquí está. (*Entraba Person*).

El baron á Person. ¿No os he encargado la conducta y la educacion de mi hijo?

Person. Sí señor; es cierto.

El baron. Pues señor la una es muy descuidada, y la otra es muy mala.

Person. No tengo yo la culpa; vuestro hijo no quiere estudiar.

El baron. No es eso lo peor. Pero ¿como no me habeis dicho lo que pasa en casa? ¿Por que no me habeis advertido de los desórdenes de mi hijo?

Person. Señor, yo no puedo responder de lo que pasa en vuestra casa mas que de lo que veo, y fuera no soy responsable de nada. Vuestro hijo, cuando sale me permite muy rara vez que le acompañe. (*Con una ojeada que le di le hize conocer que harto habia dicho*).

El baron. No tengo que deciros sino que este jóven se conduce siempre tan mal que me veré precisado á buscarle otro ayo. Hacedme el gusto de retiraros.

Quando se marchó *Person*, el *baron* tomó una silla de brazos, y me dijo que me sentase.

Foblas. Perdone usted, padre mio, tengo que hacer.

El baron. Lo sé, caballero; y por esa razon, y para que no se acabe el que hacer vengo yo á hablar á usted.

Foblas. Pido á usted de nuevo perdon, pero tengo precision de salir.

El baron. No señor; usted se estará ahí; siéntese usted.

Tuve que sentarme por fuerza, aun que estaba en ascuas.

El baron. ¿Es posible que Foblas á sangre fria haya meditado cosas tan horrorosas? ¿Es posible que haya proyectado abusar de la sencilla inocencia y tendido lazos á la virtud?

Foblas. ¿Yo, padre mío.

El baron. Sí, tú: vengo del colegio; lo sé todo. Si mi hijo, aun demasiado jóven, no conoce que cuanto mas facil es una conquista, tanto es menos lisongera.... que no se debe confundir la intriga con la pasion, y que el amor de los placeres nunca fué amor....

Foblas. Padre mio, hágame usted el gusto de no hablar tan alto.

El baron. Sí, mi hijo ambriagado de lo que no puede llamarse mas que buena fortuna....

Foblas. ¡Ah! suplico á usted que hable mas bajo.

El baron. Si mi hijo satisfecho del descubrimiento de un nuevo sentido, y de poseer una muger que no carece de atractivos.... Sí, mi hijo en brazos de la marquesa de Babbia....

Foblas. ¡Ah, bastā, hasta, padre mio!

El baron. Se ha olvidado de su padre, de su estado, y de su obligacion, le tengo lástima y aun le escusaria; le habria dado los consejos de un amigo, y le habria dicho que cuanto mas la marquesa es....

Foblas. ¡Oh! padre mio; si usted supiera....

El baron. Cuanto mas hermosa es la marquesa, tanto mas es peligrosa. Examina conmigo la conducta de esa muger por quien es-

tas ciego. A primera vista se prenda de tí: á la primera noche se apasiona....

Foblas. Padre mio, suplico á usted que trate con algun miramiento....

El baron. Por satisfacer su loca pasion espone su vida y la tuya. ¡Qué viva! ¡que acalorada, que arrebatada debe ser....

Foblas. ¡Ay, Dios mio!

El baron. La que prefiere los placeres á su reposo, á su honor á su reputacion pública.

Foblas. ¡Ah, padre mio! ¡Ah, señor!

El baron. Te lo repito. Amigo mio, cuanto mas bella es la marquesa, tanto mas es peligrosa. Tú creeras en sus brazos que la naturaleza tiene recursos incapaces de acabarse, pero....

Desesperado yo de no poder explicarme y convencido de que mi padre no lo dejaria, determiné tener paciencia hasta el fin de la reprimiendá, que tal vez en otra ocasion no me habria parecido larga. Apoyado el codo izquierdo en el brazo de la silla, me mordía la mano de rabia, y moviendo continuamente el pie derecho llevaba el compas de la música; pero mi padre continuaba.

El baron. Debilitaras tu naturaleza en el momento mismo de la pubertad; precisamente en la edad en que aquella trabaja mas para desarrollar los órganos, y en que necesita de todas sus fuerzas para concluir su obra. Sé muy bien que el exceso de placeres hará que te fastidies: mas tal vez será tarde, tal vez será cuando ya tengas que llorar haber perdido la

salud, la memoria, la imaginacion, y tus facultades mentales.... ¡Infeliz! A la flor de la vida no tendrás mas que pesares y enfermedades asquerosas, y en los horrores de una vejez anticipada gemirás oprimido con el peso de una vida que te será insoportable.... ¡Oh, amigo mio! teme, teme estos males mas frecuentes que se cree: goza de lo presente: pero sin olvidar lo porvenir; usa de tu juventud, pero conserva consuelos para la edad madura.... Mas ¿qué observo? mi hijo á quien hacen tanta impresion las reflexiones de su padre, ha dado al escucharme mil muestras de su impaciencia; á estado muy repantigado en su sillón; me ha interrumpido cien veces; y no ha manifestado ni aun siquiera un testimonio de que aprecia los avisos. Si no por eso, temiendo mucho mas sus riesgos que mis propias injurias, yo continuaria diciéndole con mucho sociego. La marquesa de Babia....

Cualquiera conocerá que yo sufría mucho en este cuarto de hora: y no pudiendo ya mas, dije....

Foblas. ¡Ah, padre mio! ¿no hubiera podido usted decirme todo esto en otro dia?

El baron que tenia genio arrebatado, se levantó furioso: yo, temiendo los efectos del primer arrebato, me fui al gabinete y cerré la puerta. Hallé en él á la marquesa en una posicion bien penosa. Estaba con los brazos apoyados en mi escritorio; con las manos se tapaba los oidos, y leia, dando suspiros, un papel que tenia delante: me acerqué á ella y le dije:

Foblas. ¡Ah, querida mia, que desesperado estoy!

La marquesa, mirándose como fuera de sí. ¡Cruel jóven! ¡que yerros me habeis hecho cometer!

Foblas. ¡Ay! hablad mas bajo.

La marquesa. ¡Qué caro me cuesta!

Foblas. Os suplico que hableis quedito.

La marquesa. Vuestro padre.... vuestro indigno padre.... se atreve....

Foblas. Amiga mia, ¿quereis perderos?

La marquesa. Vos sois mil veces mas cruel que él. Tomad: mirad ese escrito funesto.... ved esos pérfidos caracteres.... yo los he borrado con mis lágrimas. (*Enseñándole la carta á Sofia*).

El baron, gritando. Foblas, abre la puerta. ¿Quién está contigo?

Foblas. Padre mio perdone usded.

El baron. Ya he oido que hablan contigo: abre la puerta.

Foblas. Padre mio, no puedo.

El baron. Te mando que abras: no des lugar á que llame á los criados.

La marquesa, levantándose de pronto. Decidle que estais con uno de vuestros amigos, que le pide permiso de que le deje salir.

Foblas. ¿De salir?

La marquesa. ¡Oh, sí! (*Desesperada*); por vergonzosa que sea la salida, mayor vergüenza es quedarse.

Foblas. Padre mio, tengo aquí un amigo que pide le permite usted salir.

El baron. ¡Un amigo!

Foblas. Si señor.

El baron. ¡He! ¿Y porque no me lo has advertido antes? abre, abre, no tengas miedo; se me ha pasado el enfado. Tu amigo puede salir cuando quiera.

La marquesa á Foblas. Guiadme.

La marquesa se cubrió la cara con las manos; abrió la puerta, salimos á mi cuarto, y nos dirigimos á la puerta del frente para bajar la escalera; pero mi padre, admirado de las precauciones que tomaba este desconocido, se metió en medio, y le dijo á mi desgraciada amiga.

El baron. Caballero, yo no preguntaré quien sois, pero á lo menos me permitireis que tenga el honor de veros.

Foblas. Padre mio, suplico á usted que no exija.

El baron. ¿Qué quieren decir todos esos misterios? ¿quien es ese jóven que se oculta en tu casa y que teme que le vean? quiero al instante saber....

Foblas. Yo lo diré á usted.... doy á usted mi palabra.

El baron. No, no: ese caballero no saldrá sin que yo sepa....

La marquesa se dejó caer en un sillón, cubriéndose siempre la cara.

La marquesa al baron. Caballero, teneis derecho de mandar lo que gustéis á vuestro hijo; pero ¿á mi?

Al oír esto, el baron conoció que la voz era de muger, y sospechó lo que sucedia.

El baron. ¿Que es esto?... Podria ser....
 ¡Oh! cuanto lo siento... Tengo ciertamente
 pesadumbre... Pido mil perdones... Hijo mio,
 tú conoces que tu padre con el zelo de hacer-
 te conocer tus deberes se ha espresado rela-
 tivamente á la señora marquesa de Babia de
 un modo demasiado fuerte, que el baron de
 Foblas desaprueba... Ve, hijo mio, acompa-
 ña á tu amigo.

Apenas estuvimos en la escalera, se echó
 á llorar amargamente la marquesa.

La marquesa. ¡Oh, que cara me cuesta mi
 imprudencia!

Foblas. ¿Que podria yo hacer para con-
 solaros, amiguita?

La marquesa. Dejadme: vuestro cruel
 padre es menos bárbaro que vos.

Estábamos en la puerta; mandé que fuesen
 á buscar un fiacre, y mientras tanto la hice
 entrar en el cuarto del portero. Apenas habia-
 mos entrado cuando un hombre se asomó por
 el *vagistas* (1) que estaba entreabierto, y
 preguntó si el baron estaba en casa. La mar-
 quesa se puso las manos en la cara; yo me
 puse delante para que se ocultase mas facil-
 mente, pero no tan pronto que el señor Du-
 portal no reconociese á la marquesa.

Foblas. Mi padre está en mi cuarto: si
 gustais de subir; al instante voy allá.

Duportal, sonriéndose. Sí, si
 Avisaron que habia llegado el coche, la mar-

(1) Nombre de la ventanilla que los porteros tie-
 nen en su vidriera para ver quien sea el que entra.

quesa montó en él, yo quise también entrar y sentarme á su lado un instante.

La marquesa. No, no señor, no lo permitiré.

Yo participé de la pena que atormentaba su corazón. Bañé con mis lágrimas su mano que tenía con la mía.

La marquesa. ¡Ah! os habeis figurado que estais al lado de Sofía.

Hice ademán de querer entrar en el coche, pero ella retiró la mano, y me lo impidió.

La marquesa. Si á pesar de lo que ha dicho vuestro padre, aun me quereis algo, suplico que os apeéis y me dejéis ir.

Foblas. Ah! ¡y que! ¿no volveré jamás á veros?

No me respondió; pero se echó á llorar con mas fuerza.

Foblas. ¡Querida mía! ¿cuando volveré á veros? ¿En donde me permitireis?

La marquesa. ¡Ingrato! Conozco que no me amais, pero á lo menos debiais tener lástima de mí. Dejadme; subid á vuestro cuarto; el Barón os espera.

La marquesa dió al cochero la orden y señas.

La marquesa al cochero. A casa de madama Comptesante, modista, en la calle de Vivienne, número once.

No huyo remedio tuve que dejarla ir.

CAPÍTULO XII.

Seccion muy sircunspecta.

Me hallé al subir la escalera con el señor Duportal que me habia estado esperando.

Duportal. Si yo fuera tan buen fisio-
nomista como el marques de Babia, diria que
ese hermoso jóven que estaba con voz, era
su bella muger. ¿Que teneis? ¿A que viene
ese llanto?

No sé como se encajó Person detras de
nosotros; lo cierto es que de repente me hallé
con él, y que me dijo con un tono de sa-
tisfaccion.

Person. Ya sabia yo, señorito, que todo
esto vendria á tener mal fin: vos no quereis
hacer caso de mis consejos.

Foblas. Vuestros consejos... bien podeis
escusarlos... Ciertamente nos hallamos en el
caso del maestro de escuela de La Fontaine.
Me estoy ahogando y me vienen á predicar.

Duportal. Pero ¿que viene á ser esto?

Foblas. Subid, subid á mi cuarto, y lo
sabreis al instante; mi padre me ha dado un
rato....

Duportal, entrando. ¿Que hay?

El baron. ¿Que hay?

Foblas. Lo que hay es, señor Duportal,
lo que hay es..... Oidme, yo lo suplico. La
marquesa de Babia estaba ahí dentro, en ese ga-
binete. Padre entró, se sentó allí; empezó á
reprender mi conducta con mucha justicia,

y como buen padre; pero la marquesa lo estaba oyendo, y mi padre la trató!... ¡Ah! no podeis figuraros lo que dijo de ella. Yo, que temia comprometer á una señora... honrada... sí, honrada.... digan lo que quieran, no me atrevia á esplicarme; pero mi padre, que conoce sin duda cuanto le respeto, sin que jamas haya saltado yo en esta parte, está viendo que padezco... que estoy impaciente... que le falto á... ¿No debia conocer que habia algo irregular? Sin embargo continúa, no se pone á pensar lo que puede ser, y....

El baron. Foblas, ese llanto te hace perdonable; y asi no hago caso de las reconvencciones que te has atrevido á hacerme, porque veo la pesadumbre que esto te ha causado; pero cuanto mas manifiestas amar á la marquesa de Babia...

Foblas. Padre mio...

El baron. ¡Ola! caballerito... Ahora no está ahí la marquesa de Babia... ¡Cuidado de interrumpirme! Cuanto mas manifiestas amar á la marquesa, tanto mas me quejo de tí. Si tu corazon está apasionado de esa señora, tú has meditado con frialdad la pérdida de una jóven virtuosa, de una muchacha respetable, de Sofia. Luego eres un seductor vil.

Foblas. Padre mio, entre Sofia y mi persona no hay mas seductor que el amor.

El baron. ¿Con que no amas á la marquesa?

Foblas. Padre....

El baron. Que quieras ó no á la marquesa me importa poco; lo que me interesa es

que no seas indigno de mí.

Duportal. ¿Que es eso, baron?

El baron. Amigo mio, no creais que digo nada de más. Sabreis cosas que van á pasaros. Esta mañana fuí al colegio, y me hallé á Adelaida llorando. Mi hija, mi querida hija, cuyo amable candor conoceis, me dice que su amiga está enferma, y que Foblas tardaba bien en llevarla el remedio infalible que habia ofrecido para Sofía. Le insté para que me explicase los síntomas de la enfermedad y de sus efectos: lo hizo con la mayor exactitud, y ya acertareis cual era el mal; mal que este caballero conoce haber él causado; mal que fomenta y que aun quisiera aumentar. El baroncito abusa de algunos dotes que le ha dado la naturaleza para seducir á una niña demasiado sensible, toma sobre su alma un imperio absoluto, y prepara poco á poco su deshonra.

Foblas. ¡ Su deshonra! ¡ La deshonra de Sofía!

El baron. Sí, jóven insensato; conozco las pasiones....

Foblas. Si usted las conociese, veria que está despedazando mi corazon.

El baron. Hijo mio; modera esa impetuosidad que me tiene enfadado.... Sí, conozco las pasiones: sí, la que respetas aun hoy, mañana tal vez la deshonrarás, si ella tiene la debilidad de consentirlo.... La receta (*Dirigiéndose á Duportal*) que este caballero destina á su *primita* irá en un papelito muy bien cerrado, que no deberá ver la señora Mu-

nich, su aya.... Ya comprendeis.... Todo está dispuesto para entablar la correspondencia. Sofía, la pobre Sofía, seducida ya por los ojos, dentro de poco va á serlo tambien por su corazon. La bella persona de mi hijo la engañó; sí, la engañó este signo de un alma hermosa: ahora va á ser engañada por los eucantos no menos pérfidos de la elocuencia; sí, él va en cartas muy estudiadas á usar el lenguaje del sentimiento; y entonces Sofía, sitiada por todas partes, caerá sin defensa en los lazos que se la tienden.... Su seductor no ha cumplido aun diez y siete años.... y en una edad tan tierna manifiesta el gusto mas funesto, y muestra ya talento para las astucias de los hombres tan cobardes como depravados; que mirando con indiferencia el introducir en las familias la discordia y el desasosiego, tienen el bárbaro placer de oír los gemidos de la desdichada beldad, y de contemplar con la jactancia el oprobio y las angustias de la inocencia envilecida. Esto es lo que habrán producido los dones naturales que me gustaban tanto en él, y de que yo estaba, sin decirlo, sumamente satisfecho: así, así se realizarán las grandes esperanzas que yo habia concebido.

Foblas. Padre mio, crea usted que adoro á Sofía.

El baron, sin escuchar á Foblas y dirigiendose á Duportal. Y ¿sabeis por que mauo se ha propuesto enviar las cartas corruptoras?... ¿Sabeis á quien da el honrado destino de servir á sus detestables proyectos?....

A la virtud mas pura y mas confiada, á la inocente Adelaida, á mi querida hija, á su hermanita!

Foblas. Padre, no me condene usted sin oirme. ¿Usted duda de mi pasion á Sofia? pues únanos usted; cáselala usted conmigo.

El baron. ¿Y usted dispone así de usted y de Sofia? ¿Los padres de esa señorita conocen acaso á usted? ¿Los conoce usted tampoco? ¿Sabe usted si les acomoda este casamiento? ¿Sabe usted si á mi me acomoda? ¿Cree usted que quiero casarle á la edad que usted tiene? Acaba usted de salir de la infancia; y pretende usted ya el honor de padre de familia!

Foblas. Si señor: y me parece que conveniria tanto mas á usted consentir este enlace, cuanto me será imposible renunciar al amor que tengo á Sofia.

El baron. Pues con todo eso tendrá usted que renunciar. Prohibo á usted ir al colegio sin mí: ó sin mi espreso permiso, y digo á usted que si no muda de modo de portarse, habrá hospicios que le hagan mudar.

Foblas. ¡Ah padre mio! si en vez de casar á los que se aman se les encerrase; no estaria yo en el mundo y usted se hallaria preso.

El baron no entendió mi respuesta, ó hizo como que no la entendia, y se marchó. El señor Duportal iba tambien á marcharse; pero yo le detuve, y le supliqué que me hiciese favor de interceder para que mi padre revocase á lo menos la terrible prohibicion de ir al colegio.

Duportal. Las precauciones que toma vuestro padre estan muy puestas en razon.

Foblas. ¡Puestas en razon! Asi hablan las personas indiferentes. ¿En razon? Este es el grande apoyo. Cuando adorabais á Lodoiska, cuando el injusto Pulauski os privó del gusto de verla, ¿os parecian puestas en razon las precauciones que tomó?

Duportal. Pero, amigo mio, considerad la diferencia....

Foblas. No hay ninguna, ninguna... En Francia, lo mismo que en Polonia, un amante digno de llamarse tal, no ve, no conoce ni respira mas que lo que ama; la mayor desgracia se le figura ser el separarse del objeto amado. Las precauciones de mi padre se os figurarán puestas en razon, y á mí me figuran tan crueles que haré todo cuanto pueda para que sean inútiles. Sofia sabrá mi amor, lo sabrá á pesar de mi padre, le parecerá muy bien; y apesar vuestro y de todo el universo vendremos á parar en casarnos. Os lo digo, y os suplico lo digais asi á mi padre.

Duportal. Amigo mio, yo no me meto en nada de eso; no quiero disgustar á vuestro padre, ni quiero daros pesadumbre: ahora estais acalorado, reflexionareis, y mañana sin duda entrareis mas en la razon (*Yéndose*).

Foblas. ¡En la razon! ¡en la razon! ¡Ah! ya lo esperaba yo.

Habiéndome quedado solo, no pensé sino en los medios de eludir la prohibicion del baron, ó de hacerla inútil. Rígidos censores, que me tildais de indócil, os compadezco. Si el

primer amor, ó la persona que mas habeis querido, no os ha hecho caer en algunos yerros, os compadezco otra vez, porque es prueba que jamas habeis amado.

CAPÍTULO XIII.

Coloquio interesante.

PENSANDO en mi situacion me parecia mala, pero no tal que debiese desesperarme. Yo decia entre mí: »Rosamber se compadecerá » de su amigo; y me ayudará; Jazmin es ente- » ramente mio, y puedo contar con él; co- » nozco bastante á mi ayo, y con dinero haré » de él cuanto quiera. El señor Duportal que » dará neutral, solo tendré que habérmelas » con mi padre. Este señor, ocupado en sus » amores con la hermosa operista, sale todas » las tardes; y no puede zelar mucho.» Estas eran las *prudentes reflexiones* que yo hacia, no las que me aconsejaba el señor Duportal; pero no incurria en traicion, porque ya se lo habia indicado.

Era preciso sin embargo no oponerme desde luego á la voluntad de mi padre; era prudente no ir al colegio en algunos dias; pero ¿como haré para enviar la carta á Sofía? Esta carta urge tanto.... es tan precisa... ¿A quien la daré para que la lleve á mi querida prima? No sabia como salir del pantano. Entre los recursos que me habia propuesto buscar, no me ocurrió el principal de la amistad de Adelaida.

Llega á casa una vieja ; entra en mi cuarto y me da un billetito cerrado, le abro corriendo, y veo que está firmado *Foblas*. ¡ Ah! es de mi hermana querida ; le beso y leo.

« Me parece, querido hermano mio, que acabo de hacer una tontería. He dicho al padre que me habias ofrecido un remedio que curaría á mi amiga. Se ha enfadado mucho. Me ha dicho que el remedio que le querías dar era un veneno... ¡ Veneno!... En verdad te digo que no lo he querido creer, aunque el padre me lo aseguraba.

« Lo he contado todo á mi amiguita, que estaba impaciente por recibir la receta, y me ha dicho: « Adelaida, has hecho mal en decirlo á tu padre. El remedio de tu hermano no será muy bueno, pero á lo menos veremos lo que sea. » Por lo demas, hermano mio, no te dé cuidado, ni ella ni yo hemos creído que quieras darle veneno.

« Como he visto que estaba rabiando por tener la receta le aconsejé que la enviase á pedir, y me ha repetido aquello que tanto me enfada: ¡ Adelaida! ¡ Adelaida! ¡ que dichosa eres!

« Estoy bien cierta de que se alegrará de recibir la receta. Envíamela al instante, hermano mio, que yo se la daré, y te prometo que no se lo diré á nadie.

« Le darás tres pesetas á la que te entregará este billete; me ha dicho que no cuenta á nadie nada cuando se le dan tres pesetas. Tu hermana que te quiere:

« *Adelaida de Foblas.* »

« P. S. Haz por venir á verme. »

Lleno de gozo me voy á la vieja y le digo: tomad seis pesetas y hacedme el favor de esperaros un poco, y llevaréis la respuesta.

Me metí en mi gabinete; me senté en el escritorio, y hallé la carta á Sofía manchada de las lágrimas de la marquesa.... ¡Ay! ¡estas lágrimas vertió la marquesa! ¡qué cosas ha oído!... ¡Qué carta ha leído!... ¡Pobre vizconde de Florvilla! ¡qué pesadumbre te hemos dado mi padre y yo!... Diciendo esto besé el papel sobre que habia llorado tanto la marquesa, y el sentimiento que tuve, si no es tan agudo como el amor: es mas tierno que el de la compasion.

Vuelto en mí pienso en Sofía. Este papel mojado en tantas partes, no se puede presentar á nadie, y así es preciso empezar por cuarta vez la carta.... ¡Oh! ¿para que volverla á escribir?... Solo al nombrar á mi hermosa prima, me parece que se me humedecen los ojos: yo voy á bañarla de lágrimas. ¿Cómo ha de saber entonces que estas son de dos personas? Ni ¿cómo podria distinguir yo mismo las lágrimas de la marquesa de las mias? Estas reflexiones me determinaron, y así no empecé otra sino que continué la misma.

«Sofía, no existo mas que por vos, y vos os quejáis! ¡vos gemis! ¡vos me acusáis de cruel y de ingrato! ¿Creéis ni podeis figuraros que existe en el mundo una sola muger que os sea comparable, ni á quien se pueda amar conociendo á Sofía?

«¡Ah, mi hermosa prima! ¡con qué entusiasmo he recibido la noticia de vuestra ter-

« nura por mí! Y ¡qué pesadumbre he tenido
 « cuando me han dicho que una profunda tris-
 « teza consumia vuestra naciente belleza.... que
 « amenazaba vuestra existencia... Vuestra vida!..
 « ¡ Ah! si Foblas tuviese la desgracia de perde-
 « ros, os seguiria inmediatamente al sepulcro.

« Mi hermana, que me ha descubierto sin
 « querer los sentimientos mas secretos de vues-
 « tra alma, me ha anunciado de vuestra parte
 « una separacion eterna.... Me ha dicho que no
 « volveriais jamas á verme.... ¡ Ah, Sofia mia! Si
 « eso es verdad, no me duraria mucho una vida
 « que me seria insoportable.... ¡ Y vos.... y vos
 « misma!... Pero pensemos en cosas mas agrada-
 « bles, nos espera un tiempo mas feliz. Permíta-
 « seme esperar que mi hermosa prima no tar-
 « dará en ser mi esposa, y que los dos unidos
 « nos amaremos eternamente. Soy con tanto
 « respeto como amor vuestro jóven primo :

« *El baroncito DE FOBLAS.* »

Cerré esta carta, y tuve que escribir la si-
 guiente :

« ¡ Qué bien has hecho en escribir, mi que-
 « rida Adelaida, porque el padre me ha prohi-
 « bido ir á verte, y salir de casa!.... ¡ Si vieras
 « lo que me ha pasado! No lo digas á Sofia.

« Entrega al instante á mi hermosa prima
 « ese billete que te incluyo, no se lo des sino
 « cuando esté sola, y sobre todo no lo digas á
 « nadie. A Dios, mi querida Adelaida, etc. »

Puse una cubierta á esta carta en que iba
 el billete á Sofia, y lo di á la vieja con mu-
 cha confianza.

Aquella misma tarde quise comenzarla gran-

de confederacion que me habia propuesto. Mi padre acababa de salir: pregunté por el señor Person, y tambien habia salido á paseo. Se retiró algo tarde, y vino á buscarme con aire de satisfaccion.

Person. Ya habeis oido esta mañana á vuestro padre: me ha vuelto á dar un poder absoluto sobre vos.

Foblas. Señor Person, lo celebro infinito. Es una fortuna para mi tener un ayo como vos: un ayo que desea agradar; muy cortés, sobre todo muy indulgente....

Person. Ya sabia yo, señorito, que habia de llegar el dia en que me harias justicia.

Foblas. Un ayo lleno de urbanidad y de cortesía.

Person. Eso es lisonja.

Foblas. Que ayo que conoce muy bien que un jóven de diez y siete años no puede tener tanto juicio como un hombre de treinta y cinco.

Person. Seguro.

Foblas. Un ayo que conoce el corazon humano.

Person. Eso es verdad.

Foblas. Y que escusa en su discípulo la inclinacion que él mismo observa en su propio corazon.

Person. No comprendo muy bien....

Foblas. Sentaos, señor Person; tenemos que hablar de un asunto muy delicado, que merece toda vuestra atencion.... Entre tantas calidades que brillan en vos, y de que podria hacer una larga enumeracion si no te-

miese ofender vuestra modestia, me ha parecido que os falta una que se supone ser muy importante, aun que yo la tengo por inútil. y es la de saber enseñar.

Person. Pero, señorito....

Foblas. No digo esto para incomodaros. Estoy creído que no os falta erudicion; pero se ven todos los dias personas desgraciadas que enseñan muy mal lo que saben muy bien. Esto es precisamente lo que os sucede, y así, sirviéndome de las espresiones del cardenal de Retz hablando del gran Condé, diré que *no correspondéis á vuestro mérito.*

Person. ¡Oh, señorito! la cita....

Foblas. Conozco que el caso no es el mismo: vos no sois un conquistador; no tenéis que mandar un ejército; pero ¿creéis ser fácil formar el corazón de un jóven; estudiar sus inclinaciones para dirigirlas ó corregirlas, mejorar sus modales, amortiguar ó modificar sus pasiones, cuando no se han podido precaver, y por último cultivar su espíritu?

Person. ¡Oh! no por cierto. Sé que mi profesion ofrece grandes dificultades.

Foblas. Los padres no lo entienden. Buscan un ayo que tenga todos los talentos y todas las virtudes, y creen que esto es posible. Pagan un hombre y necesitarian un Dios. Pero vamos á lo que hace el caso.... He notado tambien, señor Person, que vuestra inclinacion á la casa de Foblas es estremada.

Person. ¿Cómo?

Foblas. Cierto; el afecto que teneis á la familia de Foblas en general, lo manifestais á cada uno de los individuos de ella en particular.

Person. No os entiendo.

Foblas. Oid. Yo conozco la predileccion que teneis por mi hermana.... mi padre llamaria á esto *amor*; á la dificultad que teneis en enseñar llamaria *inepcia*; lo que os digo es certisimo: si dijese á mi padre el pormenor de todo esto, estoy seguro que no dormiais en casa. Esto seria una desgracia para mí, pero aun seria mucho peor para vos. Sé muy bien que al instante me buscarian otro ayo; pero, como acabo de decir, no hay hombres perfectos acá en la tierra. Suponiendo al otro mas á propósito que vos para instruirme, los primeros dias me daria con distraccion lecciones de que yo me fastidiaria, y echaria con mil diablos todos los libros al instante que lo hallase hostezando sobre ellos como yo. No obstante eso, mi nuevo Mentor participaria de las debilidades de la humanidad; tendria defectos que yo descubriria al instante, porque tengo interes en saberlos; él animado de los mismos motivos, penetraria con el mismo discernimiento cuales eran mis gustos. La semana primera nos observaríamos uno á otro como enemigos que se temen: al cabo de ocho dias nos trataríamos como amigos interesados en mirar el uno por el otro. Entretanto vos, señor Person, tal vez no hallariais donde entrar de ayo, Sé muy bien que algunos abates que tienen menos mérito que vos, hallan

discípulos, y los tienen mucho tiempo, pero hay tantos otros que vegetan sin ocupacion.... Os veriais precisado tal vez á empezar los rudimentos y la gramática con los hijos minados de un notario, de un mayordomo de fábrica de alguna iglesia, de un mercader regidor, ó de un empleado de los gordos; todos gentes demasiado vanas para que sus hijos vayan á la universidad. Y cuidado que las gentes de negocios saben calcular, y quieren siempre arreglar sus intereses con su vanidad. Os dirán que todo el *Restaut* no vale una página de *Baréme*: si no enseñais á estos señoritos mas que su lengua, si no poseeis á fondo la ciencia de los números, el maestro de aritmética estará mas bien pagado que vos. Quiero ahorraros todos estos disgustos. Conozco que seria duro al ayo de un noble tener que meterse á preceptor de un plebeyo: no pretendo haceros que varieis de empleo; antes al contrario quiero que esteis mejor: en vez de disminuir vuestro sueldo voy á aumentarle.

Person. Señorito, estoy muy agradecido.... Bien he dicho yo que las calidades de vuestro buen corazan....

Foblas. ¡Oh! ¡las calidades del corazon! Sí, ayo mio, tengo un corazon sumamente bueno, sensible.... ¿Sabeis que adoro á Sofia? pues mi padre quiere estorbarme que la vea.

Person. ¿Hace mal acaso?

Foblas. ¿Cómo? ¿si hace mal? ¿me preguntais si hace mal? Sin duda que no habeis entendido lo que he dicho.

Person. No lo he entendido muy bien.

Foblas. Voy á esplicarme clarito. Si os poneis contra mi, digo á mi padre cuanto sé de vos; os despedirá y tendré otro ayo. Si quereis servirme, ya sabeis lo que mi padre me da cada año para mi bolsillo, os daré la mitad, y á cuenta ahí va eso. (*Le prrsenté seis doblones*).

Person. ¡Dinero! ¡cómo es eso! ¿Creeis que soy algun criado?

Foblas. No os enfadeis por eso; no he querido ofenderos: creí.... (*Metiendo el dinero en el bolsillo*).

Person. Señorito, yo os estimo mucho y no por interes.... ¿Con qué amais de veras á la señorita de Pontis?

Foblas. No puedo espresarlo bastante.

Person. ¿Y qué quereis que yo haga por mi parte?

Foblas. Que os tomeis el trabajo de distraer á mi padre de esta idea.

Person. No hay inconveniente. ¿Vuestras miras con esa señorita son las de un hombre honrado? ¿son legítimas?

Foblas. Digo á fé de hombre de bien que seria un mónstruo si tuviese otras. Quiero que Sofia sea mi muger.

Person. En ese supuesto no tengo ningun reparo.

Foblas. ¿No hay inconveniente?

Person. No le hallo, señorito; ¿y por una cosa tan cencilla me vais á ofrecer dinero?

Foblas. Perdonadme.

Person. ¡Dinero! ¡oh! algun regalo, vaya.... He estado dos años en casa del señor Lar-

go, y de cuando en cuando me hacia algun regalito. Sus hijos me hacian otros por su parte, y esto iba bien. Un regalo se acepta.

Foblas. Con que, señor Person, ¿estamos corrientes? ¿puedo contar con vos?

Person. Si por cierto.

Foblas. Mi querido ayo, tengo que advertiros una cosa. Si vuestra inclinacion á Adelaida es amor, os digo que no lo apruebo, por que el amor que yo tengo á Sofia es inocente y puro como ella: el vuestro á Adelaida..... cuidado, señor Person... estoy bien persuadido de que la virtud de Adelaida la defenderá de los ataques de un seductor; pero solo el intentarlo sería una vergüenza... una afrenta. Afrenta que no se espiaria ni aun con toda la sangre del que la hiciese.

Person. No tengais cuydado.

Foblas. No le tengo, porque espero que tal caso no llegará.

Person. Contad conmigo.

Foblas. Cuento desde ahora con vos.

Person, que se habia ido, vuelve á entrar. Vengo á deciros que hoy despues de comer he estado en el colegio de parte del señor baron.

Foblas. ¡En el colegio! ¿Y á que?

Person. A decir á vuestra hermanita de parte de su padre que este la prohibia bajar al locutorio cuando fueseis solo al colegio á visitarla.

Foblas. ¿Y habeis visto Adelaida?

Person. Si señor.

Foblas. ¿No os ha dicho nada para mí?

Person. Que lo sentia mucho.

Foblas. ¿No os ha dicho nada mas?

Person. Nada absolutamente.

Foblas. ¿Y habeis preguntado por Sofia?

Person. Me ha dicho que despues de medio dia se hallaba mejor.

Foblas. ¿A que hora fuisteis al colegio?

Person. A las cinco con corta diferencia; habrá como cuatro horas.

Foblas. Bien está, bien está (*Person se va*).

¿Que se halla mejor despues de medio dia? ¿Despues de medio dia? Es precisamente la hora con corta diferencia en que recibió mi carta. ¡Ah, Sofia mia! ¡Cuando me responderás! Adelaida, ¡que contenta estarás! Tu querida amiga se ha curado ya. Con el gozo que me causó el haberme figurado esto, comencé á dar brincos y saltos, y á este ruido acudió Jazmin. Acababa yo de hacer una famosa cabriola en el mismo momento en que él entraba.

Jazmin. Señor, perdone usted; oí ruido y como no sabia lo que era, creí si acaso habia sucedido algo.

Foblas. Vete al instante á casa del señor conde de Rosamber, y dile de mi parte que me haga el favor de venir mañana por la mañana sin falta.

CAPÍTULO XIV.

Cafè de la Regencia.

ROSAMBER NO hizo falta. Yo le conté de los sucesos del día antes lo relativo á Sofia: Rosamber me dijo riéndose:

Rosamber. Vamos, vamos, que la del gabinete no era la prima hermosa.

Quise eludir la pregunta; pero me apuró de suerte que me ví precisado á contárselo todo.

Rosamber. Es muger singular esta marquesa. Nadie dirige una intriga como ella, sabe prepararla, urdirla de un modo agradable, darle un desenlaze que no disgusta, y que casi parece necesario á su complexion. Nadie posee como ella el grande arte de retener al amante dichoso, de suplantar á una rival peligrosa ó, cuando esto no sea posible, de mantener á lo menos la balanza incierta. Sabe variar los placeres de modo que con ellos y por ella un amor de seis meses es un amor nuevo.

Foblas. ¡Un amor de seis meses en la corte! ya veis que es un amor decrepito.

Rosamber. Es cierto, pero la marquesa tiene el arte de remozar á este viejo: ella me dejó de repente, y sin embargo no puedo menos de hacerle justicia: ella no es inscontante. Tambien he descubierto en su alma ciertos rasgos de sensibilidad; su corazon es tierno; su genio intrigante se ha manifestado en la corte en todas materias. Tal vez si hubiera si-

do una cualquiera por nacimiento: en lugar de ser una dama de distincion y del gran mundo, habria sido puramente una muger sensible. Os lo repito: no es lo que llamamos inconstante. Yo la cortejaba tres semanas habia: tal vez hubiera continuado tres meses mas: vuestro disfraz lo echó todo á perder. ¡Instruir un novicio!... ¡Corregir un tonto!... (*Se señalaba á sí mismo y se reia*) ¡Engañar con un modo gracioso á un marido casi zeloso! ¡Superar obstáculos de toda clase! ¡Ah! la marquesa no ha podido resistir á estas ideas. Aunque vuestra persona es hermosa, no dudeis que los estímulos mayores de la marquesa fueron la dificultad de la empresa. Ella se ha empeñado en no seguir el camino comun. Tomar esta semana un cortejo que se ha de dejar con frialdad en la futura.... romper y volver á continuar los empeños contraidos y siempre uniformes: he aquí la eterna compasion de nuestras damas de primera clase. Cambia el actor, pero no varia la intriga: una misma se dice y se hace continuamente. Todo se reduce á declarar una cosa, confesar otra; escribir un billetito amoroso; disponer dos ó tres veces el estar á solas, y preparar el modo de romper definitivamente el trato.... Esto repetido es un fastidio. Al contrario, la marquesa gusta de que subsista el mismo amante; con tal que varie la intriga. No se le da nada de tener mas ó menos amantes; lo que quiere con preferencia, es aventuras singulares. Una escena no la interesa si no es extraordinaria. Arrostra con todo, con tal que pueda conseguir que lo sea,

Tiene gusto en luchar contra los acontecimientos, y en despreciar los riesgos. La fuerza que piensa tener para esto: le hace ser estremada. A veces toda su destreza no basta para librarla de los disgustos que acarrearán sus imprudentes pasos; por ejemplo, en vuestra aventura tenéis dos escenas terribles que ha sufrido ya. De la primera, yo tuve la culpa; pero ella la merecía. Ayer vino sin reflexión á buscar aquí la segunda, tal vez la suerte prepara la tercera; no importa. La marquesa superior siempre á las pequeñas mortificaciones, acostumbrada á mirar con frialdad bajo todos los aspectos los acaecimientos más desagradables, sacará de sus mismas desgracias una ventaja contra sus enemigos, contra su rival y contra vos mismo.

Foblas. ¿Contra su rival? ¡Oh! ¡eso no! Sofía será siempre la preferida.... pero ¿que me decís de esa hermosa prima que no me ha respondido aun?

Rosamber. Aguardad que duerma. ¿No os acordáis que hace ocho días no pegaba sus ojos? Vuestra carta le ha restablecido un dulce sueño. Dejadla que saboree su dicha. ¿Sabeis lo que debemos hacer?

Foblas. No.

Rosamber. Es necesario ir á comprar algo para vuestro ayo. Ya sabeis que os ha dicho: *un regalo se acepta.*

Foblas. Teneis razon. ¿Pero, si nos vamos y me traen alguna carta de Sofía?

Rosamber. Que digan á la vieja que espere.

Foblas. Pues bien. Vamos.

Rosamber. Olvidais el sombrero.

Foblas, como distraído; yéndose á sentar,
Rosamber le coge por un brazo. Teneis
razon.

Rosamber. ¿En que diablos pensais? ¿que soñais?

Foblas. ¡Ah! Pensaba en el pobre vizconde de Florvilla. ¡Que pesadumbre tendrá la marquesa! Rosamber, ¿creeis que ella me escribirá?

Rosamber, riéndose. ¿Me hablais de la marquesa?

Foblas. Sí, amigo. Pero no os rias, respouddme.

Rosamber. Pues bien: creo mi querido Foblas, que no os escribirá.

Foblas. ¿Lo creeis?

Rosamber. ¡Oh! si por cierto; es muy verosimil. La marquesa medita ya sobre vuestra situacion actual y la suya. Como muger diestra conoce que vos no podiais menos de ir á buscarla; ella no dará por su parte paso alguno; esperará que vayais; sí; os esperará, estad bien seguro.

Foblas. llama á Jazmin, y este entra. Ya sabes la casa de la marquesa de Babia; ya conoces a Justina; muda tu vestido; ve allá, pregunta por Justina: dile que vas de mi parte á saber como está la señora marquesa.

Rosamber, riéndose á carcajadas. ¡Ah! habeis creido sin duda que no parecerá bien hacerle esperar demasiado tiempo.... Pero decid: ¿no esperabais carta de Sofia.

Foblas. Cierto. Escucha, Jazmin: nosotros vamos ahí, á cuatro pasos de aquí. No salgas hasta que volvamos. Jazmin, cuidado con decir nada: cuento contigo, nos han declarado la guerra; el enemigo está ahí abajo; cuidado, amigo mio, cuidado.

Jazmin. ¡Oh, señorito! en cuantas casas he servido he sido siempre de parte de los hijos contra los padres.

Foblas. Bien: está seguro de que te recompensaré bien cuando me haya casado con ella.

Jazmin. ¿Con la señora marquesa? Señorito... señorito...

Rosamber, que se reia. Venid, amigo mio, vamos que no estais en vos.

Compré una sortija bastante bonita: pero cuando quise que nos fuéramos, ya no pude arrancar de allí á Rosamber, porque la platera era buena moza.

Al entrar en casa, Jazmin me dió una carta; pero la portadora no habia esperado respuesta, ni aun habia querido sentarse; porque le habian mandado que dejase la carta y se fuese: se conocerá fácilmente mi pena cuando leí:

» Caballero, si no hubiese visto veinte ve-
 » ces mi nombre en vuestra carta no me ha-
 » bria jamas persuadido ser para mí. Nunca
 » me habria figurado que algunas palabras,
 » dichas sin direccion particular y que mi
 » amiga creyó importantes, pudiesen interpre-
 » tarse por su hermano de un modo tan estra-

» fio. No me imaginé que mi jóven primo, que
 » decia ser amigo, me tratase de un modo tan
 » injurioso.

» ¿ Quien os ha dicho, caballero, que yo os
 » amo? ¿ Adelaida? Ella no lo sabe. ¿ Quien os
 » ha dicho que estas palabras, ¡ Cruel! ¡ ingra-
 » to! no le volverè á ver jamas, se dirigan á
 » vos? ¿ Quien os ha dicho que yo moria de pe-
 » na de que no me amabais? Si fuese así, nadie
 » lo sabria mas que yo. ¿ Por ventura os lo he
 » dicho yo alguna vez?

» ¿ Y estais muy satisfecho de esto? Amais á
 » alguna persona; y decís que me amais á mí;
 » porque creéis que yo os amo. ¿ Pensais
 » hacerme favor cuando pedís mi corazon y
 » mi mano? Si acaso, caballero, fuese tal
 » mi desgracia que nunca pueda inspirar mas
 » que lástima, seré prudente para no amar,
 » ó discreta para ocultar mi amor; y tened
 » entendido que jamas el amante de otra lo
 » será mio.

» Ahora si que es á vos y para vos que di-
 » go que *jamás volverè á verle*. Mi familia es
 » tan buena como la vuestra, y debeis agrade-
 » cerme que desprecie el ultrage que no habeis
 » tenido reparo de hacerme.»

Esta terrible carta estaba sin firma, y me
 dió una pesadumbre mas facil de figurarse que
 de referirse. Sofía no me quiere. Sofía no
 quiere volver á verme. Sentí un abatimiento
 que terminó con un torrente de lágrimas. ¡ Ah!
 si Rosamber estuviese aqui, á lo menos me
 aconsejaria y me consolaria.

Me levanté: me enjugué las lágrimas, y me fui volando á casa de la platera. No la hallé en su despacho, ni encontré á Rosamber en la tienda. Lo sentí tanto, que una de las jóvenes de la botiga se compadeció de mí: díjome si queria ir al *Cafe de la Regencia*, que me mostró á diez pasos de allí: que avisaria al conde, pues no estaba lejos, y que no dejaria el conde de ir á buscarme dentro de media hora cuando mas.

Entré en el *Cafe de la Regencia*, y solo ví una gente profundamente ocupada en preparar un *Jaque y Mate al Rey*. Los jugadores y los espectadores estaban menos pensativos, menos enagenados y menos tristes que yo. Me senté junto á una mesa; pero la inquietud que tenia no me permitió estar mucho tiempo sentado, y empecé á pasearme de prisa en el silencioso *Cafe*. Al cabo de un instante uno de los jugadores, levantando la cabeza dijo en voz alta, restregándose las manos y con cierto aire de vanidad.

Primer jugador. Al Rey.

Segundo jugador. ¡Ay Dios mio! me cogió la *Reyna*, perdí la partida. ¡Que lástima de juego!... Sí, sí, restregaos las manos... Os creéis un *Turena*. ¿Sabeis á quien debeis agradecersele? (*Volviéndose á Foblas*). Al señor, sí, al señor. ¡Malditos sean los enamorados!

Foblas admirado de lo que oia y mirando al jugador descontento. No os entiendo.

Segundo jugador. ¿No me entendéis?

Pues miradlo; un *jaque descubierto*.

Foblas. Cierto: y ¿qué tiene que ver el *jaque* con?...

Segundo jugador. ¿Qué tiene que ver? Hace una hora que estais dando vueltas al rededor de mí con mi querida *Sofía* por aquí, y mi *prima hermosa* por allá. Yo estaba oyendo esas simplezas, y he tenido mas descuidos que un zarramplin.... Señor mio, cuando uno está enamorado, no viene al *Ca-fé de la Regencia*.... (*Foblas iba á responder, pero sin darle lugar para ello el jugador continua con violencia*). Aquí no hay jugada inútil: no debe dejarse una pieza sin apoyo.... Se valen de que el señor me distrae. ¡Una miserable jugada de zarramplin un hombre como yo! (*Volviéndose á Foblas*). Caballero, tenedlo entendido desde ahora para siempre: no hay *prima* ninguna que valga lo que la *reina* que me ha cogido. No hay remedio. Yo echaria con mil demonios á la *señorita* y á su almibarado amante.

De todo lo que habia dicho nada me picó tanto como esto último, y con mi natural viveza me abalancé de repente á él, pero al hacer esta accion me enganqué con mi vestido á un tablero que habia en la mesa inmediata, sobresaliendo un poco de ella; lo dejé caer, y rodaron por tierra todas las piezas. He aquí dos nuevos enemigos míos.

Tercer jugador. Vos no mirais lo que haceis.

Cuarto jugador. Me habeis quitado la partida.

Tercer jugador; interrumpiendo á su compañero. Ya la teniais perdida.

Cuarto jugador. Yo habia ganado.

Tercer jugador. Hubiera jugado yo esta partida contra Verdoni.

Cuarto jugador. Yo contra Filidor.

Foblas. Vamos, no me rompais la cabeza, voy á pagaros la partida.

Tercer jugador. ¡Pagarla; no teneis bastante dinero.

Foblas. ¿Qué jugais?

Tercer jugador. El honor.

Cuarto jugador. Si señor, el honor.

Tercer jugador. He venido en posta espresamente para responder al desafio que me hizo el señor; sí, el señor que cree que nadie juega como él.... Si no fuera por vos, yo le habria dado una buena leccion.

Cuarto jugador. ¡Una leccion! vuestra fortuna es que os libró el señor atolondrado. En diez y ocho jugadas habriais perdido la reina.

Tercer jugador. Vos no habriais tenido que llegar á la duodécima jugada, porque á la undécima hubierais sido *jaque y mate*.

Cuarto jugador. ¡*Mate!* ¡*mate!* vos teneis la culpa de que me insulte.... Sabed, caballero, que al *Cafè de la Regencia* no se viene á correr.

Quinto jugador. (*Entonces se levantó otro jugador*). ¡Ola! señores, en el *Cafè de la Regencia* no se debe gritar, ni aun hablar, ¿Qué bulla es esa?

Otros varios se mezclaron en la pelea, y como yo tenia la culpa, todos me acometian;

yo no sabia que responderles, cuando entró Rosamber. Le costó mucho trabajo poderme sacar de entre las garras de aquella gente, pero al fin nos escurrimos, y pasamos al *Palacio Real*.

Llamé aparte á Rosamber, y le enseñé la carta de Sofía.

Rosamber, despues de leer la carta. ¿Y estais afligido por eso, cuando deberiais besar un millon de veces esa carta?

Foblas. Vamos Rosamber, ¿os parece ocasion de chancearse?

Rosamber. No me chanco, amigo mio, estais adorado.

Foblas. Vaya, ¿no habeis leído?

Rosamber. Si por cierto; y repito que os adora.

Foblas. Aquí no estamos bien, vamos otra vez á casa.

Rosamber, mientras ibamos á casa. Sofía ha dejado de bajar al locutorio desde que hicisteis amistad con la marquesa de Babia: entonces comenzaron sus desvelos; y desde entonces tambien tiene lo que vuestra hermana llama *calentura*. Ella deseaba con ansia la receta, y aun la pidió indirectamente. Añadiendo que el remedio ha producido un efecto prodigioso, porque esa señorita ayer á medio dia ya se hallaba mejorada. Es preciso deducir que ayer tarde sucedió algo extraordinario en el colegio. No tengais duda amigo mio, que esta carta dimana de astucia del baron, de alguna sencillez de Adelaidá, ó de alguna imprudencia de Person. Por lo demas, el mo-

do con que está escrita prueba que os ama. A esta jóven se ha escapado una tácita confesion. Os reconviene terriblemente de que creais que ella os amaba, pero se guarda muy bien de decir en ninguna parte que ella no os ama.

Todo lo que decia Rosamber me parecia muy puesto en razon; mas con todo, mi corazon estaba óprimido. Los amantes esperan sin fundamento, pero tiemblan de todo igualmente.

Rosamber. ¿Sabeis que esta dulce carta está muy bien puesta? ! Oh; antes de diez veces que os escriba vuestra hermosa prima: su estilo será perfecto.

Foblas. Rosamber; ¡qué crueles son vuestras chanzas!

Jazmin, que viene de fuera. Señorito, vengo de casa de la señora marquesa. He hablado con Justina, le di el recado; me hizo esperar mucho tiempo la respuesta, y salió diciendo que su ama estimaba mucho la atencion de usted; que ayer al llegar á casa se sentia indispuesta; que el médico ha dicho esta mañana que tenia un poco de calentura.

Foblas. Rosamber; ya veis cuanta es mi desgracia! ¡ambas á un tiempo están con calentura! La que adoro no quiere volver á verme.... Y ya no veré hoy á la que me divierte.

Rosamber, remedando á Foblas. ¡Pobre jóven! ¡qué lástima! amigo mio, consolaos. Para curar los males que habeis causado, estad seguro que tendreis mas acierto que todos

los médicos juntos del potromedicato! Sin embargo de que la enfermedad de la bella prima sea con corta diferencia la misma que la de la amable marquesa, preveo que habrá alguna diferencia en el método de curarla. Será menester descubrir por los ojos de la hermosa colegiala si hay aun señales de conmocion; se la cogerá la mano para conocer si el pulso está algo acelerado; puede que tambien sea necesario examinar si la boca á perdido algo de su frescura.... Por lo que hace á la hermosa marquesa, el exámen es mas largo, y mas serio: tendreis necesidad de considerarla de mas cerca, y con mas generalidad.... de pies á cabeza.... Y me parece, amigo mio, que el método de *Mesmer*.... ¡Oh! sí, amigo mio... un poco de magnetismo....

Foblas. Rosamber, hacedme el gusto de no chancearos. Hablemos de Sofía. Veamos si podemos acertar de que dimana esta carta; discurremos como haré para verla, y esplicarme con ella.

Rosamber. Con mucho gusto, querido. Empecemos pues por llamar al señor Person.

Al tocar Rosamber la campanilla, hete aquí mi padre. Contestó con frialdad á los cumplimientos del conde; me anunció con un tono bastante brusco que íbamos á salir juntos, y dijo:

El baron. Ya está el coche á la puerta. (*Volviendose á Rosamber*). Perdonad caballero, porque se hace tarde.

Rosamber á Foblas. Hasta mañana temprano (*y se fue*).

Yo seguí á mi padre, pero disgustado.

CAPÍTULO XV.

Segunda parte de la historia de Louzinski.

MI padre me llevó á casa del señor Duportal. Louzinski me esperaba para acabarme de contar las aventuras de lo mas secreto de su vida; y temiendo que viniera el marques de Babia ó algun otro impertinente á interrumpirle, mandó que se dijese á todo el mundo que no estaba en casa. Apenas concluimos de comer, continuó la narracion de sus infortunios de este modo:

Habreis conocido muy bien mi querido Foblas, cuan horrorosa era mi situacion. El fuego que cada vez se aumentaba, se comunicaba casi á la pieza en que estábamos encerrados; ya las llamas llegaban al pie de la torre de Lodoiska. Esta daba grandes alaridos á los que yo correspondia con gritos llenos de furor. Boleslao recorria nuestras prisiones como insensato. Daba ahullidos horrorosos; procuraba hundir la puerta con pies y manos; yo colgado á la ventana movia los hierros que no podia arrancar.

De repente vemos que bajan precipitadamente los que habian subido, que nos abren las puertas, y que el mismo Durlinski pide cuartel. Los vencedores se arrojan al edificio que se abrasaba, cuando escucharon nuestros alaridos. A golpes de hacha derriban la puer-

ta. Por su vestido y sus armas conocí ser tártaros. Llega su jefe y veo á Titsikan.

Titsikan. ¡ Ah, ah! dijo al verme: es el valiente amigo mio. Me arrojé á sus pies.

Louzinski. Titsikan.... Lodoiska.... una muger.... la mas hermosa de las mugeres.... en esta torre, va á quemarse viva.

Habla el tártaro á sus soldados, y se van volando á la torre: voy volando con ellos, y Boleslao nos sigue. Echan á bajo las puertas: al lado de un pilar viejo descubrimos una escalera de caracol, llena de humo densísimo. Los tártaros se espantan y se paran, yo voy á subir.

Boleslao. ¿ Qué va usted á hacer?

Louzinski. Vivir á morir con Lodoiska.

Boleslao. Vivir ó morir con mi amo quiero yo tambien.

Me precipito en la escalera; él sube tras mí con riesgo de ahogarnos: subimos casi cuarenta escalones, y al resplandor de las llamas descubrimos á Lodoiska en un rincon de su prision, que apenas podia hablar, y casi moribunda dijo:

Lodoiska. ¿ Quien es?

Louzinski. Loucinski, tu amante.

Su alegría le hizo recobrar sus fuerzas, se levanta y viene volando á mis brazos, la llevamos en volandas, bajamos algunos escalones: pero un humo mas denso ocupa toda la escalera, nos precisa á subir con precipitacion, y se hunde la parte de la torre. Boleslao dió un terrible golpe, Lodoiska se desmaya.... Foblas, lo que debia perdernos, fué precisamente lo que

nos libertó. El fuego que, ahogado hasta entonces, no habia podido estenderse, comienza á propagarse con gran fuerza, pero el humo se disipa. Cargados con nuestra preciosa carga, bajamos precipitadamente Boleslao y yo... Amigo mio, no pondero nada si os digo que todos los escalones se movian ya cuando bajamos. Las paredes se abrasaban: por fin llegamos á la puerta de la torre. Titsikan recelando que íbamos á perecer, habia ido corriendo allá.

Titsikan ; Valientes! dijo viéndonos salir.

Pongo á Lodoiska á sus pies, y caigo sin conocimiento al lado de ella. Estuve así mas de una hora, y temian que ya no volveria en mí. Boleslao lloraba: al fin recobré mis sentidos á la voz de Lodoiska que me llamaba su libertador. Todo habia cambiado de aspecto en esta casa de campo. La torre se habia arruinado enteramente, los tártaros habian apagado el fuego, echando abajo parte del edificio, para salvar lo restante; despues nos llevaron á un grandísimo salon donde estaba Titsikan con parte de los suyos. Otros ocupados en saquear, traian á su gefe el oro la plata, la pedrería, la vajilla y todo lo mas precioso que habian perdonado las llamas. Dourlinski estaba no muy lejos, cargado de cadenas, y mirando este monton de riquezas de que iban á despojarle. La rabia, el furor, la desesperacion, todo lo que despedaza el corazon de un malvado cuando recibe la pena merecida se veia en sus ojos espantados,

Pateaba de furor, se daba de puñetazos en la frente, y vomitando blasfemias maldecía la justa venganza del cielo.

Mientras tanto mi amante me apretaba la mano con las suyas.

Lodoiska, sollozando. ¡Ah! tú me has salvado la vida, pero la tuya aun peligra, y vamos á ser esclavos.

Louzinski. No, no: no tengas miedo, Lodoiska. Titsikan no es mi enemigo, antes él pondrá término á nuestras desdichas.

Titsikan. No lo dudes, si está en mi mano.... Hablas muy bien, ¡valiente! ¡Oh! veo que no has muerto, y me alegro: tú dices y haces cosas buenas, tú; y tienes en ese (*Señalando á Boleslao*) un amigo que te ayuda de veras.

Louzinski, abrazando á Boleslao. Es cierto, Titsikan, es cierto; tengo en él un amigo: este es el nombre que le daré siempre.

Titsikan. Dime, los dos estabais en el cuarto bajo, y ella en la torre; ¿por qué la tenia allí? Apuesto que vos sois dos picarillos que habeis querido quitar esta niña á ese buitre (*Señalando á Dourlinski*); y á fe mia teneis razon porque el es muy feote, y ella es hermosa. Vamos, contadme como ha sido eso.

Le conté á Titsikan como me llamaba yo, y cual era el nombre del padre de Lodoiska, y de todo lo acontecido hasta el momento. Lodoiska es la que nos debe referir, le dije yo, lo que le ha hecho padecer el infame

Dourlinski desde que la tiene en esta casa.

Lodoiska. Ya sabeis que mi padre me sacó de Varsovia el mismo dia que se abrió la Dieta. Me llevó á las haciendas del palatino de *Rosonki*, á veinte leguas de la capital, y se volvió á concurrir á los Estados. El mismo dia que Poniatowski fué proclamado rey, Pulauski vino á buscarme á casa del palatino, y me llevó consigo, persuadiéndose que de este modo estaria mas al abrigo de todas las pesquisas que se hiciesen para encontrarme. Encargó á Dourlinski que me guardase con mucho cuidado, y que sobre todo hiciese de modo que Louzinski no pudiese averiguar donde yo estaba. Me dejó, segun decia, para irse á juntar y á alentar los buenos ciudadanos, defender su pais y castigar á los traidores. ¡Ah! ¡los cuidados gravísimos del estado le han hecho olvidar á su hija! Desde entonces no le he vuelto á ver.

A pocos dias de haberse ido; noté que las visitas de Dourlinski eran cada vez mas frecuentes y mas largas; y al cabo de poco, apenas salia del cuarto que me habian destinado para cárcel. Me quitó, no sé con que pretexto, la única muger que me habia dejado mi padre para que me sirviese; él mismo me traía lo que yo necesitaba para mi subsistencia, y de este modo pasaba casi todo el dia conmigo, diciendo convenir así para que nadie supiese que yo estaba en su casa.

No podeis figuraros, mi querido Louzinski; cuanto padecí al verme continuamente junto

á un hombre á quien aborrecia, y cuyos infames designios sospechaba. Se atrevió á esplicármelos un dia; le aseguré que siempre responderia con odio, y que su indigna conducta le habia hecho despreciable para mí. Me respondió fieramente que con el tiempo me acostumbraria á verle, á tolerar sus continuas visitas, y que aun llegaria yo á desearlas. No varió en nada su conducta ordinaria: venia á mi cuarto por la mañana, y no salia de él hasta por la noche. Separada de lo que amaba, sujeta siempre á mi tirano, no tenia ni aun el débil consuelo de poder entregarme á pensar en mi dicha pasada. Dourlinski; que conocia mi inquietud, tenia particular gusto en aumentarla.

» Pulauski, me decia, manda un cuerpo
» de polacos. Louzinski hace traicion á su pa-
» tria, á la cual no ama, y á una muger
» de quien se le da muy poco, y servia en el
» ejército ruso. No se duda que dentro de muy
» poco habrá una sangrienta batalla, y ¿será
» ya posible que vuestro padre se reconcilie
» con Louzinski? ¡Oh! no, no hay que espe-
» rarlo.» Algunos dias despues vino á decirme
que Pulauski habia atacado de noche á los
rusos, y que en la refriega mi padre habia
muerto á mi amante. El cruel me hizo leer
bien por menor este hecho en una especie de
papel público que sin duda habia hecho impre-
mir de intento. Afectó un placer tan bárbaro y
tan grande que me hizo tener por cierta la no-
ticia. «¡Impío! ¡tirano! le dije, ¡te compla-
» ces en mi llanto y mi desesperacion! deja de

» perseguirme, ó verás que la hija de Pulaus-
 » ki sabe muy bien vengar por sí misma sus
 » propias injurias »

Una noche á eso de las doce oí abrir con mucho tiento la puerta de mi cuarto ; con la luz de una pequeña lámpara que siempre tenia yo encendida ; vi que mi tirano se abalanzaba á mi cama. Como no habia crimen de que yo no lo creyese capaz , habia previsto este suceso , y me hallaba prevenida con un cuchillo debajo de mi almohada : dije al malvado cuantas injurias pude , y le juré atravesar el corazon si se acercaba. Se Retiró sorprendido y atemorizado. « Estoy cansado de sufrir tus » desprecios ; me dijo al salir. Si no temiera ser » oido , tu verias lo que puede una muger con- » tra mí , pero sé un medio seguro de vencer » tu orgullo. Dentro de poco te tendrás por muy » dichosa de poder conseguir tu perdon con las » mas humildes sumisiones. » Se fué , y poco despues entra su confidente con una pistola en la mano. Es preciso hacerle justicia : lloraba cuando me intimó las órdenes de su amo , y solo pudo decir enternecido : « Vestios , seño- » ra , y venid conmigo. » Me trajo entonces á esta torre , *donde hoy habria perecido á no ser por vos* , y me encerró en esa prision donde he estado consumiéndome mas de un mes sin lumbre , sin luz y casi desnuda ; no me daba mas que pan y agua , y para dormir solo un jergon. He aqui el estado á que se ha visto reducida la hija de un palatino de Polonia. ¿ Os estremeceis ? pues creed que solo cuento parte de mi martirio. Una cosa me hacia soportarlo , y

era no ver á mi tirano: mientras este esperaba muy sosegado que le pediria perdon, yo pasaba los dias y las noches llamando á mi padre, llorando á mi amante... No es decible, Louzinski, mi admiracion y mi alegría el dia que te descubrí en los jardines de Dourlinski.

Titsikan estaba escuchando con atencion la historia de mis infortunios, y manifestaba compadecerse de mí, cuando sus centinelas avanzadas gritaron: *¡á las armas!* Nos deja, corre al puente levadizo: se oye gran tumulto. Dourlinski rebosando alegría grita:

Dourlinski. ¡Louzinski! ¡Lodoiska! ¡cobardes! ¡pérfidos! habiais creido poder escaparos; ¡temblad! vais á caer otra vez bajo mi yugo. Al saber mi desgracia los nobles se han reunido sin duda, y vienen á socorrerme.

Boleslao. Malvado, no harán mas que vengarte.

Cogió una barra de hierro y fué á estrellarle. Yo le detuve. Titsikan volvió al instante.

Titsikan. No era mas que una alarma falsa dimanada de haber visto un destacamento que ayer envié para recorrer el campo: yo le habia mandado que viniese á reunirse con mi gente, y trae algunos prisioneros. Segun dice, todo está quieto, y nadie parece por los alrededores.

Presentan entonces los tártaros á Titsikan los infelices á quienes la mala suerte habia hecho caer en sus manos. Primero trajeron cinco, y cuando vinieron con el sexto, que traian muy

sujeto, dijeron á Titsikan que les habia dado mucho que hacer; y que por eso le traian de aquel modo.

Lodoiska. ¡Dios mio! ¡mi padre!

Fué volando á darle un abrazo; yo me arrojé á los pies de Pulauski.

Titsikan. ¡Ola! ¿con que tú eres Pulauski? Vaya, no es mal encuentro. Mira, amigo mio, apenas hace un cuarto de hora que te conozco; sé que eres orgulloso, y que no desistes de tus intenciones, no importa; yo te aprecio, porque tienes corazon y cabeza; tu hija es hermosa y no carece de talento. Louzinski es valiente; ¡oh! sí, mas valiente que yo; ¡oh! lo creo así. Mira...

Pulauski admirado é inmóvil apenas atendia á lo que le decia el tártaro, y sorprendido del estraño espectáculo que se le presentaba, concebía horribles sospechas. Me alejó de sí con horror diciendo:

Pulauski. ¡Desdichado! tu has hecho traicion á tu patria, á una muger que te amaba, y á un padre que se lisongeaba de que serias su yerno; no te faltaba sino haberte juntado con salteadores de caminos...

Titsikan. Con salteadores, bien, si quieres llamarnos así; pero has de saber que los salteadores algunas veces son útiles. Sin mí, tal vez mañana tu hija hubiera sido violada. No temas, dijo volviéndose á mi, sé que es orgulloso, no me enfadaré con él.

Habiamos llevado á Pulauski á que se sentase en una silla de brazos; su hija y yo bañábamnos con nuestras lágrimas sus manos meti-

das en una cadena; él procuraba echarme de sí continuamente, me hacia las reconvenciones que le parecían mas terribles....

Titsikan. ¿Qué diablos es eso? Pulauski, no te canses. Louzinski es un valiente á quien quiero casar; Dourlinski un bribon á quien haré aborcar: y tú eres mas terco que todos los tártaros; pero escúchame y concluyamos pronto, pues debo irme. Tú me perteneces por el derecho mas incontestable, que es el de las armas. Si prometes reconciliarte sinceramente con Loucinski y darle tu hija, te doy la libertad.

Pulauski. Quien sabe despreciar la muerte, sabrá suportar la esclavitud; mi hija no será jamas la muger de un traidor.

Titsikan. ¿Preferirás sin duda que sea una de las mugeres de un tártaro? si no me prometes casarla dentro de ocho dias con este hombre valiente; me caso con ella en la noche de hoy mismo. Cuando me canse de tí y de ella os venderé á los turcos; tu hija es bastante hermosa para entrar en el serrallo de un bajá; y tú servirás de cocinero á un jenízaro.

Pulauski. Mi vida está en tu mano; haz lo que quieras. Si Pulauski muere á manos de un tártaro, todo el mundo se compadecerá y dirá que yo habia sido digno de mejor suerte, pero si llegase á consentir.... No, mas quiero morir....

Titsikan. ¡Oh! no quiero que muéras, sino que Lodoiska se case con Louzinski. ¡Eh! ¿qué es esto? ¿Vendría un prisionero á dar la

ley? ¡Qué hombre tan perro! Si fuera solo terco, vaya; pero raciocina tan mal....

Louzinski. Yo veía la cólera del tártaro manifiesta en sus brillantes ojos, y así le acordé lo ofrecido de no enfadarse.

Titsikan. Es verdad, pero este hombre acabaría con la paciencia del mas favorecido del profeta. Pulauski, yo no soy mas que un salteador de caminos; es verdad, pues tú lo quieres; bien, lo soy; pero ahora quiero que tu hija se case con Louzinski; ¡qué diablos! bien la merece: si no fuera por él esta noche pasada tu hija se hubiera abrasado.

Pulauski. ¿Cómo es eso?

Titsikan. Sí, mira esas ruinas. Ahí había una torre que ardía por todas partes; dentro estaba tu hija, y el fuego era tal que nadie tenía valor para entrar á salvarla: solo él y Boleslao han entrado, y á su valor debe Lodoiska la vida.

Pulauski. ¿Mi hija estaba en esa torre?

Titsikan. Sí, tu hija estaba en ella; ese bribon la había metido en esa prision; ese pícaro quería violarla.... Vamos, contadle todo eso, despachaos y que se decida; tengo que hacer en otra parte, y no quiero que vuestros *cuartarios* (1) me sorprendan en este puesto mantañoso; en la llanura es muy diferente; allí me burlo de ellos.

Mientras que Titsikan hacia cargar en sus carros cubiertos un inmenso botin, Lodoiska

(1) *Cuartarios* llaman á la caballería destinada á perseguir á los tártaros y cuidar de la seguridad de las fronteras de la Polonia y de la Volinia.

instruyó á su padre de las maldades de Dourinski, y mezclaba con tanta maña la narracion de nuestro amor á la historia de sus desdichas, que la naturaleza y la gratitud hicieron al fin impresion en el corazon de Pulauski. Compadecido de los infortunios de su hija y agradecido al servicio importante que yo acababa de hacerle, abrazó á Lodoiska, y mirándome sin cólera, parecia esperar que yo acabase de persuadirle.

Louzinski. ¡Oh, Pulauski! ¿Será posible que vos á quien el cielo habia destinado para consolarme de la pérdida de mi padre, el mejor de los padres.... que vos, con quien yo tenia tan grande amistad, hayais condenado á vuestros hijos sin oírlos? ¿Por que habeis sospechado la mas horrible traicion contra un hombre que adoraba á vuestra hija? Juro por lo que mas amo, que cuando votaba en favor del que actualmente ocupa el trono de Polonia; creí hacer el bien de mi pais. La esperiencia os hacia prever las desgracias que mi juventud no veia; pero porque yo sea imprudente, ¿se me ha de acusar de pérfido? ¿Me reprendereis de haber estimado á mi amigo? ¿Me acusareis porque le estimo aun? Tres meses ha que veo los males de mi patria, y los lloro como vos; pero estoy seguro de que los ignora el rey. Por eso me propongo ir á Varsovia y enterarle de lo que pasa....

Pulauski. No es ahí donde debeis ir. Tú piensas que el señor Poniatowski ignora los males de su pais, lo creo así; pero que los

sepa ó no, importa hoy muy poco. Los extranjeros insolentes que se han acantonado en nuestras provincias, haran todos sus esfuerzos para mantenerse en ellas á pesar del rey mismo que han elevado al trono. Un monarca impotente no es capaz de arrojar de nuestro país á los rusos. Créeme, Louzinski, no debemos esperar nada sino de nosotros mismos: vengue-mos la patria ó murimos por ella. Yo he juntado cuatro mil nobles en el palatino de Lublin, los cuales solo esperan que vuelva su general para marchar contra los rusos; sígueme; ven á mi campo; con esta condicion recobro mi libertad y mi hija es tuya.

Louzinski. Pulauski, estoy pronto; juro que seguiré vuestra suerte, y correré los mismos riesgos. Y no creais que Lodoiska es el único motivo que me arranca mi juramento. Amo á mi patria como adoro á vuestra hija. Juro por ella y ante vos que los enemigos del estado siempre han sido y no dejarán nunca de ser los míos: juro que derramaré hasta la última gota de mi sangre por echar de mi patria á unos estrangeros que reinan en ella con el nombre de mi rey.

Pulauski. Abrázame, Louzinski; yo acabo de conocer bien á Louzinski; yo te reconozco por mi yerno: sí, te reconozco por tal. Vamos, hijos míos, todas nuestras desdichas se acabaron.

Pulauski me estaba diciendo que le diese la mano á Lodoiska cuando los dos le abrazamos, y en este mismo momento entra Tit-sikan.

Titsikan. ¡ Bueno! bueno! eso, eso es lo que yo queria; yo gusto de matrimonios. Vamos, papá, voy á decir que te quiten esa cadena. ¡ Caramba! (*Sus soldados desatan las cuerdas*). Yo hago en esto una buena accion, pero me cuesta caro: dos grandes de Polonia, y una jóven hermosa me habrian valido mucho al rescatarlos.

Pulauski. Titsikan, no te pares en eso.

Titsikan. ¡ A! no, no; lo que digo es solo una reflexion, una de las ocurrencias que no puede dejar de tener un salteador.... No quiero nada de vosotros, gente honrada.... Aun otra cosa: no ireis á pie, porque tengo bastantes caballos á vuestro servicio. Y por lo que hace á esta niña os daré unas angarillas en que me han llevado diez ó doce dias. Louzinski me sacudió de modo que yo no podia tenerme á caballo.... Son maías las tales angarillas, y muy toscas, porque son de ramas de árboles; pero no tengo otra cosa que ofreceros, á no ser un carrito cubierto: vosotros podeis escoger lo que mas os acomode.

Mientras tanto Dourlinski no habia tenido valor para desplegar sus labios, y bajaba los ojos manifestando su consternacion.

Pulauski. Amigo indigno: ¿ has podido abusar de mi confianza hasta este punto? ¿ No has temido esponerte á mi resentimiento? ¿ Qué demonio te cegaba?

Dourlinski. El amor: un amor desenfrenado. No conoces los escesos á que puede llegar un hombre violento y celoso, arrebatado de las pasiones. Aprende á lo menos con este

ejemplo que una hija tan bella como la tuya, es tesoro que no debe confiarse á nadie para que la guarde. Pulauski, yo bien se que debes aborrecerme; pero sin embargo aun soy digno de compasion. No hay duda que yo me tengo la culpa; pero tu me ves en el instante cruelmente castigado. Pierdo en este momento mi clase, mis riquezas, mi honor y mi libertad; pierdo mas que esto, pues pierdo á tu hija. Y tú, Lodoiska, á quien tanto he perseguido, dignate olvidar mis persecuciones, los riesgos en que te has visto, y los dolores que has sufrido: dignate concederme generosamente el perdon. ¡Ah, Lodoiska! si es que no hay crimen que no pueda espíarse con un verdadero arrepentimiento, yo soy verdaderamente inocente ahora; pues á costa de mi propia sangre, querria poder evitar las lágrimas que os he hecho derramar. ¿No tendrá Dourlinski, en la terrible esclavitud que va á sufrir, á lo menos el consuelo de haberos oído que ya no le aborreceis? Hija demasiado desdichada, por grandes que sean los males que os he hecho, todavia puedo repararlos con sola una palabra. Venid acercaos á mí, tengo un secreto particular que revelaros.

Lodoiska se acercó á él sin desconfianza, pero yo veo de repente relucir en manos de Dourlinski un puñal.... Me arrojo precipitadamente sobre él; ya era tarde. Solo pude evitar un segundo golpe; ya estaba herida Lodoiska en el pecho izquierdo, y habia caído á los pies de Titsikan. Pulauski furioso quiso vengar á su hija.

Titsikan. No, no, tú le darías á este malvado una muerte demasiado dulce.

Dourlinski. Tú que parecías tener tanta gana de unirme á Lodoiska. ¿Por qué no la sigues? Anda, ve, mi dichoso rival, sigue hasta el sepulcro á tu querida. Que preparen mi suplicio, sea el que fuere, me parecerá dulce. Ya te dejó con tormentos y pesadumbres más largas y mas crueles que las mias.

Dourlinski no pudo hablar mas; los tártaros le llevaron arrastrando hasta meterle en medio de los escombros que estaban aun ardiendo. ¡Qué noche mí querido Foblas! ¡qué cuidados tan diferentes! ¡qué sentimientos tan contrarios unos á otros me agitaron! ¡cuántas veces alterné sucesivamente ya en esperanza, ya en pesar, ya en alegría! Despues que al fin de tantos trabajos y de tantos riesgos el padre mismo de Lodoiska me la entrega.... despues que la esperanza de poseerla me llenó de placer, un bárbaro la asesina en mi presencia.... Este momento fué el mas cruel de mi vida.... Pero sosegaos, amigo mio, la felicidad mia que tan de pronto se habia eclipsado, no tardó en volver á parecer. Entre los soldados de Titsikan habia uno que hacia de cirujano: le llamamos reconoció la herida y y nos aseguró que era ligerísima, porque el infame Dourlinski, como estaba sujeto con la cadena, y ciego de desesperacion, no habia podido dar el golpe con firmeza.

Al momento que Titsikan supo que no peligraba Lodoiska se despidió de nosotros.

Titsikan. Yo no puedo suspender mi mar-

cha: os dejo los cinco criados que ha traído consigo Pulauski; provisiones para muchos dias; armas; seis caballos buenos; dos carros cubiertos, todos los criados de Dourlinski bien atados, y su pícaro amo ya muerto. Yo me voy, porque amanece; no os vayais de aquí hasta mañana, que yo iré á visitar otros cantones. A dios, mis buenas gentes, direis á vuestros polacos que Titsikan no siempre es un diablo, pues algunas veces da con una mano lo que coje con la otra. A dios.

Al decir esto hizo á los suyos la seña para partir; los tártaros pasaron á carrera el puente levadizo, y corriendo del mismo modo por el campo, bien pronto los perdimos de vista.

Apenas habia dos horas que se habian ido cuando muchos nobles de las cercanias, auxiliados de algunos *cuartarios* vinieron á atacar la casa de Dourlinski. Pulauski fué á recibirlos en persona; les contó lo sucedido, y varios se determinaron á seguirnos al palatino de Lublin. Nos pidieron solo cuarenta y ocho horas para disponer su viaje, y preparar lo necesario. Al cabo de dos dias volvieron sesenta de ellos abusarnos, y abiéndonos dicho Lodoiska que se hallaba en estado de poderse poner en camino, la metimos en un carruage cómodo que tuvimos tiempo de buscar. Despues pusimos en libertad á los criados de Dourlinski; y les dejamos abandonados los dos carros cubiertos en que Titsikan habia tenido la singular generosidad de dejar parte del botin, que repartieron despues entre si.

Llegamos sin desgracia al palatinado de Lublin, á donde Pulauski habia mandado que concurriesen todas. Estendida la voz de su regreso, vinieron muchos descontentos á aumentar nuestro ejército, Lodoiska, curada ya de su herida y perfectamente recobrada de sus fatigas, habian vuelto sus carnes; á su anterior frescura, y á su bello parecer. Pulauski me llamó á su tienda y me dijo:

Pulauski. En esas alturas se han presentado tres mil rusos; toma esta noche cuatro mil hombres escogidos, y ve á desalojar á los enemigos del puesto ventajoso que ocupan á tres cuartos de legua de aquí. Acuérdate de que del éxito del primer encuentro pende las mas veces el buen suceso de una campaña; haz, amigo mio, que mañana sepa yo que has salido victorioso, y mañana mismo te casaras con Lodoiska.

Me puse en marcha con mi gente á las diez de la noche. A las doce sorprendimos á los enemigos en su mismo campamento, y los derrotamos de tal suerte que jamas habia visto cosa semejante: les matamos setecientos hombres, hicimos nueve cientos prisioneros cogimos toda su artilleria, la caja militar, y todos sus equipages.

Pulauski vino en la mañana siguiente á reunirse con nosotros con las tropas restantes, traia consigo á Lodoiska, y nos casaron en la tienda de Pulauski. Por todo el campo no se oian mas que canciones de alegria; el valor y la belleza fueron celebrados en alegres y versos, de modo que esta fué la fiesta de Amor y Mar.

te; se habria creido que cada uno de los soldados tenia mi alma misma y participaba de mi propia dicha.

Habiendo dado el amor los primeros dias de tan deseada union, me dediqué á buscar medios de recompensar la heroica fidelidad de Boleslao. Mi suegro le hizo donacion de una magnífica casa de campo á corta distancia de la capital. Lodoiska y yo añadimos una cantidad de dinero suficiente para asegurarle que pudiese vivir independiente y con tranquilidad. No queria dejarnos; pero le hicimos que fuese á tomar posesion de su casa, y que viviese tranquilamente en el honroso retiro que habia merecido con sus buenos servicios. El dia que habia de irse, le cogí á parte y le dije.

Louzinski Irás á Varsovia á ver á nuestro monarca, le dirás que el himeneo me unió á la hija de Pulauski: que he tomado las armas para echar del reino á los estrangeros que le infestan y le asolan, y sobre todo que *Louzinski* es el enemigo de los rusos pero no de su rey.

No os molastaré, mi querido Foblas, contando nuestras operaciones durante ocho años consecutivos de una guerra sangrienta. Pulauski algunas veces vencido, mas frecuentemente vencedor; tan grande en las derrotas, como temible despues de la victoria, y siempre superior á los acontecimientos, fijó la atencion de Europa, y la llenó de admiracion con su larga resistencia. Forzado á retirarse de una provincia, acometia en otra; y recorriendo to-

dos los palatinados, dejó en todos ellos marcado con hechos gloriosos el odio que habia jurado contra los enemigos de la Polonia.

Lodoiska, muger de un guerrero, hija de un heroe, acostumbrada al tumulto de los campamentos, nos seguia por todas partes. De cinco hijos que me dió, solo me quedaba una niña de diez y ocho meses. Un dia, despues de una terrible batalla, los rusos se arrojaron precipitadamente sobre mi tienda para saquearla. Pulauski y yo, seguidos de algunos nobles, volamos á la defensa de Lodoiska; la salvamos, pero perdí mi hija pues me la quitaron. Mi hija por una prudente precaucion de su madre, muy útil en tiempo de division y guerra civil, tiene gravadas debajo del sobaco las armas de nuestra casa; pero hasta ahora tengo la pena de haber sido inútiles cuantas diligencias he practicado para encontrarla. ¡Ay! mi querida Dorliska tal vez es esclava, ó no existe ya.

Esta pérdida me causó el dolor mayor que pueda imaginarse, Pulauski manifestó casi una fria indiferencia; bien por hallarse ocupado del proyecto que no tardó á comunicarme, bien porque solamente los intereses de la patria fuesen capaces de hacer impresion en su corazon estóico. Juntó las reliquias de su ejército, tomó una posicion ventajosa, empleó muchos dias en fortificarla, y se mantuvo en ella tres meses enteros á pesar de todos los esfuerzos de los rusos. Sin embargo fué preciso al fin pensar en abandonarla, porque los víveres comenzaban á escasear. Pulauski vino á mi tienda, mandó

retirar los concurrentes, y cuando quedamos solos me dijo:

Pulauski. «Louzinski, tengo queja de tí. En otro tiempo me ayudabais á llevar la pesada carga del mando, y yo descansaba en parte de mis penosas tareas dejándolas á mi yerno; pero de tres meses á esta parte no haces mas que llorar, y estás gimiendo como una muger. ¿Es posible que me abandones en el momento crítico en que mas te necesito? Tú ves como me apuran por todas partes: yo no temo por mí, ni tampoco perder la vida: pero el caso es que que si nosotros perecemos, el estado no tiene quien le defienda. Vuelve en tí, Louzinski; tú que has participado tan noblemente de mis esfuerzos, no te contentes hoy con ser testigo inútil. Nosotros nos hemos bañado en sangre de los rusos; nuestros ciudadanos están vengados» pero no los hemos salvado; tal vez dentro de poco no podríamos defenderlos.»

Louzinski. Me dejais admirado, padre mio: ¿de que vienen esos presentimientos siniestros?

Pulauski. No me alarmo sin razon. Considera nuestra posicion actual: yo he hecho los esfuerzos posibles para escitar en todos el amor á la patria; solo he hallado en todas partes hombres envilecidos, que parece nacieron para ser esclavos, ó bien hombres débiles, que tras pasados de sus penas se reducen á llorar inútilmente sus desgracias. Un corto número de verdaderos ciudadanos se alistó en mis banderas: ocho años de continua guerra

los han acabado. Yo me debilito con mis victorias; los enemigos vuelven á presentarse con mas fuerza.

Louzinski. Pulauski, vuelvo á decir que me admirais. En circunstancias no menos difíciles os he visto alentado por solo vuestro valor.

Pulauski. ¿Crees por ventura que me falta? El valor no consiste en no ver el peligro, sin en arrostrarle cuando se halla en él. Nuestros enemigos preparan nuestra derrota; sin embargo si tú quieres, Louzinski, el dia que han determinado para su triunfo, tal vez será el de su pérdida y el de la salud de nuestros conciudadanos.

Louzinski. ¿Podeis dudar que lo quiero? Hablad, decid lo que quereis. ¿Que debo hacer?

Pulauski. Dar el golpe mas arriesgado que jamas ocurrió. En casa de Kalowski en *Czentsochou* se han juntado cuarenta hombres escogidos cuyo valor ya conoces; estos necesitan un gefe diestro, firme é intrépido, yo te he escogido por tal.

Louzinski. Pulauski, yo estoy pronto.

Pulanski. No te ocultaré el riesgo de la empresa, el suceso es dudoso, y si no consigues el intento: te pierdes infaliblemente.

Louzinski. Digo que estoy pronto, explicaos.

Pulauski. No ignoras que apenas me quedan cuatro mil gombres, con los que puedo aun fatigar mucho á nuestros enemigos, pero con tan débiles medios no debo esperar obli-

garles á evacuar nuestro pais... Toda la nobleza se alistaria bajo mis banderas sin detenerse un momento si el rey estuviera en mi campo.

Louzinski. ¿Que decís, Pulauski? ¿Habeis creido por ventura que el rey querrá jamas venir acá.

Pulauski. No; por eso es necesario forzarle.

Louzinski. ¿Forzarle á eso?

Pulauski. Sí: sé que tú eres un amigo antiguo del señor Poniaiowski, pero desde que sostienes con Pulauski la causa de la libertad, sabes tambien que todo debe sacrificarse al bien de la patria: que un interes tan sagrado...

Louzinski. Conozco mi obligacion; y no faltaré á ella: pero me proponéis una cosa... Y el rey jamas sale de Varsovia.

Pulauski. Así es; y por tanto es menester ir á la capital misma, y arrancarle de allí por la fuerza.

Louzinski. ¿Cuales son los preparativos para tan grande empresa?

Pulauski. Tú ves el ejército ruso acampado frente al mio tres meses hace; su general está muy tranquilo en sus atrincheramientos esperando que me rendiré por hambre á discrecion. Detras de mi campo hay lagunas que se consideran intransitables; cuando venga la noche las pasaremos. Lo tengo dispuesto de tal modo que nuestros enemigos conocerán nuestra retirada cuando ya será tarde para impedirla. Yo creo que podremos adelantarles un dia, si la fortuna lo quiere. Iré derecho á Varsovia por el camino real, y por medio de los

destacamentos rusos que circulan siempre al rededor de la capital; los batiré si se hallan separados; si se reunen; los ocuparé para que no puedan inquietarte en caso de que quieran detenerme. Tú, sin embargo, deberás adelantarte. Tus cuarenta hombres disfrazados: armados solo con sables, puñales y pistolas, todo muy oculto en sus vestidos, entrarán en Varsovia por diferentes puntos. Esperad que el rey salga de su palacio, y entonces le cogéis y le lleváis á mi campo... La empresa es temeraria, inaudita, si tú quieres, y por otra parte difícil; el estar allí peligroso; el volver al campo sumamente arriesgado. Si eres vencido y te prenden, perecerás, Louzinski; pero serás un mártir de la libertad. Pulauski zeloso de no poder obtener una muerte tan gloriosa, gemirá de tener aun necesidad de seguirte; algunos rusos te acompañarán al sepulcro. Al contrario, si el Todopoderoso que protege la Polonia me inspira este osado proyecto para poner fin á sus males, si su bondad te concede un éxito igual á tu valor, figúrate cual será el fruto de tan noble temeridad. El señor Poniatowski no verá en mi campo mas que ciudadanos soldados, enemigos de los estrangeros y fieles á su rey; bajo mis tiendas patrióticas respirará; por decirlo así, el aire de la libertad y el amor de su país. Los enemigos del estado vendrán á serlo del rey. Nuestra nobleza valiente saliendo de su letargo peleará bajo las banderas de su soberano por la causa comun: los rusos serán echados del reino, y tú, amigo mio, habrás salvado tu patria.

Pulauski cumplió lo que habia ofrecido. Apenas llegó la noche, hizo su retirada con felicidad, porque pasó las lagunas con el mayor silencio. Ejecutando esto me dijo:

Pulauski. Amigo mio, ya es tiempo de que nos dejes y emprendas tu espedicion; sé muy bien que mi hija tiene mas valor que el comun de las damas, pero sé tambien que es una esposa tierna, y una madre desgraciada; sus lágrimas te enternecerán, en sus brazos perderás esa fuerza de espíritu de que hoy necesitas mas que nunca; te aconsejo que te vayas sin despedirte.

Pulauski me instaba sobre esto, pero en vano: no pude determinarme á hacerlo. Cuando Lodoiska supo que iba á partir solo, y que conoció que estábamos decididos á no decirle donde iba, derramó un torrente de lágrimas, é hizo cuanto pudo para retenerme. Yo comencé á balancear.

Pulauski. Vamos, Louzinski, vamos; es preciso partir, es preciso sacrificar padre, muger, hijos, en fin todo, cuando se trata de salvar la patria.

Marché y anduve tan aprisa que el dia siguiente á medio dia llegué á *Czenstochou*, donde hallé cuarenta nobles determinados á todo.

Louzinski. Señores: se trata de coger á un rey en su misma corte, los hombres capaces de intentar tan osada empresa son los únicos capaces de ejecutarla. Vencer ó morir es nuestra suerte decidida.

Con esta cortísima arenga, nos preparamos

para partir. *Kalovski*, según se le había prevenido, tenía prontos doce carros de heno y paja, tirados cada uno de cuatro buenos caballos. Nos disfrazamos de campesinos, y ocultamos los uniformes, los sables, y las pistolas y las sillas de los caballos entre el heno y la paja, nos convenimos en varias señales y en santo. Doce conjurados entraron en Varsovia con los doce carros. Divido en partidas los veinte y ocho nobles restantes. Una marchará distante de otra para evitar sospecha. Cada partida entrará en la corte por diversas puertas. Partimos el 2 de noviembre de 1771, que era sábado, llegamos á Varsovia, y todos nos alojamos en los dominicos.

El día siguiente, que era domingo, día memorable en los fastos de Polonia, *Straviksi*, lleno de andrajos, se pone al lado de la colegiata, y pidiendo limosna fué hasta la puerta de palacio, en donde observa todo lo que pasa: varios de nuestros conjurados recorren las calles de la ciudad, y especialmente seis calles estrechas que van á parar á la plaza grande, en la que yo me paseaba con *Kalowski*. Permanecemos en la emboscada toda la mañana y parte de la tarde. A las seis de la noche salió el rey de palacio, le siguieron y vieron que entraba en el palacio de su tío *Poniatowski*, gran canciller de Lituania.

Se avisa á todos los conjurados, se quitan los andrajos, se ponen sus vestidos, ensillan los caballos y preparan sus armas. Como el convento de los dominicos es tan grande, se pudo hacer todo sin que nada se notase.

Salimos unos tras otros á favor de la noche: yo era demasiado conocido en Varsovia para poderme presentar sin disfraz: no me quité mi vestido de paisano y monté un caballo excelente, pero con arneses comunes. Vi que mi gente iba ocupando los puntos de los arrabales que les habia mandado antes de salir del convento, y que se situaron de modo que tenían tomadas todas las calles que van al palacio del gran canciller.

Entre nueve y diez de la noche salió el rey, y notamos que iba acompañado de muy poca gente. Delante del coche iban dos hombres á caballo con hachas; seguian algunos oficiales de ordenanza, dos gentiles hombres y un caballero. No sé quien era el señor que iba en el coche con el rey: á las portezuelas habia dos pages, y detras dos volantes y dos lacayos. El rey vá poco á poco; nuestros conjurados se reunen á cierta distancia; doce de los mas determinados se destacan; yo me pongo al frente; y vamos avanzando poco á poco. Como habia guarnicion rusa en Varsovia, fingimos hablar ruso, porque nuestra tropa pasase por una patrulla rusa. Alcanzamos el coche del rey como á ciento cincuenta pasos del palacio del gran canciller, entre el palacio del obispo y del difunto gran general de Polonia. De golpe nos ponemos al frente del coche del rey, y cortamos de este modo el acompañamiento y el rey se halló separado de su comitiva.

Dí la señal: *Kalowski* viene con el resto de los conjurados; presentó una pistola al

pecho del postillon y se paró: tírase un pistoletazo al cochero, y los otros conjurados se precipitan á la portezuela del coche. De los dos volantes el uno quiso defender al rey y murió de dos balazos; al otro se le dió un sablazo en la cabeza y tambien cayó; el caballo del caballero se precipitó herido; uno de los pages vino á tierra y cogimos su caballo; las balas silvan por todas partes... Un ataque tan acalorado y un fuego tan violento me hicieron temer que pereciera el rey. Este, conservando en el peligro mucha serenidad, se apeó de su coche, y procuró escaparse al palacio de su tío; Kalowski le detiene por el pelo.... Siete ú ocho conjurados le cercan, le desarman, le cogen por todos lados, le ponen entre sus caballos, y se van corriendo hasta el fin de la calle. Confieso que en este instante creí que Pulauski me habia engañado indignamente; que habia resuelto dar muerte al rey, y que habia trama de asesinarle. De repente me decidi, voy corriendo á mas no poder para alcanzar á los que iban delante; les grito que se detengan, y amenazo matar al que no obedezca. El Dios protector de los reyes velaba en la conservacion de Poniatowski. *Kalowski* y sus gentes se pararon á mis voces. Pusimos el rey á caballo, y seguimos á gran galope hasta los fosos que cercan la ciudad. El monarca fué forzado á pasarlos con nosotros.

Entonces comenzó á apoderarse de mi tropa un terror pánico. A cincuenta pasos de los fosos solo éramos ya siete al lado del rey. La noche era lluviosa y oscura; fue necesario

apearse á cada instante para reconocer el camino en pantanos llenos de fango. El caballo del rey cayó dos veces; en la segunda se rompió una pierna; con estos movimientos violentos el rey perdió su pelliza, su bota y su zapato del pie izquierdo.

El rey. Si queréis que os siga, dadme un zapato y una bota.

Le volvimos á poner á caballo para poder tomar el camino por donde Pulauski me habia ofrecido que se adelantaria, y nos encaminamos al pueblo llamado *Barakow*. El rey nos dijo con mucha tranquilidad.

El rey. No vayais por ese lado pues hay rusos.

Le creí y varié de camino. Al paso que adelantábamos en el bosque de *Beliani* íbamos disminuyendo cada vez mas. A poco tiempo vi que no me acompañaban sino *Kalowski* y *Travinski*; oímos luego la llamada de una descubierta rusa, é hicimos alto alarmados.

Kalowski. Matémosle.

Louzinski. ¿No te causa horror semejante proposicion?

Kalowski. Pues bien: encargaos de llevarle.

Se metió en el bosque: *Stravinski* le siguió, y me quedé solo con el rey.

El rey. *Louzinski*, ¿eres tú? yo no puedo dudarle, te he conocido por la voz.

No le respondí palabra. Volvió el rey con mucha dulzura á decirme.

El rey. ¿Eres tú? ¿Quien lo habria dicho hace diez años.

Entonces nos hallábamnos cerca del convento de Beliani á legua y media con corta diferencia de Varsovia.

El rey. Louzinski, déjame entrar en este convento y vete á poner en salvo.

Louzinski. Es preciso seguirme.

El rey. Es inútil haberte disfrazado, y tambien lo es fingir ahora la voz; te he conocido y estoy seguro de que eres Louzinski. ¡Ah! ¡quien lo diria diaz años ha! Diez años ha que habrias dado tu vida por conservar la de tu amigo.

Calló; y anduvimos un rato sin hablar palabra. Despues dijo:

El rey. Estoy fatigado. Si quieres llevarme vivo déjame descansar un momento. Le ayudé á apearse, se sentó sobre la yerba, y haciéndome sentar á su lado, me cogió la mano y dijo:

El rey. Louzinski, tú, á quien tanto he amado, tú que sabes mejor que nadie mi buena intencion; ¿cómo es posible que hayas tomado las armas contra mí?.. ¡Ingrato! ¿No quisiste que te volviese á ver sino entre mis enemigos mas crueles? ¿No deberias volverme á ver sino para inmolarme?

Entonces me pintó del modo mas interesante las diversiones de los primeros años de nuestra vida, la union mas íntima que tuvimos en su juventud, la tierna amistad que nos habiamos jurado, y la confianza que le habia merecido despues. Me habló de los honores de que me habria colmado, si hubiera yo querido merecerlos; me reconvinó princi-

palmente de la indigna empresa de que parecia ser gefe, pero que conocia bien que yo era solo principal instrumento. Echó toda la culpa á Pulauski, manifestándome sin embargo que tambien yo era culpado: que no habia podido encargarme de la ejecucion sin cometer un grave delito, y que esta horrible condescendencia digua de castigo en un súbdito, es mas imperdonable á un amigo. Concluyó instándome que le dejase libre.

El rey. Huye, y puedes estar seguro que si viene alguno á buscarte, le diré que te has ido por el camino opuesto.

El rey me instaba con mucho interes, su elocuencia natural aumentaba con el riesgo; persuadia á mi corazon, y escitaba sentimientos bien dulces. Me conmovió; me hizo titubear, pero al fin venció Pulauski. Me pareció escuchar al altivo republicano que me daba en cara mi debilidad. Foblas mio, el amor de la patria tiene fanáticos y supersticiosos. Yo tenia la cabeza acalorada; me armé de un valor bárbaro, obligué al monarca á que volviere á montar á caballo, y creí hacer una cosa hermosa.

El rey. ¿De este modo desprecias las súplicas de un amigo?... ¿Desprecias el perdón que te ofrece tu propio rey? Está bien: vamos andando; me pongo en manos de mi mala suerte, ó te abandono á la tuya.

Continuamos el camino: pero las reconvenções del rey, sus instancias, sus amenazas, lo que habia estado luchando en mi interior, me habian perturbado de modo que

no sabia por donde iba. Saliendo al campo no supe que camino seguir, y al cabo de media hora de camino nos hallamos en Marimond (1), esto es, me perdí y volvimos atras.

A un cuarto de legua de allí caimos en una partida rusa. El rey se hizo reconocer por el que la mandaba, y despues añadió:

El rey. La noche pasada me perdí cazando: este buen paisano que veis aquí, queria antes de ponerme en camino, darme en su choza una cena frugal: pero como he visto que por todas partes están circulando los soldados de Pulauski queria volverme cuanto antes á Varsovia, y me hariais mucho favor de acompañarme hasta allí. En cuanto á tí, amigo mio, siento que te hayas torrado un trabajo inútil, porque o estoy tan contento de volver á mi capital, acompañado de estos señores, como lo estaria de ir contigo mas adelante. Sin embargo, seria extraño que te dejase sin algun premio. Dime: ¿qué es lo que quieres? Habla, y te concederé la gracia que me pidas.

Conocereis muy bien, mi querido Foblas, cual seria mi turbacion: dudaba aun de la intencion del rey. Hice cuanto pude para descubrir el verdadero sentido del discurso equívoco del rey que, ó bien era lleno de una cruel ironía, ó bien de un arte que manifestaba su grandeza de alma. El rey me dejó un poco en esta penosa incertidumbre: y despues me dijo con un aire de bondad que me admiró.

(1) Casa de campo que pertenece á la Sajonia y está situada media legua mas cerca de Varsovia que *Beliani*.

El rey. Te veo bien indeciso; ¿ no sabes que escoger? Vamos, amigo mio; abrázame; en abrazar á un rey hay mas honra que provecho; pero es preciso confesar que hoy en mi lugar habria muchos monarcas que no serian tan generosos como yo.

Al decir esto se fué, y me dejó confundido de tanta grandeza de alma.

Sin embargo, el riesgo de que acababa de libertarme el rey con tanta generosidad, iba á renovarse á cada momento. Era mas que probable que un gran número de correos espeditos de Varsovia participarian á todos los pueblos que se habian llevado al rey. Ya estarían persiguiendo con mucho afán á los que se lo habian llevado; mi equipage demasiado notable me habia de descubrir al mismo tiempo que huia; y si volvía á caer en manos de los rusos, que ya sabrian lo que habia sucedido, no bastarian los esfuerzos del rey para salvarme. Suponiendo que á Pulauski hubiesen salido las cosas como las esperaba, debia estar aun distante de aquí; de modo que á lo menos me faltaban diez leguas que andar; mi caballo estaba fatigado; no podia caminar; piqué de espuela, y á los quinientos pasos reventó. Al mismo tiempo pasaba por el camino un hombre bien montado; vió que se caía mi caballo, y creyendo poderse divertir á costa de un lugareño, me dijo: *amigo mio, bien te dije yo que tu caballo no valia nada.*

Me picó la bufonada. Resolví castigar inmediatamente al bufon, y asegurar al mismo tiempo mi fuga. Le presenté al pecho una pisto-

la, le obligué á que se apease y me dejara el caballo, y confieso que precisado por las circunstancias le quité tambien una capa muy buena, ancha y ligera con que cubrí mis groseros vestidos que habrian podido descubrirme. Tiré mi bolsillo lleno de oro á los pies del viagero que quedó á pie y eché á correr con cuanta ligereza podia el nuevo caballo.

Estaba el animal descansado; era vigoroso; anduve doce leguas de un tiron, me pareció por último que oia cañonazos; me figuré que mi suegro se batia con los rusos, y que no estaban lejos. Así fué llegué á nuestro campo al mismo tiempo que un regimiento huia. Me di á conocer á los fugitivos, los reuní de tras de una colina, despues vine con ellos á coger al enemigo por el flanco, al que batia por el frente Pulauski con lo restante del ejército. Cargamos á los enemigos tan á tiempo y con tanto vigor que desconcertamos á los rusos despues de haberles muerto mucha gente. Pulauski se digno atribuirme la victoria; le conté mi espedicion: me abrazó y me esclmó:

Pulauski. ¡Ah! si tus cuarenta hombres te hubiesen igualado en valor, el rey se hallaria en mi campo; pero el cielo no lo ha querido, y le agradezco que á lo menos te haya conservado para nosotros: te doy las gracias del servio importante que me has hecho: si no fuera por tí, Kalowski hubiera asesinado al rey; mi nombre se habria cubierto de oprobio eterno. Hubiera podido yo aun avanzar dos millas, pero he preferido sentar mis reales en

esta posicion respetable. Ayer al paso encontré una partida rusa, y la derroté completamente; hoy he batido dos destacantos; otro cuerpo considerable que habia reunido de las reliquias de los demas, se aprovechó de la noche para atacarme: Mis soldados fatigados de una larga marcha y de tres batallas seguidas, comienzan á flaquear; la victoria entró en mi campo contigo. Retriucherémos aquí; esperemos en este punto al ejército ruso, y peleemos hasta morir.

Mientras tanto el campo resonaba con gritos de alegría; mis soldados victoriosos mezclaban mis elogios con los de Pulauski: al oír mi nombre que resonaba en todas las tiendas de campaña, Lodoiska vino corriendo á la tienda de su padre. Me probó el exceso de su ternura con su indecible regosijo: volví á contar los peligros en que habia estado. Lodoiska lloraba oyendo la rara generosidad del monarca.

Lodoiska. ¡Que grande es! ¡Que digno es de ser rey el que te ha perdonado! ¡Cuantas lágrimas ha escusado á una esposa que habias abandonado, y á una amante que no tuviste reparo de sacrificar! ¡Cruel!... ¿Pues que no son bastantes los riesgos á que te espones á cada momento?

Pulauski la interrumpió con dureza diciendo:

Pulauski Hija indiscreta y débil, ¿como te atreves á hablar de este modo delante de mí?

Lodoiska. ¡Ay de mí! ¿Seré condenada á temer diariamente que voy á perder á mi padre y á mi esposo?

Lodoiska me daba sus amargas quejas, y suspiraba por gozar un tiempo de mas tranquilidad; mientras la fortuna nos preparaba unos reveses mas terribles que los pasados.

Nuestros cosacos venian de todos lados á advertirnos que se acercaba el ejército ruso. Pulauski contaba con que le atacarian á medio dia, pero no fue así; á media noche supimos que los rusos preparaban forzar nuestros retrincheramientos. Pulauski siempre prevenido, los defendia, é hizo en esta funesta noche todo cuanto se podia esperar de su esperiencia y de su valor. Rechazamos á los enemigos cinco veces, pero volvian á la carga sin cesar y siempre con tropas nuevas y descansadas; el último ataque fué tambien concertado que penetraron en nuestro campo por tres puntos distintos á un mismo tiempo. *Zaremba* fué muerto á mi lado; y pereció en esta sangrienta accion un gran número de nobles, porque los enemigos no daban cuartel á nadie. Furioso yo de ver que perecian todos mis amigos, quise arrojarme en medio de los rusos.

Pulauski. ¡Insensato! ¿que te ciega? que furor es ese? mi ejército está enteramente derrotado, pero me queda mi valor. ¿A que viene morir inútilmente? Ven: yo te llevaré á parage donde podamos suscitar nuevos enemigos á los rusos. Vivamos, ya que aun pademos servir á nuestro pais; salvémonos, y salvemos á Lodoiska.

Louziski. ¡Ay, Lodoiska! ¿podria yo abandonarte?

Corrimos á su tienda y llegamos á un tiem-

po; la cogimos y la metimos en el bosque cercano. Despues de haber andado errantes toda la noche, y parte de la mañana siguiente, nos aventuramos á salir del bosque y presentarnos á la puerta de una casa de campo que nos pareció haber conocido en tiempo anterior. En efecto era la casa de campo de *Miceslao*, que habia servido durante algun tiempo en nuestro ejército. *Miceslao* nos reconoció y nos acogió; pero nos aconsejó que no permaneciésemos allí mas que por horas. Nos dijo que el dia antes se habia esparcido la noticia de que algunos habian tenido la osadía de llevarse al rey dentro de Varsovia: que los rusos habian perseguido á los raptos, y habian vuelto á traer al rey; que esta noticia parecia confirmarse, y por último que se habia ofrecido un premio por la cabeza de *Pulauski* que sospechaban ser autor del atentado.

Miceslao. Creedme (*añadió*) sea ó no cierto que hayais tenido parte en esta conjuracion atrevida, huid, dejad aquí vuestros uniformes, porque por ellos seriais descubiertos. Yo daré vestidos para disfrazaros, y por lo que hace á *Lodoiska*, me encargaré de llevarla por mí mismo al parage que me indiqueis haber escogido para retiro.

Lodoiska interrumpió á *Miceslao* diciendo:

Lodoiska. Yo me retiraré con ellos; yo les acompañaré á todas partes.

Pulauski. Tú no podrias aguantar las fatigas de un viage largo, y cada instante tendremos que correr nuevos riesgos.

Lodoiska. Cuanto mayor sea el peligro, tanto mas debo yo participar de él á vuestro lado. Vos habeis dicho cien veces que la hija de Pulauski no debe ser una muger ordinaria: desde la edad de ocho años estoy en medio de alarmas; solo he visto escenas de carnicería y de horror, la muerte me ha cercado por todas partes, me amenaza á cada instante. ¿Y no querreis que la desprecie manteniéndome á vuestro lado? La vida de Lodoiska ¿no pende de la de su padre? ¿Y tú, Louzinski, ignoras acaso que el golpe que te quite la vida, me llevará tambien al sepulcro. ¿De cuando acá he dejado de ser digna?...

Yo interrumpí á Lodoiska, para apoyar lo que decia su padre, y esponerle todas las razones que nos movian á dejarla en Polonia; pero ella me oia impaciente.

Lodoiska. ¡Ingrato! ¡Y tú irias sin mí!

Pulauski. Sí: tú te quedarás con las hermanas de Louzinski, y yo te prohibo....

Su hija fuera de sí, no le dejó acabar.

Lodoiska. Padre mio, conozco vuestros derechos, los respeto, y siempre os miraré como cosa sagrada, pero no teneis derecho de quitar una muger á su marido... ¡Ah, perdonad! Estoy fuera de mí. La pena que tengo.... perdonad: estoy desesperada.... ¡Padre mio! ¡Louzinski! Escuchadme; yo os seguiré á todas partes: sí, por todas partes. ¡Cruelles! yo os seguiré á pesar vuestro. Louzinski, si tu esposa ha perdido ya todos sus derechos sobre tu corazon, acuérdate á lo menos de los de tu amante. Acuérdate de la espantosa noche

en que esta iba á perecer en medio de las llamas, de ese terrible momento en que subiste á la torre toda encendida gritando: *vivir ó morir con Lodoiska*. Ese, ese sentimiento que tenias entonces, es el que tengo yo ahora por tí. No conozco ninguna desgracia mayor que estar separada de tí, y así digo: *vivir ó morir con mi padre y con mi esposo*. ¡Infeliz de mí! ¿Que será de mí, si me dejais? Reducida á llorar siempre por uno y otro, ¿donde hallaré con que aliviar mi pena? ¿Me consolarán mis hijos? ¡Ay! En dos años la muerte me ha llevado cuatro, y los rusos mas inexorables que ella, me han quitado el último. ¡No me queda en el mundo mas que tú, y me quieres abandonar! ¡Padre mio! ¡Esposo amado! Sed sensibles á mi pena; tened compasion de Lodoiska.

Sus sollozos no la dejaron continuar. Micleslao lloraba, mi alma estaba despedazada.

Pulauski. Tú lo quieres, hija mia, consiento en ello; pero quiera el cielo no castigarme la condescendencia.

Lodoiska nos abrazó á uno y á otro, como si ya se hubieran acabado nuestras desdichas. Dejé á Micleslao dos cartas que se encargó de llevar: una para mis hermanas, otra para Boleslao. Me despedia de ellos, y les encargaba que no dejasen de hacer lo posible para encontrar á mi querida *Dorliska*. Tuvinos que disfrazarnos; mi muger se vistió de hombre, nosotros cambiamos de trage; hicimos cuanto nos ocurrió para desfigurarnos. Disfrazados de este modo con nuestros sables

y nuestras pistolas, cargados de una cantidad considerable de oro, de algunas alhajas, y de los diamantes de Lodoiska, nos despedimos de Micleslao, y nos metimos cuanto antes en el bosque.

Pulauski me comunicó el pensamiento que tenía de irse á refugiar á Turquía. Esperaba que el Gran Señor, que había dos años sostenía una guerra desgraciada con los rusos, le admitiría en su servicio. Lodoiska no manifestó asustarse por el largo viage que teníamos que hacer; como no podía ser conocida ni buscada por nadie, se encargó de ir á la descubierta y traernos las provisiones. Al amanecer, nos emboscábamos y estábamos retirados entre los árboles y las ramas hasta que llegaba la noche, y continuábamos nuestro viage. Durante muchos dias nos libramos así de las pesquisas de los rusos que nos perseguían con mucho tesón.

Una tarde que Lodoiska, disfrazada siempre de lugareña, volvía de un lugarcito no distante donde había ido por los víveres que traía, dos soldados rusos de los que van á forragear, la atacaron á la entrada misma del bosque en que estábamos ocultos. Después de haberla robado se disponían á despojarla de todo. A las voces que dió salimos al instante, y los dos salteadores echaron á correr apenas nos vieron, pero recelamos que contarían el suceso al cuerpo á que pertenecían; que nacerían sospechas, y vendrían á cogernos en nuestro asilo. Resolvimos cambiar de camino, y en lugar de la frontera de Turquía, nos di-

rigimos por un rodeo á la Polesia, confiando pasar á la Crimea para entrar en Constantinopla.

Despues de haber hecho un penoso camino entramos en la Polesia. Pulauski lloró al salir de su patria y dijo:

Pulauski. A lo menos la he servido cuanto he podido, y si la dejo es para servirla todavia mejor.

Estas continuas fatigas habian indispueto á Lodoiska. Nos detuvimos en *Novogorod* para que pudiese descansar. Nuestro deseo era que con el descanso se recobrase, pero las gentes del pais á quienes preguntamos sin afectacion, nos dijeron que varias tropas andaban por aquel pais con el fin de prender un tal Pulauski, que se habia llevado al rey de Polonia de la misma corte de Varsovia. Sobresaltados con estas noticias, nos detuvimos mas que horas, pero compramos caballos. Pasamos el *Desna* por mas allá de *Czernicow*, y seguimos las orillas del *Sula* hasta *Perevolczene*, y le atravesamos: donde supimos que habian conocido á Pulauski en *Novogorod* y que por horas no nos habian cogido en *Nezin*, pero que nos iban siguiendo los pasos. Esto nos precisó á huir y tomar otro camino; para ello nos metimos en los inmensos bosques que hay entre el *Sula* y el *Sem*.

Vimos una cueva, y pensamos pararnos en ella; pero un oso nos disputó la entrada á este asilo no menos horroroso que solitario: le matamos y nos comimos sus hijuelos. Pulauski estaba herido: Lodoiska apenas podia tenerse de fatiga y el frio ya era fuerte. Perseguidos

por los rusos en los parages habitados, amenazados por las fieras en estos vastos desiertos, sin mas armas que nuestras espadas, obligados dentro de poco á comer nuestros mismos caballos, que habia de ser de nosotros? El riesgo de mi suegro y de mi muger era tal que nada me sobresaltaba como esto. Resolví buscarles á toda costa lo que exigia su situacion mas deplorable que la mia; y así me fui ofreciéndoles volver pronto: me llevé parte de los diamantes de Lodoiska y me fui por la orilla del *Varsklo*. Notareis, mi querido Foblas, que un viagero perdido en estos vastos paisés, reducido á andar errante, sin brújula y sin guía, se ve precisado á seguir el curso de los rios, porque por lo comun los pueblos están á sus orillas. A mí me interesaba llegar cuanto antes á pueblo de comercio. Seguí las orillas del *Varsklo* andando de dia y de noche, y á las cuatro jornadas me hallé en *Pultawa*. Me supuse comerciante de *Bielgorod*... Supe que andaban buscando á Pulauski, porque la emperatriz de Rusia habia enviado á todas las partes las señas de su persona, con orden de cogerlo vivo ó muerto donde quiera que se hallase. Me di prisa á vender los diamantes y comprar pólvora, balas, armas, y provisiones de todas especies, diferentes instrumentos y muebles groseros, pero indispensables: en fin todo lo que creí necesario para hacer mas soportable nuestra miseria. Cargué todo en un carro de cuatro caballos, y yo mismo le guié. Mi vuelta fué tan difícil como trabajosa, pero al fin á los

ocho dias estaba yo en el bosque.

Tal era el término de mi viage penoso y lleno de riesgos; iba á socorrer á mi suegro y á mi muger, iba á volver á ver lo que mas amaba en el mundo; y sin embargo, Foblas mio, no estaba alegre. Vuestros filósofos no creen en los presentimientos.... pero aseguro, amigo mio, que tuve una inquietud involuntaria; me hallaba consternado, y un no sé qué parecia indicarme que habia llegado el momento mas penoso de mi vida.

Al irme habia puesto unos pedernales de trecho en trecho para hallar el camnio; pero al volver ya no los encontré, con mi sable habia descortezado algunos árboles; pero yo no los pude reconocer. Entré en el bosque, grité cuanto pude, tiré tiros de cuando en cuando y nadie me respondia. No me atreví á entrarme muy adentro del bosque temiendo perderme, ni tampoco apartarme demasiado del carro pues era tan necesario á Pulauski, á su hija y á mi mismo.

Llegó la noche; tuve que suspender mis diligencias y la pasé como las anteriores. Me eché en la carreta envuelto en mi capa, que rodeé espresamente de mis muebles mas grandes, con los que me hacian una especie de muro para defenderme de las fieras. No pude dormir, tenia frio, y nevaba mucho. Al amanecer toda la tierra estaba cubierta de nieve. Entonces sentí un desaliento mortal. Mis piedras que podian haberme indicado el camino estaban todas ofuscadas con la nieve, y así me era imposible hallar á mi suegro y á mi muger.

¿El único caballo que les quedaba cuando yo partí, les habrá bastado para comer hasta hoy? ¿El hambre, la horrible hambre les habrá tal vez obligado á salir de su asilo? ¿Estarán aun en espantosos desiertos? Si no estan aquí ¿donde los hallaré? ¿Donde iré sin ellos á pasar mi vida miserable?... ¿Pero como he de creer que Pulauski abandone á su yerno, ni mi Lodoiska á su esposo? No, no puede ser. Estan en esta espantosa soledad, y si yo los abandono perecerán de hambre y de frio. Esta reflexion desesperada me determinó; ya no pensé si me alejaba mucho ó poco del carro, ni si me esponia ó no á no volverle á encontrar sino socorrer á mi suegro, á mi muger y nada mas.

Cogí mi fucil y pólvora, cargué un caballo con provisiones; me metí mucho mas adentro del bosque que el dia anterior; grité cuanto pude, disparé tiros de cuando en cuando.... ¡no se oia una mosca!

Me hallé despues en tal espesura que no podia pasar el caballo: le até á un árbol, y desesperado me adelanté con mi fusil y parte de las provisiones. Anduve mas de dos horas errante, cada vez mas inquieto, cuando noté en las nieves pasos de una persona.

La esperenza me hizo recobrar mis fuerzas, seguí las huellas que estaban aun recientes y de allí á muy poco descubrí á Pulauski casi desnudo, estenuado de hambre, enteramente desconocido, y que se esforzaba para venir á mi y responderme. Apenas llegué, se echó sobre la comida que le presenté y la de-

voró. Le pregunté por Lodoiska, y me dijo: *Irás á verla.* El tono con que pronunció estas palabras me hizo temblar. Llegué á la caberna demasiado preparado al funesto espectáculo que me esperaba en ella. Lodoiska envuelta en sus vestidos y cubierta con los de su padre estaba echada en una cama hecha de hojas ya medio podridas. Hizo un esfuerzo para levantar la cabeza, y no queriendo tomar el alimento que la ofrecia, dijo:

Lodoiska. No tengo hambre: la muerte de mis hijos, la pérdida de Dorliska, las marchas tan largas y tan trabajosas que hemos tenido que hacer, y los riesgos en que os veo á cada instante, me han quitado la vida. No he podido resistir á tanta fatiga y tantos pesares.... Amigo mio, yo muero.... Mi alma oyó tu voz y se detuvo.... ¡Te he vuelto á ver! Lodoiska debia morir en los brazos del esposo que ella adora.... Socorre á mi padre.... ¡que viva!... Vivid ambos, consolaos y olvidadme. Buscad por todas partes á mi adorada....

No pudo pronunciar el nombre de su hija, y espiró: su padre le abrió una sepultura á pocos pasos de la caverna, y ví que la tierra se tragaba lo que yo mas amaba.... ¡Qué momento!... Pulauski estuvo con mucho cuidado para evitar mi desesperacion, y me forzó á sobrevivir á mi Lodoiska.

Louzinski queria continuar, pero sus sollozos no se lo permitieron. Me dijo que esperase un momento, entró en su gabinete, salió al instante con una miniatura en la mano, y dijo:

Louzinski. Este es el retrato de mi pequeña *Dorliska*; ¡ved que hermosa era! En sus facciones que aun no estaban formadas, veo todas las de su madre.... ¡Ay! si á lo menos....

Interrumpí á *Louzinski* y le dije:

Foblas. ¡Qué hermosa! se parece á mi bella prima....

Louzinski. Este es verdaderamente el modo de hablar de un enamorado, porque en todas partes ve el objeto que adora. ¡Ay, amigo mio! si á lo menos me hubieran vuelto á *Dorliska*! Pero doce años ha que la busco sin cesar y sin fruto, y así ya no puedo esperar nada.

Se le saltaron aun las lágrimas á pesar de los esfuerzos que hacia para contenerlas, y alterada su voz volvió á continuar la historia de sus desgracias.

Louzinski. *Pulauski*, á quien jamas abandonó el valor, y que habia recobrado sus fuerzas, me obligó á ocuparme de nuestra subsistencia. Siguiendo los pasos míos, que habian quedado marcados en la nieve, llegamos á donde habia dejado mi carro. Le descargamos y le prendimos fuego para quitar á nuestros enemigos todo indicio de nuestra retirada. Ayudados de nuestros caballos, para los que hallamos pasto dando una vuelta, llevamos á nuestra caverna los muebles y las provisiones que yo habia traido, y que era menester comer con mucha medida si queriamos permanecer alli largo tiempo. Matamos los caballos porque no teniamos que darles de comer. Comimos algunos dias con la carne

de estos; el frio de la estacion los conservó sin corrupcion por cierto tiempo, pero al fin ella se verificó, y no pudiendo mantenernos con la caza, fué preciso ya comenzar á comer nuestras proviciones, que al cabo de tres meses se concluyeron del todo.

Nos quedaba oro, y el resto de los diamantes de Lodoiska. ¿ Iré otra vez á *Pultawa*, ó nos aventuraremos á salir de aquí? Habiamos padecido tanto en este sitio, que nos determinamos á dejarle.

Salimos del bosque atravesando el *Sem*, cerca de *Rylks*, compramos un barco, y disfrazados de pescadores bajamos el *Sem*, y entramos en el *Derna*. En *Dzernicow* nos visitaron el barco; la miseria habia desfigurado de tal suerte á *Pulauski* que seria imposible conocerle. Entramos en el *Dnieper* y atravesamos el *Kiove* en *Drylow*; allí tuvimos precision de recibir en nuestro barco algunos soldados rusos para pasarlos á la otra orilla, los cuales iban á reunirse á un pequeño ejército empleado contra *Pugatschew*. Supimos en *Zaporiskaia*, la toma de *Bemder* y de *Oczakaw*, la conquista de la *Crimea*, y la derrota y muerte del visir *Oglou*. *Palauski* desesperado queria atravesar los vastos paises que le separaban de *Pugatschew*, y juntarse á este enemigo de los rusos; pero la fatiga nos obligó á quedarnos en *Zaporiskaia*. La paz que poco despues se concluyó entre la Puerta y la Rusia, nos dejó los medios de entrar en *Turquia*.

Atravesamos á pie y siempre disfrazados

el *Boudriac*, parte de la *Moldavia* y la *Valaquia*, y despues de trabajos inauditos llegamos á *Andrinópolis*.

Allí nos prendieron y nos acusaron ante el Cadí que habíamos querido vender en el camino algunos diamantes, y que sin duda los habíamos robado. Nuestro mal vestido dió lugar á la sospecha. Pulauski se descubrió al Cadí, y este nos envió á Constantinapla con escolta segura.

Fuimos admitidos á la audiencia del Gran Señor que mandó alojarnos, y nos señaló de su tesoro una renta decente. Entonces escribí á mis hermanas y á Boleslao; por su contestacion supimos que habian embargado los bienes de Pulauski; que le habian degradado y condenado á muerte. Mi suegro se consternó é indignó de que le hubiesen acusado de regicida, y publicó un escrito para justificarse. Devorado del amor de su patria, guiado siempre del odio mortal que habia jurado á sus enemigos, no cesó en los cuatro años que estuvimos en Turquía de intrigar para que la Puerta declarase la guerra contra la Rusia. En 1774 recibió con la mayor rabia la noticia de la triple invacion (1) que despojó á la república del tercio de su territorio. No fué hasta la primavera de 1776, cuando los insurgentes americanos se decidieron á sostener con las armas en la mano sus derechos

(1) Desmembracion de la Polonia hecha por la emperatriz de Rusia, por el emperador de Alemania y por el rey de Prusia.

violados. Entonces me dijo Pulauski: mi país ha perdido su libertad; ¡ah! peleemos por la de un pueblo nuevo.

Pasamos á España, y nos embarcamos en un buque que se hizo á la vela para la *Habana*, y desde allí nos fuimos á *Filadelfia*. El congreso nos empleó en el ejército del general Wasington. Pulauski consumido de sus pesadumbres, esponia su vida como un hombre para quien era insoportable; siempre se encontraba en los parages mas espuestos, y al fin de la cuarta campaña fué herido estando junto á mí. Le llevaron á su tienda, y me dijo:

Pulauski. Conozco que voy á morir. ¿Con que no volveré á ver á mi patria! ¡Cruel estrevangancia del destino de los hombres! ¡Pulauski muere mártir de la libertad americana, y los polacos son esclavos! Amigo mio, mi muerte sería horrorosa, si no me quedase un consuelo. ¡Ah! quiera Dios que no me engañe. Creo, y aun me lisonjeo, que otras circunstancias mas felices traerán á mis conciudadanos el momento de poderse vengar, y recobrar su libertad. En tal caso, Louziski, donde quiera que te halles, renueva tu odio. Tú que peleaste tan gloriosamente por la Polonia, no olvides nuestros agravios, y tus bellas acciones inflamen tu valor. Vuelve contra los opresores tu espada tantas veces teñida con la sangre de los enemigos: tiemblen estos al oír tu nombre! Que! se estremezcan al acordarse de Pulauski... Ellos nos han quitado los bienes, han asesinado á tu muger, te han

arrancado la hija de los brazos de su madre, han denigrado mi nombre... ¡Bárbaros! Ellos han partido entre si nuestras provincias. Louzinski, ¡ah! es preciso no olvidar eso jamas. Cuando nuestros perseguidores lo han sido tambien de nuestra patria, la venganza es indispensable y sagrada. Tú debes á los rusos odio eterno, á tu patria hasta la última gota de sangre.

Así dijo (1) y espiró. La muerte arrebatándole de entre los heroes, se llevó al mismo tiempo mi único consuelo.

Amigo mio, yo hice la guerra por los Estados Unidos hasta la última paz que les acaba de asegurar su independendia. El señor *Comin* que sirvió mucho tiempo en América en un cuerpo mandado por un heroe jóven (2) honor de vuestro pais, me dió carta de recomendacion para el baron de Foblas. Este se interesó tanto en todos mis asuntos, que nos hicimos al instante muy amigos. Desde el pueblo en que el baron vivió vine á Paris, confiado en que no tardaria mucho el baron á juntarse conmigo, como lo ha ejecutado. Mientras todo esto ha sucedido mis hermanas han procurado juntar las reliquias de mis bienes, en otro tiempo muy cuantiosos; é informadas de mi llegada á esta corte y del nombre que he tomado, me escriben que dentro de algunos me-

(1) Palauski fue muerto en el sitio de Savannah en 1776.

(2) *Un heroe jóven* Al instante me hice cargo por estas palabras que me queria hablar del marques de La-Fayette.

sas vendran á verme y consolar el desgraciado Duportal.

Louzinski quedó como absorto en sus profundas reflexiones, y por último me dijo que tenia en mí sus mayores esperanzas; que el pensamiento de mi padre era el hacerme viajar el año que viene. Yo interrumpí al señor Duportal para decirle que pasaria algunos meses en Polonia, y nada omitiria para tener noticia del paradero de Dorliska.

CAPÍTULO XVI.

Declaracion de amor.

Ya era tarde cuando salí de casa del señor Duportal; lo primero que hice llegando á casa fué llamar á Person. Aceptó y agradeció mucho la sortija que yo habia comprado para él aquella mañana, y sin necesidad de instarle mucho me dijo que el día antes habia con todo á Adelaida la estraña visita que la marquesa de Babia me habia hecho.

Person. Yo estaba en la escalera, me causó admiracion ver un caballero tan hermoso: y en aquel mismo instante oigo al señor Duportal decir que es la marquesa de Babia.

Foblas. Os suplico que otra vez seais mas reservado.

Apenas le dije esto, se fué asegurándome que en adelante no hablaria nada, y repitiéndome que me serviria con el mayor desinterés.

Foblas. ¿Luego tenia razon Rosamber?...)

¡Luego sofía me amaba!... ¡Luego todo el mal venia de la imprudencia de Person! ¡Ah! ya veo que Sofía está zelosa... ¿y que haré para desvanecer esta idea? ¿Que debo hacer para sosegarla? ¿Como podré verla? Bien podía yo haber escusado el acostumarme, pues no dormí en toda la noche, siempre pensando en mis penas y en las de Sofía. Alguna vez me acordé del vizconde de Florvilla: no hay que admirarse; la marquesa era desgraciada: no es estraño que me ocupase algun momento. ¡Las ideas que me ocurrían fueron tan diferentes! serán muy severos los que no quieran escusarme.

Llegó el dia y aun no sabia yo que hacer. En fin Rosamber, mi consejero, vino á determinar-me.

Rosamber. El señor Person resulta culpado, y debe sufrir la pena. Escribid á la señorita de Pontis una carta: encárguese de ella el ayo; que la entregue luego á la hermanita, pues esta no dejará de darla inmediatamente á su amiga.

Escribí (1), y el señor Person, que ahora es el hombre mas complaciente que pueda imaginarse, no puso reparo en encargarse de la comision delicada que yo le confiaba. La leyó al instante, y no tardó en traer-me la respuesta.

La carta de mi hermosa prima era corta,

(1) El lector creerá tal vez que voy á darle por orden de fechas toda mi correspondencia: no lo tema. De todas las cartas solo verá las indispensables para entender los hechos.

y así al instante estuvo leída. Rosamber saltaba de gozo.

Rosamber. Besad estos dos renglones: en que Sofía escribe: *Decis que no amais á la marquesa; ¡ ah! ¡ si yo pudiera estar segura de eso!*

En el esceso de mi alegría abracé á Person.

Person. ¿Con que estais contento de la respuesta? Pues aun tengo que daros noticia mejor.

Foblas. Decid, ayo mio, decídmelo prouito.

Person. Vuestra hermanita me ha preguntado con grande interes como estabais: cuando la supliqué que entregase la carta á la señorita de Pontis, se puso muy colorada: « Señor Person, decid á mi hermano que ayer » Sofía muy desconsolada me ha contado to- » do: que ahora conozco mejor que él la en- » fermedad de su prima: que yo he leído la » receta consabida, y que ya no me admiro » de que el baron esté enfadado... Esperad un » instante que voy á dar la carta... Tal vez es » ser demasiado complaciente; pero mi her- » mano se enfadaria y mi buena amiga pade- » ceria; yo no miro mas que á esto.» A paco rato volvió con su billete. Al darlo me ha preguntado, mostrando timidez, así como que no se atrevia, si volveria á veros. Le respondí que él señor baron os lo habia prohibido. Ella me dijo, *poniéndose muy colorada*, que madama *Munich*, aya de su amiga, se levantaba muy rara vez antes de las diez, y que

el señor baron su padre hacia otro tanto, pero que la puerta del colegio se abria á las ocho en punto. Está muy bien, señorita, le dije yo, mañana por la mañana vuestro hermano.... Ella interrumpiéndome dijo: ¿Sí? ¿mañana por la mañana? bien: que venga sin falta ninguna.

¡Cuanto tardó á pasarse el dia! ¡Que noche tan larga la que se le siguió! Mas de cien veces habria querido que las horas precipitasen su curso. Llegó por fin la mañana siguiente: fui volando al colegio; Adelaida vino al locutorio acompañada de Sofía.

Foblas. ¡Adelaida mia! ¡Señorita! *Coge d cada una las manos y se las besa. Sofía se conmueve tanto que tiene que sentarse.*

Sofía. ¡Vaya, que nos habeis tenido con tanto cuidado!....

Las lágrimas se le saltaron. ¿Como podré expresar la dulzura de las mias?

Adelaida. ¿Que tienes? ¿estás malo?

Foblas. No por cierto. En mi vida he tenido rato mejor.

Sofía, temblando. Pero los que pasais con la marquesa...

Foblas. ¡Ah hermosa! ¡ah, querida prima! ¿creeis que pueda yo amarla?

Sofía. ¿Pues si no por que le haceis tantas visitas?

Foblas. No volveré allá; juro que no volveré allá.

Sofía. Me engañais.

Foblas. ¿Yo? ¿por que os he de engañar, querida mia?

Adelaida. Puesto que mi hermano te ama, es claro que no pueda amar á la marquesa de Bahía....

Sofía. Con que, Adelaida, tú no sabes....

Adelaida. Si por cierto, bien sé lo que son zelos; tú me lo has dicho ayer; son un pesar que hace mucho mal, y que no hay razón para él. ¿Como te habia de decir mi hermano que te ama si no fuese así?

Sofía. ¿Y por que dice otro tanto á la marquesa?

Foblas. Os juro, Sofía, que os adoro desde el primer dia que os ví. Vos sola me habeis causado esta sensacion tierna y respetuosa que inspira la inocencia junta con la belleza, este amor verdadero que me devora, y que no puede uno menos de teneros. Vos, vos sola sois la que me ha hecho conocer que tengo un corazon: jamas amaré á nadie mas que á vos.

Sofía. ¡Ay!; si supierais el gusto que me da oirlo! (*Se reclina sobre el pecho de Adelaida y la abraza*) ¡Si vieras como te pareces á tu hermano! tiene tus mismos ojos, tu boca, tu frente (*le da otro abrazo*).

Adelaida, en tono de estar sentida. En verdad que otras veces me querias á mí por mí; pero ahora creo que no me amas sino por él... ¿Y es esto lo que se llama amor? Confieso que si ayer te miraba yo como una cosa triste, hoy observo ser bien seductor... Foblas ¿cuando te casarás con mi amiga?

Foblas. ¡Oh! padre se empeña en que ten-

go poca edad; pero si esta señorita lo permite....

Sofia. ¿Por que me llamais señorita? ¿no soy ya vuestra hermosa prima?

Foblas. ¡Ah, hermosa! ¡mas hermosa que nunca! Sí mas hermosa! Si lo permitís, iré á hablar á madama vuestra madre; le diré que adoro á su hija; que su hija me quiere; que me la dé por muger, que me una con Sofia.

Sofia. Mi padre no está en Paris... Los asuntos de familia... Yo os lo contaré todo; pero tengo que irme.

Foblas. ¿Como? ¿ya os vais?

Sofia. No hay remedio, es menester que me vaya antes que se levante mi aya...

Foblas. Con que mañana tendré la dicha...

Sofia. Mañana y todos los dias.

Adelaida. ¡Oh! no, queridos míos, no: eso no puede ser, porque lo notarian. Foblas, es menester que sea solo una vez por semana.

Sofia. Anda: ya tú sabes cuanto duerme madama Munich cuando bebe bien, y que suele hacerlo con frecuencia.

Foblas. ¿Como es eso, prima hermosa? Vuestra aya...

Sofia. Gusta de vino y de licores: es alemana.

Foblas. ¡Oh! Entonces podré yo venir...

Adelaida. Dentro de tres ó cuatro dias; porque si no seria esponernos (*Sofia suspira*).

Sofia. ¡Ay! Sí, porque si nos quitasen el verños... A dios, querido primo. (*Se fué y vol-*

vió). ¡Ay! no vayais á casa de la marquesa, os lo suplico.

Adelaida. No vayas, no. ¿Lo entiendes? Y si ella fuere á tu casa, dile que no vuelva.

Lectores setuagenarios y gotosos, á vosotros dirijo ahora mi discurso. La vejez y las enfermedades no siempre han entorpecido vuestros pies; ni helado vuestros corazones. En otros tiempos tambien tuvisteis citas á las que fuisteis corriendo y aun volando, y volviais del mismo modo. Yo debo creer que no habreis olvidado esto, y asi os persuadireis muy bien de que volví á mi casa tan veloz que aun dormia mi padre cuando llegué.

Todo el dia se me pasó pensando en mi felicidad, y la noche siguiente fué tan larga como la otra me habia parecido corta. Yo dormí con el placer de gozar de los sueños mas agradables; en ellos ví á Sofia, y no mas que á Sofia, cosa bien dificil, por lo que tal vez no será creida.

CAPÍTULO XVII.

Visita de Foblas á la marquesa de Babia.

YA era cuasi medio dia cuando llamé á Jazmin.

Foblas. Ayer no me dijisteis como está la marquesa de Babia.

Jazmin. ¿Ayer? Señor, usted no me mandó ir allá.

Foblas. ¡Como es eso! ¿no has ido allá, Jaz-

min? ¿Sabes que está enferma? Ve al instante, corre.

El enviar recado á casa de la marquesa no era ir yo allá: cualquiera conocerá que yo no faltaba de ningun modo á la palabra que habia dado á Sofia. Ademas hay ciertas obligaciones políticas en la sociedad á que un caballero no debe faltar.

Jazmin volvió al cabo de una hora.

Jazmin. Señor, Justina me ha dicho que la señora marquesa estaba peor, y que temia que la calentura se aumentase.

Foblas. ¿Temen que la calentura se aumente?... ¡Con que es cosa seria!

Jazmin. Sí señor: Justina me ha dicho en secreto que advirtiese á usted de su parte que el señor marques se habia ido á Versalles, y que no volverá en tres dias.

Foblas. Está bien, vete.

¡Temen que la calentura se aumente!... Pobre vizconde de Florvilla.... Los insultos del baron.... mi ingratitud.... en verdad ella tiene razon de quejarse de mí. Yo la engañé... No tenia mas que haberla dicho que amaba á otra... ¡Está peor! ¿Y si se aumenta el peligro! ¿Si la marquesa en la flor de su edad parece de una calentura continua? ¡Ah! ¡toda mi vida tendria yo sobre mi esta muerte y creeria ser la causa!... Esta idea me aflige mucho... ¡Oh mi amada Sofia! mucho te quiero, pero ¿deberé dejar que la marquesa muera de pena? (*Llama á Jazmin y este se presenta*). Vuelve, allá, Jazmin, y pregúntale á Justina, si podré ver á la señora mientras el marques está fuera

para tranquilizarla.... y consolarla un poco... Jazmin, si te dice que sí, infórmate de la hora, de la puerta por donde debo entrar; en fin lo arreglarás todo con Justina.

Jazmin. Está bien.

Foblas. Anda, vete pronto.

No tardó en volver. Justina le respondió que no creía que la señora se hallase en estado de recibir á nadie, ni sabia tampoco si le gustaria mi visita; pero que nada se perdía en hacer la tentativa; que yo sabia el camino; que esta noche á las nueve, vaya por la puerta cochera; que pase corriendo á la escalerita secreta, y abra la puerta del gabinete con la llave que dió; que si la señora se enfadaba, ella no queria salir responsable de nada y seria cosa mia.

A las nueve en punto llamé en casa del marques.

El portero. ¿Por quien pregunta usted?

Foblas. Por Justina.

Pasé corriendo, y hallé á Justina de centinela en la puerta del gabinete.

Foblas. ¿Como está?

Justina. Así, así.

Foblas. ¿Está ahí?... ¿en su alcoba?

Justina. Sí por cierto, en la cama.

Foblas. ¿En cama?

Justina. Sí señor.

Foblas. El tonto de Jazmin no me ha dicho nada. ¿Está sola? Las criadas....

Justina. Está sola; pero yo no me atrevo á decirle que está usted ahí (*Haciendo la picaresca como que lo sentia asi. Foblas la abraza como distraido*).

Foblas. ¿Ves ese demonio de otomana? No la olvidaré en mi vida. *(Como por distraccion echa Justina sobre la atomana. Ella manifiesta haberse asustado de veras)*

Justina. ¡Ay Dios mio! la señora va á oirlo, porque está dispierta.

La marquesa, esforzando la voz que está debil. ¿Quién está ahí?

Justina abriéndole la alcoba. Señora, es...

Foblas, cogiendo la mano con que la marquesa abria la cortina. Soy yo vuestro amante que lleno de pena....

La marquesa. ¿Cómo es eso? ¿quien os ha abierto la puerta? ¿quien os ha dado permiso?...

Foblas. Creí que perdonariais.

La marquesa. Está bien, caballero. ¿Qué pretendéis? ¿quereis insultar aun mis propias penas? ¿aumentar mis pesadumbres? ¿agravar mis males?

Foblas. Al contrario, vengo para tranquilizaros.

La marquesa. ¿Tranquilizarme? ¿Podreis hacer que yo misma no haya oido lo que dijo vuestro padre, y que no haya leido lo que habiais escrito? *(La marquesa se esforzó á ocultar sus lágrimas).*

Foblas. ¿Y por que me habeis de echar la culpa de lo que hizo mi padre? Por lo que hace á la carta, os diré....

La marquesa. Caballero; yo no pido satisfacciones, ni quiero que me las deis.

Foblas. Decidme á lo menos si estais mejor desde ayer.

La marquesa. Peor, caballero, peor. Y ¿qué os importa? ¿qué interes teneis acerca de mi persona?

Foblas. ¿Es posible que me preguntéis eso?

La marquesa. Cierto: ya se ve: no tengo razon.... pues que no estaré bien convencida de que no me amais nada.

Foblas. ¡Querida mamá mia?

La marquesa. ¡Ay! dejaos de eso; por que me recuerda mis yerros y mi dicha; ¡ay! ¡esta pasó volando! solo ha quedado la memoria de un jóven demasiado amable y demasiado amado; de un jóven cuyo falso candor me sedujo, cuyos hechizos poco comunes me hicieron perder la cabeza. Yo me lisonjeaba de que su ternura seria un premio de la mia... Pero ¡ay! él me hacia traicion á sangre fria... ¡Cruel! ¡Tan jóven y ya poseeis hasta tal grado el arte de engañar!

Foblas. No, no; no os engaño.

La marquesa. No, ingrato, id á los pies de Sofia y hacedle un mérito de mis pesares. Decidle que la marquesa indignamente sacrificada, llora de haberos conocido: y para que sea mas completa mi humillacion, id á encontrar á vuestro padre, á ese padre que me acrimina porque os manifiesto mi ternura; decidle que su digno hijo me ha castigado bien cruelmente por ella; pero Foblas acordaos á lo menos de que esta muger, á la cual os han pintado ardiente, arrebatada, viva, devorada solo de la sed de los placeres.... no puede resistir la pena de haber sido tratada con tan-

ta crueldad, y nunca se consolará de haberos perdido.

Foblas. ¡Querida mamá mia! ¿Pero no conocéis que es lo que me trae aquí?

La marquesa. Sí: la lástima que no pueden menos de causaros mis pesadumbres; la lástima que me ofende.

Foblas. No, no es eso; es el amor; el amor mas grande....

Cogí una de sus manos que ella no retiró. No puede nadie figurarse cuanto me habian conmovido sus quejas, y cuanto padecia de verla en aquel estado.

La marquesa. ¡Ah! ¡cómo conociais mi debilidad y mi credulidad! Vamos, Foblas, sentaos ahí. (*Se sienta en el borde de la cama*). ¡Ay! ¿y si viene alguno? ¿si os ven ahí? hacedme el gusto de llamar á Justina que está ahí en este gabinete. (*Justina entra*). Mira, muchacha no dejes entrar á nadie.... Dirás á las otras que estoy descansando, y encarga bien en la antesala que no dejen entrar á nadie... amigo mio, cenereis conmigo.

Foblas. Con muchísimo gusto.

La marquesa. Mira, Justina, diles que me traigan alguna ave.... les dirás que estoy adormecida, fatigada, que antes de acostarnos me parece que comeria con gusto un aloncito.... y sobre todo quiero que me dejen sosegar.... Tú, Justina, tendrás sin duda un apetito excesivo; ya me entiendes.

Justina. Si señora (*Riéndose*): sí, esta noche es preciso que coma por dos.

Apenas se salió Justina, dí un abrazo muy

apretado á la marquesa, y despues del prelu-
dio de unas cuantas caricias, quise llevar mi
empresa demasiado adelante. Ella se resistió
de un modo que yo no esperaba, y Justina
que traia un pollo, me obligó á suspender
el ataque. La marquesa no quiso comer. Yo
mientras devoraba el pollo, consideraba la pie-
za con tal atencion que mi hermosa marquesa
lo advirtió.

La marquesa. ¿Qué viene á ser lo que tan-
to os llama la atencion.

Foblas. Este cuarto que examino con aten-
cion. Me parece que aquí.... (*La marquesa lo
comprende*).

La marquesa. Sí, ahí es donde la cara de
la señorita Duportal me ha jugado una bue-
na pasada!

Foblas. ¿Por qué decís eso?

La marquesa. ¿Por qué? Porque Foblas
es un embustero, seductor, y picarillo.

Foblas. Vaya ¿quereis que riñamos otra vez?
Ciertamente, mamá mia, teneis unas cosas....
quereis que riñamos y despues no quereis que
hagamos las paces....

La marquesa. Pues vaya, señor libertino,
ingrato, es cierto que teneis bellísimas razones
para lo contrario. Sí, vos quereis hacer las
paces; eso es lo que quereis: pero ¿la riña?
eso no. Y por fin ya que hablamos de eso;
preguntad al baron si es forzoso que....

Foblas. ¡Cómo! mamá mia; lo que mi pa-
dre á dicho, podría estorbar....

La marquesa. Sea eso, sea otra cosa,
lo cierto, señor conquistador, es que por

esta noche no habrá de estas paces entre nosotros aunque las queráis.

Foblas. Mamita mia es preciso que las hagamos.

La marquesa. Os aseguro que no.

Foblas. Os protesto que sí.

El tono tan determinado con que lo dije, me pareció haberle dado miedo, pues se puso del modo que consideró mas á propósito para oponerse.

Foblas. Sí, sí, preparaos, preparaos como queráis, pero cuando yo acabe de cenar y Justina se haya ido lo vereis.

La marquesa. Justina no se irá.... Muchacha, no te vayas.... Caballerito; sentaos aquí.. Un poquito mas arrimado á mí... ahí estais bien; tengo que deciros.

Me echó su brazo por detras de mi espalda; apoyó su cabeza en mi hombro, y despues de haberme dado un beso, me dijo en voz sumisa.

La marquesa. ¿Me amais?

Foblas. No lo dudeis.

La marquesa. Pues dadme una prueba.

Foblas. con mucha viveza. ¿Y cual es?

La marquesa. De no insistir esta noche en que hagamos las paces.

Foblas. ¿Y por qué?

La marquesa. Porque tengo calentura, y os contagiare.

Foblas. Bien está: ¿y qué importa?

La marquesa. ¿Qué importa? Me gusta la respuesta. ¡Ay, amigo! ;no es tan cuerda como lisongera!... Querido Foblas, no quiero

yo un gusto que os costaria la salud. ¿Qué muger habria tan poco mirada que comprase á tanta costa los rápidos momentos de un gusto, tanto menos dulce cuanto es mas repetido? ¿Qué muger seria tan ciega é insensible que, entregándose á ti, no lo hiciese mas que por el atractivo del placer? ¿Seré yo la que debilite tus fuerzas? ¿La que aniquile tu juventud? ¿La que altere la buena figura que te dió la naturaleza? ¿La que destruya una de las obras maestras que supo formar? No, mi querido Foblas, no por cierto; para librarte de ese peligro, yo combatiré mis deseos y mi debilidad; en cualquiera ocasion me hallarás pronta para cuanto sea tu placer y tu bien; y lejos de prepararte dias de tristeza y de dolor, daré, si fuese necesario, mi vida para prolongar y hacer mas agradable la tuya. ¡Oh el mas amable y mas amado de los amantes! no es verdad, no, que yo te quiero por mi placer; te amo por ti mismo; digan lo que se les antoje.... Amigo mio, dadme palabra de no insistir por esta noche.... Y Justina se saldrá; tú estarás ahí, te veré, te oiré, me dormiré tal vez arrimada á tu pecho, seré muy afortunada.... Amigo mio, dame tu palabra de honor.... Vamos, caballero, responded... Vaya... Mirad.... ¡Oh! ¡cuanto lo piensa!.... ¡una cosa tan sencilla!.....

En efecto la marquesa tenia razon, porque de veras yo estaba reflexionando. Pensaba en Sofia, y le ofrecia las provisiones que me imponia: esta idea me daba valor para suportarlas, y prometí á su rival estarme quieto.

Entonces la marquesa dijo á Justina que se fuese.

La marquesa. Estoy contenta de lo que habeis ofrecido. (*Con ayre de satisfaccion*).

Hablemos tranquilamente. Este placer puede no ser tan vivo como el otro, pero es mas duradero.... ¿De que os reis?

Foblas. De una cosa que me ha ocurrido, que tal vez os parecerá estraña.

La marquesa. Vamos, amiguito, ¿que es?

Foblas. Si á una muger que espera á su amante, se pudiera imponer la condicion de verle dos horas sin hacer mas que hablarle, ó solos cinco minutos empleados en lo que quisiera, ¿que os parece? ¿cual extremo escogeria?

La marquesa. Amigo mio, muchas damas hermosas se hallarian apuradas para escoger. Se dice que hay algunas para quienes hablar con pasion es el *non plus ultra* del amor, y que todas las demas funciones les cuestan sacrificios para condescender: si es cierta la existencia de tales damas, yo creo que son poquísimas; pero por el contrario hay muchas muchísimas (yo lo aseguro) para quienes todas esas conversaciones y esa inaccion por espacio de dos horas, son cosas muy ridículas. Conozco algunas que mas querrian quedarse mudas toda su vida.

Foblas. Pero vos no sois de esas, mamá mia.

La marquesa. Yo seria del partido que conciliase á las unas y á las otras.

Foblas. ¿Sí, de veras?

La marquesa. Sí, amigo mio, las dos horas de conversacion serian para hoy por ejemplo, y los cinco minutos para mañana.

Foblas. ¡Para mañana! No lo echeis en olvido. ¡Cuidado!

La marquesa. ¡Ay!

Foblas. Lo habeis dicho.

La marquesa. Sí, pero esto no era mas que una hipótesis.

La marquesa manifestó mucho talento y juicio en la conversacion: descubrí en ella mil perfecciones que aun no habian tenido tiempo de notar. Me admiró con una multitud de dichos satíricos, ingeniosos, discretos, y aun con pensamientos algo filosóficos, únicamente privado de reflexiones morales. Admiré sobre todo la espresion elegante y fácil que algunas veces da el mucho trato del mundo; ese talento naturalmente agudo que no se adquiere jamas; ese buen gusto de que tanto necesitan nuestros ingenios que no quiero nombrar; y un saber que no suelen reunir las mugeres hermosas.

Me pareció que apenas habia un cuarto de hora que estaba con ella cuando sonaron las doce.

La marquesa. Ya es hora de recogerme, amigo mio. Es preciso que Justina os acompañe hasta la puerta, porque mi portero no entiende de razones. (*Justina que estaba con cuidado; acude apenas toca la companilla* Muchacha, acompaña á tu cortejo.

Foblas. ¿Como es eso? ¿Su cortejo?

La marquesa. ¿Sí por cierto; no consi-

derais que Justina introduciendo de noche á un hombre jóven, y acompañándole á media noche para que se vaya, pasará plaza de ser su cortejo? Estoy bien segura de que mañana no hablarán de otra cosa en la portería, pero ella está segura de que yo sabré recompensarla generosamente de cuanto pueda sucederle por mi causa. A Dios, mi querido Foblas, á eso de las ocho nos veremos mañana ¿Que sí?

Foblas. A mas tardar.

La marquesa. Estaré enferma para todos; amigo mio... Vamos, muchacha, acompañale, porque al fin es menester cuidar tambien de tu reputacion; cuanto mas tarde se vaya, mas se divertirán á costa tuya.... Idos sin luz para que no os vean en la escalerita, y poco á poco para no haceros mal.

Justina y yo nos entramos en el gabinete; yo cerré con mucho cuydado la puerta de la alcoba; mientras Justina abria la de la escalerita, en lugar de ir tras ella, para lo que me daba la mano, la tiré hacia mí, y la dije tan sumisamente que apenas me oyó.

Foblas. Muchacha, ya te acuèrdas de lo que pasó en la otomana, quiero vengarme; ayúdame y no hables palabra.

Justina que siempre estaba dispuesta á servirme, lo hizo tan perfectamente que ni la misma marquesa lo hubiera hecho mejor. Jamas conocí con tanta perfeccion como entonces, cuanta razon tenia el primer autor que escribió que la venganza es el placer de los dioses.

Cualquiera que observe mi modo de pensar, que considere mi edad y examine mi posicion, verá claramente que yo no podia faltar de ningun modo á la cita dada para el dia siguiente. La marquesa esperaba con impaciencia; al instante que me vió, me hizo las caricias mas lisongeras y mas tiernas que pueden imaginarse, y me llamó con los nombres mas dulces. Satisfizo mi curiosidad, siempre impaciente, con una complacencia que me parecia de buen agüero, pero detuvo mis deseos como en el dia precedente al tiempo mismo en que yo queria satisfacerlos; y pretestando aun su maldita calentura, no quiso darme la prueba cierta de la ternura de un amante, prueba tan deseada de los jóvenes y tan necesaria para el mas ardiente de todos ellos: llevé mi pena con bastante resignacion, esperando que á lo menos la hermosa criadita se compadeceria de mí al tiempo de salir. La marquesa, que ya estaba levantada, me acompañó hasta la puerta de la escalerita secreta. Yo conocia que Justina sentia mi pena; ¿pero me habia de consolar en el patio? Llegué á mi casa bien casto, desesperado, y de mal humor.

CAPÍTULO XVIII.

Nuevas amistades en la ópera.

ROSAMBER, á quien conté los rigores de mi querido cortejó, no se admiró, y dijo:

Rosamber. Ya he dicho que la marquesa

de Babia se conduce segun las circunstancias y varía el modo de portarse segun los acaecimientos. Ella considera los actuales como enlazados con los de Sofía. Sean las que fueren las calidades físicas y morales de la señorita de Pontis, ella será para vuestros ojos, supuesto que la amais, hermosa, discreta y dotada de talento. Esta pasión es legítima, honesta y virtuosa, y al fin, como que es el primer amor, nace de inclinación, vive de privaciones, y crece con los obstáculos, con el hábito y con la esperanza. Pero esta señorita es una rival peligrosa para la marquesa. Esta señora lo ha conocido así, no lo dudeis: esto es lo que ha considerado y creído la marquesa; pero despues de haber examinado los medios de que podia valerse su enemiga, calcula sus propias fuerzas, y la debilidad del jóven Adónis cuyo corazón irresoluto se disputa....

Noblas. ¿Rosamber, irresoluto llamais á mi corazón?

Rosamber. Sí por cierto, *irresoluto*: á lo menos lo es actualmente; amais á la una, y sin embargo no os resolveis á sacrificar la otra... vuestra edad, los placeres tienen un atractivo irresistible. Ya sabeis de que placeres hablo. Sofía no puede proporcionarlos ahora. La marquesa de Babia los dispensa con interes. Pues ahora bien, amigo mio, si quereis que os lo diga en dos palabras, el plan de la marquesa será escitar continuamente vuestros deseos, satisfacerlos alguna vez, y no agotarlos jamas. Desde ahora para que sus favores sean mas preciosos, los dispensará mucho menos. Creedme,

tendrá que sufrir ella misma las privaciones que os impondrá, pero ha jurado conservaros á toda costa.

Ya es tiempo de que volvamos á Sofia. Amaneció el tercer dia. Puedo ir al colegio á ver á mi hermosa prima. ¡Oh! ¡que hermosa se habrá puesto de tres dias á esta parte!

Durante dos meses con corta diferencia tuve la dicha de hablar con ella en el locutorio dos veces por semana. ¡Oh poder prodigioso de las virtudes y de la belleza reunidas! Cada vez que salia de ver á Sofia juzgaba imposible amarla mas, y cada vez que la ví de nuevo, conocí que mi amor habia crecido.

No obstante, debo confesar que durante los dos meses ví frecuentemente á la hermosa marquesa, la que siguiendo el plan de reforma, economizaba los placeres tanto que algunas veces me reusaba lo necesario. Es verdad que mi hermosa Justinita, que sabia muy bien las señas de mi casa, venia de *incógnito* á recibir las sobras de su amá, ó los frutos de su economía,

El señor Duportal, impaciente de no haber adquirido noticias de su hija, partió para Rusia, con la esperanza de adquirir algunas en aquel imperio.

Un dia que yo estaba con Rosambert en la ópera, encontramos al marques de Babia. Este saludó al conde con un cumplimiento muy frio, pero á mí con mucho cariño. Dióme quejas de que habia mas de dos meses que no habia tenido el gusto de verme, y luego me dijo:

El marques. ¿Como está vuestro padre?

Foblas. Bueno para serviros, señor marques, pero actualmente está en Rusia.

El marques. ¡Ah! ¡ah! con que es verdad que....

Foblas. Es muy cierto.

El marques. ¿Y la señorita?

Foblas. Mi hermana está muy buena.

El marques. ¿Siempre en Soissons?

Foblas. Sí señor.

El marques. ¿Y cuándo vuelve por acá?

Rosamber. ¡Oh! para el carnabal.

Para desvanecer esta chanza, cuyas consecuencias empecé á temer, aseguré al marques que mi hermanita pasaria el invierno en Paris.

El marques. ¿Con que no vivís ya cerca del arsenal?

Foblas. Siempre habitamos en la misma casa.

El marques. Si es así, es preciso que encarguéis á vuestros criados que sean mas atentos. Me han dicho que vuestro padre se habia ido á Rusia, pero cuando les pregunté por vos, y por vuestra hermanita, me han respondido con mucha sequedad que el señor Duportal no tiene hijos.

Rosamber. ¡Oh! es que su padre los sujeta mucho, y no les permite que tengan visitas.

Foblas. Lo que os han respondido, será conforme á las órdenes dadas por mi padre.

El marques. Así será: pero yo creía que vuestro padre era hombre de mas razon; un

jóven debe tener un poco de libertad. En cuanto á una señorita, vaya, hay mucha diferencia. El cuidado con las hijas nunca es demasiado; y eso no obstante yo conozco señoritas muy decentes á quienes no se les sujeta bastante.... (Cuando decia esto, miraba á Rosamber con un cierto aire de ironía) ¿Pero á vos? ¿Eso es demasiado rigor! Venid acá y os proporcionaré alguna diversion, algún medio de distraeros.... la marquesa está ahí, voy á presentaros á ella.

Foblas. Señor marques, no puedo....

El marques. Venid, venid, yo se que ella os recibirá muy bien.

Foblas. No lo dudo, supuesto que yo fuese presentado por vos. Pero, señor marques....

Rosamber. Vamos, á que vienen todos esos cumplimientos?

El marques (Dirigiendo la palabra al conde, despues á Foblas). La marquesa es amabilisima. ¿No es verdad? Y tiene mucho talento. Si no fuese así, yo no me hubiera casado con ella,

Rosamber. Si señor, es cierto que la marquesa tiene mucho talento; y el señor lo sabe muy bien.

Foblas. Así es; mi hermana me lo ha dicho.

El marques. ¡Ah! vuestra hermanita.... !Oh! si... Os aseguro, caballero, que á mi muger no falta sino ser un poco mas fisonomista, pero con el tiempo se conseguirá; si, se conseguirá.... he notado ya que tiene inclinacion natural á las figuras hermosas... Vos, señor Duportal, sois de un personal muy atrac-

tivo, y por otra parte os pareceis muchísimo á vuestra hermana á quien la marquesa quiere infinito. Venid, seguidme, voy á presentaros á la marquesa.

Foblas. Señor marques, siento en el alma no poder corresponder como debo á vuestra bondad, pero estoy viendo la ópera de hurtadillas, por decirlo así; en mi casa no saben nada, y voy á ocultarme en el patio.... No me atrevo á presentarme en un palco, no sea que alguno de los amigos de padre me vea y se lo escriba: no podeis figuraros que pesadumbre tendria yo cuando el señor Duportal volviese.

El marques. ¡Ah! si. Hay padres muy ridiculos.... Otra cosa. Yo tenia que preguntaros... ¿Conoceis á un tal Foblas?

Foblas. (Secamente). No.

El marques. El conde lo conocerá tal vez.

Rosamber. ¿Foblas?... Si... Me parece haber oido este nombre... Lo he visto no sé donde... (Cogiendo por la mano y hablando bajo al marques) Nunca habéis de Foblas delante de Duportal: estas dos familias son enemigas mortales una de otra.... El dia menos pensado habrá una de san Quintin entre ellas.

El marques. ¡Ah! vaya; todo lo han sabido sin duda. (A media voz)

Rosamber, en voz baja. ¿Como todo? ¿Que es eso?

El marques. ¡Oh! si ya me entendeis.

Rosamber. No por cierto, el diablo me lleve si os entiendo.

El marques. ¡Oh que sí! Pero tenéis razón. En vuestro lugar, yo disimularia del mismo modo.

Rosamber. Os doy mi palabra....

El marques. Vamos, dejemos eso. (*Alzando la voz.*) Decidme ahora, Rosamber, pues yo soy un pobre diablo que no tengo rencor á nadie, porque hace ya seis semanas que no venís á vernos?

Rosamber. Tengo que hacer.

El marques. Sí, que hacer con las mozas... Andad: á mí no me la pegáis. Vamos, espero que á lo menos vendreis á saludar á la marquesa.

Rosamber. Seguramente, caballero. ¿Gustais de esperarme aquí un instante?

El marques al irse me repitió que sentia mucho no presentarme á la marquesa.

Al cabo de un cuarto de hora volvió Rosamber riéndose á carcajadas.

Rosamber. Parece que la marquesa no se ha disgustado de verme. Me ha recibido con mucha cortesia, y nos hemos tratado uno á otro como personas que se acuerdan de haberse visto muchas veces en las tertulias. No obstante la marquesa estrañó un poco lo que le dijo su buen marido, de que yo estaba aquí con el hijo del señor Duportal, y que este no se habia atrevido jamas á presentarle sus respetos. Ya os hareis cargo de que no teniendo yo nada que ver con la marquesa, no me he metido en decir cosa que pudiera serle desagradable, sino al contrario he contribuido caritativamente á engañarme á mi mismo,

adoptando sus ideas tan buenamente como su caro esposo. Lo particular es que de cuando en cuando he oído en esta graciosa escena cosas que no he comprendido, y que me han divertido mucho por otra parte. Vos podreis esplicármelas, Foblas. Oid: aunque el marques hablaba bajo, entendí perfectamente que decía: « Bien te decía yo que la señorita Duportal no era honrada. Todo se ha sabido los Duportales estan furiosos, y si encuentran al tal Foblas, él se las pagará. Estoy bien seguro que el viage de la señorita á Soissons y del padre á Rusia no son mas que pretestos. El padre lo merece bien por que tiene al hijo en mucha sujecion, y permite á la hija que haga cuanto le da la gana » He aquí, Foblas, poco mas ó menos lo que dijo el marques. Vos entenderéis esto. Esplicadmelo por Dios.

Conté haber encontrado el marques mi cartera en un *lugar sospechoso*; haber probado por este medio á su muger que la señorita Duportal era una p..... haberle obligado la marquesa á darle las cartas y la cartera en la otomana, estando yo presente. El conde se rió á carcajadas.

Rosamber. ¿ Por qué no habeis dejado al marques que os presentase á su muger?

Foblas. Amigo mio, si yo estuviera enamorado de la marquesa, y no hubiera otro modo de verla, hubiera aprovechado la ocasion; pero viéndonos con facilidad, ya en una parte, ya en otra, y no faltando parages donde juntarnos? para que nuevos enredos y

tener que hacer otro papel mas?

Rosamber. ¡Toma! Eso habria dado lugar á cosas muy graciosas; á la marquesa no se hubiera escapado la ocasion.

Acabada la ópera, acompañé á *Rosamber* al palco de madamita *Franca* con quien tenia trato particular. Con esta princesa estaba una bailarina, nombrada *Coralia*.

Franca, despues de mirarme de pies á cabeza. ¡Hermoso jóven!

Coralia. ¿Es el amor, ó el baroncito de Foblas?

Foblas. Señoras; me llenais de rubor. Os doy infinitas gracias por vuestra bondad:

Franca. Os he visto de paso en algun parage, y hace muchos meses que oigo hablar de vos todos los dias. Vos podreis ser una hermosa muchacha, pero por lo que á mi toca, yo mas quiero un buen mozo.

Foblas, (fijando la vista en *Rosamber*). Vos sin duda habeis dicho que....

Rosamber. Os juro que no.

Las dos señoras se hablaban al oido, y *Coralia* se reia como una loca.

Desde luego podeis discurrir lectores míos, que al instante se dispuso una partida de juego á cuatro; que cenamos en casa de la diosa *Franca*, que yo acompañé á la ninfa *Coralia* á su casa, y que me dió parte en su cama. ¡Quien ignora que las divinidades de ópera son mortales muy débiles! ¡Oh! ¡la ópera es el pais en que las pasiones se tratan con mas ligereza, pues los amores comienzan, llegan á su término y se concluyen en una misma noche!

Coralia no era ni buena moza, ni, hermosa; pero tenia una viveza muy agradable, un atractivo gracioso, y cierta gustosa jerga para el lenguaje del amor. Era alegre y algo desvergonzada, de modo que escitaba los deseos: tampoco se le debe negar el mérito que tenia de ser alta, bien hecha, hermosa mano, pié bonito y soberbia piel. Por otra parte; Coralia era tan maestra en las voluptuosidades secretas!; Agotaba con tal maña todos los recursos del arte!... En sus brazos ya no me acordé ni de Justina, ni de la marquesa de Babia.

Pero por una singularidad que no me dedicaré á explicar, la imágen de las virtudes mas puras se apareció á mi alma en el centro del libertinage; y en uno de aquellos momentos, en que el hombre mas atolondrado no habla sino por monosilabas ó largos suspiros medio ahogados, yo tuve la distraccion de prorumpir: *¡Ay Sofia mia!* en lugar de *Coralia mia*.

Coralia. ¿Sofia? ¿Con qué la conocéis? ¡Bueno! Es una tonta, una tunanta, una pícara que jamas fue bonita, y ahora está ya pasada.... No le fué mal la semana anterior.

No pudo decir mas, pero aunque habló con tanta ligereza, empleó tan bien el tiempo, que yo no sabia que admirar mas, si la agilidad de su cuerpo tan flexible, ó la suma ligereza y espedicion de su lengua.

Eran ya las diez de la mañana cuando dejé á Coralia. El barón que supo que no estaba en casa, me esperaba impaciente; y me hizo acordar, con un tono muy severo, de que

me tenia prevenido que no durmiese nunca fuera de casa. Despues de esta repasata subí á mi cuarto, y encontré al señor Person que me estaba esperando: iba yo á reconvenirle sobre la traicion que me habia hecho; pero no me dió lugar, pues antes de decirle nada dijo él:

Person. Señorito: era imposible que el señor baron ignorase esta escapatoria que habeis hecho por la noche, y en tal caso es obligacion del ayo advertir al padre: si hubiera dado lugar á que el portero ú otro criado se lo dijese antes que yo, habria sido simpleza mia, y dar lugar á la sospecha de que procedemos de acuerdo.

No tuve que responder á cosas tan bien dichas, y por otra parte yo estaba ya con otras preocupaciones. Jazmin venia de darme una carta que le habian entregado una hora antes. Estaba viendo y me admiraba que el sobrescrito decia á la señorita Duportal. Abríla de prisa y decia:

«Una cierta persona que se va hoy á Versailles me asegura que la señorita Duportal no está en Soissons, y que sin duda ninguna está oculta en las cercanias de Paris. Si es así, esta bella señorita que debe acordarse de mí, montará mañana á caballo con su vestido de amazona, y vendrá con un solo criado sin librea á buscarme á las ocho en punto al bosque de Bolonia, y á la puerta misma de Bolonia. Soy como debo persuadirmelo, el que ella ama, aun, etc.

«*El vizconde DE FLORVILLE.*»

En efecto, dije, hace ya tiempo que lo prometí al vizconde: vamos, esto se hará mañana por la mañana: Jazmin vendrá conmigo, dije á mi criado. Salimos, y compré un hermoso almuerzo de China, y se lo dí á Jazmin para que lo llevase de mi parte á la señora Coralia, á la calle de *Meslée*, puerta de san Martin, número doce:

Al volver mi criado le pregunté:

Foblas. ¿Qué te ha dicho la señora Coralia?

Jazmin. Me ha hecho repetir muchas veces su nombre de usted. *Está muy bien; ¿es de parte del señor baroncito de Foblas, un jóven... muy jóven,... que á lo mas tiene diez y siete años?*

Foblas. ¿Pues qué lo conoce usted, señorita?

Jazmin. Si por cierto: pero conviene siempre quedarse no con dudas. Digale usted que le espero á cenar mañana.

Foblas. Jazmin, ¿te ha dicho á cenar mañana? ¿Cómo lo compondremos? Tengo que ir á pasar el dia con el vizconde de Florvilla. ¿Pero que importa? No quiero disgustar á Coralia.

CAPÍTULO XIX.

Metamórfosis peligrosas.

HABIENDOSE ido Jazmin me quedé solo y absorto en reflexiones. ¡Oh mi hermosa prima! ¡Cuantos agravios, cuantas infidelidades

te hago! Pero.... ¡infidelidades! ¡Ah! no por cierto. Ofrezco á mis cortejos un homenaje impuro, que no admitiria mi virtuosa Sofia, y que profanaria su modestia.... ¡Mas la marquesa de Babia, Justina y Coralia juntas!... ¡Tres al retortero! ¡Bien está! ¡Ojalá fueran ciento! ¿Qué importa? El número mismo ¿no es mi excusa? Si yo amase á la marquesa, ¿le daria un rival? ¿querria yo á esta si tuviese pasion por Justina, ó por Coralia? ¡Oh! no por cierto. Las tres intrigas no suponen nada... Son placeres pasajeros.... Son fuego de la juventud. Es cierto que la marquesa me parece mucho mas amable que las otras dos; pero al fin solo mi hermosa prima me inspira un amor puro y desinteresado.... Sí, Sofia mia, sí, mi querida Sofia, es claro que solo te amo á tí.

Al dia siguiente Jazmin y yo estábamos á las ocho en punto á la puerta de Bolonia; yo con mi amazona inglesa, y mi sombrero de castor blanco. Los que pasaban, se detenian á mirarme. Unos dicen: ¡hermosa muger! otros; ¡esta inglesa monta muy bien! Todo me lisonjaba mi amor propio. El vizconde de Florvilla no me hizo esperar mucho, venia en un hermosísimo caballo que manejaba con mas gracia que vigor.

La marquesa. Señorita, si os parece almorzaremos en San-Clu.

Foblas. Con mucho gusto, caballero; y ¿donde appearémos? ¿en una fonda?

La marquesa. ¡Oh! eso no, eso no, amigo mio.

Foblas. ¿Cómo es eso de *amigo mio*? ¿os olvidais, caballero, que hablais á una señorita?

La marquesa. Sí, amiga mia, me olvidé; ni me acordaba ya que soy el vizconde de Florvilla.... Yo soy un atolondrado, y vos una señorita loca. Foblas, ¿no os parece bien singular esta metamórfosis?

Foblas. Es muy singular; pero ya no tiene remedio; todo el dia habeis de ser vizconde de Florvilla, yo la señorita Duportal. No lo olvideis. El que lo yerre....

La marquesa. Dará en pena un beso al otro.

Foblas. Me conformo, señor vizconde.

Quando llegamos á San-Clu, nos debiamos mutuamente á lo menos cincuenta besos. A un tiro de fusil del puente, dijo el vizconde que podiamos apearnos. Entramos en una casita hermosa en que no habia una alma, y tenia solo un alto. La pieza en que me hizo entrar el vizconde, me pareció mas cómoda que adornada.

La marquesa. Perdon, señorita; tengo que ir á que metan los caballos en la cuadra.

Volvió al instante y dijo: he mandado á Jazmin que almuerze y vuelva dentro de una hora.

Luego me enseñó en un armario varios platos frios, algunas cosas para postres y buen vino.

La marquesa. Señorita, ayunaremos, pero tendremos el gusto de que los criados no nos estorben.

Foblas. Muy bien, señor vizconde, pero vamos pagando la pena.

La marquesa. ¡Ah! ¿Como es eso? ¿Una señorita se esplica de ese modo?... Yo quiero ante todas cosas comer algo.

El vizconde de Florvilla, como si fuera una petrimetra, no hizo mas que roer un alon-cito. La señorita Duportal, muy mal criada, comió como un lobo.

Las multas que habia que pagar, me incomodaban. Quise dar un beso al vizconde.

La marquesa. Señorita, yo soy á quien corresponde atacar.

Me cogió por la mano, me hizo levantar tar de la mesa y quiso abrazarme. Yo le se paré con viveza.

Foblas. Caballero, dejadme, sois imper-tinente.

El vizconde, mas obstinado que emprende-dor, parece que no queria mas que dar-me un beso, y se reia mucho de la resistencia que yo hacia, Mas acostumbrado á resistir que á perseguir, manifestaba en el ataque mucha des-treza, pero poco vigor. La señorita Duportal al contrario, atropellando todos los usos reci-bidos, se defendia con poca gracia, pero con mucho vigor. El vizconde al cabo de poco se cansó de suerte que se dejó caer en un sofá.

La marquesa. Esta señorita es un dra-gon, y se necesitaria un Hércules para suje-tarla. ¡Oh que sabia es la naturaleza! Ha he-cho á las mugeres dulces y débiles. Conozco cuan bien estan las cosas en este mundo, el mejor de todos los mundos.... Vamos, que

cada cosa está en su lugar.... Maligna señora, sosegaos.... Ya no soy mas que la marquesa de Babia, el vizconde de Florvilla oscede todos sus derechos.

Esta vez usé del permiso sin abusar, y nos volvimos á sentar en la mesa.

La marquesa. Foblas, se os afigurará tal vez que tengo caprichos muy estraños, pero os pido que no me neguéis el gusto de uno.

Foblas. ¿Como podria yo acerlo aunque quisiese? ¿Cual es?

La marquesa. Querido mio, que me deis vuestro retrato.

Foblas. Mamá, ¿y llamais capricho á eso? Es una cosa natural, y que yo tambien deseo. ¿Tendreis por atrevimiento que yo pida el vuestro?

La marquesa. No, amigo mio, pero el que yo quiero, es de la señorita Duportal.

Foblas. Lo entiendo, y el que me daréis, será el del vizconde de Florvilla.

La marquesa. Así, precisamente.

Foblas. Mamá mia, mañana mismo voy á mandarle hacer, y verémos cual de los dos se concluye mas pronto.

La marquesa. ¡Oh! el vuestro sin duda ninguna, porque no teneis quien lo estorbe, yo no podré hacer venir el pintor sino á escondites. Ya conoceis muy bien que no haré yo hacer en casa este retrato.

Foblas. ¿Pues donde mama mia?

La marquesa. En casa de la modista.... en el gabinete que sabeis. Estos vestidos los guardo siempre allí en un armario de que yo misma tengo la llave.

Foblas. ¡Ola! ¿con que allí os habeis vestido esta mañana?

La marquesa. Sí por cierto: so pretesto de pasear por los campos Eliseos, salí con el traje de la mañana, acompañada de Justina. Nos hemos ido á casa de la modista, y se hizo allí la metamórfosis; fui en fiacre á casa de un alquilador de caballos; he aqui como de una marquesa se ha hecho un vizconde. Justina tiene permiso por todo el dia hasta las siete, que debe estar en casa de la modista para vestirme. Al entrar en casa diré que en los campos Eliseos me hallé con la condesa de *Trama*. Me parece que oigo á Jazmin.... ¿Quereis que demos un paseo, mi querido Foblas, y que volvamos á comer aquí?

Foblas. Muy bien.

Volvimos á montar nuestros respectivos caballos; despues de varias vueltas nos hallamos á medio dia en el puente de Sevres; y fuimos á pasear por el camino real de Paris. Hacia nosotros venia un hermoso coche tirado de cuatro caballos, con un criado delante montado á caballo. Estaria como á diez pasos de nosotros cuando la marquesa dió la vuelta, y repasó el puente á galope. Yo creí que su caballo se habia desbocado. En el momento mismo que yo apretaba las espuelas para seguirla, vi que de la testera del coche se asomaba un hombre por la portezuela, y que habiéndome conocido, me gritaba: *senorita Duportal*; y era precisamente el marques de Babia. Corrí á rienda suelta para alcanzar á la marquesa, que iba á escape por medio del campo, Jazmin

venia tambien á galope tras mí, gritando que nos venian siguiendo.

Veo á nuestro enemigo apretando las espuelas al escelente caballo que montaba. Volví las riendas, fuí derecho al zeloso postillon, le saludé con un latigazo, y Jazmin con el deseo de imitar á su amo, tenia ya el brazo levantado para saludarle con otro. El pobre criado, pasmado de que una señora jóven le hubiese dado tan fuerte lapo, contenido por el respeto que creia deber á mi sexo y á mi clase, ó tal vez por la idea de que combatia con desigualdad, porque Jazmin se mantenía preparado á ayudarme, no sabia que hacer, y me miraba como pasmado. Le obligué pronto á resolverse con esta vigorosa arenga, que pronuncié sin embargo con voz femenil. *Picaro, te voy á cruzar la cara, si pasas de aqui pero si vuelves atras, toma para beber á mi salud.* Tomó la moneda de cinco francos que le daba, elogió á su modo mi vigor y mi generosidad. Y vi que se volvia tan ligero como habia venido.

Desembarazado de mi enemigo miré á lo lejos para ver donde estaba la marquesa. Bien hubiese detenido el caballo, ó bien hubiese andado mas lentamente que al principio, lo cierto es que no estaba lejos de nosotros. La alcanzamos pronto, y le conté como habia hecho retroceder al enviado del marques.

La marquesa. Ya era tiempo de correr cuando lo hice, porque no habia conocido coche ni cochero, y si me descuido nos alcanza el marques y nos conoce.

Foblas. Pero, mamá ¿porque habeis corrido sin decirme siquiera una palabra?

La marquesa. Porque no habia tiempo: estaban ya casi encima de nosotros. Esa amazona que conoce el marques nos hubiera descubierto. Preferí que de repente os viera y se sorprendiera.

Foblas. ¿Por que razon?

La marquesa. Es claro; ¿que importaba que el marques os viera, con tal que no me viese á mi? Al instante me ocurrió que si el os veia pensaria solo en la señorita Duportal sin acordarse de mí. Dejándoos allí aseguraba mi fuga.

Foblas. ¡Ah! bien considerado.... Pero ¿que dirá de mí el marques?

La marquesa, arrimándose á Foblas, en voz baja y sonriéndose. Dirá que la señorita Duportal es una p.... El me dirá con mucha gravedad que está en las cercanias de Paris, sin poderlo dudar, porque el mismo la ha encontrado con ese caballero de Foblas; y la satisfaccion de haber acertado todo esto, le consolará de la pena que le habrá causado la fortuna de su rival. Pero (*En tono mas serio*) mi tierno esposo me paga bien las infidelidades que yo le hago.

Foblas. ¿Como es eso?

La marquesa. ¿No lo veis? Ayer noche salió para Versalles, y hoy va allá. Luego durmió en Paris.... Me la pega, (*Riéndose á carcajadas*) me la pega.... Sin embargo: mi querido Foblas, no tengo valor para quererle mal.

Foblas. Cuidado con que le perdoneis esta ofensa, mamá mia; venid á San-Clú á vengaros de él.

La marquesa. ¿A San-Clú? Oh! eso no, no: seria esponernos á caer entre sus uñas, como si fuéramos unos imbéciles. Ahora mismo tal vez el marques está en *Sevres*: el pobre diablo de *La Jeunesse*?

Foblas. Mamá: ¿ese á quien he sacudido se llama *La Jeunesse*?

La marquesa. Si, amigo mio, ese mismo que va delante del coche.

Foblas. Pues ya que le visteis de tan cerca que pudisteis conocerle, tal vez él os habrá conocido tambien.

La marquesa. Es imposible, querido mio, vestida yo de hombre, con el sombrero que me tapa hasta los ojos. ¡Oh! no, no. Estoy bien segura de eso. Yo pretumo que el pobre *La Jeunesse*, al volver de su expedicion, habrá contado al marques el mal éxito de su empresa. Ahora mi penetrante marido comenta, reflexiona y adivina. Estoy cierta de haber él adivinado ya que vos vivís en *Sevres* muy cerca de allí: apuesto que deseoso de saber donde estais escondida, encarga á *La Jeunesse* que dé vueltas por esos pueblos, que busque, que espere, se informe y examina bien todas las fisonomías. No, amigo mio, no debemos ir á San-Clú. Volvamos á París; yo rodearé lo ménos posible para llegar á casa de mi modista, y vos no tardeis en ir allá. Comeremos en el gabinete, y me acompañareis hasta que *Justina* vuelva.

A un cuarto de legua de la capital nos separamos. Yo queria que Jazmin fuese con la marquesa: respondió que un caballero joven puede ir solo; pero parecia muy mal que una señorita joven y hermosa fuese sola. La marquesa entró por la reja de la *Conferencia*. Jazmin y yo nos fuimos por la puerta de *Rul*, y por las calles que iban mas derechamente á casa de la modista: encontramos en la puerta un *Alvernies* que tenia un caballo por la brida, y que entregó á Jazmin un pedacito de papel que decia: «Jazmin dejará mi caballo en casa del señor *Chalan*, alquilador de caballos en el *Bulevar de los italianos*, de parte del vizconde de Florvilla.»

No salí del gabinete hasta las ocho de la noche. La marquesa, siempre fiel á sus principios económicos, me despidió en tal cual estado de poderme aun presentar bastante bien á *Coralia*. Me volví á casa para quitarme los vestidos de muger, y tomar los míos.

CAPÍTULO XX.

Terrible aventura que acabó felizmente.

ANTES de las diez estaba ya en casa de la bailarina, y apenas entré me dijo:

Coralia. Buenas noches, caballero, sentémonos á la mesa cuanto antes.

Foblas. Como gusteis.

Coralia. ¿Sabeis que ha mas de media hora que os espero para reñir con vos?

Foblas. ¿Y por que?

Coralia. Porque me tratais mal. Yo siempre tengo un hombre de mediana edad que me paga para que le ame, y un buen mozo que me ame sin pagarme. Algunas de mis compañeras tienen además un lacayo de pecho ancho y de fuerzas hercúleas á quien pagan para que las ame. Yo, que no tengo tanta necesidad, no quiero ningun sátiro, y me contento con un buen mozo.

Foblas. Está bien. Pero ¿que tiene que ver eso con nuestra riña?

Coralia. Ten paciencia. Yo tengo ya el caballero que paga; y muy fuertes razones para no decirte su nombre. Tú eres el buen mozo que yo quiero que me ame: ¿lo entiendes?

Foblas. Bien, pero el enfado....

Coralia. Vamos allá: tú eres el escogido, porque me gustas; cuando me canse de tí, te dejaré.

Foblas. Bien; pero acaba de....

Coralia. Por último, no quiero regalos tuyos; tú me has hecho uno y no lo quiero.

Foblas. ¿Es posible? Un almuerzo de China....

Coralia. Sí.

Foblas. ¡Oh! No vuelvo á recibirlo. Por otro lado, Coralia, vuestras disposiciones no me acomodan. Yo quiero ser solo y pagar.

Coralia. Bueno está eso, caballero. Eres demasiado jóven y no bastante rico. Además seria mal negocio para tí. Eres hermoso, tienes talento, y al instante que me pagases, yo no te querria. Yo no se decir la causa de

esto, pero todas nosotras somos así. Una cédula de caja es para quien la da un premio concedido á la infidelidad.

Foblas. Yo no doy dinero, sino una pequeña espresion.

Coralia. No quiero regalos.

Foblas. Os repito que no vuelvo á tomarlo.

Coralia. Pues si no le tomáis, lo tiro por la ventana.

Foblas. ¡Oh! Si es vuestro gusto....

Estabámos en esta gran disputa cuando una camarera de Coralia entró asustada y gritando.

Camarera. ¡El es! ¡El es!

Coralia. ¿Es él?

Entre las dos me cogieron por los brazos, y me llevaron arrastrando á una alcova, me hicieron pasar por una puertecita que abrieron en el fondo de ella; y me hallé en un corredor que daba vuelta al cuarto. Esto me enfadó, pero al mismo tiempo me reia. La una me tiraba por el brazo, la otra me empujaba por la espalda, y lo hicieron tan bien que consiguieron echarme fuera de la puerta, y me fuí muy tranquilo á dormir á mi casa cuando mi padre aun no se habia retirado.

Al dia siguiente llamé á un pintor, quien empleó todo el dia para comenzar el retrato de la señorita Duportal. Al irse me hallé con un convite de Coralia para la misma noche. La escena del dia anterior me habia parecido algo desagradable; pero es preciso considerar que apenas tengo diez y siete años. En esta

ciudad ¿se ha resistido alguno jamas á pasar una noche con una buena moza? ¿Habrá un jóven que pueda blasonar de que hubiera resistido puesto en mi lugar? Si lo hay, declárese; pues como no sea enfermizo ni enfermo le diré que miente.

El hombre mas robusto no es infatigable. A mitad de la noche, me quedé dormido en los brazos de la bailarina; y un gran campañillazo que dieron á las siete de la mañana me despertó y sobresaltó.

Coralia. ¿Qué apostamos á que esas dos bestias han salido á un tiempo y se han dejado la llave olvidada, aunque todos los dias me mato diciéndoselo? Caballero, hacedme favor de ir á abrir la puerta.

Voy corriendo en camisa, y aun sin chinelas: abro y veo á un hombre.... veo.... Me parece que sueño; me froto los ojos, vuelvo á mirar y grito.

Foblas. ¿Cómo es posible? ¿Sois vos padre mio?

El baron sorprendido al reconocerme, se vuelve atras, y me hace con violencia esta pregunta inútil.

Baron. ¿Qué haceis aquí?

¿Qué habia de responder?... callé. Mientras tanto Coralía, pareciéndole que conocia la voz, viene corriendo tan ligeramente vestida como yo: pero con la prisa no se detuvo, y en vez de las chinelas, tomó mis zapatos. Apenas la ninfa llegó al lugar de la escena, se penetró de golpe de los esfuerzos cómicos de un encuentro tan inesperado. Se admira de ver

á mi padre mudo de sorpresa é inmóvil de furor, apoyado en la barandilla de la escalera; se admira tambien de ver al hijo casi desnudo, plantado como estatua en medio de la primera antecámara.... ¿Cómo contener á una moza, naturalmente loca, en semejante caso? La bailarina se acoje á mí, y apoya su cabeza en la mia. Cualquiera hubiera creido que me abrazaba, pero no hizo mas que reir, y dar tales carcajadas que todos los vecinos podian oirlas. Al baron se va un color y viene otro; cierra la puerta, echa el cerrojo; Coralia huye siempre riéndose; vuelvo tras ella, y entra mi padre precipitadamente al mismo tiempo que nosotros en la alcoba. Hace un gesto amenazador: va á romper todos los muebles; échome sobre el baston que tiene ya levantado; le cojo y le digo: ¡padre mio! ¿Os olvidais de que vuestro hijo está aqui?

Esta exclamacion tal vez un poco atrevida, produjo todo el efecto que yo esperaba. Mi padre aun colérico, pero algo sosegado, se deja caer sobre un sillon, y me manda vestir. Coralia se habia encerrado en su tocador, donde se reia á su satisfaccion, pero se dignó abrir un poco la puerta para dar mis zapatos y tomar los suyos. Mi padre habia venido á pie y sin ningun criado: tomamos un fiacre: y sin embargo de ser largo el camino, mi padre triste y pensativo, no me habló palabra; llegamos á casa y me pidió que subiese á su cuarto. Este dia era uno de los señalados para ir al colegio; y como yo veia pasarse la hora en que Sofía me es-

péraria en el locutorio, discurrí varios pretextos de ocurrencias urgentes para que mi padre me dejase ir; pero insistió en que no me moviese, hablando en un tono como que me lo pedía por favor. Subimos á su cuarto, y mandó que nos dejasen solos: me hizo sentar, se puso á mi lado, estuvo callando un rato y por fin me dijo:

El baron. Foblas, no te acuerdes por algunos momentos de que soy tu padre, y respóndeme como si hablastes á un amigo de tu edad. ¿Anteayer entre diez y once de la noche estabas en casa de Coralia?

Foblas. Si señor.

El baron. ¿Con qué eras el que cenabas con ella cuando yo llegué?

Foblas. Es cierto.

El baron. El ruido que hicistes al salir me hizo sospechar algo, pero lo disimulé. He fingido que iba á una casa de campo para sorprender á mi rival preferido, pero nunca me figuré que fueras tú.

Foblas. Espero, padre mio, que no me hará usted la injusticia de creer que yo sabia que habia rivalidad entre nosotros.

El baron. No, amigo mio, no. Sé muy bien que en medio de los desórdenes de tu edad, rara vez has faltado al respeto á un padre que te ama. Sé que no eres capaz de darme disgustos y causarme humillaciones á sangre fria. Apenas tengo mas que preguntarte. ¿Dime ha mucho que conocias á Coralia?

Foblas. Cuatro dias ha.

El baron. ¿Y has pasado con ella?...

Foblas. Dos noches.

El baron. ¡ Dos noches enteras en cuatro dias! ¡ Dos noches enteras! ¡ Ah jóven insensato! ¡ Y como le has pagado estos favores?

Foblas. Le he hecho un pequeño regalo.

El baron. ¡ Ya! Será el almuerzo de porcelana que vi sobre su mesa me parece que fué anteayer. ¿ Es asi?

Foblas. Si señor.

El baron. Cuando un jóven como tú tiene la desgracia de tener por cortejo á una cómica, debe pagarlo con mas generosidad. No te vayas, vuelvo al instante.

Me hizo esperar bastante, y al fin vino con un papel en la mano. Toma, lee.

« Coralia, os dejo; y me parece que los muebles, las halajas y los diamantes que os he dado son bastantes para que quedeis satisfecha. »

Cuando acabé de leer esta carta, mi padre la cerró. Despues me dió un pliego de papel, y me dijo escribiese lo que iba á dictarme, é inmediatamente empezó:

« Coralia os dejo y como he apreciado en cincuenta doblones las dos noches que me permitisteis pasar con vos, os envio tres cédulas del banco de á mil reales cada una. »

Mi padre remitió ambas cartas con una misma persona. Yo creia que todo se habia concluido é iba á marcharme; pero mi padre me dijo que esperase, que al instante traeria la respuesta de Coralia.

El baron. Hijo mio, ya ves que me aprovecho de las lecciones que me das. Pues, ¿ por-

que tú has de ser menos docil, y no has de hacer caso de los consejos que te doy como padre? Anteayer has vuelto á salir con ese traje de amazona á pesar de que te lo tengo prohibido: tú vas á ver todos los dias á la marquesa; tú veias á Coralía.... tú ves sin duda á otras que yo ignoro.... Ten juicio, mira por tu salud.... No sabes cuan precioso es ese bien que tú tanto prodigas. Por otra parte desde que estamos en Paris has descuidado enteramente tus estudios. No basta brillar en los exámenes, es preciso cultivar el entendimiento. Enhora buena que sobresalgas en la esgrima: un caballero debe saber tirar el florete; pero ¡infeliz aquel que quiere hacer que otro derrame la sangre! La pasión de la caza, el furor del baile, la manía de los caballos, todo tiene su época. Tú gustas de la música y con esta se pueden pasar algunos ratos divertidos honestamente; pero eso no basta. Si llegas á los cuarenta años sin saber mas que disparar un fusil, picar un caballo, bailar y cantar; qué fastidioso y largo será el otoño de tu vida! ¡Cuántas horas del dia estarás fastidiado de ti mismo! ¡Cuanto llorarás haber pasado tu juventud en vanos placeres! Foblas, tu tienes conocimiento, no careces de disposicion.... Cultiva desde ahora el estudio de las bellas artes y de la filosofía: estos son recursos grandes y respetables, que adornan la edad madura, alivian la vejez, ocupan la ociosidad del rico, hacen mas llevaderas las penas del pobre, nos consuelan en nuestras desgracias, perpetuan nuestra felicidad. Amigo mio, empieza por ir con

menos frecuencia á casa de la marquesa de Babia. En esto hallarás dos ventajas: emplear mas tiempo en cosas útiles, y ocuparte menos en placeres peligrosos. De este modo te formarás en lo moral, y no destruirás lo físico de tu complexion. Por lo que hace á la pasión del colegio, nada te digo de ella; sé que sobre este punto importante eres ya mas comedido. La señora Munich, á quien he hablado uno de estos dias, me ha dicho que habia mas de dos meses que no te habia visto. Eso me gusta, Foblas: que tu engañes á la marquesa ó á otra loca cualquiera, nadie les tendrá lástima: ellas se lo buscan. Si por lo respectivo á tí hay algunos inconvenientes, ellos no tocan al honor; pero engañar á la inocencia débil!... Esto jamas te lo perdonaré.

Mientras mi padre me felicitaba por mi indiferencia con la señorita de Pontis, me costaba mucho trabajo contener la impaciencia, y estaba rabiando porque se pasaba la hora de la cita.

Por último volvió el criado que habia ido á casa de la bailarina. Coralia se habia reido mucho al leer el nombre de Foblas. Respondió que le daba muchas gracias al señor baron, y por lo que hace al baroncito, que aceptaba lo que la enviaba; pero que en realidad no era menester haberle remitido nada.



CAPÍTULO XXI.

Equivocacion formidable.

ME fuí á mi cuarto desesperado de haber faltado á la visita del colegio. Mi pintor esperaba para concluir el retrato. Fue preciso encajarme mi amazona para representar la señora Duportal, y luego volverme Foblas para ir á comer con mi padre. Cuando acabamos de comer hallé en mi cuarto á la vieja mensajera del colegio. Me dijo que Adelaida, estrañando que yo no hubiese ido al colegio por la mañana, la enviaba para saber como me hallaba, y me suplicaba que al instante fuese allá. Fuí corriendo, y Adelaida me trajo á su amiguita acompañada de la señora Munich que manifestó no haberle disgustado verme despues de tanto tiempo. No tuve mas trabajo que hacer ademan de que oia unos largos cuentos que nos refirió, y como á todo trance me importaba hacerme amigo del aya, cuyo carácter é inclinaciones conocia, le prometí una botella de aguardiente de Andaya excelente que me habian regalado.

Este dia desgraciado era el de los ecuentros, pues al salir del locutorio hallé precisamente con mi padre próximo á entrar. De este modo se me obedece, me dijo en voz baja. Asi te burlas de mí! Si no renuncias á este loco amor, te declaro que me veré precisado á usar de rigor.

Al volver á casa envolví con mucho es-

mero mi retrato que ya estaba enteramente concluido. Llamé á Jazmin, le mandé que al dia siguiente muy temprano entregase á Justina el paquetito para que se lo diese á su ama, y que llevase al colegio la botella de aguardiente de Andaya para madama Munich. Mi exactísimo criado se marchó muy temprano, y volvió muy tarde. Habia bebido tanto que no pudo darme razon ninguna por mas preguntas que le hice; pero el modo como habia hecho lo que yo le habia mandado, me valió aquella misma tarde una cartita y un buen recado.

La cartita era de la marquesa de Babia, la que me daba muchas gracias por el regalo; pero me preguntaba que queria que hiciese de él.

Foblas. Señora Datura, no comprendo que quiere decirme la marquesa.

Datura. Caballero, yo no lo sé; pero sin duda ella se lo dirá mañana por la mañana en casa de la modista donde os espera sin falta á las ocho en punto, porque á las diez tiene que salir para Versalles.

Foblas. Decidla que iré allá sin falta.

Al cabo de una hora hete aquí la vieja á quien nunca daba un medio duro sin que reboase de alegria.

La vieja. La señorita de Pontis, que tiene que deciros una cosa que corre prisa, os suplica que mañana á las ocho en punto de la mañana esteis en el locutorio.

Foblas. ¡ Oh, amiga mia! mas quisiera pasar la noche á la puerta del colegio que ha-

cer esperar un minuto á esa señorita.

Apenas atrapó la vieja su dinero, me espetó una cortasía y se fué.

Foblas. ¡Mañana á las ocho en punto en el locutorio! ¡mañana á las ocho sin falta en el gabinete de la modista! Esta vez, marquesita, os quedais tocando tabletas. Si quereis que no falte á vuestras citas; hacedmelas á horas que no haya escogido la señorita de Pontis. Creedme: no os empeñeis en entrar á competencia con ella. Una mirada, una sola mirada de mi hermosa prima es mas dulce y mas preciosa que todos los favores de la muger mas bonita... de una muger tan bella como vos. Y todas las marquesas del universo no valen un pelo de mi Sofía.

Al instante que estuvo abierto el colegio pregunté por Adelaida, vino al locutorio, y su buena amiga no tardó en llegar.

Sofía. Buenos dias, caballero.

Foblas. ¿Me llamais caballero?

Adelaida. Tomad, caballero, (presentándole el paquetito)

Foblas. ¿Y tú tambien te vienes con caballero?

Sofía. Tomadlo. Ayer Jazmin estaba un poco alegre, y ha entregado este retrato á la señora Munich... Y la botella de aguardiente de Andaya la ha llevado á la marquesa de Babia.

Adelaida. Sí, sí, hermano mio: abusas de mi amistad, y engañas la ternura de Sofía; eso no es bueno. ¡Sofía, que todos los dias se espone por ti!.. Yo, que tuve que aguantar ayer

mismo una riña tan grande de padre....

Sofia. Caballero, eso no es bueno. ¡Ah! cuando nos haya quitado á pesadumbres la vida, entonces llorará (*Sollozando*) á su prima y á su hermana. (*Foblas le quiere coger la mano y ella la retira*). Dejaos de esas caricias, porque aunque dulces, son engañosas.

Adelaida. Sí, si señor, se os parecen. Tiene razon mi amiga (*Enjuga las lagrimas á Sofia, y luego la abraza*). Consuélate, Sofia mia; no llores tan alto, yo te amo y te amaré siempre, no te engañaré, que yo no engaño á nadie.

Sofia. Mira, Adelaida, ¿lo ves? ¡ni aun se toma siquiera el trabajo de escusarse!

Foblas. ¡Ay Sofia! mi agitacion, mis lagrimas, mi mismo silencio; no os anuncian todos los remordimientos que despedazan mi corazon? Sí, os lo confieso, este fatal retrato era para la marquesa de Babia.

Adelaida. Lo confiesas porque ya lo sabemos.

Sofia, mostrando mucho sentimiento. ¡Era para la marquesa de Babia;

Foblas. Pero; prima hermosa, no será posible que me perdoneis un momento de error?

Sofia. ¡Un momento de error! ¡desde que me tratais siempre me habeis hecho traicion! ¡Un momento de error!... ¡Adelaida, tú lo sabes: ha mas de dos meses que me dice casi todos los dias y que me escribe siempre que me adora, y que no adora mas que á mí!... ¡Un momento de horror!

Foblas. ¡Ay, Sofia! ¡Ay, mi hermosa prima!

Sofia. ¡Y yo soy tan débil que lo creo! ¡Y yo tengo la desgracia de amarle!... ¡y él lo sabe!... ¡Ay! ¡y él lo sabe!... Pero dime, querida Adelaida, ¿que espera de sus traiciones? ¿que espera? ¿que es lo que espera? ¡Ingrato! Yo no he exigido vuestro amor; no me améis, si el amarme os es imposible; pero no digais á lo menos que me amais.

Foblas. ¡Ay, señorita!... ¡ay, mi hermosa prima! No sabéis cuanto os quiero! Durante el dia no veo en todas partes mas que la imagen de Sofia: por la noche mis sueños me deleitan porque me representan á Sofia; vos, Sofia, sois mi vida, mi alma y mi todo. No existo sino por vos; no adoro á nadie mas que á vos.

Sofia. ¡Está bien; Adelaida, tu lo oyes! como el cruel se complace en aumentar mi agitacion, mi desasosiego, mi inquietud! sus palabras son siempre las mismas; pero su conducta... ¡Ah! quiere matarme, quiere matarme. (*Se arroja Foblas á los pies de Sofia*).

Adelaida. ¡Ay, hermano mio! ¿que haces? Si alguna colegiala pasa! ¡si te ven!

Sofia se levanta espantada. Si no os levantais me voy. (*Foblas se levanta, se sienta en su puesto, y llora amargamente*).

Adelaida. Mi buena amiga, lo que dice parece cierto; ¡y lo dice en tono tan natural!

Sofia. ¡Ah! tú no lo conoces. Apenas salga de aquí, se va corriendo á decir otro tanto á esa marquesa.

Foblas. ¿A la marquesa? Os juro que no

volveré á verla jamas, jamas.

Adelaida. Hermano mio, ¡á fe de hombre de bien!

Foblas. A fe de hombre de bien, hermana mia, á fe de hombre de bien, Sofia mia.

Sofia. ¡Ay Dios mio! (*En voz débil y poniendo la mano al corazon, inclina la cabeza sobre su pecho, se apoya en la silla, y los sollozos no la dejan hablar*) ¡Ay Dios mio!

Foblas. ¡Querida Adelaida, mira lo que le da!

Sofia. Nada, no es nada. (*Adelaida le enjuga las lágrimas que le bañan el rostro*). Déjalas correr, mi buena amiga; déjalas. ¡Estas son de gusto!... ¡Ay, Dios mio! ¡mi Dios! ¡que oprimido tenia el corazon!... ¡como me ha aliviado esto!

Cogí su mano en la que imprimí mis labios abrasadores. Esa nube de dolor que parecía eclipsar sus encantos, se disipó de repente. Brilló sobre su rostro una alegría indecible. Sus ojos se animaron de un fuego dulce; dirigió hácia mí una mirada tan tierna... ¡Con que vehemencia reiteré mi juramento de serle siempre fiel! ¡Como manifestó el gusto que tenia de poderme hacer esperar un dichoso himeneo para en adelante!

Adelaida, sin embargo se habia alzado el retrato de la señorita Duportal.

Adelaida. La señora Munich me ha encargado mucho que te envíe esto. Tú has hecho que se enfadé de veras. » ¡Ved ese atolondrado, me ha dicho que me envia su retrato!

» como si yo estuviera en edad... Pero sin duda
 » seria para la señorita de Pontis, él la ama:
 » razón tiene en decirlo el señor baron. ¡Oh!
 » ¡que vuelva ese caballero! ¡que vuelva
 » acá!» Toma, hermano, toma ese mal retrato.

Sofia. ¡Malo! no digas eso. (*Quitándosele de las manos á Adelaida*); este retrato es bonito: cualquiera dirá que es el tuyo.

Adelaida. Pues bien, guárdale.

Foblas. ¡Ay! sí: guárdale, prima hermosa.

Sofia. ¿Este retrato, señor de Foblas? Oh, no; me pondria mala; me traeria siempre á la memoria la marquesa de Babia. No le quiero...Ademas, vestido de muger... Es un retrato que se os parece, pero no es el retrato vuestro.

Foblas. ¡Ah! Sofia, si quisierais....

Sofia. ¡Que!

Foblas. Que mi pintor, que es diestro y hombre callado, hiciese vuestro retrato y el mio....

Sofia. ¿Tambien el mio? (*Con una especie de incertidumbre, Pero mirando á Adelaida.*)

Adelaida. Si, mi buena amiga, el tuyo, y....

Sofia. Bien está. Primo mio ¿cuando traereis al pintor?

Foblas. Mañana mismo de ocho á diez, y todos los dias hasta que concluya.

Sofia. ¿Todos los dias?..... pero mi aya.... Verdad es que ella duerme y que hasta ahora nada ha notado.

Adelaida. ¡Ah! sí, duerme, duerme; pero ten cuidado con padre.

Foblas. ¿Padre? ¡Ah querida Adelaida! si sucediese que un día se levantase antes de lo regular me costaría caro, yo te lo aseguro, pero en tal caso haré que el pintor no venga hasta otro día.

Sofia. Pues hasta mañana, mi querido primo.

Foblas. ¡Oh! sin falta ninguna.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS

DEL TOMO PRIMERO.

CAPÍTULO I. <i>Viage á Paris, y sus efectos inmediatos</i>	1
CAP. II. <i>Aventura en un baile, y sus consecuencias</i>	21
CAP. III. <i>Visita en casa del señor Duportal</i>	40
CAP. IV. <i>Baile de máscaras</i>	47
CAP. V. <i>Escena cómica</i>	67
CAP. VI. <i>Almuerzo en casa del conde de Rosamber. Comida en la del señor Duportal</i>	85
CAP. VII. <i>Primera parte de la historia de Louzinski, palatino de Polonia, culto en Francia con el nombre de Duportal</i>	100
CAP. VIII. <i>Entrevista con la marquesa de Babia, y otras anecdotillas</i>	156
CAP. IX. <i>Visita del conde de Rosamber y de Foblas á la hermana de este</i>	164
CAP. X. <i>De lo que sucedió á Foblas en casa de la marquesa de Babia</i>	174
CAP. XI. <i>Visita del vizconde de Florri-lla, y otras cositas</i>	189

CAP. XII.	<i>Sesion muy circunspecta.</i>	208
CAP. XIII.	<i>Coloquio interesante.</i>	214
CAP. XIV.	<i>Café de la Regencia.</i>	225
CAP. XV.	<i>Segunda parte de la historia de Louzinski.</i>	237
CAP. XVI.	<i>Declaracion de amor.</i>	287
CAP. XVII.	<i>Visita de Foblas á la mar- quesa de Babia.</i>	293
CAP. XVIII.	<i>Nuevas amistades en la ópera.</i>	305
CAP. XIX.	<i>Metamòrfofis peligrosa.</i>	316
CAP. XX.	<i>Terrible aventura que acabó felizmente.</i>	325
CAP. XXI.	<i>Equivocacion formidable.</i>	334





